



SUEÑOS EN LA
OSCURIDAD

ANDREW HESBER



SUEÑOS EN LA OSCURIDAD

De Andrew Hesber



Colección Inter Mundos

1

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes, los nombres, personajes, y situaciones son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia y fruto de la imaginación del autor.

2019, Sueños en la oscuridad

2019, Andrew Hesber

2019, Ilustración de portada: Cecilia G.F

Colección Inter Mundos: 1

Facebook: www.facebook.com/AndrewHesberEscritor

Instagram y Twitter: [@AndrewHesber](https://www.instagram.com/AndrewHesber)

ISBN: 9781799128953



Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso de los titulares de los derechos.

*A ti,
por creer en mis sueños.*

NOTA DEL AUTOR

A principios de 2013, publiqué mi primera novela: Sueños en la oscuridad. Formó parte de la colección juvenil de una editorial española hasta 2018, momento en el que recuperé la totalidad de los derechos.

Tenía dos opciones: guardarla para siempre en un cajón, o publicarla por mi cuenta tal y como la concebí desde el principio.

Por lo que... ¡Aquí estamos!

Esta revisión cuenta tanto con un nuevo diseño de portada y maquetación interior para celebrar la ocasión.

Espero que disfrutes de esta novela tan engañosa, la cual se va alejando lentamente de los topicos del género mientras te invita a que descubras lo que se esconde realmente detrás.

-Andrew Hesber-

PRÓLOGO

Lucy dejó de golpear la puerta con su cuerpo en cuanto se dio cuenta de que algo, peligroso e inesperado, se deslizaba al fondo de la habitación.

—¡No puede ser! —se sorprendió deseando que no fuera cierto.

Jake escuchó los gritos de su compañera y dirigió la mirada hacia el lugar que tanto la aterraba. Allí, convirtiendo sus temores en realidad, estaba el enorme agujero de la pared que habían visto al entrar. A través de él se estaba colando un rayo de sol que, lentamente, se dirigía hacia ellos. La situación no solo se había transformado inesperadamente, sino que además lo había hecho con terribles consecuencias. La noche que habían compartido fue maravillosa, pero la llegada del amanecer se había encargado de esfumar sus sueños y materializar, en su lugar, la pesadilla más terrible que jamás hubieran podido imaginar. Fue entonces cuando Jake se dio cuenta de que estaban en grave peligro. La alergia que ambos padecían a los rayos ultravioleta era demasiado alta como para soportar un contacto directo con la luz del amanecer; tenían que hacer algo para salir de allí cuanto antes.

—¡Lucy, rápido! —gritó él antes de comenzar a pegar patadas a la puerta como un poseso—. ¡Ayúdame!

Su situación no sería tan grave si no fuera porque pronto la luz tomaría suficiente altura como para entrar por el espacio que dejaba un cristal sin colocar. Ahora entendía por qué todos tenían prohibido acceder a aquel piso: era el único sin terminar y, además, estaba lleno de agujeros que ponían en peligro la vida de los residentes.

—¡No puedo morir aquí! —Ella comenzó a desesperarse cuando vio que la puerta se negaba a abrirse; no había cedido ni medio centímetro.

El temor a la muerte la rodeó y entonces se llevó las manos a la cara, ocultando las lágrimas que empezaron a manar de sus ojos. Dentro de su cabeza se sucedieron un sinfín de imágenes con rostros quemados y desfigurados que parecieron querer avisarle del destino que la esperaba.

Faltó un segundo para que los nervios pudieran con ella y cayera desmayada, pero el chico la sacó de allí con un portentoso grito:

—¡No te pares, Lucy! —continuaba pegando patadas con la esperanza de que los anclajes de la puerta terminaran cediendo—. El piso entero está a medio reformar. ¡No puede ser que esta puerta resista mucho más! —Dio una

última patada antes de rendirse también—. ¡¡¡Maldita hija de puta!!!

La manta de luz continuaba deslizándose imparable por el polvoriento mármol. Ni los gritos de Jake ni los lloros de Lucy harían que se detuviera. Si no hacían algo, pronto sufrirían una dolorosa muerte; o, en el mejor de los casos, horribles quemaduras de primer grado.

Tanto los dos muchachos como el resto de residentes de la torre habían temido que alguna vez pudiera pasarles algo parecido. Todos los que padecían su enfermedad tenían una pesadilla en la que el Sol los quemaba hasta deshacerles la piel. Por desgracia para ellos, esta vez no se trataba de un sueño del que pudieran escapar con tan solo despertar.

—Me mudé aquí para vivir una vida normal sin temer al Sol, sin preocuparme de las ventanas, de las luces o de si en la habitación de al lado las persianas estaban bajadas... —se lamentó Lucy dejando de llorar y resignándose a lo inevitable—. ¿Y ahora voy a morir aquí? ¿En el que se suponía que era el lugar más seguro de todo el planeta? ¿Aquí iba a ser feliz?

Jake apretó los puños, impotente. Ella tenía toda la razón, era absurdo. Todo era culpa suya. Él se empeñó en explorar el piso que tenían prohibido visitar. Si no se les permitía la entrada allí, era por algo. Y si les resultó tan difícil llegar fue precisamente por su seguridad. ¿En qué demonios había estado pensando?

—Lo siento, Lucy. Es mi culpa que estemos en esta situación. S-Si... Si la puerta no se hubiera cerrado...

De repente ella se levantó y, aunque en un principio él pensó que iba a pegarle, comenzó a correr en dirección opuesta hacia el rayo de luz.

—¡Lucy! ¡¡¿Qué haces?!! —abrió los ojos como platos y, tembloroso, alargó la mano.

Aunque quiso detenerla, temía tanto al Sol que no fue capaz de moverse más. Pero para su sorpresa, ella se quitó la chaqueta azul que llevaba puesta y, de un salto, se tiró contra el hueco, tapándolo en cuestión de un suspiro. La habitación volvió a oscurecerse al instante. Jake pudo respirar cuando fue consciente de lo ocurrido. Lucy, sin embargo, estaba helada. Pensaba que si se movía, aunque fuera un centímetro, el rayo entraría de nuevo y le quemaría la cara, hasta que quedase totalmente desfigurada. Durante un momento volvieron a aparecer los rostros deformados dentro de sus maltrechos pensamientos.

—J-J-Jake..., ayuda —suplicó con voz temblorosa.

Su acompañante no tardó en socorrerla colocando sus manos en la chaqueta y presionando sobre el agujero con firmeza. —Ya puedes levantarte

—sonrió.

Iba a hacerlo, pero, en cuanto se incorporó, un torrente de luz la cegó, haciendo que se agachara de nuevo apresuradamente.

—¿Qué ocurre?! —preguntó él sin soltar la chaqueta.

—¡La luz ha entrado! ¡La luz ha entrado! —aseguró tapándose la cara con ambas manos y apretando sus dedos contra la piel con fuerza mientras gritaba histérica.

Jake miró hacia atrás y comprobó, aterrado, que toda la habitación, incluida la puerta, estaba bañada en la luz anaranjada del amanecer. Tan solo un resquicio del cuarto, precisamente ese en el que estaban ambos, seguía protegido por la oscuridad. Al parecer, el Sol había alcanzado suficiente altura y ahora entraba con total libertad por el espacio hueco donde se tenía planeado instalar la ventana.

Lucy se frotó los ojos y no dejó de repetir que se había quemado la cara, pero tan solo eran los nervios. Jake le pidió que se calmara y, tras mirarla desde su posición, la tranquilizó:

—No pierdas la calma, ¿vale? Te necesito serena. Solo ha sido un instante. Estás un poco enrojecida, pero ya está. No ha sido suficiente tiempo, así que cálmate. ¿De acuerdo? —intentó sonar sosegado, pero incluso ella percibió aquellos ojos aterrados y desencajados que por todos los medios trataba de ocultar. Él sabía mejor que nadie que pronto se quedarían sin el resto de la sombra y que el Sol comenzaría a quemarles la piel. Su madre le había advertido tiempo atrás de los peligros de salir al exterior en días de lluvia: si un temporal remitía de repente y no tenía un lugar donde ocultarse, la piel empezaría a enrojecerse y después le comenzaría a picar como si le hubieran tirado una jarra de agua hirviendo. Las ampollas crecerían tanto que el dolor sería insoportable y, al final, acabaría con horribles quemaduras. Incluso algunas personas se habían pasado semanas semiinconscientes en el hospital a causa del intenso dolor, antes de morir por las incontrolables infecciones.

Los minutos pasaron y su espacio dentro de la sombra se fue haciendo cada vez más pequeño; la luz ganaba terreno por momentos. Lucy se había acurrucado en la esquina de al lado, el lugar donde más sombra quedaba. Tenía la cabeza oculta entre las piernas y los brazos cruzados encima. Aquella imagen le dio a Jake una última, aunque descorazonadora, idea:

—Toma, tápate con esto —le dijo mientras le devolvía la chaqueta.

—¡Pero la luz...! ¡Ahora entra también por la otra esquina!

—Lucy..., escúchame —comenzó a decir mientras la ocultaba con el

abrigo todo lo que podía—. Si te quedas debajo, la luz no te afectará y podrás aguantar hasta que venga alguien. De todos modos, acabaremos quedándonos sin sombra en la que resguardarnos.

—P-P-Pero ¿y tú? ¡No tienes nada con lo que taparte!

Jake le acarició la cara en cuanto vio cómo se preocupaba por él; sin embargo, no dijo nada. Simplemente se agazapó a su lado y la abrazó; no quería pararse ni un solo instante a pensar lo que estaba haciendo, sabía que si lo hacía tal vez se arrepintiera.

Durante el resto de los minutos ambos estuvieron callados. Tan solo algunos sollozos entrecortados de ella borrarón, durante un segundo, el susurrante viento que soplaba y entraba por el mismo lugar por el que se aproximaba su anaranjada y luminosa muerte. Él miraba con temor la línea que delimitaba el espacio en el que podían estar. Cada vez era más pequeña y no solo estaba empezando a dejarles más arrinconados, sino que, además, él ya estaba empezando a sentir dolor. Era como si estuviera dentro de una sartén. El cuerpo se le estaba enrojeciendo y notaba cómo sus diminutos poros explotaban en insoportables escozores y picores. Finalmente, y sin poder evitarlo, Jake pegó un respingo en cuanto sintió el calor directo de la luz del amanecer en su pierna. Ya estaba ahí. Para él fue como si un monstruo, del cual había estado huyendo durante toda su vida, lo hubiera alcanzado por fin y lo estuviera arrastrando de un pie para engullirlo.

Un movimiento involuntario hizo que se estremeciera completamente y que Lucy se percatase de todo lo que estaba pasando. Si él tuviera que describirlo de nuevo, no sería capaz de contar lo que sucedió después. Sólo supo que ella se levantó de repente, que él quedó bajo la perfumada chaqueta y que Lucy, abrazándolo con fuerza, gritó que él era más importante para ella que su propia vida.

—¡Tú eres más sensible al Sol que yo! Aún tengo una oportunidad — escuchó sorprendido—. A-Además..., s-si te pasara algo, nunca me lo perdonaría. —Después ella besó su cabeza a través de la tela—. Te quiero — terminó por susurrarle.

Él iba a levantarse, de verdad que iba a hacerlo. Pero las palabras de Lucy, o tal vez el propio miedo a lo que pudiera pasarle, le impidieron moverse. Dejó que una lágrima escapara de sus ojos y luego acercó a Lucy con fuerza. Su cuerpo tembló y, tras abrir la boca varias veces para decir algo, desistió, dejando que ella cargara con las consecuencias, consciente de que él era un cobarde.

CAPÍTULO 1

Bienvenida a casa

El recepcionista de la entrada a «la torre de cristal» casi había terminado su jornada. Ya saboreaba la cena y se frotaba las manos pensando en la ducha de agua caliente que iba a tomar. Intentó, por todos los medios, acelerar el paso de los minutos observando el reloj de aguja que colgaba sobre la entrada principal. Este, impasible ante cualquier deseo, continuó contando el tiempo con profesionalidad a la vez que la tormenta desatada fuera luchaba por entrar.

Un suspiro del recepcionista cruzó toda la sala y se perdió entre el silencio. Los sofás de estilo zen de color carbón, las mesas de madera decolorada y envejecida y los cientos de revistas eran sus únicos compañeros. Estaba cansado de su trabajo, pero en el fondo se alegraba de no estar poniendo ladrillos en cualquier triste solar mientras le llovía encima. Por suerte, el sueldo era bueno y no solía tener mucho trabajo. Unas veces llamaban buscando información y otras los inquilinos lo hacían para pedirle algo, pero, por lo general, se pasaba el rato mirando el reloj. En el fondo se sentía un hombre con suerte, y lo era; no resultaba fácil para un exconvicto terminar de recepcionista en un edificio de tal magnitud.

Como si el destino hubiera estado leyéndole el pensamiento, la puerta se abrió y una joven con maleta y chaqueta entró escapando de la tormenta. La chica alejó la vista del suelo en cuanto estuvo a salvo y miró hacia la recepción recolocándose su exuberante melena negra con suaves brillos azulados. El hombre le dedicó una forzada sonrisa mientras permanecía tras su mesa de trabajo: un murete con forma de *boomerang* lacado en un blanco nuclear que hacía que las hojas de papel depositadas sobre su superficie fuesen prácticamente imperceptibles.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita? —amplió su sonrisa.

La maleta traqueteó mientras su dueña la arrastraba, empapada, hasta que terminó apoyada contra el murete.

—Sí, h-hola... —sonó temblorosa y avergonzada, pero en realidad se debía al cansancio. El viaje había sido muy largo y aún tenía náuseas—. Me llamo Lucy Shepard. Vengo a vivir aquí.

—Un momento, por favor. —Tecleó y miró la pantalla que apenas

sobresalía de la base de la mesa. Cuando halló la información que buscaba le pidió a Lucy que se sentase mientras venían a buscarla—. La estábamos esperando —indicó antes de agarrar el teléfono y marcar una corta numeración.

La sala de recepción ocupaba gran parte del primer piso de aquel atípico hotel, si es que podía considerarse como tal. Más que un lugar donde pasar unos días, o tal vez semanas, se trataba de un hogar donde uno podía hacer su vida sin preocuparse de nada más que de lo realmente importante. Lucy terminó por sentarse en el sofá que le pareció más cómodo, junto a una mesilla que apilaba unas cuantas revistas ordenadas milimétricamente unas encima de otras. Mientras agarraba la primera, echó un rápido vistazo a su alrededor. El aspecto general de la «cárcel», como ella había decidido llamarla, mezclaba la elegancia de los años treinta con lo último en tecnología; pantallas planas de alta definición, colgadas en puntos estratégicos, mostraban diferentes imágenes de las instalaciones. Prácticamente todos los actores de la «función» eran jóvenes residentes. Aunque había algunos trabajadores y, por lo que parecía, otros podían estar visitando a supuestos familiares, la inmensa mayoría estaba compuesta exclusivamente por los inquilinos.

Lucy decidió apartar la vista, ya que le estaban entrando ganas de vomitar con tanta *Casa de la pradera* junta.

Las puertas de un ascensor, hasta entonces ocultas al ojo poco observador, se abrieron de repente de par en par, mostrando por dónde se subía a la zona residencial. Estaba justo detrás de recepción, en una pared que, a simple vista, parecía eso mismamente: una pared. Lucy supuso que para llamar al ascensor desde aquel piso, debía hacerse desde el ordenador del recepcionista. Sin duda eran cuidadosos, había que admitirlo.

—Marty, ¿tienes un momento? —preguntó alguien desde el interior.

Aunque Lucy se esforzó por intentar ver a quién pertenecía la voz, no fue capaz. Se estiró hacia atrás sin despegarse del sofá y pareció como si el reactor de un avión estuviera intentando lanzarla bien lejos.

—¿Eh? Oh, no. Estoy esperando a que vengan a por una nueva residente que acaba de llegar. ¿Por qué? —contestó el recepcionista tras ver de quién se trataba.

Una cabeza asomó entonces por el reborde de las puertas hidráulicas y miró directamente hacia los sofás. Lucy vio a un chico guapísimo, de gran estatura. Tenía el pelo azabache y engominado hacia arriba. Los ojos del joven parecieron atravesarla de tal manera que se le erizó el vello como si fuera un

puercoespín.

—¡Ah! —soltó un grito y se recolocó en el sofá, incrustando la primera página de la revista en su cara para eliminar el contacto visual—. Madre mía... Qué ojos más... Más... M-M-Más... —pensó un momento— azules —terminó.

—Bueno, cuando puedas, avísame, ¿quieres? —Y después, el ascensor se cerró.

El recepcionista continuó con sus quehaceres y rápidamente las pulsaciones del nervioso corazón de la joven y enrojecida Lucy volvieron a la normalidad.

Cuando se dio cuenta de que tenía la revista apenas a dos centímetros de sus ojos, cayó en la cuenta de que parecía tonta; o miope.

—Bueno, ya que estamos... —susurró colocándola a una distancia saludable—. «La Torre Madison les da la bienvenida a su nuevo hogar...» —leyó en voz alta. Luego añadió para sí misma, sonando con más rabia de la deseada—: Y un huevo...

Marty, el recepcionista, escuchó la última frase, y tras observarla durante un instante de reojo, volvió a mirar el reloj de la entrada antes de suspirar y decir:

—Novatos...

Nadie la conocía aún, por lo que no podían saber lo infinitamente descontenta que estaba con la idea de vivir en un edificio de más de cuarenta plantas de altura, situado en medio de un valle solitario de un país del Norte donde solo se veía un montón de vacas y ninguna tienda a menos de tres horas en coche. Básicamente, y resumiendo: odiaba estar en el culo del mundo.

Ya se lo había temido en el viaje de ida, cuando observó estupefacta que el taxi se alejaba cada vez más y más de Dublín, a donde había llegado en avión tras un horroroso viaje lleno de turbulencias.

—Al menos, ya no me tendré que preocupar de volver a viajar... —bromeó buscándole el lado positivo a algo que, en su opinión, no lo tenía.

Era consciente de que le quedaban muchos años por pasar en la «cárcel», y aunque había intentado convencer a sus padres, ni las amenazas ni las súplicas habían servido de nada. Lucy decidió dejar ocultos, en algún rincón de su cabeza, los recuerdos sobre la pelea que tuvo con ellos y se centró en leer la revista, que claramente se trataba de un burdo panfleto publicitario sobre ese mismo lugar. Supuso que estaba «inocentemente» colocado para las visitas de los residentes, o incluso para los propios inquilinos que, como ella,

aún no conocían nada de la llamada Torre Madison.

—«Situada a más de veinte kilómetros de cualquier pueblo o monumento turístico...» —leyó, esta vez completamente centrada y seria—, «la Torre Madison les asegura una agradable y tranquila estancia. Con la más moderna tecnología y los mejores cuidados, podemos garantizar al cien por cien una estancia sin preocupaciones para todos los niveles de fotosensibilidad a los rayos UV. ¿Nunca ha soñado con una vida sin miedo al Sol? ¿Nunca ha deseado poder levantarse por la mañana y abrir una puerta sin preocuparse de lo que haya al otro lado?».

Todas aquellas preguntas le resultaban familiares a Lucy; y sabía la respuesta. Sin embargo, no podía creer que la solución para su desastrosa vida fuera acabar encerrada en una enorme infraestructura arquitectónica de metal y cristal. Pero, aun así, aunque le doliese, lo cierto era que hasta entonces su vida no había sido muy diferente de lo que describía aquella maldita revista. Aún recordaba la monotonía de cada una de sus mañanas: se levantaba con la persiana totalmente bajada, por supuesto, y se vestía bajo una lámpara con la intensidad de la luz ajustada a su piel para evitar riesgos; finalmente, salía al pasillo, también a oscuras. Abajo todo estaba igualmente adaptado a sus necesidades; sus padres habían hecho el esfuerzo de preparar toda la casa a lo que ella requiriera. Y aunque era sin duda algo de agradecer, Lucy no podía evitar sentirse culpable. Sabía que algunas familias ideaban una serie de habitaciones excluidas de la «zona segura» para que los no afectados pudieran descansar la vista, y otras que subían las persianas del cuarto cuando el enfermo salía y las bajaban cuando iba a volver a entrar. Aunque era incómodo y poco práctico, a Lucy le parecía mejor opción que la que había escogido su familia. Sin duda, para ellos su hija estaba ante todo, pero lo que tanto odiaba, precisamente, era que sacrificaran todas sus comodidades por ella. Incluso el dormitorio de sus padres estaba preparado para que pudiera entrar por si acaso, provocando, con el tiempo, que su padre empezara a perder visión de manera alarmante. Ni siquiera su madre podía leer a gusto un libro sentada en el sofá; tenía que utilizar una estúpida minilinterna que se anclaba a la tapa y que hacía más mal que bien.

Tras ignorar unos cuantos párrafos llenos de autoalabanzas, terminó por pasar página y quedarse a cuadros con la fotografía que ocupaba de arriba abajo la hoja.

—¡Madre de Dios! —exclamó.

¿Qué otra cosa podía decir tras ver con todo lujo de detalles el monstruo

gigantesco que resultaba ser la Torre Madison? Allí estaba, rodeada por un prado coloreado al óleo y desdibujado por sus extremos. Su aspecto emulaba el de una pirámide de base cuadrangular estirada más de lo normal y con un estrechamiento menos evidente, que terminaba con un último piso plano y sin punta alguna. Cientos de ventanales negros ocupaban toda la extensión de las planas paredes y apenas podían apreciarse otros detalles; parecía una torre pulida y perfecta. A pie de la imagen había una leve, pero detallada, información que aclaraba la altura total del edificio, un dato que sin duda sorprendió aún más a la, ya de por sí, preocupada Lucy. Cuarenta y nueve pisos, trescientos metros de altura, más de trescientas habitaciones individuales, veinte tiendas, servicio de cafetería y restaurante, seis pisos acondicionados y preparados con los últimos avances hospitalarios y especializados en quemados y, por supuesto, un instituto, una universidad, una biblioteca e incluso un supermercado.

—Tienen que estar de coña —espetó cerrando la revista y echando la cabeza hacia atrás.

—N-N-No, no lo están —una voz sonó tras de sí provocando en Lucy un leve bote y que el sobresalto se viera reflejado en su pálida piel.

Un chico de mediana estatura, de pelo corto castaño y revuelto, estaba de pie observándola. Llevaba una sudadera con rayas blancas y negras. Parecía nervioso.

—P-Perdona, ¿te he asustado? —preguntó, aunque la respuesta era obvia.

—¡Pues claro! —Allí estaba Lucy, mostrándole a un desconocido lo terriblemente «agradable» que podía llegar a ser—. ¿Es que no sabes que está mal escuchar las conversaciones de los demás?

—P-Pero si no estás hablando con nadie...

Lucy podría haberle contestado. Sin embargo, se lo quedó mirando con ganas de arrancarle la cabeza de un mordisco; seguramente incluso lo imaginó. Después, volvió de nuevo la cara hacia la revista. No pasaron ni dos segundos hasta que comenzó a sentir un leve, pero molesto, golpecito en el hombro. Era de nuevo él.

—¿Qué quieres ahora?!

—Eres... um... Lucy Shepard, ¿verdad? —movía tembloroso los ojos al hablar. Parecía que se trataba de un tic nervioso, pero nada más lejos de la realidad. Lo cierto era que Lucy, cuando se enfadaba, imponía más de la cuenta. Era un defecto de nacimiento, algo que contrastaba y chocaba a todo el mundo dado su cuerpo delgado y aparentemente débil.

Cuando escuchó su nombre, se levantó y se ruborizó al darse cuenta: él era la persona a la que estaba esperando. Genial. Acababa de sacarle las uñas a quien supuestamente tenía que dirigirla hacia su habitación. ¿Y si ahora se tomaba venganza y la dejaba encerrada en el ascensor? O, aún peor, ¿y si decidía confinarla en algún cuarto oscuro hasta que se muriera de hambre? Evidentemente el muchacho jamás haría algo así, pero la imaginativa, y en ocasiones absurda, cabeza de Lucy empezó a temer excentricidades varias.

—¡Encantada! —le enseñó los dientes intentando mostrar una bella y bonita sonrisa, a pesar de que lo único que le dejó claro al muchacho era que tenía una dentadura envidiable.

El joven le indicó que lo siguiera y agarró la maleta de la chica, provocando que ella se sintiera aún más culpable.

«Genial... Además es un caballero», pensó para sus adentros.

Cuando ambos estuvieron en el ascensor, Lucy se percató de lo increíblemente espacioso que este era, además de moderno. Podían caber perfectamente diez personas dentro, con maletas incluidas, y aún habría espacio para alguien más. Las puertas se cerraron herméticamente y un leve vaivén indicó que estaban ascendiendo. Después, todo se estabilizó.

—¿A qué piso vamos? —preguntó sin quitarle la vista de encima a la pantallita que iba contando las plantas. Rezó para que no subieran mucho.

—Pues... —intentó recordar—. Al veintitrés.

—¿Tan alto?! ¿No podría ser uno más cercano a tierra firme? ¿Y si hay un incendio o un ataque terro...? —se mordió la lengua al darse cuenta de lo estúpida que estaba sonando, y resumió—: Es que tengo un poco de miedo a las alturas, ¿sabes?

—Lo siento, pero los pisos están repartidos por nivel de sensibilidad a la luz. Tú eres de nivel dos, por lo que debes vivir en el piso veintitrés. — Parecía que estaba recitando algo que se había aprendido de memoria.

—¿Eh? ¿Nivel qué?

—Sí, nivel dos. Desde el piso diecisiete hasta el piso veinticuatro, están repartidas las habitaciones. El último piso es para los de nivel uno, el más sensible a la luz, así que como tú eres de nivel dos según los expedientes de ingreso...

—Ya, sí, bueno. Yo tengo que estar en el veintitrés, lo he entendido. —Se calló un momento, pero aún no se había dado por vencida, así que volvió a la carga—: ¿No crees que está muy mal pensado?

El joven la miró sin abrir la boca y esperó a que ella continuara.

—Los residentes más sensibles a la luz solar, y por lógica más propensos a accidentes, son los que viven en el piso más alto de la zona residencial... ¿No sería más normal que estuvieran lo más cerca posible del suelo para que se les trasladase más rápidamente a un hospital?

—Por eso el hospital ocupa los pisos veinticinco, veintiséis, veintisiete y veintiocho. Además, tenemos un pequeño helipuerto en la azotea para emergencias.

—Ah... Joder. —No supo qué otra cosa decir.

Las puertas, finalmente, se abrieron en cuanto llegaron al piso veintitrés, y eso dio al chico un poco de tranquilidad. En cuanto Lucy salió y estuvo en el pasillo, quedó tan impresionada que la discusión anterior se esfumó junto con el ascensor. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba en un lugar más propio de la ciencia ficción que del mundo real. El pasillo era de cristal, aunque ahumado, para impedir que se viera nada a través de él. A los lados estaban las distintas habitaciones, adornadas cada una con un letrero de plata colgado justo encima del marco de la entrada.

—Pero, pero... ¿Mi habitación también tiene las paredes de cristal?

—Sí, pero no te preocupes. Es cristal ahumado, no se ve nada. Además, es muy resistente y no se rompe. Según he leído, está prensado con más de diez capas y lo han preparado de tal modo que no deja entrar ni salir la luz. No hay de qué preocuparse.

—Pareces un vendedor. —Lucy apretó los ojos, agotada.

El muchacho sonrió por primera vez y ella terminó por imitarle.

—Sé que soy muy pesada, te pido perdón. Sólo estás haciendo tu trabajo. —Era la primera vez que lo trataba con dulzura y también la primera en la que se fijaba realmente en su cara. Parecía triste, con unas grandes ojeras rodeando y tatuando los bordes de sus ojos tono almendra.

—¿Trabajo? Oh, no, no. Yo no trabajo aquí. Soy residente, como tú.

—¿Entonces qué haces enseñándome todo esto?! —Lucy pensó que, al final, tal vez sí que fuera un psicópata.

—Marty me lo ha encargado. Normalmente, cuando llega alguien nuevo suele mandar a otro residente para que le dé la bienvenida. Así conoce a sus vecinos y se va relacionando.

—¿Vecinos? Quieres decir que... —Lucy temió acabar la frase, pero de ello ya se ocupó él.

—Soy tu vecino. Vivo en la puerta que está frente a la tuya, la doscientos treinta y cuatro. —Le acercó una tarjeta y, tras ponérsela en la mano, le indicó

que ella estaba en la doscientos treinta y cinco—. No la pierdas, son caras.

Lucy se repuso con dificultad de la sorpresa y abrió su piso pasando la llave electrónica por un lector de seguridad que liberó el cierre.

—Si necesitas cualquier cosa, ya sabes dónde estoy. Si no, tienes un teléfono dentro. Puedes preguntar lo que sea a recepción, aunque creo que ya se habrá marchado; es algo tarde. —Después se dio media vuelta y se alejó deseándole buenas noches.

La conversación habría finalizado entonces, pero Lucy se asomó de nuevo al pasillo y le preguntó cuándo se desayunaba o si tenía que hacer algo en particular.

—¡Ah, sí! —contestó él—. Se me olvidaba: tienes un folleto con los horarios en la mesilla de noche. Acuérdate de pasarte por la oficina de la directora, le gusta dar la bienvenida a todos los nuevos... Es muy agradable... Te gustará...

—Vale, gracias... Esto... —Lucy se dio cuenta de que él aún no se había presentado.

—Lean, me llamo Lean. —Volvió tras sus pasos y le estrechó la mano mientras la miraba por primera vez directamente a los ojos.

Por fin el viaje había terminado. Allí estaba Lucy, dentro de su nuevo hogar, con la maleta tirada en medio y aún sin saber muy bien qué hacer. Tenía que reconocer que el lugar era acogedor. Medía unos sesenta metros cuadrados y disponía de un baño con ducha, una pequeña cocina, un dormitorio con armario y dos mesitas y un comedor con sofá para sus ratos de relax. Pero todo aquello quedó en segundo plano cuando se dio cuenta de que tenía una enorme ventana que daba al exterior. Bueno, técnicamente no lo era, ya que las cuatro paredes de su piso eran de cristal ahumado. Pero había un espacio, del tamaño de una ventana, sin oscurecer, para que pudiera echar un vistazo al exterior.

—¿No será esto peligroso? Por aquí podría entrar luz —murmuró antes de desechar la idea.

Sabía que estaba en un edificio realmente lujoso y dedicado exclusivamente a la gente que padecía alergia al Sol. Nadie en su sano juicio iba a cometer una estupidez tan mayúscula. Pronto se acordó: cuando aún vivía con sus padres estuvieron a punto de instalar unos paneles de cristal que hacían que la luz entrara más suave. Era un efecto curioso que hacía rebotar los rayos UV mientras dejaba paso a los menos dañinos. Por desgracia, resultaron ser muy caros, y, al final, no pudieron permitírselo. Supuso que se

trataba de algo similar, aunque seguramente era incluso más complejo.

—No puedo creer todavía que mis padres hayan podido pagar esto...

Se dirigió hacia la cama y, tras sentarse en ella, permitió que sus energías la abandonasen mientras se dejaba caer. Un pequeño quejido se escapó de entre sus labios y, tras cerrar los ojos durante un rato, decidió que lo mejor que podía hacer era acostarse.

—Ya me preocuparé de deshacer la maleta mañana.

El folleto sobre el que Lean le había hablado estaba donde debía estar, en la mesilla de noche, justo al lado de una lámpara de pie. Al otro lado de la cama había una diminuta hoja arrugada de papel cuadriculado. Agarró el folleto y le echó un vistazo, momento en el que fue partícipe de la inmensidad arquitectónica y tecnológica que de verdad escondía la Torre Madison. Un detallado croquis informaba, mediante leyendas y planos, de los servicios de los que disponía cada una de las plantas; desde la primera hasta la última. Después de cotillear unos segundos, decidió dar media vuelta a la página y buscar los horarios. Allí estaban, tras una breve introducción en la que le deseaban una feliz bienvenida. Una fila mostraba las horas del día, mientras que la columna contigua detallaba el piso y servicio que podía utilizarse a dicha hora.

—El desayuno es de siete a nueve de la mañana. ¡Agh! —puso los ojos en blanco durante un momento—. Horario inglés, cómo lo odio, con lo bien que sienta levantarse a las nueve o diez y desayunar con tranquilidad...

No debía preocuparse de comer hasta la una de la tarde, por lo que tendría tiempo suficiente para presentarse a la directora y dar una vuelta por las tiendas. Cuando tuvo claro el plan que iba a seguir al día siguiente, volvió a recostarse en la cama, aún con el papel en la mano, y buscó con la mirada el teléfono. Estaba al otro lado de la cama, en la mesilla del papel arrugado. Se acercó arrastrándose como si llevara días moviéndose por el desierto sin nada que llevarse a la boca y lo agarró. Era inalámbrico, no podía ser de otra manera. Al descolgar, escuchó una voz que empezó a hablarle:

—*¡Bienvenido a la Torre Madison!*

Lucy se sorprendió al escuchar a una señorita al otro lado de la línea.

—¡Oh! Buenas noches. Quería... —empezó, pero la otra voz se interpuso encima de la suya y continuó hablando. Lucy se sentía estúpida: era una maldita grabación.

—*Nos consta que esta es la primera vez que va a usar la línea telefónica. El servicio está activado sin cargo alguno, por lo que puede*

utilizarlo sin sorpresas.

—Yupi... —contestó.

—Puede llamar libremente si lo desea a otro país sin adquirir tampoco ningún tipo de recargo. Si desea recibir alguna llamada directamente a su cuarto desde el exterior, recuerde que debe marcar el número de teléfono de información, añadiendo al final su número de habitación. Si, por el contrario, desea llamar a algún otro piso, tan solo debe marcar asterisco más el número de habitación. Muchas gracias, esperamos que sea feliz con nosotros.

La grabación terminó dando paso al zumbido característico de la línea telefónica, la cual esperó a que Lucy marcara.

—Nueve... —empezó a pulsar hasta acabar de marcar todos los dígitos. Un molesto pitido zumbó entre sus tímpanos y, después, dejó paso a otra grabación, de mucha menos calidad y en gaélico.

—Joder, es verdad, el prefijo. ¿Cuál es el prefijo de mi país? —Se echó el teléfono a la frente y se dio golpecitos con él—. No me acuerdo... —Su mano terminó por derrumbarse junto al inalámbrico y ella desistió.

Lucy pensó que seguramente sus padres estarían durmiendo, ya que eran las dos de la mañana y en casa apenas había diferencia horaria palpable. Una hora más, una hora menos.

—Tal vez sea mejor dejarlo para mañana. Sí. —Entonces, se dio cuenta de que había llegado a las tantas. Lean había estado aguantándola sin quejarse y, por lo que sabía, ni siquiera era su obligación... —Seguro que estaba durmiendo, ¡genial! —Ahora se sentía aún peor. Lo había tratado fatal—. Mañana me disculparé con él. Total, es mi vecino, así que seguro que me lo encuentro. —No pudo evitar sonreír al escucharse a sí misma decir esa palabra—. Vecino... —Siempre se había imaginado siendo una chica independiente, pero ahora lo era de verdad—. ¿Era esto lo que querías para mí, mamá? ¿Esto es a lo que te referías cuando me decías que debía vivir mi propia vida?

No pudo evitar acordarse de la discusión que protagonizaron las dos en el comedor de casa. Su padre estaba callado con las manos tapándose la boca y escuchando atentamente lo que ambas decían. Si tuviera que compararse con otra cosa, lo más parecido sería un juez de línea de un partido de tenis. Siempre observando, siempre silencioso, siempre preparado para cualquier contratiempo.

—¿Os queréis deshacer de mí?! ¿Es eso? —empezó Lucy en cuanto le

enseñaron una página web impresa que hablaba de la Torre Madison. Aquel trozo de papel era en ese momento su peor enemigo y la razón de sus llantos y preocupaciones. Su familia llevaba un tiempo buscando alguna cura a su fotosensibilidad y parecía que, finalmente, se habían dado cuenta de que la adaptación era la única cura posible para ella. Sin embargo, aquella idea le parecía una locura.

—¡No queremos deshacernos de ti! ¡¿Cómo puedes decirme eso?! — replicó su madre roja como un tomate. Parecía que iba a explotar.

Su padre, entre dientes y distante para no llevarse los gritos de su hija, comentó casi sin sonido que lo hacían por su bien. Por supuesto, Lucy no escuchó ni una palabra.

—¿Os parece normal mandarme hasta Irlanda para que viva en una cárcel alejada del mundo? —cogió el papel e hizo una bola con él—. ¡Una mierda!

—¡Hija! —La madre respiró hondo y se calmó, intentando que su tono suave la ayudara a hacerle entrar en razón—. ¿Acaso en casa no sientes que estás en una cárcel? No puedes salir a la calle nunca, ni siquiera cuando llueve por si se despeja. C-Cuando es verano y llaman a la puerta, no puedes abrir y tienes que alejarte del pasillo. Hemos comprado bombillas de baja intensidad para que no te dañen y nunca has tenido amigos con los que jugar ni hablar.

—Las bombillas ya te he dicho que no dañan la piel, hasta el médico te lo ha repetido mil veces. Y sí tengo amigos.

—No sabemos cómo puede afectarte, hija. ¿Y si eres alérgica también a esa luz...? Y hablar a través de un ordenador con alguien no es tener amigos.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Me pongo un absurdo traje antirrayos ultravioleta y una máscara para que todos me miren como si fuera un astronauta?

—¡Es mejor que no salir de casa en veinte años!

Lucy se levantó de la silla e hizo ademán de marcharse para subir a su cuarto, pero entonces su padre habló:

—Siempre haremos lo mejor para ti, cariño. Lo único que queremos es que seas feliz y puedas vivir una vida normal. No tienes por qué hacerlo si no quieres..., pero nos alegraría que aceptases. —Él hablaba poco, pero cuando lo hacía, sabía lo que tenía que decir, sin duda.

—Yo solo quiero que vivas tu propia vida, Lucy —añadió su madre al ver que su hija se lo estaba pensando.

Las siguientes palabras que Lucy pronunció le costaron tanto que se arrepintió nada más decirlas:

—Está bien, si es lo que queréis...

Pero ya no había vuelta atrás.

Se despertó en su habitación de la torre Madison a las tantas, con la luz aún encendida y la maleta en medio del pasillo.

—Vaya, me he quedado sopa...

Miró un reloj que colgaba justo enfrente de la cama y observó que apenas habían pasado veinte minutos. Se incorporó, dejó el teléfono en su sitio y, después, hizo lo propio con el horario.

—Un momento... —abrió los ojos con terror. Acababa de fijarse en la otra hoja arrugada que no había mirado hasta ahora. Tenía una frase, que pisoteó los ánimos de Lucy, escrita con bolígrafo azul—. No puede ser... ¿Tengo que ir a...? —se lamentó antes de leer en voz alta lo que tenía puesto.

«No llegues tarde mañana, el campus está en el piso treinta y tres. Pregunta al conserje cuando llegues. Nos vemos en clase. Lean.»

CAPÍTULO 2

La chica nueva

Al día siguiente, el teléfono de la habitación empezó a sonar con insistencia. Lucy gruñó al despertarse. Se revolvió en la cama haciendo oídos sordos hasta que, tras cinco segundos, este se calló...

—¡Joder! —rugió en cuanto volvió a sonar. Se incorporó como si se tratara de un muerto en vida con la mirada clavada al frente. Respiró hondo, alargó el brazo y apretó con todo su odio el inalámbrico—. ¡¿Quién es?!

El interlocutor al otro lado de la línea notó su amenazadora voz:

—U-Um... ¿Lucy Shepard? —Por un momento creyó que se había equivocado.

—¡Oh! Sí, sí, soy yo. Dígame, dígame —cambió el tono de su voz cuando se dio cuenta de dónde estaba. En una milésima de segundo dejó de ser un monstruo horripilante y se transformó en una simpática señorita.

—Soy yo. Lean.

—Oh, sólo eres tú... —El monstruo volvió.

—¡¿Cómo que sólo soy yo?!

Lucy arqueó una ceja, movimiento que no simbolizaba nada bueno.

—¿Sabes lo cansada que estoy?

—S-Sí, es verdad, perdona. —Tras su voz se escuchaba un molesto e inclasificable barullo. Se oían pisadas, gritos y alguna que otra risa.

—Bueno... —dejó un momento que el silencio pasara al otro lado del teléfono con la esperanza de que Lean espabilara y dijera qué demonios quería. Pero no fue así, por lo que terminó por preguntar—: ¿Qué demonios quieres?

—¿Es que no leíste mi nota?

Lucy dejó caer la mano que sostenía el teléfono contra la cama y puso una mueca graciosa.

—Síiii... No me digas que me has llamado sólo para que te dé las gracias.

Una voz femenina, metalizada y de gran intensidad, se coló a través del auricular. Sonaba desde la lejanía, pero Lucy pudo escucharla con toda claridad: «Atención, alumnos. Atención, alumnos. Los cinco minutos de descanso han terminado, acudan a sus clases. Repito, acudan a sus clases».

Lucy colgó corriendo el teléfono y Lean se quedó mirando el auricular

como un idiota. Después, suspiró y se dirigió a clase.

—¡Mierda, mierda, mierda! —repitió Lucy mientras se levantaba a toda velocidad y abría la maleta como una posesa—. ¡Las clases, joder! ¡Me he quedado dormida, me he quedado dormida!

La ropa voló por los aires mientras buscaba algo que ponerse. No tenía muy claro qué era lo más adecuado, pero se decidió por un pantalón vaquero de color azul claro y una camiseta de manga corta rosa con un bonito dibujo de un conejo blanco sonriendo.

Salió corriendo por la puerta y terminó en el pasillo del vestíbulo para, al instante, darse media vuelta.

—¡La llave, la llave! —Cuando la tuvo entre sus garras ya estuvo lista para salir corriendo al ascensor. Mientras tanto, la habitación se quedó sola, revuelta, con pantalones y camisetas tiradas por el suelo y algún que otro sujetador colgando de la esquina de algún que otro mueble.

Dentro del ascensor su corazón latía a mil. Llegaba tarde a clase su primer día y, para colmo, primero tenía que pasarse a ver a la directora de la «cárcel».

—Vamos a ver... —ladeó el dedo índice buscando el interruptor deseado, pero se dio cuenta de que ni siquiera sabía el piso en el que se encontraba la oficina.

Tras mucho debatir, optó por ir hacia la universidad y preguntárselo directamente a Lean. Aunque no tuvo la oportunidad de pulsarlo; las puertas se cerraron tras la llamada desde otro piso y el ascensor subió al veinticuatro. El corazón de Lucy casi se le salió por la boca cuando estas se abrieron como si se tratara del portón del mismísimo cielo, mostrando al chico de la noche anterior ante sus ojos. Sí, el del pelo engominado, ojos azules y estatura envidiablemente alta, ese. Ella soltó un grito de asombro y él, después de mirarla con indiferencia, entró para colocarse junto a los botones.

—Voy... al piso treinta y tres —informó Lucy esperando a que él lo pulsara.

—Felicidades —le contestó y presionó el treinta y ocho.

Si el chico la hubiera mirado, habría sido testigo de cómo, por primera vez, Lucy se quedaba con la boca abierta y totalmente superada por la situación. Estaba bloqueada. Normalmente hubiera contestado a gritos diciéndole que era un desgraciado, un maleducado o un gilipollas, siendo lo último lo más probable. Pero en aquella ocasión era distinto. Tal vez fuesen aquellos ojos que la impresionaban tanto a pesar de no tener nada especial, o

puede que fuera la piel blanquecina que portaba aquella hermosa criatura; aunque no era diferente de la suya. Fuera como fuese, Lucy había perdido el primer *round* de la conversación, si es que a aquello se le podía considerar tal cosa.

El ascensor comenzó a subir y ella empezó a impacientarse. Iba a llegar aún más tarde por culpa de ese tío.

—¿Puedes pulsar el treinta y tres, por favor?

—¡Claro! —se burló y, tras pulsarlo, le comentó—: ¿Por qué no lo has dicho antes? —añadió una sonrisa falsa al final.

—Lo he hecho, pero estabas demasiado sordo como para escucharme. —Al momento se tapó la boca, pero ya era demasiado tarde: Lucy había sacado lo mejor de ella. Una habilidad innata para decir lo que pensaba a pesar de ser el momento más inapropiado posible. Por suerte, o por intervención divina, el joven se lo tomó bastante bien. La miró sorprendido y luego se echó a reír a carcajadas. La situación era un poco extraña, pero Lucy dio gracias al Señor.

—Eres la chica nueva, ¿verdad? —la señaló con un dedo—. Te recuerdo de ayer. Me llamo Jake. —Le ofreció la mano.

—Oh, ¿yo? —se sonrojó—. No te recuerdo. Pero sí, soy nueva. —Y le estrechó la mano sonriendo e intentando parecer dulce.

—¿Ah, no? Vaya... —Luego volvió a mirar al frente y añadió una pequeña pullita en la cual Lucy cayó como si tuviera cinco años—. Pues bien que me mirabas con ojos de cordero anoche.

—¡No eran ojos de cordero!

—¡Anda! —Se le acercó a la cara y le susurró al oído—: Así que sí me recuerdas, ¿eh?

Como Jake se imaginó, Lucy se deshizo como un flan y tuvo ganas de caer en sus brazos. Pero su orgullo fue más fuerte.

—¿Sabes por casualidad en qué piso está la directora? —Tragó saliva—. Me han dicho que tengo que pasarme a verla.

Jake parecía decepcionado.

—Oh, un cambio de tema. Bien. —Luego pensó y le informó de que se encontraba en el piso cuarenta y seis.

—¿Tan alto?

—No es de eso de lo que deberías preocuparte —aseguró volviendo a las andadas. Parecía que se divertía metiéndose con ella—. La directora es peor que caerte de un rascacielos.

—¿Por qué dices eso? —ella abrió los ojos como platos.

—Bueno, verás... Es bastante estricta. Tienes que levantar la mano cada vez que quieres hablar y siempre está diciendo lo idiotas que somos los jóvenes de hoy en día. Además, cuando haces algo bien te pregunta por qué no lo has hecho aún mejor. Es irritante.

Las puertas se abrieron para cortar la conversación y despedir al muchacho. Pero antes de salir pulsó el piso de la directora y le dedicó a Lucy un guiño.

—¡Oye! Me llamo... —gritó la joven intentando decirle su nombre mientras él se marchaba por el pasillo.

Pero él la interrumpió levantando la mano.

—Hasta luego, Lucy.

Una vez se cerró el ascensor, ella cayó rendida y maravillada. Era tan guapo y tan seguro de sí mismo que ninguna chica podía evitar sentirse, como mínimo, interesada. No dejaba de preguntarse cuándo volvería a encontrárselo, en qué piso viviría, quién tendría la increíble suerte de ser su vecino y, por supuesto, se preguntaba si tenía alguna posibilidad de conquistarle. Para ella, las preocupaciones de la noche anterior se habían disuelto tan rápido como su suspiro alcanzó el techo.

Un leve tintineo procedente de un pequeño altavoz indicó que acababa de llegar al piso de la universidad. De ello se dio cuenta nada más levantar la cabeza y observar el ambiente que la aguardaba; papeles tirados en el suelo a medio doblar, pancartas colocadas por paredes pintarrajeadas con dudosa calidad artística y algún que otro cigarrillo escondido tras alguna esquina cercana a una papelería. Al fondo podían escucharse las voces de algunos alumnos y profesores en medio de la clase. De vez en cuando alguna carraspera o tos esporádica erradicaba el silencio del piso y le hacía sentir a Lucy algo extraña.

—¿Así que esto es ir a clase? —se cuestionó.

Cualquiera que hubiera vivido una vida normal no notaría nada al visitarlo. Sin embargo, para ella era diferente. Siempre tuvo profesores a domicilio, no sabía lo que era un colegio, ni tampoco un aula a la que tener que ir todas las mañanas. No pasó por la experiencia de hacer una chuleta, ni por la de enamorarse de algún chico del campus de la universidad o de hacer planes para salir con compañeros y quedar para estudiar juntos. Lo único que conocía a sus veinte años era la soledad, la universidad a distancia y los *chats* de internet. El resto estaba vetado para ella; hasta ese momento.

Guardó sus sentimientos cuando las puertas se volvieron a cerrar y el

ascensor se la llevó hacia el piso de la directora.

—Bueno, ya que llego tarde...

Planeó ir primero a presentarse; ya tendría tiempo de ir a clase. A fin de cuentas, iba a ser impuntual de todos modos. Se imaginó a Lean mordiéndose las uñas y, después, soltó una breve risita.

* * *

En el aula de los alumnos de segundo, las cosas seguían tan aburridas como siempre. La señora Vals continuaba su clase de literatura con aquella voz que podría dormir a un adicto a la cafeína, mientras que el resto de la clase hacía como que la escuchaba.

—¿No decías que iba a venir una chica nueva? —le increpó un compañero a Lean desde atrás.

—Sí... No creo que tarde mucho más —deseó mientras hacía todo lo posible por no salir malparado.

En la clase, todos tomaban a Lean como un verdadero idiota; y no era por envidiar sus notas o porque no les gustara su aspecto. La razón de todas las burlas era la inseguridad que arrastraba como si llevara un grillete junto a una bola de hormigón. Su personalidad reservada y solitaria le había creado demasiadas enemistades. Incluso los nuevos, tras un par de días, acababan aprovechando su situación para reírse y ganar un poco de fama y amigos a su costa. Lucy, por supuesto, fue la primera que tardó solo dos segundos en hacerlo, aunque las razones fueran bien diferentes.

—Seguro que se lo ha inventado. ¡Pero si está más solo que la una! —escuchó a un lado.

—¡Es verdad! Si vive solo en toda la planta... Es tan idiota que nadie quiere vivir en el mismo nivel que él —continuó otro.

Aunque las razones eran simples tonterías, era verdad que había vivido sin compañía en el piso veintitrés hasta entonces. Todo se debía a una escrupulosa organización en niveles de fotosensibilidad, una casualidad que lo había dejado aislado la mayor parte del tiempo a pesar de que la edificación estaba preparada para que incluso los de nivel uno camparan a sus anchas por todas partes. La separación en pisos tenía su razón de ser y facilitaba el desplazamiento al hospital a quienes requerían más cuidados y precauciones que el resto. Por regla general, el edificio solía recibir inscripciones de jóvenes con una intolerancia de nivel seis o siete, teniendo en cuenta que el nivel ocho era el de menor peligro y el uno, el de mayor. Sin duda, la noticia

de que iba a tener una vecina fue una verdadera alegría para Lean; al menos hasta que supo cómo era Lucy. Ahora, además de seguir sintiéndose solo, tenía a alguien más cerca que seguramente acabaría odiándole.

* * *

El despacho de la directora era muy espacioso, aunque algo estrecho. El estilo arquitectónico se caracterizaba por estar lleno de rectas y muebles cuadrados. La mesa de trabajo era excesivamente larga, casi ocupaba todo el ancho del cuarto, y estaba llena de folios y carpetas. La directora tenía una gran colección de libros, repartida entre las estanterías que acompañaban a cada una de las numerosas ventanas que sobresalían de la pared. Daban un aspecto extraño, aunque atractivo, al ambiente. Justo al fondo del todo podía verse unos cuantos diplomas y varias fotografías sobre los inicios de la construcción de la torre. Cuando Lucy entró, sintió como si estuviera en una entrevista de trabajo.

—¡Buenos días! Dichosos los ojos, querida —la mujer la saludó levantándose de su asiento y buscando las manos de la joven. Se presentó como Madison Mars.

Cuando Lucy le estrechó la mano y se sentó, quedó fascinada por su belleza. Era una mujer delgada, con un cuerpo con forma de reloj de arena realmente envidiable y una melena corta tan rubia y tan ligeramente ondeada que ni Marilyn Monroe podía hacerle sombra. Su piel era excesivamente blanca, aunque intentaba ocultarlo maquillando los antebrazos y la cara. El cuello y el resto del cuerpo los escondía con excesivo gusto utilizando una blusa semitransparente de color blanco y un bonito vestido negro de ejecutiva independiente.

—Muchas gracias, espero no estarla molestando —contestó Lucy, aunque lo que pensaba era qué edad tendría. Aparentaba la treintena, a pesar de mostrar un aire más propio de los años dorados de la ley seca.

La directora le pidió que la tuteara y, después, le preguntó qué tal había ido el viaje. Una breve, pero agradable, conversación llena de preguntas triviales para romper el hielo se fue desarrollando mientras Lucy estaba cada vez más cómoda. Al parecer Jake había exagerado bastante sobre ella; ni levantar la mano para hablar ni sandeces por el estilo.

Madison la miró algo más seria.

—Estaba un poco preocupada, ¿sabes?

Lucy se limitó a ladear la cabeza y cerrar ligeramente sus ojos; no acababa

de entenderla. La mujer alargó el brazo a un lado y agarró una pequeña taza de café que descansaba sobre la mesa. Le dio un par de sorbos y prosiguió la conversación:

—Me han dicho que no te has presentado a clase.

—Sí... Bueno... —Lucy se inquietó—. Es que no estoy acostumbrada a la universidad. Cuando vivía con mis padres contrataban a profesores para que vinieran a casa, ya sabe... —Sin darse cuenta, empezaron a temblarle las rodillas.

—Lo entiendo, querida, pero... —volvió a beber de la taza y la mantuvo entre sus dedos— ya no estás con tus padres.

Aunque pudo interpretarse como una frase algo brusca, Lucy no percibió maldad alguna, y, por ello, sonrió levemente dejando que continuara.

—No me malinterpretes, pero necesitas cambiar tus hábitos cuanto antes. Piensa que ahora vas a hacer una vida normal, lejos de las preocupaciones del exterior. —Hizo una breve pausa—. Por ejemplo, dime: ¿al entrar y ver las ventanas no has sentido la necesidad de salir corriendo?

La joven se percató de que Madison se había dado cuenta. Nada más acceder al despacho, había observado los enormes ventanales que se escondían entre las estanterías. El brillo del exterior entraba como cataratas de luz dibujando un surco en el aire. Para cualquiera sería una visión agradable, pero para Lucy significaba peligro. Al principio su reacción fue detenerse. Pero en cuanto se dio cuenta de dónde estaba, recordó que no debía temer nada.

—Sí, señora —reconoció.

—Una persona que no tiene ningún tipo de enfermedad que el Sol pueda acrecentar hubiera entrado sin tan siquiera fijarse. Se habría sentado en la silla en la que estás sin pestañear y, seguramente, ni se acordaría de dónde están las dichas ventanas. Esa mentalidad es la que quiero que tengas mientras estás en la Torre Madison. —Se levantó y se le acercó, rodeando la mesa—. Verás, digo esto a todos los recién llegados porque me gusta que comprendan que he construido este lugar para que gente como tú y como yo... —Lucy se sorprendió, no esperaba que la directora tuviera el mismo problema— pueda hacer una vida normal. Aquí damos la oportunidad a los jóvenes de estudiar entre iguales, independizarse, divertirse, salir de compras, ir al cine y, si lo desean, trabajar como si nada pasara. Muchos de los niños que han pasado su vida aquí son ahora trabajadores de las tiendas y servicios de los que me enorgullezco de recomendarte. —Tosió una vez y se detuvo al darse cuenta de

que hablaba como si Lucy fuera una accionista—. Perdóname, me ha salido la vena empresarial —se rio y volvió a su sitio.

—Y... ¿Puedo irme cuando quiera? —preguntó sorprendiendo a la directora.

—¿Es que quieres marcharte?

—Bueno... Ha sido idea de mis padres que viniera... Y yo...

—Te sientes abandonada, ¿no? —adivinó dejándola sin palabras—. Mira, no te voy a mentir: puedes irte cuando quieras. Pero permítame el atrevimiento de decirte que mejor que aquí no vas a estar ni siquiera en tu propia casa. ¡No porque no te quieran ni nada por el estilo! Estoy segura de que eras muy feliz allí, pero empezar a vivir tu propia vida sin temer a nada... es algo diferente. No deberías perderte esta sensación. No digo que te quedes, pero al menos prueba un mes.

—Pero, ¿y los costes?

—Si es por eso, tus padres ya han pagado unos cuantos meses de adelanto. Si al final decides quedarte, ellos pueden ingresar otra cantidad..., o, si lo prefieres, gánate tu estancia trabajando en alguna tienda. Por ejemplo.

La puerta del fondo se abrió de repente y una amable señorita interrumpió la conversación mientras se disculpaba. Dijo que se acercaba la hora del discurso y le recordó que debería ir yendo hacia el salón donde este tendría lugar. Después, sin dar la espalda a la directora, caminó hacia atrás y, con ambas manos, volvió a cerrar la puerta desde fuera.

—Parece que nuestra pequeña charla ha terminado —informó divertida mientras se levantaba y acompañaba a Lucy hacia la puerta—. Vamos a dar un pequeño homenaje a una antigua residente, te recomiendo que vayas hacia la universidad. Llamaré al conserje para que busque a Lean Castel y así vaya a recogerte al ascensor. Que te lleve con los demás, ¿de acuerdo?

Lucy aceptó con la cabeza y después se despidió. Cuando apenas había dejado atrás la oficina, Madison volvió a llamar su atención. En cuanto ella giró la mirada, la directora se puso muy seria y le aconsejó que no volviera a llegar tarde a clase. La joven no dijo nada, se limitó a seguir caminando mientras mentalmente se decía que, después de todo, Jake no había exagerado tanto.

* * *

Lean estaba apoyado junto a una papelería, cerca del ascensor. Tenía la mirada fija en él y esperaba como un cazador a que se abriera y apareciera su

vecina. Parecía como si le preocupara que Lucy llegase tarde a clase casi más que a la propia interesada. Se planteó en más de una ocasión regañarla nada más aparecer, incluso imaginó cómo sería la conversación entre ambos, pero, evidentemente, al final desechó la idea.

—Ya es mayorcita, no soy nadie para recriminarle. Solo es... mi vecina —murmuró apenado y con cierto tono melancólico.

—¿Otra vez hablando solo, tío? —Uno de los chicos de clase se le acercó, parecía que no había tenido bastante. Se llamaba Matt y era bastante pesado, y no solo por su capacidad de agotar la paciencia de los demás, sino también por su panza y nariz porrona.

—Estoy ocupado.

—Sí, ya veo lo ocupado que estás hablando solo. ¿Es que has salido a la calle y el sol te ha terminado de cocer el cerebro? Pareces un loco ahí plantado. —Otro compañero se unió a la conversación cuando vio la oportunidad de echarse unas risas.

—Eres tú el que se mete conmigo por ser de nivel dos. Si hay aquí algún imbécil, ese eres tú —respondió Lean sorprendentemente, fijando sus ojos en los de Matt.

—¡Oye, tío! Que no te he llamado imbécil, así que no inventes.

—No, no. Imbécil te lo estoy llamando yo —contraatacó imitando la sagacidad de Lucy.

El compañero agarró a Matt.

—¡Va, déjalo! Tenemos que ir al salón de actos y si te peleas ahora seguro que nos toca aguantar a la directora. —Y se lo llevó mientras este vacilaba a regañadientes.

Lean volvía a estar solo, aunque no por mucho tiempo.

—¿Amigos tuyos? —preguntó Lucy apareciendo de la nada.

—No precisamente... —dijo echando a caminar tras el resto de alumnos.

Lucy dio un par de pasos rápidos para ponerse a su altura y le dijo que la esperara. Lean asintió y comenzó a caminar más lentamente, pero continuaba callado y manteniendo cierta distancia entre ambos.

El resto de compañeros de universidad parecieron no darse cuenta de que la chica nueva había llegado. Cuando Lucy fue consciente de que no tenía que preocuparse de miradas, ni de cuchicheos, se relajó y comenzó a observar a su alrededor. El pasillo estaba formado por aulas a ambos lados, delimitadas unas de otras por paredes de mármol con líneas desdibujadas aleatoriamente de un color cercano al marfil. Junto a las puertas descansaban la letra y

número de cada sala escritas en la pared e imitando la escritura en piedra.

—Y... ¿a dónde vamos? —quiso saber ella.

—Vamos a un homenaje.

—¿A quién?

—Pues a Carla...

—¿Y quién es Carla?

Lean soltó un bufido.

—¡Oye, no seas tan borde! Solo estaba preguntando. Recuerda... —Pegó un salto para impedirle el paso y pestañeó cantando dulcemente—: Soy la chica nueva.

—Perdona, es que tengo un mal día. —Cogió toda la paciencia que pudo y le explicó, con detalle, quién era Carla mientras entraban a una sala con una plataforma cuadrada al final, donde descansaba un pie de micro. El resto de alumnos del piso estaban congregados en pequeños grupos separados unos de otros. Aunque Lucy no lo supiera, ella y Lean habían hecho lo mismo.

Por lo que pudo enterarse, Carla era una residente de la Torre Madison. Llevaba viviendo allí apenas tres meses cuando la cosa se complicó. Empezó a dejar de salir de su piso y de coger llamadas.

—¿Y qué? —preguntó Lucy sin acabar de pillar lo que Lean intentaba decirle—. ¿Es que se deprimió y se tiró por la ventana?

La frase estuvo tan fuera de lugar que todos los que estaban a su alrededor se giraron para mirarla estupefactos.

—¿He dicho algo malo? —susurró a su compañero.

—¿Es que no sabes lo que le pasó a Carla? —preguntó Matt, que se había acercado sigilosamente.

—¿Cómo voy a saberlo? Soy nueva.

—¡No jodas que eres la chica nueva! —Se armó el concierto—. ¡Hola, yo soy Matt!

Todo el mundo se arremolinó alrededor de ella para presentarse y darle la bienvenida. Algunos la miraban emocionados, otros sorprendidos, y alguna que otra chica con tono de voz agradable la «escaneaba» con cierta mirada de superioridad.

Lean enseguida se fue alejando de ella por culpa de los empujones y tirones de la gente que quería saludarla. Al final quedó apartado.

—¡Ey, Jimmy, Jimmy! —saltó Matt señalándola—. Es la chica nueva. Cuéntale lo de Carla, tío.

Lucy estaba desorientada, por lo que no supo identificar al supuesto

Jimmy. En cambio escuchó su voz, provocando que se imaginara al muchacho como alguien grande y corpulento. Como si de un reportero se tratara, contó de carrerilla lo que le había ocurrido a Carla y que tanto emocionaba al grupo:

—Pues dejó de salir con la gente. Los amigos la llamaban e iban a verla, pero no les abría la puerta ni les devolvía los mensajes. Al final, pasaron de ella y la dieron de lado.

—Normal —añadió Lucy encogiéndose de hombros.

—¡Ey, pero ahora viene la mejor parte, tía! —Matt volvió a saltar—. Cuenta lo que pasó después, Jimmy. Cuéntalo, tío.

—Una noche, a las cuatro de la mañana, sonó la alarma de incendios. Un piso a medio reformar estaba ardiendo. Cuando consiguieron apagarlo, la encontraron entre los restos. Según se dice le hicieron hasta una autopsia, pero estaba tan hecha polvo que no se pudieron aclarar las causas de su muerte.

—¡Estaba carbonizada! ¿No es súper fuerte? —su frase se escuchó más emocionada de lo que debería—. ¡El piso quedó reducido a cenizas! ¡Aún están reconstruyéndolo! ¡Llevan meses en obras! Está tan mal que no se nos permite la entrada por el tema de los cristales. ¡No es seguro, tía! —terminó el chico, saltarín.

Lucy se sentía extraña. Había algo en todo ese asunto que la incomodaba; como si lo que estuvieran diciendo de Carla le doliera. Aunque no era difícil empatizar con la chica muerta. Todo el mundo comentaba lo que le había ocurrido como si fuera un capítulo de C.S.I. Sonreían y hacían bromas sobre el asunto. A ella no le extrañó que la muchacha decidiera no salir de su cuarto y dejar de hablar con sus amigos; para amistades como esas, mejor estar sola.

—Chicos, por favor. Prestadme un poco de atención, que vamos a empezar —se oyó a través de un altavoz. La profesora Val estaba colocando el micro en su lugar, dejando todo listo para que diese inicio la ceremonia.

Lucy comenzó a buscar entre la multitud; se acababa de dar cuenta de que Lean no estaba a su lado. La rodeaba tanta gente que empezó a sentirse un poco incómoda. ¡Ni que fuera una estrella de *rock*!

—¿A quién buscas, tía?

—A Lean, ¿le habéis visto? —seguía buscando entre el gentío.

Matt le quitó hierro al asunto y aconsejó a Lucy que se olvidara de él:

—Es un bicho raro, quédate con nosotros.

De pronto, como si de un súper héroe se tratara, un muchacho se le acercó por la espalda y le susurró al oído:

—Se ha quedado atrás, junto a la puerta.

—Gracias —respondió ella. Al darse la vuelta se percató de que era Jake; se había acercado a ver qué pasaba.

Se quedó muda al verle y él se limitó a ondear la mano y volver a alejarse con una sonrisa burlona.

—Vaya, vaya... Parece que Jake ha elegido a su próxima víctima —comentó una de las chicas. Que, por cierto, se moría de celos—. Yo que tú no me haría ilusiones, guapa. —El *guapa* lo arrastró como si con las letras pudiera arrancarle los ojos.

—No me interesa, no te preocupes. —Lo decía, pero aun así continuaba mirándole fijamente.

—Mejor. Porque un chico tan popular no se fijaría en la chica nueva —dejó caer.

Pero nada de lo que dijera podía quitarle a Lucy la ilusión que tenía. Ese caminar, ese estilo, esa manera de «flotar» entre los demás como si fuera de otro mundo... Cada vez estaba más colada por él, y no entendía la razón. Tenía algo que la obsesionaba, que la hipnotizaba, que le hacía no ser ella misma.

—Además, la directora no te lo permitiría —añadió la celosa esperando que esta vez surtiera efecto.

—¿Eh? —Lucy salió de su sueño con tiempo para ver cómo daba inicio el discurso de Madison.

—Buenos días, alumnos —recitó sin papel alguno. Se notaba que era una líder nata. Estaba tranquila y sonriente. Parecía una actriz en una entrega de premios—. Me gustaría poder reuniros a todos para festejar algo mucho más alegre, pero me temo que en esta ocasión hemos venido todos a recordar a Carla Orlis —miró hacia un lado haciendo un gesto mientras decía su nombre. La profesora Val apareció con un cuadro de un metro de alto por un metro de ancho. La fotografía de la chica la describía sonriente y agradable. Lucy se sorprendió, ya que esperaba a alguien menos extrovertido. Podía notar la alegría en sus ojos.

En cuanto la profesora estuvo junto a la directora, colocó el marco en un atril y se alejó.

—Me gustaría que alguno de vosotros dijera algunas palabras —añadió—. Como nadie de su clase se atreve a subir..., he decidido que sea mi hijo, que compartía el Nivel 1 con ella, el que diga algo sobre Carla. —Soltó el micrófono y dejó su lugar a un muchacho alto de ojos azules.

—¡No puede ser! —la sorpresa fue mayúscula para Lucy: Jake acababa de subir a la plataforma.

CAPÍTULO 3

El vecino de al lado

Sosegado, Jake inició el discurso mirando hacia el final de la sala. Era como si quisiera dejar claro que hablaba para todos; incluidos los que, como Lean, se habían quedado junto a la puerta.

—Carla ha dejado un vacío en mi corazón.

Las chicas de la sala se alarmaron al escuchar sus palabras. Parecía que algunas incluso iban a echarse a llorar. Entonces Lucy fue consciente del vendaval de pasiones que levantaba. No solo en ella, sino en todas las estudiantes que lo idolatraban a escondidas.

—Solamente estuvo viviendo en el piso treinta y cuatro unos cuantos meses, pero para mí era una gran amiga. —Demostró que la directora no era la única que sabía dar un discurso en condiciones.

Lucy añadió para sí misma:

—Está claro que todo lo bueno se pega —musitó refiriéndose a la sorprendente noticia de que Madison Mars y él eran madre e hijo.

—Algunos decís que cambió, que dejó de hablaros, que os ignoraba... —parecía que estaba criticándolos más que brindándoles un discurso—. Ella compartía el Nivel 1 conmigo y pude conocerla muy bien. Era una persona agradable, sonriente y siempre dispuesta a ayudar a los demás. Si actuó de esa manera... —arrastró un silencio incómodo. Lucy se dio cuenta de que el muchacho se mordió la lengua para no gritar. Estaba furioso—. Si actuó de esa manera fue porque debía de tener algún problema..., o a lo mejor solo una preocupación. Tal vez, si entre todos la hubiéramos apoyado, ahora estaríamos en clase con ella. Así que recordémosla como la persona llena de vida y maravillosa que era. Aprendamos de esta dura lección: nunca debemos dejar a nadie solo. Gracias.

Nada más alejarse del micrófono el silencio ocupó su lugar, dejándoles a todos con una extraña duda: ¿acababa de reprenderlos? Nadie tenía claro si debían aplaudir aquello, así que ninguno lo hizo. Lo máximo que fueron capaces de hacer fue mirarse los unos a los otros. Esperaban encontrar a algún valiente. Nadie.

Lucy se quedó bastante sorprendida. ¿Es que no tenía amigos allí que reconocieran lo mal que lo habían hecho? Tal vez la razón de todo el problema

es que se sentía sola. Podía reconocer que la actitud de Carla fuera algo extraña, pero, a fin de cuentas, era una adolescente o, al menos por la fotografía, lo aparentaba.

Se quedó mirando su cara, aún en el atril. No sabría cómo explicarlo, pero estaba empezando a ponerse realmente triste. Aquella sonrisa y esos ojos llenos de esperanza la estaban afectando más de lo que sería lógico y normal.

Entonces, ocurrió: los aplausos de una estudiante inundaron la sala con la consiguiente ola de miradas cruzando desde delante hasta el fondo del camino. Como no podía ser de otra manera, Lucy era quien aplaudía.

Jake, aún en lo alto, quedó perplejo y maravillado al comprobar cómo la chica nueva lo vitoreaba con sus ojos clavados en él. Tras unos segundos, y sin que nadie fuera capaz de reaccionar, otras palmas empezaron a sonar con fuerza. Y después, otras. Y al poco, todas las restantes. Nadie en la sala quedó sin aplaudir, nadie; exceptuando Lean. Pero como siempre sucedía, nadie se fijó en él.

No pasó mucho tiempo hasta que la profesora Vals comenzó a despejar el anfiteatro. Los alumnos, cuchicheando en su mayoría sobre Lucy, empezaron a caminar hacia la salida, no sin antes mirarla de arriba abajo con curiosidad. Los que aún no la conocían ya sabían quién era y los pocos despistados acabarían enterándose en los pasillos del instituto. ¡Solo faltaba que la revista oficial de cotilleos diera su nombre! O al menos eso temía ella que pasara.

—¿Nos vamos? —Lean apareció entre la multitud como si nadara contracorriente.

—Ya era hora de que aparecieras. Me dejaste sola con tus amigos.

—Te he dicho que no son amigos míos. —Se cruzó de brazos y repitió la pregunta—: ¿Nos vamos?

—Si no vuelves a dejarme tirada, sí.

Lean empezó a gritar:

—¡Yo no dejo tirado a nadie! —Y a medio camino corrigió el tono, disculpándose—: Es que... la gente empezó a empujarme y acabé en la otra punta. No fue culpa mía.

—¿Estás bien? —preguntó sincera al ver lo alterado que estaba.

—S-S-Sí... No es nada...

—La conocías, ¿verdad? —adivinó poniendo en práctica sus dotes detectivescas. Después, colocó su mano sobre el hombro de Lean y le dedicó una sonrisa llena de complicidad—. No te preocupes, Jake les ha cantado a todos las cuarenta.

—No es a ellos a quien habría que cantárselas... —respiró hondo para calmarse—. ¿Tienes hambre? —Y cambió de tema.

Lucy se le quedó con cara interrogante y al poco preguntó a qué se debía aquella pregunta. Lean le dijo que ya que tenía que enseñarle la Torre, lo mejor era hacerlo con el estómago lleno.

—Es muy grande y seguramente nos tome todo el día. Aunque... —dudó—, si quieres descansar, lo podemos dejar para mañana. Han cancelado la última clase para la ceremonia, así que puedes aprovechar para irte a tu cuarto.

La sala casi se había vaciado. Todos estaban en los pasillos de alrededor de las aulas. Lucy levantó los ojos por encima del hombro de Lean y observó cómo la directora recriminaba a Jake. Este, con los ojos enrabiados, asentía sin atreverse a mirarla a la cara. Finalmente, Lucy volvió en sí cuando se dio cuenta de que Lean estaba esperando una respuesta.

—¡Ah! No, no. Me gustaría conocer todo un poco mejor, así que si me hicieras de guía me vendría muy bien.

—De acuerdo —sonrió exageradamente emocionado. Parecía que se estaba olvidando de fuera lo que fuese que lo estuviera atormentando—. Bueno, pues... —miró su reloj de muñeca—. ¿Qué te parece si vamos yendo? Es un poco pronto, pero si esperamos mucho el restaurante se llenará de gente y nos tocará esperar alguna mesa libre.

—Um, b-b-bueno... —¿Era ella la única que estaba pensando que parecía una cita más que un simple vecino que ayuda a otro vecino?

Empezó a pensar que Lean se sentía atraído por ella, pero desechó aquella estupidez imaginando que era imposible. «Apenas me conoce», razonó sin caer en la cuenta de que ella se sentía atraída por un muchacho al que, prácticamente, no conocía.

Juntos se marcharon de la sala y fueron hacia el ascensor mientras hablaban. Lean estaba mucho más sociable, pero sus palabras no acababan de llegarle a Lucy. La razón era simple: ella estaba pensando en otra cosa. Era como si cada una de las frases que él expulsaba de sus labios se fuera desintegrando por el camino. La chica nueva tenía una barrera imaginaria que tan solo dejaba espacio a lo que concernía a Jake.

Recordó la imagen de su príncipe azul siendo increpado.

—¿Crees que Jake estará bien? —soltó a bote pronto, desconcertando a su vecino.

—¿¿¿Jake??? —removió su cabeza—. ¿A qué viene esa pregunta?

—Oh, no. Por nada —continuó ella sin quitarse la preocupación de la

cabeza.

Subieron al ascensor y mientras Lean pulsaba el número ocho, ella comenzó a dar golpecitos con el pie contra la base de metal. No podía dejar de pensar en Jake. Y por ello, decidió hacer algo que, de haberlo pensado fríamente, nunca hubiera llevado a cabo: saltó de nuevo del ascensor al pasillo de la universidad y dijo, sin mirar atrás, que fuera yendo hacia el restaurante:

—Ahora te alcanzo.

Lean se quedó solo, con las puertas cerradas como única compañía.

* * *

La madre de Jake negó con la cabeza. Su disgusto sería palpable para cualquiera que aún estuviera dentro del salón de actos, pero la soledad le brindaba la oportunidad de hablar seriamente con su hijo. Llevaba demasiado tiempo comportándose como un crío. Ya era mayorcito para entender cuándo se podía o no decir las cosas, y sobre todo cuándo se debía mantener una personalidad diplomática.

—¿Es que quieres ser el centro de atención? No debes levantar tanto revuelo. Acabarán odiándote y haciéndose preguntas.

—No me van a coger manía por esto, madre. Estás exagerando.

—Tal vez, pero me da lo mismo. No quiero que seas el tema de conversación de los demás, ¿me oyes? Si eres un hijo modelo, compórtate como tal, y si no lo eres, esfuérate por parecerlo. ¿Ha quedado claro?

Las duras palabras de Madison fueron lo suficientemente dolorosas como para que le diera tiempo a Lucy de escucharlas. Se asomó por el umbral de las dobles puertas justo en el momento en el que acababa la frase. En cuanto se paró en seco, la directora se percató de su presencia e inició un lento caminar hacia la recién llegada.

—¿Ocurre algo? —preguntó seca como el desierto; parecía otra.

—No, no... —Lucy se llevó un dedo a los labios inconscientemente. Era como si su cuerpo quisiera advertirla del peligro de hablar.

Aunque todos consideraban a la directora como una persona buena y agradable, también sabían que era estricta y muy severa en algunas ocasiones. Su hijo no se había convertido en la persona que era por ir dando tumbos de un lado para otro, siempre tenía a su madre orquestando todos sus movimientos. Precisamente por eso, estaba tan molesta. Habían preparado el discurso entre los dos y, aunque Madison siempre dejó que su hijo eligiera las palabras, en el fondo ella era la que ponía el estilo y la solemnidad. Fuera como fuese, su hijo

se la acababa de jugar por primera vez en mucho tiempo; y no estaba dispuesta a que se repitiera.

—Gracias por salir al rescate de mi hijo, querida —profirió con desdén.

—¿Rescate?

—Sí, claro. ¿No has empezado a aplaudir para que cesara la escenita que ha montado?

La tensión podía notarse en cada bocanada de aire. Lucy no quería imaginarse cómo iba a ser la conversación entre madre e hijo más tarde. La verdad es que no era consciente de lo realmente importante que era para la directora aquel homenaje. Vivir en la Torre Madison exigía un gran desembolso económico que tan solo familias de alto nivel adquisitivo podían permitirse. En la universidad del edificio se concentraba la mayor y más grande selección de jóvenes ricos por metro cuadrado. Muchos eran familiares de empresarios, magnates del petróleo o incluso aristócratas que decidían brindarles una buena educación en un lugar tan exclusivo. Tal vez muchos de ellos ni siquiera se planteaban que estaban viviendo en un lugar para gente poco común, incluso tal vez vieran la Torre como un colegio interno donde aprender para contentar a sus papaitos. Por supuesto, también estaban los que, como Lucy, venían de familias que apenas podían considerarse acomodadas y que luchaban mes a mes por ahorrar lo suficiente como para que sus hijos pudieran seguir disfrutando del regalo que era el poder vivir un futuro normal; aunque principalmente se concentraban en el instituto. Ella era de los pocos que estudiaba en la universidad y no era de alta cuna, la mayoría solían acceder a la Torre Madison gracias a una serie de becas y ayudas sociales escasísimas; razón por la que los padres de Lucy tuvieron que pagar bastante más de lo esperado cuando su petición de ayuda fue rechazada.

Seguramente la directora ya estaría buscando una mujer para su querido hijo. ¿Acaso casarse con el futuro heredero de un rascacielos como ese no era un buen partido? Lucy entendió por qué todas las muchachas se morían por sus huesos, aunque también tuviera otras actitudes tan envidiables como su cartera.

—Bueno, no importa —dijo Madison al ver incómoda a Lucy—. Espero que no te llesves una mala imagen de Jake por esto. Es un buen chico, aunque a veces no usa la cabeza. —La frase sonó para su hijo como si rayara con sus uñas una pizarra. Después, se marchó.

En cuanto se quedaron solos, el muchacho se relajó de manera instantánea. El anfiteatro era más grande de lo que le había parecido a Lucy en un primer momento. Estaba deseando que él le diera las gracias. Pensó que aquel lugar

podía convertirse en su santuario particular donde verse a escondidas cuando quisieran abrazarse. Pensó tantas cosas, tantas fantasías y tantas maneras de besarlo que, de pronto, se vio desbordada por la trágica y dura realidad.

—Bueno, hasta luego —pronunció él con desgana.

«¡No puede ser! ¿No va a decirme nada?», pensó ella tan fuerte que casi creyó que lo había dicho en voz alta. Sus pensamientos comenzaron a rodearla tan rápidamente y de manera tan desordenada que no fue capaz de reaccionar a tiempo; el chico desapareció.

—¡Espera! —Corrió al pasillo tras él.

Jake la miró con indiferencia. Parecía que estaba deseando que terminara para poder marcharse.

—Q-Q-Quiero que sepas que... um... tu discurso me ha gustado mucho. Y-Y bueno, creo que has hecho lo correcto.

—Gracias, guapa. —Le revolvió el pelo y siguió caminando como si no hubiera dicho nada.

El pasillo pronto se quedó como único compañero de la pobre y decepcionada recién llegada. Dejó la vista al frente y los brazos muertos, como si todo el esfuerzo que había utilizado en hablar con Jake la hubiera agotado por completo. Cuando recargó las pilas y salió del «coma», agachó la cabeza y murmuró:

—¿Y para esto he dejado tirado a Lean?

* * *

La noche no tardó demasiado en llegar al piso veintitrés. El pasillo se vistió de un intenso azul oscuro que bañó los acristalados muros ahumados. No se escuchaba ni un alma cuando Lucy accedió a él. Se dirigía con paso lento hacia su habitación, mientras le daba vueltas a lo de Jake. La decepción parecía haberse quedado con ella más de lo que sería lógico; aún estaba molesta.

—Si no le intereso, al menos podría decírmelo —farfulló mientras sentía que le hervía la sangre.

Se quedó junto a su puerta y se apoyó en ella, derrotada. En el fondo sabía que estaba comportándose como una cría. No era propio de ella, pero no podía evitarlo. Era como si estuviese siendo arrastrada por una fuerza mayor. Lo conocía de apenas un día y ya parecía como si llevara años enamorada de él.

De pronto, notó cómo algo se arrugaba. Estaba aplastando un folleto que

alguien había dejado colgado en la entrada de su piso. En cuanto lo cogió y vio lo que era, supo quién lo había dejado allí.

—Seguro que ha sido Lean... —Y lo agarró con la mano.

Era un documento escrito torpemente en el ordenador. No era un panfleto informativo de la Torre Madison, pero detallaba lo mejor que sabía lo que podía uno encontrarse en cada piso. Lucy no tardó en imaginarse a Lean trabajando toda la tarde en el folleto y dejándolo pegado con celo después en la puerta.

—Este chico siempre sabe cómo hacerme sentir culpable —se dijo antes de sacar la tarjeta y entrar dentro—. Lo dejaré aquí... —Lo pegó por el otro lado de la puerta y quedó conforme—. Ya le daré las gracias luego, si me dirige la palabra...

El cuarto estaba como lo había dejado aquella mañana: parte de la ropa tirada por el suelo y la maleta, con el resto, a medio vomitar. Decidió poner un poco de orden, así que dejó todo lo que pudo encima de la cama, convirtiendo aquello en un volcán textil, y abrió el armario. Un ejército de perchas le dio la bienvenida junto a un pequeño y horroroso ambientador con olor a pino; como no podía ser de otro modo.

Empezó por los cajones a ras del suelo y cuando los hubo llenado de camisetas de manga corta, continuó por los calcetines y, finalmente, la ropa interior. Dejó las perchas para los pocos vestidos que tenía y para los pantalones, que se amontonaban en la cama. Cuando terminó quedó muy conforme, aunque no dejaba de pensar que no tardaría mucho en revolverlo todo otra vez. Tenía el mal hábito de pasar como un torbellino por el armario cada vez que quería cambiarse, por lo que acababa revuelto de nuevo.

Con el espacio de la cama solucionado, y la maleta escondida a un lado del armario, Lucy pudo sentir que estaba todo recogido.

—Debería haberme pasado por una tienda y comprar un libro o algo así. —Se mordió la lengua al percatarse de que si no hubiera dejado a su vecino tirado, seguramente tendría algo con lo que entretenerse. Era una chica con mucho genio y una capacidad increíble para ignorar al resto de las personas. Sin embargo, Jake la toreaba como quería y Lean, aunque de otro modo, le transmitía un cariño extraño e inclasificable.

—Bueno, al menos encontré el restaurante antes de que cerraran.

Se pasó gran parte de la comida, y después de la cena, buscando con la mirada a Jake, pero ni rastro. Parecía como si se hubiera esfumado. Además, la comida le había sabido a rayos. Puede que fuera un lugar lujoso, pero el

menú dejaba mucho que desear.

Lucy terminó por quitarse la ropa y ponerse algo más cómodo para dormir. Para ella, el día había sido muy largo y aún estaba agotada por el viaje. Las sábanas olían a detergente que apestaban, pero al menos eran suaves y agradables, aunque estaban frías como el hielo.

Se acercó a la mesilla y apagó la luz. No pudo evitar sentirse extraña; estaba durmiendo en su propia «casa».

—Creo que debería aprender a cocinar... —apuntó en su cabeza recordando el mal trago del restaurante. Después se quedó dormida casi al momento.

Las horas fueron pasando en la Torre con calma y tranquilidad. Muchos de los alumnos de la universidad estudiaban a aquellas horas, a la vez que otros decidían pasar la noche de juerga en los pisos de ocio. También estaban los chicos del instituto que, por regla general, se concentraban en las tiendas o salían a pasear; aunque algunos preferían volver a sus cuartos y pasarse la noche hablando con sus portátiles por Internet. Sin duda, si Lucy hubiera sabido que tenían señal Wi-Fi gratis repartida por el edificio, habría salido corriendo hacia la tienda de electrónica y se habría hecho con un ordenador en menos de lo que se dice: «¡Lo quiero!».

A medianoche, y con la manta tapándole hasta el cuello, se despertó.

—¡¡¡¿Qué ha sido eso?!!! —se sobresaltó al notar un fuerte grito en alguna parte.

Se incorporó rápidamente y se quedó muda esperando a ver si se repetía. Notó cómo algo se partía al chocar con el suelo y entonces se preocupó de verdad. Si su oído no le fallaba, cosa que no solía ocurrir, el sonido provenía de la habitación de enfrente.

—¿Lean? —Sin saber cómo ni por qué, se vio corriendo hacia la puerta y golpeando la de su vecino con insistencia—. ¿¿Lean?! —Clavó sus puños repetidas veces—. ¿¿Estás ahí?! ¿Lean?

Pasaron unos cuantos segundos, pero finalmente la puerta se abrió. Allí estaba él, con el pecho descubierto y un calzoncillo *bóxer* de color blanco como única prenda. Antes de que el cerebro de Lucy lo pudiera asimilar, sus ojos hicieron un rápido y exhaustivo reconocimiento de las vistas. Se sorprendió de lo robusto que era, antes de gritar asustada, y apartó la vista mientras le preguntaba por qué demonios estaba desnudo.

Lean hizo una mueca interrogante y se apoyó en el marco de la puerta.

—Estaba durmiendo. ¿Es que tú duermes con ropa?

—¿Y si... —volvió a mirarle para, al instante, volver a girarse— ...hay un incendio?

—Pues... supongo que la gente me verá en pelotas. Por cierto, bonito pijama.

—Eres un cerdo.

—Aaaaah, bien. Así que, además de dejarme tirado, has decidido despertarme a las dos de la mañana para insultarme. Pues muchas gracias, ¿eh?

Aún sin mirarle, Lucy estiró el brazo hacia él y lo movió como queriendo decir que no.

—Espera, voy a ponerme algo... —el chico desapareció y Lucy pudo respirar y, de paso, mirar hacia el frente. Desde el umbral de la puerta podía verse parte del interior. Estaba todo muy ordenado: un portátil encendido descansaba al final, en el comedor, junto a un plato vacío e impoluto.

Lean volvió con un pantalón, pero con el pecho igualmente descubierto marcando pectorales y abdomen; algo que continuaba desconcertando a su vecina.

—¿Es que no vas a ponerte una camiseta? —se sonrojó ladeando la vista.

—No me digas que ahora eres una monja.

—No... Si no digo nada... —giró los ojos, otra vez. Cada vez estaba más roja.

—Bueno. ¿Se puede saber a qué debo el honor de tu visita?

Lucy notó cierto tono ofensivo en su pregunta.

—Es que he escuchado un grito... y pensé que a lo mejor te pasaba algo.

La cara de Lean era un poema. De una actitud arrogante pasó a una expresión descorazonada y melancólica. Si no fuera porque ya tenía la piel suficientemente blanquecina, Lucy podría jurar que se puso pálido.

—N-N-No, qué va... Lo habrás soñado y has creído que era en mi piso.

Por lo visto no necesitaba ninguna ayuda y por su aspecto tenía claro que no estaba en peligro. Más bien lo estaba ella, que se empezaba a perder por el pecho descubierto de su, hasta entonces, ignorado y molesto vecino. Ni ella misma se entendía. Tenía que reconocer que aquello no era normal. ¿Estaría intentando sustituir a Jake por él de manera inconsciente?

Fuera como fuese, poco importó en cuanto se dirigió de nuevo a su cuarto y Lean apareció para agarrarla del brazo.

—Perdona... ¿Puedo pedirte un favor?

—Así que sí que eras tú el que gritaba, ¿no? —A Lucy no se la podía

engañar tan fácilmente. Podía verlo en sus ojos, parecían aterrados. Vibraban y brillaban con tanta intensidad que Lean parecía dispuesto a echarse a llorar en cuanto alguien lo abrazase.

—¿Te importaría quedarte un rato conmigo? Solo unos minutos...

—¡¿En tu-tu-tu-tu cuarto?! —pareció un martillo hidráulico.

—Si no quieres, lo comprendo. Pero no me gustaría quedarme solo ahora. No estoy... cómodo.

—¿Pero qué es lo que te pasa?

Lean quitó hierro al asunto comentándole que no era nada importante:

—Tan solo era una pesadilla que se me repite de vez en cuando. Soy un poco impresionable y me quedo con mal cuerpo, nada más.

—¿Y no crees que ya eres mayorcito para ir asustándote con esas cosas?

Su vecino reculó y asintió con la cabeza.

—Tienes razón. Olvídalo. —Fue directo a su puerta.

Lucy no supo por qué, pero algo le hizo notar que necesitaba su ayuda. Bien por el discurso de Jake sobre Carla o simplemente por lástima, decidió que era mejor no dejarlo solo. Como bien decía su príncipe azul: «No debemos abandonar a nadie.»

—Vale, vale. Estaré un rato contigo. No te pongas así. —Y lo empujó mientras ella se aseguraba de cerrar la puerta.

En cuanto estuvieron dentro, Lean le dio las gracias y ella le hizo una advertencia:

—Como me metas mano te arranco la cabeza, ¿estamos?

Como era de esperar, Lean se echó a reír negándolo, lo que Lucy se tomó como un: «En la vida lo haría».

—¡¿Qué pasa?! ¿Es que no te parezco atractiva?

—Mucho —respondió tajante y muy serio—. Pero miedo me daría soportar a alguien como tú durante toda una vida —añadió finalmente antes de echarse a reír.

Las carcajadas del muchacho ocuparon todo el piso en cuestión de un pestañeo y Lucy sonrió sin tan siquiera notarlo. Ella misma se alegraba de haberle podido ayudar. Tal vez fuera un chico raro y difícil de tratar, pero ¿acaso no era ella así?

La mañana llegó sin mucho esfuerzo. Lucy se había pasado prácticamente toda la noche hablando de tonterías con Lean mientras olvidaba que había decidido descansar para no volver a llegar tarde. Como era de esperar, cuando se despertó se dio cuenta de que, una vez más, volvía a retrasarse.

De un salto se puso de pie y empezó a buscar un vestido que ponerse. Pero algo no cuadraba en el armario.

—¿Qué hace aquí ropa de hombre? —Su corazón dio un vuelco nada más hacerse la pregunta.

Al girar la cara hacia la cama observó, estupefacta, que no estaba en su cuarto, y que para colmo había estado durmiendo en la cama de Lean; con él dentro.

CAPÍTULO 4

Némesis

A Lucy le dolía el corazón, no podía creerse lo que estaba viendo. Las piernas le empezaron a temblar y al final cayó presa del pánico.

—Buenos días —dijo Lean incorporándose—. ¿Has dormido bien, cariño? —espetó.

Las cuerdas vocales de su vecina se resintieron en un portentoso e increíble grito que...

Alguien llamó a la puerta y Lucy despertó. Estaba en su cama; sola, por supuesto. Con un rápido repaso, se situó en el piso y se aseguró de que en el armario únicamente colgaba ropa de mujer.

Perfecto.

—Sólo ha sido un sueño...

La puerta volvió a sonar. Cuando abrió y vio a Lean apoyado a un lado, sintió cómo toda la piel se le erizaba.

—¿Q-Qué quieres?! —farfulló temblorosa.

Su vecino se mostró extrañado.

—Habíamos quedado para ir a clase juntos.

—¿Y-Y-Y-Yo?! ¿Contigo? ¿Para qué?! —temió que se tratara de una cita o algo similar; se imaginó en su cama otra vez.

—¿Para enseñarte cuál es tu clase? —Le mostró una mochila y esperó a que Lucy bajara de las nubes.

—¡Yo no recuerdo que hayamos quedado en tal cosa! —Se pegó tanto como pudo contra la columna que separaba la entrada del comedor.

—Estás muy rara... —Miró su reloj—. Tenemos un cuarto de hora para llegar. Te aconsejo que te vistas pronto, no vaya a ser que vuelvas a llegar tarde. —El «vuelvas» lo pronunció remarcado—. Te espero en el pasillo.

Lucy cerró la puerta tan rápido que casi le arrancó la nariz. Después, danzó destartalada hasta el baño y zambulló la cara en un montón de agua fría, muy fría; congelada. Se miró en el espejo y cuando creyó que sus ideas estaban lo suficientemente bien ordenadas, se pegó un par de tortas en las mejillas.

—Espabila —se dijo intentando que no le afectara ese extraño sueño que acababa de tener.

Ahora que estaba totalmente lúcida, se acordó de lo que había pasado en la habitación de Lean. Se pasaron mucho tiempo hablando el uno del otro y gracias a eso se llevaban bastante mejor ahora. Tenían en común más de lo que creían: ambos venían de familias trabajadoras y ambos odiaban estar allí. Si ninguno de los dos se marchaba de la torre, era por sus padres. No conocían a nadie con quien entablar amistad; exceptuando ellos mismos, por supuesto.

Lean no quiso contarle el sueño que tenía prácticamente todas las noches, pero a ella no le importó; notó que debía de tratarse de un tema realmente duro que quería olvidar lo antes posible. Ella supuso algún accidente relacionado con su enfermedad y, aunque le picaba la curiosidad, no iba a entrometerse. Al fin y al cabo, tampoco pensaba que fuera a contarle algo tan personal con apenas un día siendo su vecina. Aun así, no dejaba de sentirse realmente unida al joven, más de lo que sería normal. Algo que sin duda la estaba desconcertando más de la cuenta.

En cuanto acabaron la conversación, él la acompañó hasta la puerta de su cuarto y se volvió, deseándole buenas noches.

—La verdad es que fue todo un caballero... —apuntó para sí.

—*Vengaaaaaaa*, que se nos hace tarde. —La voz del sujeto en cuestión cruzó por debajo de la puerta.

—Pero eso fue ayer, claro...

Se dirigió, molesta, hacia el armario, y eligió un vestido largo de tirantes. Era negro y tenía un bonito bordado semitransparente muy fino en los rebordes de la falda, la cual llegaba casi hasta las rodillas. Su cuerpo delgado se amoldó como un guante al tejido y solo hicieron falta un par de sandalias a juego para estar lista y preparada para lo que se le pusiera por delante.

—Vamos allá —lanzó su grito de guerra y salió.

—Uuuuh, pero si te has puesto guapa —se burló su compañero en cuanto la vio aparecer.

—No vas a conseguir enfadarme —respondió mientras levantaba la cabeza en señal de superioridad.

—No sabes cuánto me alegro. —Se puso la mochila en la espalda—. ¿Nos vamos? —le sugirió señalando el ascensor.

La pregunta le recordó al día en que lo dejó plantado para hablar con Jake. Él la perdonó con bastante rapidez, pero a pesar de todo ella seguía pensando que le debía algo. Además, de verdad quería que le mostrara la torre; así que terminó por armarse de valor.

—Oye...

—No te preocupes, luego te enseño la torre —se le adelantó.

Lucy se puso como un tomate y gritó:

—¡No iba a decir eso! Pero...

—¿Pero...?

—Pero si quieres acompañarme..., no seré yo la que te lo impida...

* * *

El pasillo de la universidad fue bastante incómodo para ella. No dejaban de pasar caras nuevas que la recorrían de arriba abajo con los ojos y que cuchicheaban, entre risas, cientos de palabras que no alcanzaba a identificar. Dobló las rodillas y se colocó un paso por detrás de Lean. Él comprendió sus dudas y se deslizó un poco más hacia ella para ponerse delante, como si de un muro infranqueable se tratara.

—No te preocupes, solo están cotilleando. No se están metiendo contigo.

—Su voz sonó tan suave y delicada que Lucy no podía creer que se tratara del mismo Lean que ella creía conocer. Estaba tan atento, tan comprensivo, tan seguro de sí mismo, tan genial...

—Eso me da igual —murmuró acercándose a su espalda—. Lo que me preocupa es de lo que se ríen. ¿Es que visto raro?

—Estás guapísima, Lucy. Se ríen porque estoy contigo. Están metiéndose conmigo, diciendo lo patético que soy, lo idiota que parezco intentando hacerme el simpático contigo para llevarte a la cama y la cara de imbécil que se me quedará cuando me des la patada; porque seguro que alguien tan hermosa como tú pasaría de mí. —Alzó la cara hacia una lámpara de ojo de buey incrustada en el techo justo encima de ambos. Los rebordes eran de cristal y la luz que emanaba iba rebotando de un extremo a otro del cristal, agrandando su radio de alcance. Lean se perdió entre sus rayos durante un buen rato.

—¡Anda ya! —Le tocó la espalda dándole ánimos—. ¿Cómo iban a decir cosas tan crueles? Son imaginaciones tuyas. Además, no puedes oírlos. No sabes lo que están diciendo...

—Sí lo sé —sentenció antes de girarse y darle un consejo—: No te fíes de nadie. Pueden venir sonriendo, pero solo será porque eres nueva. Cuando vean cómo te las gastas, querrán destrozarte. Así que ve con los ojos bien abiertos.

—No te preocupes, seré agradable —aseguró colocándose a su lado para no mostrar timidez.

Matt apareció danzando entre la multitud. Se estaba peleando entre risas,

como sólo un idiota sabe hacer, con un compañero. Lucy lo catalogó como «chimpancé a medio evolucionar» y decidió que no merecía perder su valioso tiempo ganándose su amistad. El primate se la quedó mirando un segundo mientras agarraba a su amigo a medio asfixiar del cuello. Entonces ella se lamentó y susurró, al darse cuenta de que se acercaba a ellos:

—Mierda... Tu amigo viene...

—¿Quién? —Y su vecino miró hacía donde lo hacía ella—. Te he dicho que ese no es mi amigo... —respondió entre dientes.

En cuanto este se acercó, dio un salto y, con un extraño ademán, quiso chocar las manos con Lean. Como él ni se inmutó ni tampoco respiró ante el bochornoso espectáculo, Matt centró sus esfuerzos en Lucy:

—Qué guapa te has puesto hoy. —Sus ojos subieron y bajaron como si de un caballito de tiovivo se tratara.

—Gracias...

—Oye, ¿qué te parece si te sientas conmigo y mis colegas en clase?

«Conmigo», primero, y «colegas», después; menuda joya literaria estaba hecho.

—No hace falta, pero gracias...

—¡Oh, venga! No querrás que este tío te pegue su estupidez, ¿no? —Empezó a reírse como una hiena, pero al ver que ella no sonreía, se arrepintió.

—Mira... um... —Lucy se acordó de que no se sabía su nombre. Lean salió en su auxilio chivándosele y entonces continuó—: Matt... Mira, Matt... —Se acercó a su oído y le susurró con un tono amenazador—: ¿Qué tal si dejas de dar el coñazo y te largas de una vez?

Lean los estaba observando, mordiéndose un labio para no echarse a reír y disfrutando de cómo Matt, sin tener muy claro si había escuchado bien, se la quedaba mirando petrificado. Lucy asintió, como diciendo «has oído bien», y después el chico se alejó igual que si hubiera visto un fantasma.

—Ya veo lo agradable que eres —dijo Lean con sorna incontrolada.

—Lo he sido. Le he sugerido que se marchara cuando podía haberle pegado una patada en el culo.

Al final su vecino la abrazó de manera juguetona y le revolvió el pelo para fastidiarla.

—Anda, vamos a clase.

—¡N-N-N-No me abrasces! —Un *flash-back* de su sueño la envolvió durante un segundo y después, cuando la soltó, se enrojeció como un tomate.

—¿Te encuentras bien? Estás roja.

—¡Perfectamente! Venga, que voy a llegar tarde por tu culpa. —Y entró en clase detrás de algunos alumnos mientras él se la quedaba mirando con una sincera, tranquila y agradable sonrisa.

* * *

El aula de los alumnos de segundo era como la de cualquier otra universidad de alto nivel: imitaba un teatro romano en el que cada fila se hacía más alta cuanto más alejada de la pizarra se encontraba. Las paredes estaban forradas de listones de madera oscurecida y el falso techo vestía toda la parte superior en pequeñas láminas blancas y cuadradas con rebordes grises, que ayudaban a dar mayor amplitud a la sala. El último toque lo daba el enorme escudo de la Torre Madison, que presidía el lugar con elegancia y solemnidad; el escudo era curvado y de tres puntas, la de la parte inferior muy alargada y triangular. Dentro estaban inscritas, simulando la escritura con pluma, las letras «T» y «M». Las rodeaba una especie de enredadera que nacía en la parte trasera del símbolo y hacía acto de presencia por el lado izquierdo, cruzando todo el escudo entre las letras, para volver a ocultarse por el extremo opuesto.

La señora Vals entró y se sentó en su mesa de todos los días. Cuando los alumnos se situaron en sus respectivos asientos, ella se levantó y empezó a escribir en la pizarra un nombre. Lucy afinó la vista y se dio cuenta de que era el suyo.

—¿Señorita Lucy Shepard? —soltó acompañada por una ola de expectación. Todos la miraban. Todos menos Lean, que se enfrascó en buscar algo en su mochila.

—¿S-Sí? —contestó ella levantándose del asiento, en el cual no llevaba ni siquiera dos minutos.

—Tenga la bondad de venir, por favor.

Bajó los escalones con cuidado de no protagonizar un gracioso y fatídico momento que pudieran recordar sus compañeros durante generaciones, y acabó junto a la señora y la pizarra. La profesora habló bien alto para que todos la escucharan y le preguntó a ella si quería presentarse. Lucy dudó, pero creyó conveniente acabar cuanto antes con aquello, así que aceptó no de muy buen grado:

—Me llamo Lucy Shepard. Tengo veinte años y me he criado toda la vida encerrada en casa, no he salido nunca. Así que esta es la primera vez que estoy rodeada de tanta gente de mi edad...

—¡Con el cuerpazo que tienes no te preocupes, que yo te protegeré, guapa!

—¡¿Quién es el gilipollas que ha dicho eso?! ¡Sal si tienes lo que hay que tener, que te los voy a arrancar de cuajo! —gritó Lucy de tal modo que pareció un animal salvaje sediento de sangre. Cualquiera hubiera pensado que los ojos se le volvían rojos de la rabia.

El silencio cruzó la clase mientras todos, excepto Lean, que se estaba riendo, se quedaban con la boca abierta. Incluso la señora Vals se la quedó mirando estupefacta. Nadie respondió ni se atrevió a hacer más bromas.

—¡Señorita Lucy! Este no es lugar para peleas y malos modales. ¿Entendido? —Sacó una regla de la mesa y la señaló reprendiéndola—. ¡Vuelva a su sitio y compórtese! —Para terminar, añadió—: ¡Tened también vosotros un poco de respeto! —La regla estuvo a punto de salir disparada hacia los estudiantes.

Lucy llegó hasta su asiento con la cabeza baja, notando cómo todos la observaban de reojo. El único que se atrevió a mirarla directamente era su amigo.

—Buena presentación —le susurró mientras ella le dedicaba una mueca.

Un par de libros y cuadernos cayeron sobre la tabla de su mesa. Lean le indicó que eran para ella; se los había encargado en recepción.

—Imaginé que te harían falta. Toma. —Y le regaló su bolígrafo—. Te aconsejo que te compres una mochila.

Su vecina le dio las gracias y, finalmente, la señora Vals empezó la clase soltando una última y amenazadora mirada a la chica nueva.

—Saquen sus libros de literatura.

La clase prometía ser larga, dura y muy, muy aburrida.

* * *

Las horas pasaron lentas para Lucy; era agobiante asistir a clase. Ahora comprendía por qué se quejaban sus amigos de Internet. Ella siempre había tenido un profesor en casa y apenas se pasaba dos horas impartiendo lecciones. Lo de salir a la pizarra para resolver alguna pregunta de la señora Vals ya era de juzgado de guardia. Si ya se sentía frustrada cuando no sabía responder correctamente a su profesor a domicilio, menos gracia le hacía que los demás vieran cómo se liaba con la lección.

Finalmente acabaron las clases y pudo salir corriendo de aquella sala de torturas.

—¡Ey! ¿Dónde vas? —gritó Lean aún desde su mesa. Tuvo que tirar todas

sus cosas dentro de la mochila y perseguirla—. ¿Se puede saber qué pasa para que tengas tanta prisa?

Lucy se detuvo nada más llegar al pasillo.

—¿Prisa? Yo, ninguna. Solo quería salir de allí.

Lean frenó en seco para no chocarse con ella.

—Acompáñame, bicho raro. Te invito a comer. —Se apoyó en Lucy.

—Invítame a lo que quieras... Pero quítate de encima, que pesas una barbaridad.

Una vocecilla se entrecruzó entre sus miradas.

—¿Hola? —se escuchó primero—. Eres Lucy, ¿no?

Cuando miró al frente se encontró con una chica parada justo delante. Agarraba con las dos manos una mochila que se ladeaba tan indecisa como su dueña. Tenía el pelo corto, ni siquiera le llegaba a los hombros, y llevaba una ropa muy *punk*. Un guante negro en la mano derecha, una cadena a modo de cinturón y unos cuantos anillos repartidos aleatoriamente por los dedos terminaban de definir su estilo; no se veían muchos como ella en la torre. A Lucy le maravilló la mezcla de tonos negros con los rosas pastel de su camiseta de manga corta.

—¿Quién eres tú? —respondió seca poniendo en marcha su sistema de autodefensa.

La misteriosa chica dio un bote y evitó mirarla a la cara. Parecía tenerle miedo.

—¡Ey, Lucy! No seas así. Es Iris, y va a tu clase. —Lean se dirigió después hacia la chica *punk*—. No te preocupes, es maja cuando la conoces un poco, pero algo cortante al hablar.

—Creía que no hablabas con nadie —afirmó Lucy sintiéndose engañada.

—Bueno. No suelo coincidir con Iris, pero no me llevo mal con ella.

Los ojos de Iris se humedecieron; estaba a punto de echarse a llorar.

—Es muy majo... —se apresuró a dejar claro la chica *punk*, y torció un tobillo, avergonzada.

No sabía el porqué, pero Lucy estaba muy enfadada. Puede que fueran celos, o quizá envidia. De cualquiera de las maneras, estaba molesta, muy molesta. Hasta hacía un momento tenía a un chico a su entera disposición, y al instante siguiente debía compartirlo con una extravagante muchacha que no era capaz de decir un «hola» en condiciones.

—Encantada. —Agarró la mano de Iris casi de manera obligada y, rápidamente, la soltó para sugerir a su compañero que debían marcharse—.

Quiero comer algo antes de que no queden mesas.

Lean le dio la razón y terminó por despedirse de su amiga.

—Ya nos vemos luego, Iris. —Le plantó un beso en la mejilla.

«¿¡Cómo?!», pensó Lucy enrabieta. «A mí jamás me ha dado una despedida así. Ni siquiera me estrecha la mano». Al momento, recapacitó. ¿Por qué le molestaba? No había razón alguna para sentirse así. Él no era de su propiedad y, además, estaba interesada en Jake. Puede que su príncipe azul pasara de ella de manera tan descarada que eso estuviera confundiéndola. ¿Acaso quería sacar un clavo con otro clavo? Decidió hacer de tripas corazón y comportarse.

—Bueno, Iris... Encantada de conocerte, ¿eh? —sonrió falsamente.

—O-Oye, Lean... —Iris se detuvo a media frase y se dio la vuelta con intención de marcharse.

—¿Qué pasa? —insistió él.

—¿P-P-P-Puedo ir con...? —Miró a Lucy—. ¿C-Con vosotros? Aún no he... comido nada.

Las peores sospechas de Lucy se hicieron realidad en cuanto Lean, encantador como era prácticamente siempre, aceptó con una amplia sonrisa. Se suponía que iba a tenerlo para ella sola durante todo el día, pero ahora iban a llevar a rastras a la «chica rara». Fingió una sonrisa y animó a la dubitativa Iris a que los acompañara. Cuando esta aceptó, Lucy quiso morir.

* * *

En el restaurante todo el mundo comía acompañado por alguien. Ver cómo uno de los residentes lo hacía solo, era sinónimo de aislamiento. Iris y Lean se conocieron precisamente a la hora de la comida. Los dos eran nuevos y habían ingresado en la torre prácticamente el mismo día, por lo que no conocían a nadie. Enseguida una cosa llevó a la otra y Lean se acercó a Iris para saludarla con un sencillo y típico: «¿Está ocupado este asiento?»

—Qué bonito... —expresó Lucy con desgana cuando Lean se lo contó mientras los tres comían.

Cada detalle de la historia le provocaba ganas de vomitar, incluso más de lo que ya le provocaba la propia comida. ¿Es que no iba a encontrar nada decente que meterse en el estómago?

Iris estaba comiendo un plato de lechuga. Lucy sonrió y pensó que seguramente sería vegetariana. Por su parte, Lean estaba degustando un plato de carne, aunque prácticamente no lo probó.

—¿La comida es igual en todos los restaurantes?

Iris se apresuró a preguntarle por qué lo decía, aunque Lucy se estaba dirigiendo a su vecino.

—Desde que he llegado, he probado la carne y el pescado. Acabo de pedir unos huevos revueltos y las tres cosas me saben absolutamente igual.

—Échale sal, siempre funciona —resolvió Iris con una sonrisa.

En el fondo, Lucy sabía que la chica tan solo intentaba ser amable, pero con cada palabra que expulsaba de sus labios pintados de negro, sólo conseguía enfurecerla más. Tal vez fuera su sexto sentido o, dicho de otro modo, unos celos como la Torre Madison de grandes.

Lean levantó el tenedor con un trozo de carne ensartada y dijo que la comida la conservaban congelada, por lo que no es que fuera un cinco estrellas precisamente.

—¿Congelada? Estoy comiendo tortilla, Lean, tortilla. ¿También traen la tortilla hecha?

—Yo creo que si le echas sal... —Iris parecía encabezonada; incluso le ofreció el salero mientras lo meneaba alegre.

Lucy lo cogió y lo volvió a dejar a un lado, como una mera molestia.

—Bueno, ¿qué tal si dejamos esta interesante conversación y nos centramos en adónde quieres ir después del postre?

—Eh, eso ha sonado muy sexual. —Lucy arqueó una ceja.

—Solo para ti... —se apresuró a asegurar.

—¿Cómo... llevas lo de tus pesadillas, Lean? —comentó Iris mientras agarraba un vaso lleno de Coca-Cola, y consiguiendo cambiar de tema.

El vecino de Lucy le dedicó una mirada antes de contestar:

—I-Igual...

«¡Iris sabe lo de sus pesadillas! Estoy segura de que también sabe qué es lo que sueña todas las noches. Maldita asquerosa...», pensó mientras apretaba el cuchillo para quién sabe qué barbaridad.

—Oh... Perdona, Lean. No me acordaba de que está aquí Lucy. A lo mejor no querías que lo comentara delante de ella.

«¿Que no te acordabas de que estoy delante? ¡Serás guarra!» volvió a pensar, pero en cambio dijo que no se preocupara:

—Si ya me lo ha contado, tranquila. —Y añadió, sonriendo—: Si pasé la noche acompañándole para que no estuviera solo, el pobre...

Iris no dijo nada. Se limitó a beber de la Coca-Cola y a agachar la cabeza. Lean era lo suficientemente inteligente como para saber qué estaba pasando,

así que decidió cambiar de tema:

—*Buenoooo... ¿Adónde quieres ir primero?*

La chica nueva puso a pleno rendimiento su cabeza y buscó cuál podía ser el lugar donde más incómoda se pudiera sentir Iris. Finalmente, se decidió:

—Me gustaría comprar algo de ropa. Nunca he ido a una tienda, y me haría tanta ilusión...

Todo tenía una fácil explicación. Era guapa, delgada y todo le quedaba bien. ¿Qué mejor lugar para hacer babear a un chico y, de paso, dejar en evidencia a una *mindundi* como Iris? Tenía todas las de ganar y no iba a permitir que la otra se le adelantara. Iba a dejarla tan hecha polvo que sería ella la que diría: «*Ayyyyy*, perdona. No me acordaba de que estabas ahí». Pero entonces, una bombilla se iluminó en su cabeza. Se dio cuenta de que estaba exagerando. Iris no le había hecho nada y, además, a ella le gustaba Jake. Lean era libre de estar con quien quisiera. ¿Por qué estaba tan celosa si solo lo quería como su amigo? Decidió agarrar todos sus malos pensamientos y tirarlos a la papelera.

—Perfecto, está cerca de la tienda de zapatos. Aprovecharé e iré a ver si aún tienen unas zapatillas deportivas que me gustan.

—¿Las que viste la semana pasada? —Iris se incorporó a la conversación.

—Efectivamente, aún las tengo en el punto de mira —se rio él echándose una patata a la boca.

Seguramente Iris no lo había hecho con mala intención, pero acababa de meterse por medio y había echado a Lucy de la charla como si no fuera más que basura, o al menos así se sintió ella.

Tras pagar la cuenta, se marcharon y fueron directos de compras. Lucy quedó gratamente sorprendida una vez más. La Torre Madison le brindó otro espléndido espectáculo. Aunque cada planta separaba en categorías las tiendas, todas estaban unidas por una plaza central con escalinatas y un diminuto ascensor independiente del edificio principal. El suelo utilizado en la zona comercial, desde la segunda planta hasta la última, era de un cristal extremadamente resistente y permitía observar, con solo alzar la vista, cómo la gente pasaba por encima. Evidentemente, el reflejo estaba emborronado y no existía peligro alguno por llevar falda.

—Es un alivio saberlo —se dijo Lucy mientras miraba a otra parte.

Cada tres tiendas descansaba un banco de forja, una cabina telefónica y un macetero con unas cuantas flores. Una música ambiental sobresalía de cada esquina y cientos de diminutos focos alumbraban los escaparates, provocando

que ella echara chiribitas con cada modelo que se encontraba.

—¡Esto es increíble! —expresó alegre.

Las marcas más famosas de ropa tenían su espacio reservado mientras los dependientes esperaban junto a la puerta de su respectivo local dando la bienvenida a los clientes. Lucy vio un jersey verde oscuro de lana que la volvió loca.

—¡Por Dios, tiene que ser mío! —Y corrió al interior.

Dentro había una enorme selección de vestidos, pantalones, camisetas y toda clase de ropa adornando las paredes y colgando en perchas. La tienda era muy espaciosa y ya tenía unas cuantas clientas cotilleando, mientras los pósters de las modelos ocupaban los huecos vacíos del local.

—¿Qué te parece? ¿Me queda bien? —quiso saber Lucy colocándose el jersey delante.

Para Lean no era más que ropa, así que encogió los hombros, queriendo decir que era a ella a quien le debía gustar.

—A mí me parece muy bonito... —añadió Iris con timidez mientras se frotaba la parte exterior de las manos, nerviosa.

Al ver aquel gesto, Lucy decidió enterrar el hacha de guerra y, acercándose a la chica *punk*, le ofreció ayuda:

—¿Quieres que busquemos algo para ti? Yo te ayudo.

—N-N-No hace falta...

—Que sí, mujer. ¿No se van las amigas de tiendas y se aconsejan sobre ropa?

—¿Somos amigas? —estaba algo desorientada.

Lucy supuso que debió notar que al principio era un «pelín» reticente a su compañía. Enseguida, la vecina de Lean se sinceró y le pidió disculpas reconociendo que había sido muy maleducada con ella.

—Lo siento, me cuesta ser amable con la gente que no conozco bien... —se justificó—. Pero ahora me caes muy bien. Sé que seremos buenas amigas.

Iris se alegró y le dio las gracias sin saber si darle un abrazo, la mano o inclinarse al estilo japonés.

—Lean..., ¿no querías mirar tus zapatillas? —le preguntó la chica *punk* con un tono más de orden que de interrogación. Él se despidió con la mano y se marchó sin decir nada.

—¿Puedo ayudarlas en algo? —la dependienta se acercó al ver a las dos plantadas.

—¿Hay algo en particular que te gustaría mirar, Iris? —quiso saber Lucy

comportándose con una amabilidad deslumbrante.

Su nueva amiga no supo qué responder y la dependienta se alejó, indicándoles que había algo que seguro que podía interesarles; seguramente género de la temporada pasada subido de precio hasta la exageración. Sabiendo cómo se las gastaban en los establecimientos de ropa, no sería de extrañar.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —Iris sorprendió a Lucy poniéndose muy seria.

—Claro... —notó cómo a la chica *punk* le cambiaba la expresión de la cara antes de soltarle una bomba de relojería capaz de destrozar un vehículo blindado.

—Te gusta Lean, ¿a que sí?

Lucy se quedó con la boca abierta y los ojos como platos.

—No, no, no. ¡Qué va! —se apresuró a dejar claro mientras movía la cabeza negándolo.

—¿Ah, no? —A su compañera le salió una arruga al escuchar su respuesta —. Pensé que estabais liados... No sé, como al principio me tratabas así...

—¡Ah! Pero no es por eso, chica. —Ni ella misma sabía el porqué, la verdad.

—¿Y te gusta alguien?

—Pero, ¿a qué viene tanta pregunta? —Lucy estaba descolocada.

Iris se había vuelto demasiado insistente y directa, como si quisiera algo.

—Es que me gustaría ayudarte, ya que somos amigas...

Lucy no dijo nada, estaba atónita.

—Bueno, si no quieres decírmelo, no pasa nada... —Los ojos de Iris se humedecieron tan rápido que parecía que una cascada iba a manar de ellos, con peces incluidos.

—¡Oh, no, no! No es que no te lo quiera decir, mujer. —Estaba entre la espada y la pared. No quería que montara una escena allí mismo. Era buena chica, pero la verdad es que se estaba comportando de un modo bastante extraño.

—¿Entonces? —insistió.

—M-Me gusta... Jake —Finalmente abrió las puertas donde guardaba su secreto.

Iris sonrió y le dio un abrazo.

—¡Es estupendo! Dicen que es muy guapo y muy buena persona.

La dependienta apareció con una camiseta blanca adornada con una

calavera negra sonriente; era espantosa.

—¿Qué les parece esta?

Lucy casi pegó un salto de lo horrible que le parecía y, después, añadió que se llevaba el jersey de antes.

—Aún no tengo muy claro qué hacer... —Iris estaba indecisa.

Lucy decidió no preguntarle cómo podía dudar ante una prenda tan terriblemente fea. Se acordó de que aún no había hablado con sus padres y decidió salir a buscar una cabina; así podría respirar tras el interrogatorio.

—Voy a llamar por teléfono. Enseguida vuelvo.

Iris balanceó la cabeza afirmativamente y continuó mirando la ropa con una sonrisa de oreja a oreja.

Fuera, la música ambiental volvió a invadirla y pudo relajarse. La chica *punk* era una persona agradable y buena, pero era bastante agobiante cuando se lo proponía. Miró a los lados y halló una cabina; justo encima tenía un enorme símbolo blanco de un teléfono de rueda con fondo azul, para facilitar su localización.

Nada más agarrar el auricular recordó que seguía sin saber el prefijo de su país y estuvo a punto de desistir. Sin embargo, y gracias a su suerte, observó una pegatina pegada a un lado. En ella podían verse las banderas de la mayoría de países de la Unión Europea con sus respectivos prefijos, y el del suyo estaba en la lista.

—¡Oh, sí! —gritó tan alto que algunos transeúntes se giraron a ver qué pasaba.

Lucy sonrió nerviosa y se ocultó pegándose a la cabina mientras empezaba a marcar, agitada, la numeración. En apenas treinta segundos ya estaba esperando a que el aparato terminara de llamar por sí solo. Nada más hacerlo quedó dos segundos en silencio y por este no se escuchó nada. Al momento siguiente, un clic confirmó la conexión con la casa de sus padres y alguien habló.

—*Lo lamentamos, pero el número marcado no existe o se encuentra suspendido temporalmente.* —Y la llamada se cortó.

—¡¿Pero qué mierda es esta?!

Lucy volvió a intentarlo, con idénticos resultados.

Durante un momento se quedó observando incrédula el auricular en su mano derecha y al final elevó la mirada hacia el frente, preguntándose si se habría equivocado. Pero no, no lo había hecho, y por consiguiente empezó a buscar una razón convincente ante algo tan extraño. Al encontrarla soltó el

teléfono, haciéndolo parecer un condenado a muerte en la horca. Sus padres habían pagado varios meses de adelanto y ella sabía perfectamente que no estaban bien de dinero. ¿Es que acaso les habían cortado la línea al ser incapaces de pagarla? Descorazonada y preocupada por dicha posibilidad, giró de nuevo hacia la tienda de ropa.

Nada más entrar escuchó unas ahogadas risitas. Dos chicas, que estaban en la tienda antes incluso de que Iris y Lucy entraran, estaban charlando con la chica *punk*, quien despotricaba sobre alguien a la que consideraba imbécil y muy ordinaria. Les indicó que se creía superior a las demás y que era la tía más malhablada que había conocido nunca.

—Os lo digo yo, esa tal Lucy es estúpida.

La forma de actuar y de expresarse de Iris había cambiado de repente. No dejaba de poner los ojos en blanco, como si le diera asco el mundo entero, y hablaba a una velocidad que ni un rayo sería capaz de igualar.

—¿Y es verdad que está liada con el chico del Nivel 2? —preguntó divertida una de las jóvenes.

—¡Qué va! Si eso es lo mejor: lo utiliza para lo que quiere, pero por quien esta loquita es nada más y nada menos que Jake.

La otra compañera aplaudió extasiada un par de veces.

—¡¿Jake?! ¡Y qué más! Que se ponga a la cola. —Las demás le rieron el comentario.

—Cuando vea que pasa de ella, no va a tener más remedio que liarse con el cortito de Lean, aunque no me extrañaría que cogiera al primero que pillara y... —continuó tan malvada que su lengua pareció volverse viperina.

Lucy llegó a su límite. Se acercó a la primera percha que tuvo a mano, agarró una camiseta y caminó hacia el grupo dispuesta a arrasarlo con todo.

—Perdona, ¿y qué te parece esta camiseta? —imitó la voz de la dependienta.

Iris se giró para echar a la señorita y recibió una bofetada que la tiró de bruces al suelo. Al segundo siguiente le cayó la percha y la camiseta en la cara, y Lucy se alejó sin decir nada.

Lo último que escuchó fue a su nueva enemiga gritando y prometiéndole que las cosas no iban a quedar así:

—¡Te voy a hacer la vida imposible, zorra!

CAPÍTULO 5

Nivel uno

A Lucy aún le dolía. Notaba el pulso en la palma enrojecida tras estrellársela a Iris en la cara.

Ya no se escuchaban los gritos de Iris desde la tienda. La chica nueva se acababa de ganar una terrible enemiga dispuesta a hacer de su vida un verdadero infierno. Aunque Lucy era bastante extrovertida y estaba dispuesta a enfrentarse a cualquiera, tenía que reconocer que estaba aterrada. La chica *punk* conocía su secreto y, para colmo, iba a aprovecharse de él todo lo que pudiera.

—¿Cómo he podido decirle lo de Jake? ¡Idiota! ¿En qué estaba pensando? —se reprendió a sí misma maldiciendo.

En cualquier caso, ya nada tenía solución. Debía concienciarse y mantener la cabeza bien alta. Pero entonces, ¿por qué seguía caminando sin rumbo fijo? Ya ni siquiera sabía dónde estaba. Lean se estaría preguntando dónde demonios se había metido.

De pronto se chocó con alguien y estuvo a punto de perder el equilibrio al torcerse uno de sus tobillos. La otra persona fue rápida y la agarró del brazo para servirle de apoyo.

—Cuidado —escuchó la voz de un chico y, al elevar la vista, creyó que todo lo que le estaba pasando era una broma de mal gusto. Allí estaba Jake, parado justo delante, contemplándola.

—¡Tú! —Lucy no pudo disimular, estaba demasiado desconcertada.

—Sí, yo. —Y la miró adivinando que algo le sucedía—. ¿Te encuentras bien?

En cuanto la chica nueva recuperó el equilibrio, el muchacho la soltó e insistió:

—¿Quieres beber algo? Tienes mala cara.

Ella tardó en reaccionar, pero finalmente le agradeció el gesto indicándole que no era necesario.

—Estoy bien...

—¿De qué estabas huyendo?

—¡Yo?! De nada...

—Um... Un secreto, ¿eh? Seguro que era algún chico que estaba acosándote, ¿verdad? —Cerró un ojo y se rascó la barbilla como si fuera un brillante detective de novela.

—¿Qué barbaridades dices?!

—¿No es eso? —Realmente parecía sorprendido por haberse equivocado—. Vaya, juraría que sería algo así. Con lo increíblemente guapa que eres y lo solicitada que estás...

Lucy se quedó perpleja. ¿Le estaba tirando los trastos o simplemente era su manera de conversar?

—¿Solicitada? Qué *vaaaaaaaaa*... —Se puso colorada.

—¿Pero a que no me rebates lo de que eres increíblemente guapa, eh? —Soltó una carcajada y ella no pudo evitar acompañarle.

Estaba sorprendida, ya que estaba intentando animarla o, al menos, hacerle olvidar. Lucy no sabía si aquel día se acababa de convertir en el peor desde que estaba en la Torre o todo lo contrario.

El chico se metió las manos en los bolsillos y ladeó el torso un momento.

—Bueno, yo iba a la biblioteca, así que... —Dudó—. Ya nos veremos.

La chica nueva deseó agarrarle del brazo, como acababa de hacer él con ella, y llevárselo lejos. Sin embargo, no tuvo valor ni para decirle adiós.

Por sorpresa, Lean apareció al final del pasillo llamándola. La llevaba buscando un buen rato. Alzó su mano y la movió para que ella lo localizara. Pero de pronto apareció Iris, que se abrazó a él llorando como si hubiese visto un cadáver. El chico frunció el ceño y lanzó una rápida ojeada a Lucy, que se detuvo al darse cuenta de lo que estaba pasando: Iris se estaba cerciorando de contar su versión de la historia antes que ella para asegurarse de que surgiera una duda razonable. ¿Quién iba a confiar en una chica nueva y con mal genio pudiendo creer a otra, tímida y agradable, que llevaba viviendo en la torre mucho más tiempo?

—Oh, no... —se lamentó al notar cómo Lean no sabía qué hacer. Los labios de Iris estaban taladrando al muchacho, creando un desconcierto que le impedía moverse.

Finalmente, su vecino comenzó a caminar hacia ella llevando a Iris de la mano. Algo le daba mala espina a Lucy: la chica *punk* estaba sonriendo. Ella no pudo evitar echarse a temblar. Le preocupaba que Lean montara una escena y no la creyera. No, lo que de verdad no deseaba ver, era cómo él desconfiaba de ella y la dejaba sola. Quería marcharse, quería salir corriendo.

—Ven conmigo. —Vio la mano de Jake a su lado; se la estaba ofreciendo.

Lucy la agarró con fuerza y lo siguió, diciendo un corto y rotundo:

—Gracias.

Lean se detuvo al verlos marchar, y la cara le cambió de tal modo que cualquiera que lo hubiese visto pensaría que algo horrible estaba sucediéndole. Por su parte, Iris se estaba mordiendo el labio. La ira era tal que, si hubiera apretado un poco más, habría empezado a sangrar.

* * *

Los miembros del grupo conocido como «Los Nivel 1» eran los residentes más codiciados y ricos de la Torre. Les bautizaron con ese nombre porque todos eran amigos de Jake y, además, guapos y populares: la envidia del lugar. Estaba formado por Leonard, el mejor amigo de Jake e hijo del mismo arquitecto que había diseñado la Torre Madison (o eso se decía); por Paris, hija de un importante empresario del Mediterráneo; y por Troy, el hijo de un futbolista.

En ese momento estaban pasando el rato en la biblioteca. Solían quedar allí porque era el único sitio donde la gente no iba a molestarlos. Tenían que verse a escondidas tras los horribles revuelos que protagonizaban cada vez que los demás los veían pasear; era asfixiante.

Paris se estaba cepillando su larga melena rojiza con insistencia, algo que ponía de los nervios a Troy, quien no dejaba de pensar que se la iba a arrancar de un momento a otro.

—¿Puedes parar ya? —suplicó cuando no lo soportó más.

—¿Tanto te molesta?

Leonard se acercó con un libro de historia bajo el hombro y apoyó a Troy:

—Vamos, Paris. Por más que te lo cepilles, no va a estar más bonito.

Ella entornó los ojos, malhumorada, y le dedicó unos segundos silenciosos, pero llenos de pensamientos malintencionados. Leonard estaba acostumbrado, así que sonrió y le sacó la lengua:

—Estás deseando que me explote la cabeza, ¿verdad?

—En realidad, estoy pensando en otra parte de tu cuerpo —contestó mientras guardaba sus cosas en un pequeño bolso, del mismo tono que su pelo, que llevaba a todas partes.

—¿No os parece que Jake se retrasa? —La voz de Troy se antepuso a la pelea y esta cesó—. Normalmente llega el primero.

—Cierto. —Leonard se quedó pensativo intentando descubrir por qué.

—Alguna idiota lo estará molestando. Ya sabéis cómo son las niñas aquí.

—La siempre encantadora Paris puso el dedo en la llaga.

Troy deseó, con un suspiro, que las chicas le molestaran a él, y Leonard se rio en silencio al adivinar sus pensamientos.

Las puertas de la biblioteca se abrieron, chirriantes, con un volumen exagerado y acrecentado por el silencio que dominaba aquellas cuatro paredes. Jake apareció, y también su acompañante: Lucy.

—¿Quién es la que va con Jake? —preguntó Troy levantándose y quedándose extrañado.

—No lo sé, pero normalmente no trae a nadie aquí —añadió su amigo arrugando la cara.

Paris echó una ojeada y, después, se quedó mirándose las uñas.

—Será una furcia —y siguió tan tranquila, perdida en el brillante resplandor de sus dedos.

Por su parte, Lucy estaba nerviosísima. En el ascensor Jake no había dicho nada y, aunque se había imaginado que la llevaría a su lugar secreto, no se esperaba que este fuera una sala llena de libros. Era precioso. Simulaba una catedral antigua, a pesar de que las ventanas enseguida demostraban la seguridad tecnológica de estos tiempos. Era una combinación similar a la del vestíbulo. Si en aquel eran los años treinta los que se mezclaban con la electrónica, en la biblioteca era el estilo gótico.

Un montón de filas de estanterías delimitaban los pasillos, mientras algunas mesas con lámparas se quedaban separadas al otro extremo del lugar. No había nadie en ellas, excepto tres personas; «Los Nivel 1», para ser exactos.

Cuando Lucy vio a los amigos de Jake, se quedó un poco sorprendida por su reacción. La miraban con caras raras y, por lo que notó, no eran de alegría precisamente. La única a la que no parecía importarle era a la chica que se estaba limando una uña.

—Ven, te presentaré —dijo, por fin, su salvador.

Pero, ¿qué tenía ella que hiciera a un chico como él llevarla a su escondite? ¿Estaría enamorado de ella? ¿Sería lastima? ¿O, tal vez, un juego?

Un montón de dudas asaltaron a la pobre y perturbada Lucy, pero ninguna de ellas pudo ser respondida. En su lugar, una ráfaga de miradas la estaban atormentando como cuchillas envenenadas.

—Siento llegar tarde. —Jake agarró la mano de Lucy, como si fueran una pareja, y la llevó consigo.

Para todos, menos para el príncipe azul, fue evidente que la chica nueva

estaba enamorada de él. Se acababa de poner roja y tenía los ojos a punto de salirse disparados de las órbitas. Para colmo, respiraba con dificultad y caminaba tan torpemente como quien se pone por primera vez tacones.

Paris miró el tiempo suficiente como para decidir que no estaba interesada en lo que ocurría y, después, empezó a limarse las uñas con más insistencia.

—Hola, Jake —dejó escapar de sus labios antes de ensimismarse en sus asuntos.

—¿Qué coño haces, tío? —preguntó Troy demostrando que no se le daba muy bien andarse por las ramas.

—No te lo tomes a mal, Jake. —Leonard acudió en ayuda de su amigo al ver que el «Nivel 1» no acababa de comprenderlos. Supuso que necesitaba una explicación más detallada—. Nos ha costado mucho esfuerzo encontrar un sitio donde nadie venga a molestarnos. Si traes a la chica, lo único que vas a conseguir es que se lo cuente a todo el mundo.

—No se lo voy a decir a nadie —corrió a dejar claro ella dando un paso adelante.

Leonard se quedó sorprendido por la iniciativa de la joven, pero, incluso así, fue realista:

—No quiero ofenderte, Lucy, pero dudo que puedas guardar un secreto así. Ella frunció la frente. Se acababa de dar cuenta de un detalle:

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó curiosa.

—Pufff... —Paris resopló, aburrida, sin apartar la vista de sus manos—. ¿Y quién no te conoce, encanto?

—¿Qué tal si nos dejamos de discusiones, eh? Ya está aquí, así que no podéis hacer nada. —Jake interrumpió tan rápido que todos se echaron a reír cuando notaron cómo le temblaban los labios.

Por el contrario, la recién llegada estaba algo perdida. No solo la situación le parecía extraña, sino que desde que se había levantado aquella mañana todo se estaba desarrollando de un modo tan raro, que pensaba que iba a despertarse en cualquier momento.

—Como quieras, tío. Pero sabes que la vas a enfadar —advirtió antes de darle la bienvenida a Lucy ofreciéndole su mano.

—¿Enfadar a quién? —preguntó ella.

—A nadie —contestó Jake en lugar de su amigo de modo cortante.

Troy se presentó toscamente. No lo hacía con mala intención. Era un chico distraído, sencillo y que no era capaz de controlar sus modales. Le ocurría lo mismo con su fuerza. Medía dos metros de alto, tenía huesos anchos,

mandíbula cuadrada y una musculatura exageradamente definida. No era difícil adivinar que era un deportista nato. Debía de ser horrible para alguien como él no poder salir a la luz del día.

—La chica que se está destrozando las uñas es Paris —añadió Troy antes de dejarle todo el protagonismo.

Ni una palabra salió de los labios de la joven de la biblioteca. Simplemente, paró de limar para mirarse por décima vez sus uñas y, después, pasó a retocarse las pestañas.

—No te preocupes por ella. Es así con todos —le susurró Jake a Lucy.

—Bueno, ¿y qué soléis hacer aquí? —La chica nueva se acomodó en una de las sillas.

El grupo se relajó y se sentó cerca, menos Paris.

—Intentamos pasar un rato juntos. No es que haya muchas cosas que se puedan hacer en una biblioteca. —Leonard había encajado muy bien la sorpresa de Jake y estaba tratándola educadamente. Tenía cierto porte, cierto aire a señorito de la alta sociedad. Lógico, es lo que era.

—Se supone que aquí no podemos ni hablar. —Troy parecía limitarse a acompañar los comentarios de su amigo.

En conjunto, era un grupo curioso. Tanto que Lucy se los imaginó como si fueran personajes de ficción. Jake era el guaperas y rebelde del grupo. Leonard, el sensato y agradable. Troy, el tosco, pero bueno de corazón, y Paris la arpía sin modales.

—Bueno, Lucy... —Jake le clavó sus ojos provocando que ella tragara saliva de un modo muy gracioso—. ¿De qué estabas huyendo?

—¿Yo?

—Venga... No irás a decirme que no huías de nada, ¿verdad?

—Deja a la chica, la estás intimidando. —Troy salió al auxilio de Lucy, algo que a ella le encantó e hizo que tuviera una, aún mejor, opinión sobre él.

—¡No la estoy intimidando! —Y volvió a mirarla del mismo modo que antes—. ¿Verdad que no?

Leonard se cruzó de hombros, molesto.

—¿Es que lo haces a propósito?

—No estoy haciendo nada, ¿verdad? —Otra vez los mismos ojos.

Un sopapo aterrizó de manera violenta en su cabeza y observó, estupefacto, cómo Paris se acababa de levantar y se había acercado hacia ellos.

—Eres insoportable, ¿lo sabías?

—¡Tú eres la insoportable, bruja! —respondió Jake, con una confianza inusitada.

—¿Bruja?!

Troy y Leonard se miraron y, al momento, corrieron a detenerla. Paris ya tenía el bolso en lo alto, dispuesta a estrellárselo a Jake donde más le doliera. Por su parte, él se estaba divirtiendo. Parecía que su hábito de pinchar a los demás no se reducía a Lucy, sino que abarcaba a todo el mundo.

—No sé qué demonios habrá visto mi madre en ti. —Y añadió, levantando los hombros—: ¡Ni loco saldría contigo!

Paris se calmó y la soltaron.

—El sentimiento es mutuo. —Y ladeó su melena de tal modo que parecía que estuviera pegándole una bofetada con ella. Se dirigió hacia Lucy y se agachó, para susurrarle algo al oído—: Yo que tú me alejaría de él, no es un buen novio. —Sonrió, y se alejó mientras él gritaba enfurecido.

—¿Qué le has dicho?!

—Cosas de bruja... —respondió con un aire de superioridad que lo aplastó como si fuera una mosca. Estaba claro que Lucy tenía que aprender muchas cosas de esa mujer. Que temblara el mundo si lo conseguía.

La chica nueva entendía por qué preferían verse en la biblioteca; podían comportarse como realmente eran. Tal vez hubieran superado la adolescencia, pero aún estaban a las puertas de la madurez y, al fin y al cabo, en la Torre Madison todos representaban a sus padres de un modo u otro. Ante la sociedad debían ser rectos, educados y perfectos. Por otra parte, entre ellos la cosa cambiaba y demostraban que solo eran unos chicos que querían reír y divertirse todo el tiempo. Lucy entendía ahora por qué no les gustó que fuera a la biblioteca: no querían que nadie les quitara aquello. De todos modos, le sorprendía que no hubiera gente en la sala. Era como si a nadie en la torre le interesasen los libros.

Lucy estaba en el momento más alegre de la conversación con sus nuevos amigos cuando se percató de algo. Se levantó como si hubiera aplastado una chincheta con el trasero y gritó:

—¡Mi jersey! —Recordó que había dejado su bolsa tirada en medio de la tienda cuando se acercó a Iris para cerrarle la boca—. ¿Qué voy a hacer? —se lamentó.

Todos los demás miraron a Jake. Sabían lo que iba a decir.

—Venga, vamos. —Se levantó—. Te acompaño.

—Oh, no. No hace falta, voy yo sola.

—No seas tonta. No tengo nada mejor que hacer.

—Excepto estar con los amigos con quienes había quedado... —añadió Paris, cortante. Aún recordaba el «bruja» que le había dedicado.

—Es verdad, ya voy sola. No quiero molestar. Además, no me conoces... No tienes por qué hacerlo.

—¿Que no te conoce? ¡JA! —espetó Paris en medio de una risa incontrolable. Parecía que se iba a ahogar.

Jake se quedó frío y le lanzó una mirada que hizo que la carcajada desapareciera al momento.

—Te acompaño —dijo él antes de desaparecer con Lucy.

Cuando se marcharon, los tres amigos se quedaron solos y Leonard y Troy empezaron a burlarse de su compañera. Estaba muda por el gesto de Jake y se había dado cuenta de que realmente le importaba aquella chica.

—¿Habéis visto su cara? —preguntó Paris, muy seria.

—¿Qué le pasa a su cara? —respondió Troy mientras Leonard los escuchaba.

Paris revolvió su bolso buscando un pequeño espejo, y cuando lo tuvo a mano, se miró las pestañas como si se olvidara de ellos.

—¿Hola? —insistió Troy al verla de nuevo en su mundo.

Leonard continuó la conversación por ella:

—¿Es que no te has dado cuenta?

—¿Cuenta de qué?

—Jake estaba avergonzado.

Su amigo musculoso no acababa de entender lo que quería decir. Su cara se tornó interrogante.

Leonard suspiró y le hizo una última pregunta:

—¿Cuándo has visto a Jake tan interesado por una chica antes?

—Nunca.

—Exacto —contestó Paris interrumpiéndolos.

* * *

Las tiendas aún estaban abiertas cuando llegaron. Para Lucy habían pasado horas y horas desde el incidente con Iris, pero lo cierto es que tan solo llevaba algo más de media con Jake. Todo el mundo los miraba mientras caminaban en busca del establecimiento.

—Nos están mirando... —lamentó ella.

—En realidad, te miran solo a ti —corrigió divertido.

Él tenía razón. Era raro verle pasear con una chica que no fuera Paris, y menos si se trataba de alguien a quien nadie conocía. De nuevo, los cuchicheos y las miradas la empezaron a agobiar. No pudo evitar acordarse de cuando Lean la había acompañado a clase. Se entristeció.

—¿Ocurre algo? —Él se dio cuenta.

—No, nada.

—¿Cuándo vas a contarme qué te pasa?

Lucy estaba deseando contárselo para que la abrazara y le dijera que todo iba a ir bien, pero estaba intentando ser realista. No se conocían y, aunque la estaba tratando como a una más de «Los Nivel 1», ella sabía que se trataba de pena y curiosidad más que de otra cosa.

—Te agradezco el interés, pero no es nada. —Apretó los dientes.

—Como quieras...

Continuaron caminando y la gente siguió observándolos, pero Lucy ya se había acostumbrado. Estaba más preocupada por lo que ocurriría con Lean cuando volviera a su piso. Solo de pensarlo, se ponía a temblar. Algo le decía que iba a acabar mal.

La tienda donde compró el jersey apareció a la vuelta de la esquina, y ella corrió rápida como el rayo a su interior.

—*Valeee...* Aquí te espero —respondió él viéndose solo en medio del pasillo.

Nada más entrar, la dependienta la reconoció. Se agachó, sin decir nada, y le dedicó una sonrisa cuando apareció la bolsa tras el mostrador.

—Te lo estaba guardando.

—Muchas gracias —sincera, Lucy pidió disculpas y se dio media vuelta.

Una imagen terrible se dibujó frente a ella cuando vio a Jake hablando con una chica que le acababa de coger del brazo. Le miraba con ojos de cordero degollado y le estaba dedicando una sonrisa. Era Iris. Una terrible y despiadada pregunta salió de su malintencionada lengua:

—¿Sabías que la chica nueva está loca por ti? —le dedicó una sonrisa psicópata y una mirada cómplice después.

Él se rio y a Lucy... A Lucy se le partió el corazón.

CAPÍTULO 6

Preludio de una tragedia

No podía creerse lo que estaba viendo: Iris agarraba a Jake como si fuera una horripilante y asquerosa garrapata, y él se reía. ¿Todo lo que había sucedido era un plan de su enemiga para terminar de acabar con ella? ¿La mano de Jake y sus preciosos ojos no eran más que una mentira?

Tuvo el deseo de correr y partirle la cara a Iris y luego salir huyendo, pero no fue capaz. Tan solo tenía fuerzas para llorar. Ya no quería seguir en la Torre Madison. Llevaba solo dos días allí y ya tenía ganas de marcharse.

Jake, sonriendo, giró la cabeza y vio a Lucy. Sin embargo, todo cambió cuando percibió a su nueva amiga con la mirada entristecida; algo le sucedía. Dio un primer paso hacia ella y Lucy, al escuchar el golpe de su zapato en el suelo, echó a correr en la dirección opuesta. La bolsa volvió a quedarse allí.

Mientras se alejaba, pudo ver cómo Iris le hacía un gesto con la mano: le estaba diciendo adiós. La chica nueva no pudo hacer más que apretar los ojos y escapar mientras las lágrimas salían a borbotones. Tal vez no conociera a ese chico tanto como quisiera, tal vez no fuese de fiar o, incluso, resultara ser una persona terrible, pero desde que lo había visto por primera vez al otro lado del ascensor, se sintió atada a él como si una fuerza mayor los uniera.

Las personas que se cruzaban con ella se giraban, sorprendidas, al pasar, y aunque se decía en voz alta para sí misma «no es verdad, no es verdad», ella era consciente de que lo que acababa de ver era cierto. Todo indicaba que Jake e Iris se estaban riendo de ella. Era como si cada vez que saliera de esa tienda de ropa se fuera a encontrar con una decepción mayor.

—Lean... —Deseó ver a su amigo de nuevo, aunque ahora ya ni siquiera estaba segura de si continuaba siéndolo.

—¡¡Lucy!! —escuchó cómo un grito increíblemente potente la adelantó y la obligó a parar en seco. Incluso los transeúntes prestaron atención al chico que corría por el final del pasillo. Era Jake, que, con un rostro preocupado, estaba persiguiéndola. Lucy deseó echar a correr de nuevo, pero sus ojos la tenían atada.

—¿Por qué te has marchado así?! ¿Ocurre algo? —preguntó en cuanto la alcanzó. Iba tan rápido que la tuvo que agarrar para no tirarla al suelo.

—¡Déjame! —Se zarandeó entre sus brazos para soltarse, pero no era suficientemente fuerte.

—¡¿Eres imbécil?! —le respondió él. Lucy se quedó blanca—. Hasta hace un momento estabas bien. ¿Y ahora huyes de ese modo? ¡¿Es que te da igual cómo se puedan sentir los demás?! —le reprendió de tal modo que ella casi se echó a llorar. Jake se dio cuenta a tiempo, por lo que aflojó la fuerza con la que la tenía agarrada y suspiró—. Lo siento..., es que me has preocupado... ¿Me cuentas lo que te ocurre?

Pero Lucy ya estaba suficientemente afectada por lo que estaba sucediendo. No tardó en explotar y mostrar a todo el mundo su peor cara:

—¡Sabes perfectamente lo que me ocurre! —Le empujó lejos de ella y él la soltó—. ¡Te has estado riendo de mí todo este tiempo!

—¿De qué coño estás hablando?

—¡Te he visto con Iris! ¡Os estabais riendo!

—¿Y qué? —Decidió que lo mejor era que se calmaran los ánimos, así que intentó que le quitara importancia—. ¿Es que estabas celosa? —Le dedicó su mirada penetrante.

Una bofetada cruzó el aire antes de estrellarse en su mejilla; el chico se quedó de piedra.

—Te estabas descojonando de lo que te decía. He escuchado cada palabra, he oído cómo al decirte que me gustas, sonreías... ¡No te atrevas a negarlo!

El chico se acarició la mejilla mientras la gente se agrupaba alrededor de ambos como si estuvieran viendo una actuación callejera.

—¿Todo esto es porque pensabas que me estaba riendo de ti?

Lucy comenzó a estremecerse al ver cómo el chico daba un par de pasos hacia ella y la abrazaba tan fuertemente que sus labios corrían peligro de chocarse.

—Me reía porque no pensaba que a alguien tan maravillosa como tú pudiera interesarle —le susurró provocando que ella se quedara con la boca abierta.

La gente empezó a gritar, histérica, y todo el mundo quiso ver con sus propios ojos cómo el chico más popular de la torre estaba abrazando apasionadamente a la recién llegada. El notición no tardaría en llegar a todas las partes del edificio. Fuera lo que fuese lo que sucediera después, daría igual: aquello no podría cambiarse. Y eso lo sabía muy bien Iris, que, tras ver cómo sus intenciones habían acabado de mala manera, no pudo hacer más que retirarse desde lo lejos a algún otro lugar mientras maldecía el nombre de

Lucy.

—Ya descubriré la manera... —prometió antes de desaparecer.

—¡Suéltame! —Lucy intentó levantar sus brazos para golpearlo, pero la agarraba tan fuerte que ella era incapaz de hacer nada.

—¿Vas a escucharme? —suplicó Jake. Después aflojó las extremidades y le facilitó las cosas, aunque continuaba asegurándose de que no iba a volver a escapar—. ¿Puedo soltarte sin miedo a que salgas corriendo?

Lucy se secó los ojos mientras dijo con la cabeza que sí. Jake se la llevó a un lugar más tranquilo y, a pesar de que algunos pocos curiosos desearon seguirlos desde la distancia, no tardaron en perderlos de vista; enseguida estuvieron solos.

—Así que... ¿te gusto? —preguntó él haciéndola sentirse estúpida.

«¿Cómo no vas a gustarme?», pensó.

—¿Es que tengo que deletrearlo?

—Vaya... —De verdad que estaba sorprendido. ¿Cómo a una persona tan acostumbrada a que fueran detrás de él podía costarle tanto creer que ella estuviera enamorada? ¿Acaso no había notado su timidez cada vez que él se le acercaba? ¿Es que no se acordaba de cómo escondió la cara en la revista en recepción cuando la pilló espiándole?

—¿Es que eres tonto? —dijo ella sin darse cuenta de que no lo estaba pensando.

Él la observó y, después, se echó a reír.

—La verdad es que sí...

Ambos se quedaron junto a la pared un buen rato, sin saber qué contestarse y qué decirse. Ella estaba avergonzada a la vez que enfadada, y él, por otro lado, estaba tan tímido que no parecía él mismo. Algo fallaba. Lucy sabía que no podía ser todo tan perfecto, algo tenía que ocurrir que la devolviera a la realidad.

—Me gustas, Lucy. Me gustas mucho. Nunca antes me había interesado tanto alguien. Normalmente ignoro a las chicas que me miran de reojo como si fuera algo especial, y ni siquiera me fijo en las nuevas. Pero tú eres diferente. No sé por qué, pero tú me hipnotizas... Siento que estamos conectados. —Se echó a reír otra vez—. Estoy empezando a decir gilipolleces, lo siento.

Lucy no quiso decir nada, temía que si decía algo, su sueño se desinflaría como un globo al subir a demasiada altura. No quería que todo lo que acababa de vivir se esfumara para siempre.

—Me gustaría estar contigo...

Sabía que no lo conocía lo suficiente y puede que no estuvieran hechos el uno para el otro, pero le daba igual. Solamente quería mirarle. Sin embargo, no podía evitar tener miedo; entendía que no podía ser todo tan bonito. Tarde o temprano, algo la haría bajar del paraíso y volver a la Tierra. La felicidad no estaba hecha para ella, tenía que suceder algo, un «pero» que...

—Pero... —Un «pero» que la hiciera despertar—... no podemos estar juntos.

Sin duda, Lucy estaba destinada a sufrir.

—Lo entiendo... —se resignó, convencida de que estaba intentando ser amable, y de que todo lo anterior tan solo había sido por compasión. Ni siquiera tenía ganas de discutirlo.

—No, no lo entiendes —quiso explicarse—. Me gustas de verdad y, si pudiera elegir, ahora mismo te besaría. —Fue tan directo que Lucy estuvo a punto de tirársele encima—. Pero no puedo. Mi madre no lo permitiría.

—¿Tu madre?!

Lucy podía esperarse muchas razones por las que Jake no quisiera que saliese con él, pero que el problema fuera la directora no era una de ellas.

Le vino a la cabeza el rostro de Madison y pensó en cómo alguien como ella podía ser un impedimento para la felicidad de su hijo.

—Está obsesionada con que debo relacionarme con gente de... —Buscó una palabra suave, pero no la encontró—... De mi nivel social. Quiere que salga con una chica que provenga de alguna familia adinerada.

La recién llegada recordó entonces el comentario de una de las muchachas en el salón de actos. Cuando la pillaron observando a Jake le dijeron que su madre no permitiría que se acercara a él. Ahora entendía por qué. A ella le hubiera gustado decirle que no pasaba nada, pero lo cierto era que estaba aún más triste que antes.

—Lucy... Lo siento mucho. —Por un momento pareció que también él se iba a echar a llorar—. Me gustaría que siguieras viniendo a la biblioteca a verme de todas formas. Si al menos fuéramos amigos... —La frase sonó tan típica que pareció de mal gusto, pero Lucy sabía que lo estaba diciendo de corazón. Así que aceptó su proposición con un abrazo.

—Es increíble —expresó sin soltarle—. Hace unas horas me daba miedo hablarte, y ahora te abrazo como si nada. ¿Cómo puede ser?

—Eso es porque soy irresistible —bromeó cortando el momento.

—Bueno, señor irresistible... —entró en su juego—. ¿Qué le parece si me lleva al ascensor más cercano? Se está haciendo tarde y me gustaría volver a

mi cuarto. He tenido demasiadas emociones por hoy. —Suspiró y apretó sus enrojecidos ojos.

—Claro, señorita. —Ya ninguno de los dos estaba triste—. Ahora mismo le indico el camino. —Y le ofreció su mano.

Estuvo a punto de cogérsela, pero al final no lo hizo.

—Mejor no, no se vayan a creer que somos novios.

—Con la que hemos liado antes, pensarán que estamos prometidos. Por cierto, bonito rechazazo.

—¡Ay, lo siento! ¿Te duele mucho?

Los dos se marcharon mientras Jake soltaba carcajadas. A pesar de todo, al final, incluso ella sonrió.

* * *

En el pasillo del piso veintitrés todo se hallaba en silencio. Las luces estaban apagadas y al fondo del todo, a través del ventanal que daba al exterior, tan solo se veían nubes negras. Se avecinaba una tormenta. Cuando Lucy apareció, estaba sola; Jake se había bajado un piso antes. Ella miró hacia el techo y se lo imaginó recorriendo el mismo camino que ella. Incluso creyó que la habitación de él estaba justo encima de la suya. Sonrió ingenua antes de sacar la tarjeta para abrir la puerta.

Justo en cuanto agarró el pomo, la puerta del vecino se abrió. Lean acababa de salir.

—Ya has llegado —dijo antes de clavarse a su lado.

—Sí. —Abrió con intención de entrar.

—¿Has pegado a Iris? —Por lo que se veía, su vecino no tenía ganas de irse por las ramas.

—No me siento con ganas de discutir. —Y añadió, desafiante—: Además, no tengo por qué darte explicaciones.

—Pues cualquiera diría que no tienes ganas de pelea...

—Adiós, Lean. —Intentó cerrarle la puerta, pero él puso el pie y le explicó que sólo quería saber lo que había pasado—. Quita el pie...

—Pero... —La puerta se cerró y Lean escuchó cómo ella se alejaba.

Al otro lado, Lucy había perdido toda la energía que acababa de ganar gracias a Jake. De nuevo se sentía fatal y no fueron pocas las veces que se vio tentada de tirarse a la cama y echarse a llorar.

—No pasa nada —se repitió dándose ánimos. Al menos, sabía que el amor que creía sentir por Jake era correspondido. Tal vez pudiera arreglarse todo

con el tiempo. Tal vez... —. ¿A quién quiero engañar? —Se acercó al baño y se lavó la cara; aún tenía los ojos rojos. Decidió que lo mejor que podía hacer era darse una ducha y meterse en la cama—. Hoy no voy a cenar. De todos modos, aquí nada sabe a comida...

Lean continuaba en la puerta y sólo se fue cuando escuchó la ducha.

* * *

La mañana llegaría más tarde que temprano para Lucy. Se pasó toda la noche dando vueltas en la cama y abrazando una almohada. Se repitió constantemente que, aunque no salieran juntos, con el tiempo, a lo mejor, conseguía que la directora la acabara aceptando; solo tenía que ser paciente. En el fondo sabía que las cosas no eran tan sencillas, pero era lo único que tenía.

Esta vez no se despertó sobresaltada con prisas para no llegar tarde a clase. Lucy llevaba despierta una hora entera. Cuando calculó que ya era momento de prepararse, se estiró en la cama y después agarró las zapatillas. Con ellas en la mano, se acomodó cerca del armario y eligió qué ponerse. Aquella mañana se puso una falda roja y una camiseta de manga larga.

Cuando salió por la puerta volvió a encontrarse a Lean, que la estaba esperando para acompañarla a clase, como había hecho hasta ahora.

—Hola... —saludó.

Ella le contestó de forma muy educada y se fue. Lean no tardó en seguirla y, desde una distancia prudencial, le preguntó si había descansado.

Pero ella no respondió.

—Lucy, dime qué te pasa..., por favor —su voz sonó desencajada.

Finalmente, ella se dio cuenta de que estaba tratando mal a su vecino sin razón. ¿No sería que estaba pagando su frustración sobre Jake con él? Ni siquiera le había explicado lo ocurrido con Iris. No podía culparle por tener dudas sobre ella.

Por fin, entró en razón:

—Perdona por lo de ayer, no tuve un buen día —se excusó antes de explicarle todo lo que había sucedido con la chica *punk*, obviando la parte en la que el maravilloso Jake hizo acto de presencia.

—¿De verdad pasó todo eso?

—¿Es que no me crees?

—¡No he dicho eso! Es solo que... me sorprende que sea así. Se la ve tan simpática y tan tímida...

—Ya, a mí también me engañó.

Lean parecía más calmado y feliz. Incluso Lucy estaba más contenta desde que lo habían hablado. Puede que no fuera realmente gran cosa, pero al menos había conseguido ordenar todo lo que se había revuelto el día anterior. Sin duda, fue uno para recordar.

—Bueno, ¿estás lista para el pinchazo? —le preguntó Lean.

—¿Pinchazo? ¿Qué pinchazo?

—¡Ay! Es cierto. —Simuló que se pegaba en la cabeza—. No te lo dije porque no volví a verte ayer.

—Decirme... ¿qué? —Lucy ya se temía otra «agradable» sorpresa.

—Nada importante en realidad. Verás, todos los meses donamos sangre para las reservas del hospital, por si alguna vez nos hace falta a alguno. Ya sabes que la torre no está precisamente en el centro de una ciudad, así que es el mejor método para adquirirla sin complicaciones.

—¿Y es obligatorio? —A Lucy le temblaron los dientes. No era difícil darse cuenta de que odiaba las agujas.

La voz de otro chico respondió por Lean:

—¿Es que te dan miedo las inyecciones? —Era Jake, que acababa de aparecer justo enfrente.

—¡Jake! —Lucy se alegró tanto que su vecino se quedó perplejo—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a ver cómo estabas. —Observó a Lean—. Pero ya veo que estás bien acompañada.

—Oh, sí. Este es Lean, mi vecino. Lean, este es...

Iba a presentarlos, pero su compañero la interrumpió:

—Nos conocemos. —Parecía que no se alegraba de su visita. No dejaba de mirarle de arriba abajo.

—¿Ah, sí? Pues yo no me acuerdo de ti. —Lucy no identificó si era una pulla o un comentario sin maldad. En cualquiera de los dos casos, tras aquella frase, Jake lo ignoró y se dirigió a ella—: ¿Vamos juntos a clase?

—Pero... —Parecía dubitativa. Miró a su compañero y le contestó—: Si vamos juntos, la gente hablará...

—Después de lo de ayer, lo harán de todos modos, así que sólo quiero asegurarme de que no te agobian. Luego me iré, no te preocupes.

Lean no tuvo más remedio que morderse la lengua. No estaba seguro de saber de lo que estaban hablando, pero lo que sí quedaba claro era que Jake y Lucy se miraban de una manera demasiado especial. El vecino de la chica

nueva cerró el puño con fuerza, antes de marcharse recordándole a su amiga que no llegara tarde.

* * *

Junto a la puerta de la clase de segundo, estaba Iris. Cruzada de brazos, golpeaba nerviosa el suelo con una de las botas que se había puesto para aquel día. Se encontraba ansiosa y con ganas de guerra; de hecho, se pasó toda la noche preparando un plan para volver a fastidiar a Lucy. Ni ella misma entendía por qué, pero no podía evitar sentir unas ganas irrefrenables de hacerle la vida imposible. El resto de la clase estaba diseminada por la zona. Algunos hablaban sobre lo que habían visto en la zona de ocio el día anterior. Otros todavía no se habían enterado. Y por último, unos pocos, como Matt, bromeaban y hacían el tonto con sus compañeros. Lo que iba a suceder cuando apareciera Lucy con Jake era fácil de predecir.

Como si los olieran, el pasillo de la universidad enmudeció cuando las puertas del ascensor se abrieron y la voz de Jake cruzó la sala. Todos se giraron sin poder creérselo. Los chicos le tenían envidia a él y las chicas la odiaban a ella. En cualquier caso, nadie veía con buenos ojos aquella relación. Algún iluso pensaría que no sentían nada el uno por el otro, y el hecho de no ir de la mano tal vez les daba pequeñas esperanzas de que tan solo fueran amigos, pero Iris sabía la verdad. El dolor que le supuso ver aquella escena provocó que tuviera más ganas aún de destrozar a su enemiga declarada.

—Estás jugando con fuego —susurró como si Lucy pudiera escucharla.

—Bueno, no ha sido tan malo, ¿verdad? —comentó Jake cuando llegaron a la entrada de clase.

Lucy echó una ojeada y le dedicó una mueca.

—Todos nos están mirando como si estuvieran viendo un fantasma.

—Seguramente me tienen envidia —acertó él.

Sin embargo, la chica nueva estaba segura de que era a ella a la que envidiaban. En los tres días que llevaba en la torre, se había dado cuenta de lo que significaba Jake para todas. Era como ese amor imposible por el que suspiraban, y que anhelaban conseguir; esa meta, ese chico perfecto, esa relación romántica de película que a muchas les encantaría poseer. Lucy sabía que ni ella misma tenía a Jake, pero se sentía especial, ya que sabía que él la quería. Tal vez no estuvieran juntos de verdad, pero aquello era lo más cercano a lo que había soñado cualquiera de las chicas que la rodeaban.

—Ya era hora —tosco y malhumorado, Lean apareció entre la multitud.

—Oh, hola, Lean. —Lucy estaba incómoda, no solo por la gente, sino porque se había dado cuenta de que la actitud de su compañero era diferente desde que se había enterado de lo de Jake.

—Ven conmigo. —La agarró del brazo—. Te llevaré a la enfermería. Cuanto antes lo hagas, antes podrás volver...

—Perdona. —Jake interrumpió—. No deberías tratarla así. No es un muñeco —dijo haciéndose el salvador.

Pero Lucy corrió a quitarle importancia al gesto:

—No, si no me hace daño. No te preocupes. —Se estaba ruborizando. En el fondo, le gustaba que se preocupara por ella.

—Ya la has oído, no le estoy haciendo daño. —Le lanzó una mirada desafiante; parecía que estaba deseando pegarle un puñetazo.

—¿Sabes? —Jake ladeó los labios. Estaba a punto de decir una burrada. —Sonrió—. Si fueras más simpático con los demás, serías más popular. No me extraña que todas las tías que se interesan por ti salgan asustadas si las vas tratando de ese modo.

Parecía que una situación aún más incómoda se iba a producir entre los dos, pero no fue así. Lean se dio prisa en responder y luego tiró de su compañera para marcharse lejos.

—No me interesa ser popular.

Lucy tenía la cabeza gacha. No se atrevía a mirar a su amigo. Era como si el chico se sintiera traicionado, y lo extraño era que ella pensaba que tenía razones para sentirse así. En el fondo, Lucy sabía que no tenía ningún derecho a recriminarle nada, pero por algo que no alcanzó a definir, no supo responderle.

Se subieron al ascensor.

—¿Te gusta ese tío? —Lean hizo una pregunta estúpida.

—Eso da igual. No vamos a salir juntos.

—Pensaba que ya lo estabais haciendo.

El tono de sus palabras la sacó de quicio. La chica nueva se sintió dolida por sus modales. Le miró y se fijó en que sus ojos estaban humedecidos. Se dio cuenta de que estaba aguantándose las lágrimas. ¿Qué demonios significaba aquello?

Al llegar al Hospital General el ambiente cambió como si una brisa de aire fresco los envolviera. Todo lo que veían sus ojos era un blanco impoluto. Las paredes, el suelo, el techo, las puertas; tan solo el marco de las entradas

era de un tono azul oscuro que contrastaba con el resto. Las enfermeras pasaban de un lado a otro con cuadernos bajo sus brazos. Algún que otro médico se detenía a consultar algunos detalles con sus colegas y, de vez en cuando, aparecía algún enfermo por el recorrido.

Al fondo encontraron a la recepcionista, que les indicó, con una estudiada sonrisa, adónde tenían que ir para donar sangre.

—¿De verdad tienen que pincharme? ¿Es que estas cosas no son optativas?

—Ya te he dicho cómo funciona todo en la torre. Algún día tal vez te haga falta una transfusión y, entonces, lo agradecerás.

Accedieron a un pasillo, tras cruzar otra de las puertas dobles, y se encontraron con una fila de gente esperando su turno. Todos iban lentamente entrando en una habitación, a la vez que otra persona salía con el típico algodón apretado contra la piel.

Aunque estuvieron juntos esperando durante más de diez minutos, ninguno de los dos dijo ni una sola palabra. Ella estaba demasiado ocupada reviviendo en su cabeza los dulces momentos que había pasado con Jake, y él debía estar maldiciendo su mala suerte. Aunque Lucy no lo tenía del todo claro, estaba empezando a sospechar que Lean estaba interesado en ella. En cierto modo, sintió pena. Si no hubiera conocido al chico del nivel uno, puede que, con el tiempo, se hubiera liado con su vecino. Era guapo, tenía un buen cuerpo y, por regla general, se comportaba como un caballero. Lo único que le chocaba de él era su impopularidad y, sobre todo, su temperamento cambiante.

—Siguiente —escuchó Lucy, y al darse cuenta de que le tocaba, entró con el corazón en un puño.

Una mesa camilla similar a la de los dentistas la aguardaba justo en el centro. A un lado se encontraba la enfermera y al fondo un muchacho vestido de blanco que estaba etiquetando y colocando en una bandeja un montón de frascos de litro llenos de sangre.

Lucy sintió un escalofrío.

—Uff, tengo hambre y sed.

La boca se le reseco de repente y deseó llevarse a la garganta cualquier cosa para contrarrestarlo. Los nervios la podían y parecía que iba a ponerse mucho peor. No imaginaba que un pinchazo fuera a afectarla tanto.

—En cuanto acabemos te damos algo de beber y de comer, tranquila. —La enfermera la llevó hasta el asiento y después le pidió que se subiera la manga derecha—. Recuerda dejar el brazo descansado y no moverlo —pidió mientras cogía algo de la mesa que Lucy no pudo ver—. Vas a sentir un

pinchazo, pero no te preocupes, que no va a ser nada.

La señora dijo la verdad. Cuando terminó, dejó que se levantara y la chica nueva se sorprendió por no haber sentido dolor alguno. Incluso le agradeció el cuidado que había tenido.

—Es mi trabajo. —Sonrió orgullosa del resultado y dejó en la mesa el recipiente—. ¿Cuál es tu grupo sanguíneo?

—No tengo ni idea... Lo saben mis padres...

—Bueno, dime tu nombre. Tomaremos una muestra de la que hemos extraído y haremos una analítica. Supongo que querrás que te digamos qué tipo tienes.

Lean apareció y se apoyó en el mismo lugar que el frasco rojo.

—Se llama Lucy Shepard. —Al hacerlo lo empujó y el frasco se estrelló contra el suelo, dibujando un charco rojo fuerte.

—¿Se puede saber qué haces?! —el muchacho de la bata entró en cólera.

—Lo siento, lo siento... —El chico se disculpó, pero fue inútil.

—Que lo sientas no sirve de nada. ¿Quién te ha dicho que podías entrar aquí? Ahora vamos a tener que pincharla otra vez.

—No podemos —indicó la amable enfermera—. Le hemos sacado mucha sangre, tendrá que ser otro día.

Lean volvió a pedir perdón y después salió de la sala a toda prisa. La enfermera le acercó a Lucy una gasa.

—Apriétate fuerte. —Y después le dio un refresco en lata, junto con un bocadillo envuelto en papel plata—. ¿Te sientes bien para andar o quieres quedarte un rato?

—Estoy bien, no me siento mareada. —Dio un sorbo y, al momento, le entraron ganas de escupir. No solo la bebida sabía a rayos, sino que además estaba demasiado fría para su gusto.

—Por favor, vuelve mañana —le indicó el chico antes de que Lucy se marchara.

Cuando llegó al pasillo buscó a su alrededor, pero Lean no estaba. No entendía por qué, pero la acababa de dejar tirada. Ahora estaba sola de nuevo. Era como si acabara de hacer todo eso para hacerle daño.

Decidió caminar hasta el ascensor. No estaba segura de dónde se encontraba, pero no debía ser difícil.

—Lucy, estás guapísima hasta cuando donas sangre —escuchó. No le hizo falta darse la vuelta, sabía quién era el emisor de aquel piropo.

—Hola, Jake. —Ella intentó aguantarse la sonrisa, pero fue inútil.

Allí estaba su príncipe azul. El chico le dedicó un gesto gracioso en cuanto la vio.

—Estaba paseando por aquí...

—Claro, el hospital está a la vuelta de la esquina de tu clase, ¿verdad?

—¡Exacto!

Lucy se echó a reír y después de bromear un poco le preguntó:

—¿A qué has venido?

—Quería asegurarme de que estabas bien.

—Todo perfecto, gracias. —Le enseñó el brazo con la gasa.

—Ajá... —Jake pareció pensar algo. Era como si quisiera comentarle alguna cosa, pero no se atreviera.

—¿Ocurre algo? —Lucy tomó la iniciativa.

—Me preguntaba si te gustaría quedar esta noche.

—¿Esta noche? ¿Te refieres a después de cenar?

—Sí. Sobre las tres de la madrugada, para ser exactos.

—¿Y adónde quieres ir tan tarde? —La chica nueva se ruborizó al pensar que iba a llevarla a su piso y a tenerla allí toda la noche.

—Te lo contaré, pero es un secreto, ¿vale? —Miró antes a su alrededor para asegurarse de que nadie los escuchaba—. Quiero ir al piso que está en obras, pero la llave que permite al ascensor llegar a él está en posesión del recepcionista.

—Entiendo. Y el recepcionista no termina su jornada hasta las tres.

—Bueno, acaba un poco antes, pero sí, es para dar algo de tiempo.

—Entonces..., ¿pretendes que vaya contigo al piso en obras?

—¿No quieres? —Estaba a punto de echarse atrás.

Lucy pensó que era una cita. ¿Estar toda la noche juntos y solos bajo la luz de la luna en un piso solitario donde, con toda certeza, no se encontrarían con nadie? Su imaginación voló y, por una vez, su perversa mente pensó en cosas que le subieron la temperatura.

—¡Claro que quiero! —Aceptó sin darse cuenta de que aquella decisión propiciaría un final fatal.

CAPÍTULO 7

El fin de Lucy

Aquella noche iba a ser muy larga. Nada más volver a la universidad, había entrado en clase. Se había pasado el resto de la mañana pensando en lo que iba a suceder al caer el sol. Estaba deseando volver a ver a Jake. ¿Por qué quería que fuera con él? ¿Iba a declararse? Tenía que ser eso, no había espacio para cualquier otra posibilidad en su cabeza.

Cuando consiguió dejar de lado sus fantasías, se acordó de Lean. El muy imbécil la había dejado sola sin razón aparente, y para colmo no había asistido a clase.

—Me pregunto qué es lo que le pasa a ese tío. —El cariño que se había ganado los días anteriores se estaba deshaciendo poco a poco. Ni siquiera parecía la misma persona que había paseado con ella enseñándole la torre. Era como si, desde lo de Iris, todo se hubiera desmoronado.

En el fondo se alegraba de cómo estaban yendo las cosas. Tal vez su amistad con Lean fuera a peor, pero al menos Jake estaba con ella.

—Shepard, baje a resolver esta ecuación, por favor. —La señora Vals la señaló con la regla y la chica nueva salió de sus sueños.

El resto de la clase avanzó con normalidad, pero ella seguía sin acostumbrarse. Dio gracias al cielo cuando la campana hizo finalizar la tortura ahogando con su sonido la voz de la profesora.

De un salto estuvo lista para encerrarse en su cuarto durante el resto de lo que quedaba de día.

—Estoy tan nerviosa que no tengo hambre —se comentó a sí misma antes de dirigirse a la salida.

—Recuerden que queda una semana para la fiesta del decimoquinto aniversario de la Torre Madison. ¡Que pasen una buena tarde! —gritó Vals ante todos los que vitoreaban, alegres, la noticia.

—¿Una fiesta? —Lentamente fue animándose cada vez más hasta que dio una palmada de ánimo—. ¡Genial! No solo esta noche será especial, sino que además podré lucirme después. ¡Dos oportunidades seguidas para estar con Jake!

En cuanto llegó al nivel dos y entró por la puerta, se empezó a poner nerviosa. Un cosquilleo comenzó a brotar de su barriga; estaba histérica.

Decidió darse una ducha antes de nada y relajarse un poco. Iba a tener toda la tarde para probarse vestidos y estaba segura de que le daría tiempo a comprarse algo en caso de que no le convenciese nada. De repente, se acordó:

—Ayyy, mi jersey —se lamentó antes de quitarse la ropa y meterse en la ducha.

Su última compra ya era historia.

* * *

Jake estaba sentado en una de las sillas de la biblioteca junto al resto de sus amigos. Se estaba balanceando hacia atrás peligrosamente, buscando un equilibrio perfecto en el vaivén que esta producía.

—¿Qué te pasa? —Troy lo miraba divertido. Nunca había visto a su amigo tan nervioso.

—Seguramente ha quedado con su amada —contestó Leonard, que estaba leyendo un libro al lado de Troy.

—¿No te da vergüenza aprovecharte así de ella? —comentó Paris sin quitar la vista del espejo que nunca soltaba—. Con la que liaste ayer seguro que ahora la pobre está aguantando un montón de chismes.

—¿Qué lío? —Troy era el único de toda la torre que aún no se había enterado.

Paris se levantó y se sentó en las rodillas de su fornido amigo. Después lo abrazó lentamente con una delicadeza extrema y le contó, mientras echaba su vista hacia Jake, lo que había pasado:

—Y no contento con ello, se le ha declarado y ha aparecido esta mañana en la *uni* con ella. Parece que tiene ganas de morir. —Después besó la mejilla de Troy dejando su firma en forma de pintalabios.

—En qué estarías pensando... —dejó caer Leonard como si nada.

—En tetas, por supuesto. —Paris sonrió a Jake.

—Estáis exagerando. No ha sido para tanto —aseguró el chico del nivel uno buscando una manera de quitarle importancia a sus comentarios. En el fondo, sabía que había actuado mal. Su madre no tardaría mucho en enterarse de lo del día anterior y, entonces, tendría que darle una buena razón para que Lucy no pasara a estar en la lista negra de la directora.

—¿Señorito Jake? —La secretaria de su madre apareció bajo el umbral de la entrada.

—¡Isabela! —Jake casi se cayó de la silla.

—Su madre desea verle en su despacho ahora mismo. —La mujer se

marchó tan rápido como había aparecido.

Los «Nivel 1» miraron a Jake con cara de «te lo advertimos» y después dejaron que el chico se levantara temiéndose lo peor.

* * *

Lucy se había pasado la tarde lanzando a su cama todo lo que tenía en el armario. Entró cuatrocientas veces al baño para mirarse al espejo y se peinó de mil maneras hasta decidirse por un conjunto en concreto. Terminó por llevar unas botas altas negras que no solía ponerse nunca, una camiseta de manga corta ajustada con oberturas en los hombros y unos pantalones vaqueros de pitillo que estilizaban más su figura; estaba imponente.

—Esta noche es la noche —cantó contenta.

El siguiente objetivo fue el maquillaje. Buscó los tonos adecuados para que su mirada luciera más vistosa y que así Jake no pudiera resistirse cuando lo mirara con ojos de cachorrito. No sabía la que le esperaba. Si bien él ya le había dejado claro que no iban a salir juntos, ella no estaba dispuesta a rendirse. Finalmente, se puso una chaqueta azul y estuvo lista. Cuando salió estaba tan contenta que si Lean hubiera aparecido se hubiera roto en trocitos.

Lucy cruzó el pasillo sin saber... que jamás volvería allí.

* * *

—Hijo, ha llegado a mis oídos que te estás viendo con Lucy Shepard. — La madre de Jake tenía las manos entrecruzadas y buscaba con la mirada a su hijo, el cual luchaba por no darle importancia a la situación.

—Sólo estoy siendo simpático...

—Abrazarla delante de todo el mundo y llevártela corriendo de la mano no me parece que sea solo simpatía.

—Los tiempos cambian, madre. Hoy en día mostramos nuestro afecto más que en tu época —se echó un farol intentando eludir su responsabilidad.

—Primero. —Se levantó de su sillón y dijo—: No vuelvas a hablarme de esa manera. No soy una simplona de la que puedas reírte. Y segundo... —Se acercó hacia él—. Sabes que no puedes engañarme. Sé lo que estás pensando y te advierto que, si se te ocurre hacerlo, tu amiguita saldrá de esta torre mañana mismo.

—¡Prometiste no meterte en mis cosas! —Estaba tan enfurecido que se levantó dispuesto a plantarle cara.

—¡Y tú prometiste no llamar la atención! Y ahora, siéntate antes de que se

me agote la paciencia.

Cuando Jake lo hizo, los ánimos se calmaron y ella volvió a hablarle como una madre:

—Hijo mío... Todo esto que ves a tu alrededor lo he hecho por ti. Quería que tuvieras una vida mejor, y si busco una pretendiente adecuada para ti lo hago precisamente por esa razón: porque te quiero.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que me case con alguien como Paris? No busco a alguien así. Sé que lo haces por mí, pero todas las pretendientes que me has encasquetado me aburrían. Son simples, irritantes y superficiales hasta decir basta. No estaban hechas para mí.

Su madre le dio la espalda y le ordenó que se marchara.

—No pienso volver a discutir sobre esto. Si me entero de que te has vuelto a ver con ella, haré todo lo que pueda para obligarla a marcharse. No hagas que me comporte como era antes, hijo.

* * *

Las dos y media de la madrugada llegaron lentamente para Lucy. La espera se le había hecho eterna y aún estaba inquieta porque no sabía cuánto más tardaría en llegar él. Lo estaba esperando donde habían quedado, en la biblioteca, y aunque podía hacer la espera más amena leyendo cualquiera de los maravillosos libros de la sala, no fue capaz de levantarse a por ninguno.

—Estoy demasiado nerviosa —tembló.

Las puertas chirriaron anunciando la llegada de Jake, que entró muy serio, pero seguro de sus pensamientos.

—¿Estás lista? —le preguntó con más prisa que cortesía.

Ella corrió a su encuentro y esperó que la piropeará. Sin embargo, este no lo hizo; parecía afectado por algo.

—Vamos a recepción. Con un poco de suerte, Marty ya no estará y podremos coger las llaves. Las suele guardar en el primer cajón.

Al bajar, todo estaba en silencio. Las puertas que daban al exterior de la torre estaban cerradas y las luces del piso extrañamente apagadas.

El ambiente allí era bien distinto con todo a oscuras. Lucy estaba realmente incómoda.

—¿No nos meteremos en un lío?

—Un poco tarde para preocuparse, ¿no? Tú tranquila. Si devolvemos la llave antes de las siete, todo irá bien. —Se acordó del aviso de su madre y lo desechó mientras se acercaba a la mesa en busca de las llaves, las cuales

aparecieron brillantes bajo unos papeles sin importancia—. Ya está.

El ascensor estaba programado para que al pulsar el botón del piso cuarenta, la orden se cancelara automáticamente. Tenían que introducir una llave de metal por una pequeña abertura con forma de cerrojo para que dicha acción no se bloqueara. De este modo, Jake metió la llave y pulsó el número, ansioso. La plataforma empezó a moverse, y la noche juntos comenzó por fin.

Lucy estaba deseosa de llegar.

Cuando por fin accedieron a la planta prohibida se encontraron con una imagen que no esperaban: tabiques tirados por el suelo, cascos de obreros, agujeros en las paredes, apuntalados temporales por todas partes y muros a medio pintar adornaban todo el recorrido al que podían acceder con sus ojos. La oscuridad lo envolvía prácticamente todo, y si no fuera porque la luz de la luna chocaba directamente con la pared que daba al exterior, no hubieran podido ni siquiera caminar.

Lucy pensó, por un momento, que era peligroso estar allí. Los cristales que les mantenían a salvo no estaban colocados y era evidente que se tendrían que ir antes de que el amanecer hiciera acto de presencia.

—Será mejor no dormirse —anotó Lucy mientras empezaba a andar.

El ascensor no tardó en marcharse, y Jake se guardó la llave en el bolsillo. Finalmente, más tranquilo y relajado, pudo fijarse en lo guapa que estaba Lucy con la luz de la luna acariciándole la cara. La chica nueva se apartó el pelo de la cara e hizo un gracioso gesto que robó una sonrisa a Jake.

—Estás guapísima.

—¡Gracias! —Lucy estaba tan feliz... Por fin se había fijado en lo que llevaba puesto. La cosa no podía más que mejorar.

Accedieron a otro de los pasillos, el cual estaba más afectado, y Jake le indicó que fueran por allí.

—Me gustaría ver una cosa...

A Lucy no se le había pasado aún por la cabeza la razón por la que Jake había querido ir allí, aunque no tardó en descubrirlo. Cuando él estuvo enfrente de una puerta recién puesta, le contó lo que se proponía:

—Perdona por hacerte venir, pero es que no quería hacerlo solo... — Parecía serio y portaba un aire melancólico y triste que preocupó a su acompañante.

—¿Qué es lo que pasa? —Lucy estaba temiendo que no se tratara de una cita. Ya le avisó él: solo amigos. ¿Sería cierto?

—¿Te acuerdas de Carla? Era mi vecina. Al principio no le hacía mucho

caso, pero terminé cogiéndole cariño. Nos hicimos buenos amigos —colocó su palma sobre la puerta—. En esta habitación es donde encontraron su cuerpo...

Lucy se quedó helada. ¿Cómo había podido ser tan imbécil? Ya sabía que Carla había muerto en un incendio en aquella planta. También sabía, por la crítica que protagonizó Jake, que él le tenía mucho aprecio. ¿Cómo no se podía haber dado cuenta de que habían quedado precisamente en el piso donde su amiga había fallecido? ¡Qué idiota!

—Todo este tiempo he querido ver este lugar con mis propios ojos. No puedo entender por qué vino aquí. Los demás dicen que se suicidó, pero... Parecía tan feliz cuando todo pasó...

—Y... ¿qué esperas conseguir viniendo? —Lucy se percató de que su pregunta había sido algo tosca y sin tacto, pero no pudo evitarlo. Quería comprenderle.

Jake abrió la puerta y empujó el pomo hacia dentro. Una ráfaga de aire los saludó cuando entraron.

—Supongo que... quería despedirme. —Parecía como si no tuviera las ideas claras. Seguramente, ni él mismo comprendía por qué lo hacía.

Lucy creyó que lo más importante era apoyarle y ayudarle, incluso a pesar de que por un momento se le pasó por la cabeza la idea de que hubiera estado enamorado de ella; aun siendo posible, no le importó.

Cuando entró tras él, cerró la puerta provocando una terrorífica onda de eco que cruzó el resto del piso hacia el ascensor. Ninguno de los dos podía imaginarse que aquello era una señal de lo que aún estaba por suceder.

—Bueno..., también te he traído por otra razón. —Sonó misterioso—. Me preguntaba si te gustaría ser mi acompañante en la fiesta de aniversario.

Ella tenía que reconocer que Jake no era demasiado bueno eligiendo el lugar y el momento adecuado para hacer proposiciones como aquella. Estaba pidiéndole a la chica que le atraía que lo acompañara a una fiesta en el mismo sitio en el que varios meses atrás había muerto su amiga, calcinada. ¿En qué demonios estaba pensando?

—Claro... —respondió sincera. A pesar de todo, quería ir con él.

Perdonó sus errores comprendiendo que aún debía de estar afectado por lo de Carla y que, seguramente, para él aquel lugar significaba algo distinto. Puede que su intención, al llevarla con él, fuera demostrarle que confiaba en ella y que, con aquel gesto, estaba abriéndole su corazón. Fuera como fuese, ya daba igual.

—Gracias, Lucy. —La abrazó con fuerza.

Lo siguiente que ocurrió fue que ella sacó valor de donde pudo y le robó sus labios, apretándolos con fuerza contra los suyos. Con la otra mano hizo fuerza en su cuello y lo atrajo hacia ella para sentir su boca aún más intensamente. Y, de pronto, ambas lenguas se arremolinaron al sincerarse y prometerse amor. Después las manos se entrelazaron en un arrebato de pasión y él la dirigió contra la pared para continuar besándola. Lucy estuvo a punto de tropezarse con los tacones y tuvo que ser socorrida por su príncipe azul. Se miraron un momento y él sonrió. Ella estaba perdida en sus ojos, no veía nada más. La luna los enfocó con su luz y parecieron representar una obra de amor, tan solo para ellos mismos. Lucy pegó su cabeza contra el pecho de Jake y entonces ambos suspiraron.

—Creía que no íbamos a ser más que amigos —se mofó ella cortando todo el romanticismo sin ningún tipo de miramiento.

Él se echó a reír y dijo que eso era lo que le gustaba de ella:

—Eres totalmente diferente a las demás —agradeció—. Muchas gracias por venir aquí, sé que no es un lugar muy romántico.

—Si vuelves a recordarme dónde estamos, te tiro por ese agujero de ahí. —Después continuó besándole, prometiendo que las siguientes horas serían aún más intensas.

Tal vez no harían el amor; a fin de cuentas, allí había muerto Carla, y a Lucy le parecía una falta de respeto, pero sí se besarían durante el resto de la noche.

Cuando llegó la hora de marcharse, ambos estaban sentados. Ella se había apoyado en su pecho para dormir y él, a modo de somier, estaba contra la pared mirando al frente encerrado en sus pensamientos. Se habían quedado en una esquina de la habitación con los brazos entrelazados.

La sala significaba mucho para Jake, pero, aparte de tener cuatro paredes, una puerta y un montón de agujeros en el muro de al lado, no contaba con nada realmente destacable.

—Está amaneciendo. —El chico se movió con cuidado para espabilarla—. Deberíamos volver.

Ella le besó otra vez y, tras saborear sus labios, se levantó.

—Ya voy. —Se sentía como en una nube.

De la mano, caminaron hacia la puerta y, entonces, él se percató de que algo no iba bien. El pomo giraba, pero la puerta no se movía; parecía como si chocara con algo.

—No hagas bromas, tonto. —Le pasó la mano por la cintura y, con la otra, intentó abrir. No había manera, la puerta no cedía.

Lucy se preocupó de verdad y empezó a empujar la puerta con ambas manos. Zarandó el pomo con todas sus fuerzas mientras pensaba que ahora que estaba viviendo algo precioso, no podía estropearse de esa manera.

No abandonó, siguió intentándolo, pero entonces...

El destino se alzó para castigarlos.

Lucy dejó de golpear la puerta con su cuerpo en cuanto se dio cuenta de que algo, peligroso e inesperado, se deslizaba al fondo de la habitación.

—¡No puede ser! —se sorprendió deseando que no fuera cierto.

Jake escuchó los gritos de su compañera y dirigió la mirada hacia el lugar que tanto la aterraba. Allí, convirtiendo sus temores en realidad, estaba el enorme agujero de la pared que habían visto al entrar. A través de él se estaba colando un rayo de sol que, lentamente, se dirigía hacia ellos. La situación no solo se había transformado inesperadamente, sino que además lo había hecho con terribles consecuencias. La noche que habían compartido fue maravillosa, pero la llegada del amanecer se había encargado de esfumar sus sueños y materializar, en su lugar, la pesadilla más terrible que jamás hubieran podido imaginar. Fue entonces cuando Jake se dio cuenta de que estaban en grave peligro. La alergia que ambos padecían a los rayos ultravioleta era demasiado alta como para soportar un contacto directo con la luz del amanecer; tenían que hacer algo para salir de allí cuanto antes.

—¡Lucy, rápido! —gritó él antes de comenzar a pegar patadas a la puerta como un poseso—. ¡Ayúdame!

Su situación no sería tan grave si no fuera porque pronto la luz tomaría suficiente altura como para entrar por el espacio que dejaba un cristal sin colocar. Ahora entendía por qué todos tenían prohibido acceder a aquel piso: era el único sin terminar y, además, estaba lleno de agujeros que ponían en peligro la vida de los residentes.

—¡No puedo morir aquí! —Ella comenzó a desesperarse cuando vio que la puerta se negaba a abrirse; no había cedido ni medio centímetro.

El temor a la muerte la rodeó y entonces se llevó las manos a la cara, ocultando las lágrimas que empezaron a manar de sus ojos. Dentro de su cabeza se sucedieron un sinnúmero de imágenes con rostros quemados y desfigurados que parecieron querer avisarle del destino que le esperaba.

Faltó un segundo para que los nervios pudieran con ella y cayera desmayada, pero el chico la sacó de allí con un portentoso grito:

—¡No te pares, Lucy! —continuaba pegando patadas con la esperanza de que los anclajes de la puerta terminaran cediendo—. El piso entero está a medio reformar. ¡No puede ser que esta puerta resista mucho más! —Dio una última patada antes de rendirse también—. ¡¡¡Maldita hija de puta!!!

La manta de luz continuaba deslizándose imparable por el polvoriento mármol. Ni los gritos de Jake ni los lloros de Lucy harían que se detuviera. Si no hacían algo, pronto sufrirían una dolorosa muerte; o, en el mejor de los casos, horribles quemaduras de primer grado.

Tanto los dos muchachos como el resto de residentes de la torre habían temido que alguna vez pudiera pasarles algo parecido. Todos los que padecían su enfermedad tenían una pesadilla en la que el Sol los quemaba hasta deshacerles la piel. Por desgracia para ellos, esta vez no se trataba de un sueño del que pudieran escapar con tan solo despertar.

—Me mudé aquí para vivir una vida normal sin temer al Sol, sin preocuparme de las ventanas, de las luces o de si en la habitación de al lado las persianas estaban bajadas... —se lamentó Lucy dejando de llorar y resignándose a lo inevitable—. ¿Y ahora voy a morir aquí? ¿En el que se suponía que era el lugar más seguro de todo el planeta? ¿Aquí iba a ser feliz?

Jake apretó los puños, impotente. Ella tenía toda la razón, era absurdo. Todo era culpa suya. Él se empeñó en explorar el piso que tenían prohibido visitar. Si no se les permitía la entrada allí, era por algo. Y si les resultó tan difícil llegar fue precisamente por su seguridad. ¿En qué demonios había estado pensando?

—Lo siento, Lucy. Es mi culpa que estemos en esta situación. S-Si... Si la puerta no se hubiera cerrado...

De repente ella se levantó y, aunque en un principio él pensó que iba a pegarle, comenzó a correr en dirección opuesta hacia el rayo de luz.

—¡Lucy! ¡¡¿Qué haces?!! —abrió los ojos como platos y, tembloroso, alargó la mano.

Aunque quiso detenerla, temía tanto al Sol que no fue capaz de moverse más. Pero para su sorpresa, ella se quitó la chaqueta azul que llevaba puesta y, de un salto, se tiró contra el hueco, tapándolo en cuestión de un suspiro. La habitación volvió a oscurecerse al instante. Jake pudo respirar cuando fue consciente de lo ocurrido. Lucy, sin embargo, estaba helada. Pensaba que si se movía, aunque fuera un centímetro, el rayo entraría de nuevo y le quemaría la cara, hasta que quedase totalmente desfigurada. Durante un momento volvieron a aparecer los rostros deformados dentro de sus maltrechos pensamientos.

—J-J-Jake..., ayuda —suplicó con voz temblorosa.

Su acompañante no tardó en socorrerla colocando sus manos en la chaqueta y presionando sobre el agujero con firmeza.

—Ya puedes levantarte —sonrió.

Iba a hacerlo, pero, en cuanto se incorporó, un torrente de luz la cegó, haciendo que se agachara de nuevo apresuradamente.

—¿Qué ocurre?! —preguntó él sin soltar la chaqueta.

—¡La luz ha entrado! ¡La luz ha entrado! —aseguró tapándose la cara con ambas manos y apretando sus dedos contra la piel con fuerza mientras gritaba histérica.

Jake miró hacia atrás y comprobó, aterrado, que toda la habitación, incluida la puerta, estaba bañada en la luz anaranjada del amanecer. Tan solo un resquicio del cuarto, precisamente ese en el que estaban ambos, seguía protegido por la oscuridad. Al parecer, el Sol había alcanzado suficiente altura y ahora entraba con total libertad por el espacio hueco donde se tenía planeado instalar la ventana.

Lucy se frotó los ojos y no dejó de repetir que se había quemado la cara, pero tan solo eran los nervios. Jake le pidió que se calmara y, tras mirarla desde su posición, la tranquilizó:

—No pierdas la calma, ¿vale? Te necesito serena. Solo ha sido un instante. Estás un poco enrojecida, pero ya está. No ha sido suficiente tiempo, así que cálmate. ¿De acuerdo? —intentó sonar sosegado, pero incluso ella percibió aquellos ojos aterrados y desencajados que por todos los medios trataba de ocultar. Él sabía mejor que nadie que pronto se quedarían sin el resto de la sombra y que el Sol comenzaría a quemarles la piel. Su madre le había advertido tiempo atrás de los peligros de salir al exterior en días de lluvia: si un temporal remitía de repente y no tenía un lugar donde ocultarse, la piel empezaría a enrojecerse y después le comenzaría a picar como si le hubieran tirado una jarra de agua hirviendo. Las ampollas crecerían tanto que el dolor sería insoportable y, al final, acabaría con horribles quemaduras. Incluso algunas personas se habían pasado semanas semiinconscientes en el hospital a causa del intenso dolor, antes de morir por las incontrolables infecciones.

Los minutos pasaron y su espacio dentro de la sombra se fue haciendo cada vez más pequeño; la luz ganaba terreno por momentos. Lucy se había acurrucado en la esquina de al lado, el lugar donde más sombra quedaba. Tenía la cabeza oculta entre las piernas y los brazos cruzados encima. Aquella imagen le dio a Jake una última, aunque descorazonadora, idea:

—Toma, tápate con esto —le dijo mientras le devolvía la chaqueta.

—¡Pero la luz...! ¡Ahora entra también por la otra esquina!

—Lucy..., escúchame —comenzó a decir mientras la ocultaba con el abrigo todo lo que podía—: si te quedas debajo, la luz no te afectará y podrás aguantar hasta que venga alguien. De todos modos, acabaremos quedándonos sin sombra en la que resguardarnos.

—P-P-Pero ¿y tú? ¡No tienes nada con lo que taparte!

Jake le acarició la cara en cuanto vio cómo se preocupaba por él; sin embargo, no dijo nada. Simplemente se agazapó a su lado y la abrazó; no quería pararse ni un solo instante a pensar lo que estaba haciendo, sabía que si lo hacía, tal vez se arrepintiera.

Durante el resto de los minutos ambos estuvieron callados. Tan solo algunos sollozos entrecortados de ella borrarón, durante un segundo, el susurrante viento que soplabá y entraba por el mismo lugar por el que se aproximaba su anaranjada y luminosa muerte. Él miraba con temor la línea que delimitaba el espacio en el que podían estar. Cada vez era más pequeña y no solo estaba empezando a dejarlos más arrinconados, sino que, además, él ya estaba empezando a sentir dolor. Era como si estuviera dentro de una sartén. El cuerpo se le estaba enrojeciendo y notaba cómo sus diminutos poros explotaban en insoportables escozores y picores. Finalmente, y sin poder evitarlo, Jake pegó un respingo en cuanto sintió el calor directo de la luz del amanecer en su pierna. Ya estaba ahí. Para él fue como si un monstruo, del cual había estado huyendo durante toda su vida, lo hubiera alcanzado por fin y lo estuviera arrastrando de un pie para engullirlo.

Un movimiento involuntario hizo que se estremeciera completamente y que Lucy se percatase de todo lo que estaba pasando. Si él tuviera que describirlo de nuevo, no sería capaz de contar lo que sucedió después. Sólo supo que ella se levantó de repente, que él quedó bajo la perfumada chaqueta y que Lucy, abrazándolo con fuerza, gritó que él era más importante para ella que su propia vida:

—¡Tú eres más sensible al Sol que yo! Aún tengo una oportunidad — escuchó sorprendido—. A-Además..., s-si te pasara algo, nunca me lo perdonaría. —Después ella besó su cabeza a través de la tela—. Te quiero — terminó por susurrarle.

Él iba a levantarse, de verdad que iba a hacerlo. Pero las palabras de Lucy, o tal vez el propio miedo a lo que pudiera pasarle, le impidieron moverse. Dejó que una lágrima escapara de sus ojos y luego se acercó a Lucy

con fuerza. Su cuerpo tembló y, tras abrir la boca varias veces para decir algo, desistió, dejando que ella cargara con las consecuencias, consciente de que él era un cobarde.

* * *

Un terrible escozor recorrió el cuerpo de Lucy y esta despertó, desorientada. Estaba en una habitación a oscuras, y una manta le cubría de los pies al cuello. Intentó levantarse, pero las fuerzas que le quedaban se esfumaron para convertirse en pesos sobre su cuerpo.

—Estás a salvo, querida. Descansa. —Escuchó cómo una sombra se acercaba entre la oscuridad. Se trataba de Madison. Al parecer se había pasado un buen rato sentada en un cómodo sofá situado al fondo.

—¿Q-Q-Qué... Qué ha pasado? —Intentó expresarse como pudo, pero estaba tan débil que no podía pensar con claridad.

—Nos has dado un buen susto. —Se arrodilló y dejó que ella le viera la cara. Parecía desolada. Algo terrible había sucedido.

—¡Jake! —Encontró energías suficientes para incorporarse—. ¡¿Está bien?!

—Sí, querida. Él está perfectamente. —Hizo un momento de silencio—. Muchas gracias. Si no fuera por ti..., no estaría vivo.

La chica nueva se dejó caer aliviada, pero entonces cayó en la cuenta. Se miró las manos y vio que estaban perfectamente.

—¿Por qué no estoy quemada? Recuerdo que me desmayé tras notar cómo me ardía el cuerpo...

—Perdóname. —Madison se acercó un poco más—. No he tenido otra elección. —Lucy la miraba, pero no acababa de comprenderla. ¿Qué era lo que sentía?—. Unos obreros os encontraron al llegar al trabajo. Llevabas bastante protegiendo a mi hijo. Aun inconsciente, lo abrazabas asegurándote de que no le ocurriera nada.

El rostro de Lucy estaba entrando en pánico. Ver cómo Madison la agarraba de la mano y se ponía a llorar mientras le explicaba lo sucedido no le estaba aclarando nada; solo conseguía asustarla aún más.

—Llegaste al hospital con heridas demasiado graves, no había nada que pudieran hacer... —Hizo una pausa y continuó—: Pero yo no podía dejarte así. No después de lo que habías hecho por mi hijo...

—No entiendo nada, señora. ¿Por qué no tengo heridas?

La frase final que pronunció la directora destrozó a la muchacha. Y

entonces, su vida se desmoronó...

—Lucy, ni mi hijo ni yo somos fotosensibles. Somos algo que sé que te costará creer, pero que pronto verás que es cierto. Ambos somos lo que llamáis, comúnmente, vampiros... Y ahora... —La chica nueva abrió los ojos como platos cuando acabó la frase—: Y ahora, tú también.

La camarera y la sombra

SUEÑO

Desde fuera nadie podía imaginarse el ambiente que se respiraba dentro de la taberna. Cuando alguien pasaba por su lado, el letrero ennegrecido era casi imperceptible y el ligero desnivel de la entrada parecía incluso ocultar el establecimiento entre las sombras. Era como si el local se volviera invisible y la piedra de las calles se lo tragara. Los únicos que parecían ser inmunes a sus trucos, capaces de ver más allá, eran los propios clientes que acudían religiosamente cada noche. Cuando alguien abría la puerta, un leve tintineo de una campanilla daba la bienvenida acompañado por las risas de los borrachos que saludaban con pasmosa felicidad. El ambiente solía enfermarse con la primera copa servida. El humo de las pipas, y el propio olor corporal de los clientes, transformaba aquel lugar en una trampa mortal para cualquiera que no estuviese acostumbrado. La camarera llevaba apenas dos semanas trabajando allí, pero al menos había sido capaz de acostumbrarse a todo aquello.

Era más de medianoche y aún quedaban unas horas para cerrar. Había decidido abandonar la idea de limpiar las manchas de la barra, que llevaban allí incluso más tiempo que ella, y se quedó aburrída tamborileando con sus dedos la superficie. Todos estaban servidos y tan solo tenía que dirigir su mirada a los espontáneos brazos levantados que, con temblorosos espasmos, suplicaban una nueva ronda. Cuando esto ocurría, solía incorporarse con una falsa molestia en la espalda y agarraba las primeras jarras que alcanzaba con sus manos. Una vez llenas, tanto que el líquido solía gotear por los bordes, se dirigía lenta hacia la mesa y las dejaba caer casi como si su trabajo fuera manchar la madera lo máximo posible.

—¡Eh, guapa! ¡Ten más cuidado! Vas a obligarme a chupar la mesa si sigues derramando la bebida —dijo un cliente en aquella ocasión y se rio; tan divertido que ella pudo ver sus negros y podridos dientes con más detalle del que cualquiera hubiera deseado.

Al darse la vuelta recibió el siempre requerido azote en el trasero y volvió, muda, al seguro cobijo de la madera mugrienta que hacía de barra. Sin duda, no era el mejor trabajo del mundo, pero la vida en 1832 no era precisamente fácil. Debía alegrarse de trabajar bajo techo y de tener unos clientes lo suficientemente borrachos como para no tener fuerzas ni para parpadear. Una muchacha tan joven y guapa como ella era carne fresca para la

gente que se escondía entre las sombras, esperando cualquier despiste para pasar una noche inolvidable.

Los dedos golpearon de nuevo la barra y esperaron entonar una bella canción que la enviara a otro mundo hasta que llegase la hora de cerrar, o de servir otra ronda.

—¿Hoy no viene tu prometido? —preguntó el jefe, que acababa de aparecer por arte de magia a su lado. Se apoyó, relajado, con los codos hincados en el mostrador, y miró al frente esperando una respuesta. No tenía pelo en la cabeza, pero la enorme barba que recorría toda su barbilla hasta el comienzo de sus orejas parecía querer contrarrestar esa falta con un mínimo de elegancia. Todo el mundo le llamaba Tab; por tabernero. Un nombre estúpido, pero viniendo de mentes ahogadas en alcohol, no se podía pedir más.

—Ray, sabes que no está trabajando —refunfuñó desganada.

—Llámame Tab. —Y repuso—: Viene todas las noches al acabar la jornada a verte. Tenéis la misma edad y... —Se mofó antes de incorporarse, añadiendo—: Además, le sonríes como si fuera lo único que existiera en el mundo. Debes de quererle mucho.

—A estas horas es el único al que no le huele el aliento a ratas muertas... ¡Como para no quererle!

—No haber elegido este trabajo... —Y se marchó, severo, a conversar con sus amados clientes.

—Lo dices como si tuviera elección... —murmuró para sí misma a la vez que decidía ocupar el tiempo que le quedaba en algo más productivo que golpear la barra: las botellas vacías fueron su objetivo—. Voy a tirar la mierda —indicó a su jefe, del que recibió una instantánea aprobación.

Mientras caminaba por el estrecho pasillo hacia la puerta trasera, escuchó cómo los borrachos bromeaban sobre la posibilidad de que alguien abordara a la joven en el callejón con tenebrosas intenciones. No era precisamente gracioso, pero a la camarera no le provocó tampoco ningún temor. A fin de cuentas, llevaban diciéndolo desde el primer día. Si algo se podía esperar de los borrachos, eran las mismas conversaciones una y otra vez. Al menos allí estaban tranquilos.

El cielo de aquella noche estaba más negro que de costumbre. Parecía que la luna llena tardaría aún unos días en mostrarse. Las nubes no dejaban de dibujar surcos por el cielo, volviendo la zona más tenebrosa de lo que ya de por sí era. Los cantos desgastados que formaban el suelo del callejón estaban agujereados y recubiertos de una película de humedad que disgustaba a la

camarera. El primer día resbaló y estuvo a punto de caerse. Así que, desde entonces, daba los pasos muy cortos y afianzados.

Había agarrado una caja que la esperaba junto a la entrada trasera y la estaba arrastrando con cuidado hacia el resto de la porquería. Para llegar a su destino tuvo que cruzar al lado de un reguero de agua sucia que caía constantemente desde el canalón del edificio contiguo.

—Sin duda, esta es la peor parte —se quejó antes de ver una sombra, de refilón.

Sintió cómo le tocaba la espalda y, al momento, se evaporaba misteriosamente. Cuando giró, estrepitosa y torpe, quiso gritar. Pero la visión solitaria que percibieron sus ojos ahogaron sus cuerdas vocales y le hicieron parecer estúpida. Tras colocarse la mano en el pecho y comprobar que su corazón aún seguía latiendo, caminó de nuevo hacia la puerta y se dispuso a entrar. Una garra monstruosa la enganchó del hombro y una figura proveniente de otro mundo apareció arrastrándola hacia atrás.

Su cuerpo cayó dolorido y su visión se oscureció con el reguero del canalón, que la golpeó directamente en la cara. Se revolvió y manoteó al aire desorientada. No sirvió de nada, pues la monstruosa sombra la arrastró lejos de la puerta y la llevó hasta una oscura esquina mientras ella gritaba como nunca antes lo había hecho.

Tap y algunos de los borrachos salieron corriendo por la puerta en su auxilio, pero la soledad de la noche ahora los acompañaba a ellos. La camarera no estaba por ninguna parte, y tan solo la caja que acababa de arrastrar daba fe de que alguna vez ella había existido.

Mientras la llamaban buscando respuesta, ella notó, atemorizada, cómo su voz y su energía se iban desvaneciendo. Flotaba a seis metros de altura en el aire, sintiendo cómo unos punzantes y profundos dientes le succionaban la vida sin una pizca de humanidad. Intentó levantar uno de sus brazos para que sus finos dedos salieran de la oscuridad y pudieran mostrarse ante su jefe, el cual resultaba estar a apenas cuatro metros, pero el monstruo la agarró con fuerza el brazo y destruyó cualquier posibilidad de salvación con una suavidad inesperada.

Antes de que la camarera perdiera el conocimiento, miró hacia la cara de su verdugo a la vez que se le emborronaba la vista y...

Lucy se despertó bañada en su propio sudor. Se echó las manos al rostro y, después, murmuró atemorizada...

Había visto a la directora Madison alimentarse.

CAPÍTULO 8

Sueños en la oscuridad

La pesadilla descolocó a Lucy. Tenía un regusto amargo en la garganta, como si fuera ella la que hubiera matado a la camarera de sus sueños. Fue una sensación rara. Por un momento creyó que las pesadillas eran demasiado reales. Sin embargo, pronto recordó las palabras de la directora y se relajó todo lo medianamente posible dadas las circunstancias.

Ahora era un vampiro, un ser que, técnicamente, no existía y que, por arte de magia, se había vuelto tan real como el aire que respiraba. Cuando Madison le aseguró que, al igual que Jake, era un ser de la noche, no la creyó. Por un momento pensó que se estaba vengando por poner en riesgo a su hijo y saltarse todas las medidas de seguridad. Terminó desechando la idea al ver, horrorizada, cómo la directora se rajaba con un cúter el antebrazo entero y cómo, de repente, la misma sangre que había brotado de la herida volvía tras sus pasos e hilándose como si fuera tela, cerraba el corte eliminando cualquier marca.

Lucy se sonrojó al imaginarse su cara de pánico, pues Jake la tuvo que agarrar y calmar con susurros. Estaba avergonzada, aunque en un primer momento sintió un profundo y extremo terror del cual no pudo deshacerse hasta quedarse sola.

El cuarto parecía una habitación de invitados prácticamente calcada a la de su propio piso. Si no fuera porque los acabados eran de bastante mejor calidad y los muebles estaban dispuestos de distinta manera, seguramente hubiera creído que había vuelto a su piso.

Los recuerdos le asaltaban constantemente. Se repetían, recordándole los momentos que había vivido con Jake en el piso en obras. La felicidad del beso, la noche abrazada a su amado y, sobre todo, el terrible desenlace vivido la mañana siguiente, no dejaban de atormentarla con saña.

«¿Por qué?», se preguntaba sin encontrar una respuesta lógica. Ella no era una persona que se enamorara en tan poco tiempo, y menos como para salvarle la vida a Jake a cambio de la suya. El sentimiento de estupidez que la invadía era enorme, le dieron ganas de darse golpes con las palmas en las mejillas y luchar por despertar de aquel mundo ilógico en el que se había introducido. ¿Cómo iba a explicárselo a sus padres? No podía volver a casa y simplemente

hacer como que no pasaba nada.

Olvidó por un instante todo y centró su mirada en escudriñar el resto de su alrededor. Junto al cabecero de la cama de forja aguardaba una ventana con la persiana bajada y las cortinas corridas. Solo un leve susurro del viento se percibía al otro lado del cristal. Estaba totalmente a oscuras y el silencio la rodeaba, otorgándole una calma sepulcral; lo único capaz de relajarla en esos momentos. Presupuso que era de día, seguramente la razón de tener todo oculto al exterior.

Cuando repasó las palabras de la directora, por las que esta le explicó las reglas que debía seguir de ahora en adelante, le parecieron una broma de mal gusto. Por un momento la comparó con su madre, la cual le repetía constantemente los pasos necesarios para no sufrir quemaduras en casa. Aunque aquellas reglas no volverían a ser de importancia, otras mucho más tenebrosas se habían presentado ante ella.

—Tu vida ha cambiado para siempre, querida. Pero, aun así, tu alergia al sol no ha variado. Debes seguir teniendo el mismo cuidado, incluso más... — Se tomó un tiempo para continuar. Parecía como si quisiera que la chica comprendiera la gravedad de la situación—. En cuanto pasen unos días, te trasladaremos al nivel uno con Jake. Es más seguro.

El chico no se metió en la conversación en ningún momento. Estaba claro que se sentía en deuda con su madre. La situación se había complicado mucho para ambos. Su secreto estaba en peligro. Pero, en ese caso..., ¿por qué no la dejaron morir?

La directora continuó articulando su discurso sin dejar que Lucy interrumpiera.

—Mi hijo me lo suplicó... Además..., me siento en deuda contigo, y por ello he accedido a «traerte de vuelta». Si no fuera porque Jake te debe la vida, no estarías aquí ahora mismo. —Por un momento, su tono de voz se volvió severo y Lucy no supo si la estaba alabando o regañando—. Y ahora quiero preguntarte algo... —La directora se sentó en el borde de la cama y la miró a los ojos—. ¿Tienes sed? —La pregunta, aunque aparentemente irrelevante y carente de importancia, era bastante más decisiva de lo que parecía.

Lucy negó con la cabeza.

—Bien, bien —repetía para sí misma como si estuviera apuntando todo en un informe mental a la vez que hacía las preguntas.

Lucy se sintió como en un examen oral.

—Deja que te lo explique —añadió Madison al darse cuenta de que la

joven no la acababa de seguir; se estaba perdiendo entre tanta información—. Como ya habrás oído en las películas, somos débiles a la luz solar; de hecho, es lo único que puede matarnos. Nos daña, y si nos exponemos demasiado, nos mata. En ese aspecto somos exactamente iguales a las personas alérgicas a los rayos ultravioleta. De ahí la razón por la que monté este lugar: era el único donde nadie se extrañaría de no vernos ante la luz del día. —Madison sonrió al notar que la joven estaba sorprendentemente maravillada. Había que reconocer que era un plan bastante ingenioso—. Ni los crucifijos nos debilitan ni el ajo nos quema ni tampoco atravesarnos el corazón con una estaca sirve de mucho; y ni hablemos de los espejos o de la supuesta necesidad de invitación para entrar en una casa. Todo eso no son más que sandeces del cine y la literatura... —Colocó su mano sobre la de la joven y adoptó una postura melancólica—. Pero eso no es de lo que quería hablarte. Hay otra serie de debilidades que debes tener en cuenta a partir de ahora. La primera, y más importante, es la que concierne a la ansiedad.

—¿Ansiedad? —Hizo una mueca interrogante. No estaba segura de haber oído bien la palabra.

—Sí, ansiedad. La llamamos así porque es precisamente lo que sentimos. Cuando tenemos demasiada sed y necesitamos alimentarnos, empezamos a notar una horrible sensación que nos incomoda. Podemos estar de una semana a dos sin probar bocado, pero nos causará una serie de molestias casi imposibles de ignorar. Si no tienes cuidado, puedes acabar desquiciada y provocar un accidente.

Lucy no quiso preguntar qué quería decir con «un accidente». Imaginó que se refería a perder el control y matar a todo el mundo. No quería ni imaginárselo.

—También hay otra cosa que tienes que tener en cuenta. Se trata de los sueños que tendrás a partir de ahora. —Pareció molesta en cuanto habló de ello. Cualquiera se hubiera dado cuenta de que era un tema que le escamaba—. Los vampiros tenemos una serie de poderes y beneficios que nos convierten en algo envidiado por millones de personas, incluso aunque crean que solo somos un mito. Sin embargo, disfrutar de la vida eterna conlleva un castigo: cuando un vampiro convierte a alguien, le traspasa sus recuerdos y, en ocasiones, también los de las víctimas de las que se ha ido alimentando. Es entonces cuando el nuevo vampiro tiene pesadillas todas y cada una de las noches del resto de su existencia —lo último lo dijo en voz baja.

—Entonces... —Lucy no supo cómo decirlo con palabras.

De todos modos, dio igual. Madison se la adelantó para zanjar el tema cuanto antes:

—Me temo que sí. Dejarás de soñar de forma natural y vivirás mis recuerdos cada vez que duermas. Los sentirás como si fueran tuyos y, probablemente, al despertar aún conserves algunas de las sensaciones que te produzcan. —Le advirtió que no sería agradable—. He llevado una vida complicada. Verás cosas que preferirías no haber siquiera imaginado. Solo puedo decirte que lo siento y que espero que me perdones.

Cuando Lucy dejó de recordar la conversación que había mantenido con la madre de Jake y volvió al presente, se acarició los labios. Los notaba ardiendo, como si estuvieran manchados de un líquido caliente. Entonces, lo comprendió: sentía la sangre de la camarera chorreando por la barbilla. De nuevo se echó las manos a la cara y volvió a llorar. No dejaría de hacerlo durante horas.

* * *

Lean estaba histérico. Tanto que pagó su impotencia con la silla del escritorio de su cuarto: le pegó una patada y después se apoyó en la pared, derrotado. Le dieron ganas de gritar, pero se contuvo apretando los labios con rabia. Una lágrima huidiza se deslizó hacia su mejilla y, al caer, desapareció en el suelo.

Habían pasado dos días desde el accidente y aún le seguía doliendo la cabeza, estaba agotado. Lo intentó todo, incluso con los medicamentos más fuertes, pero nada servía. Tampoco ayudaba la ansiedad que lo estaba corroyendo lentamente; quería asegurarse de que Lucy estaba bien y hacerle compañía, pero era imposible.

«Está estable, pero nadie puede visitarla aún. Es el protocolo», le aseguró una de las enfermeras cuando preguntó por ella. Sabía que le estaban mintiendo, pero ¿qué podía hacer?

En más de una ocasión le dieron ganas de correr por los pasillos gritando su nombre hasta dar con ella, pero sabía que no debía hacerlo.

—Tengo que ser paciente. —La espera le estaba matando.

En la torre todo el mundo hablaba del tema. Era algo que le sacaba de sus casillas. Ya había tenido dos peleas con los chicos de su clase por los cuchicheos que habían ido contando sin fundamento alguno. Recordó con pena y con odio cómo los demás miraban el asiento de Lucy como si se tratara de una tumba sin nombre, y deseó que cualquiera de ellos estuviera en la misma

situación que ella. Eran unos falsos que se hacían los tristes cuando por dentro estaban encantados.

—¡Todo es culpa de ese hijo de puta! —Era perfectamente consciente de que todo giraba alrededor de Jake, incluso el resto de la torre se había dado cuenta; tanto Lucy como él llevaban sin aparecer por ninguna parte desde entonces.

La noche sería larga para Lean. No iba a dormir, como llevaba haciendo desde que Lucy ingresó en el hospital. Esperaría, por si aparecía sana y salva. Esperaría, aunque fuese casi enfermizo, por si llamaba a la puerta y lo abrazaba. Deseaba tanto que lo hiciera que no pudo más y se dejó caer al suelo.

Dos personas lloraron desconsoladas en la torre esa noche. Aunque solo una lo hizo por amor...

* * *

Jake intentaba dormir, pero le resultaba imposible. Había decidido colocar una delgada silla de madera del comedor junto a la puerta de Lucy. Aguardaría allí por si le hacía falta algo, aunque en el fondo sabía que nunca lo llamaría. Pensó que debía de estar disgustada. No le contó su secreto, ni siquiera al final.

—Si se lo hubiera dicho, seguramente no me hubiera salvado. —Se odió. Era un verdadero egoísta.

Su madre ya llevaba rato en la oficina. Se fue nada más dejar de hablar con Lucy y le encargó que no la dejara salir de allí por nada del mundo. Las instrucciones fueron muy claras: la chica nueva tenía que aguantar varios días sin comer ni beber. Si empezaba a sentir la ansiedad tal vez intentara escaparse y provocaría una desgracia, momento en el que habría que darle de beber y comprobar si podía sobrellevarlo y comportarse. Jake sabía que cuanto más aguantara sin tomar una gota, mejor. La primera ansiedad definía la fuerza de voluntad y, por tanto, el control que uno tenía sobre sí mismo. En el pasado vio en innumerables ocasiones cómo un recién convertido se volvía loco apenas unas horas después de despertar. En esos casos, los ataban en un lugar descampado y dejaban que el Sol los quemara vivos. Era mejor un ser malvado, controlado, que un ser desquiciado del que no podías fiarte. El secreto estaba por encima de todo. Nadie debía descubrir nunca la existencia de los vampiros; eso era lo más importante.

—Al menos parece que la cosa va bien. —Se tranquilizó al comprobar que

Lucy estaba aguantando. Dos días encerrada y aún no había notado el ansia de beber sangre. Eran buenas noticias.

* * *

No eran horas para estar hablando por teléfono. Sin embargo, la llamada era del propio jefe de la unidad de quemados de la torre. Preguntaba por el estado de salud de Lucy.

—Llegó bien, no se preocupe. Dicen que se recuperará. —La directora hablaba con seguridad, pero su rostro no podía estar más nervioso. Estaba mintiendo al doctor de un modo por el que sabía que era imposible no ser descubierta. Cuando Lucy llegó a la unidad de quemados, tuvo que discutir acaloradamente con el médico para que permitiera su traslado a «un hospital donde podían ayudarla».

Él se había negado en rotundo y amenazó con denunciarla, preocupado por lo contraproducente que resultaba viajar en ese estado. Por suerte, a pesar de todo, seguía siendo la jefa y fue ella quien lo amenazó con despedirlo. Aquella llamada solo podía significar una cosa: el médico se olía algo.

—¿Se recuperará? Me alegro —alargó la última letra y, sin hacer pausas, continuó hacia lo que le interesaba realmente—: Me gustaría hablar con su nuevo médico. Estoy seguro de que podríamos intercambiar impresiones. Si de verdad le ha ido tan bien... —lo último sonó como si la estuviera llamando mentirosa y buscara el modo de demostrarlo—... sería genial para el resto de estudiantes contar con sus consejos. Tal vez pudiéramos avanzar en los tratamientos contra casos similares. ¿Cómo dijo que se llamaba la clínica?

Madison agudizó el ingenio y le dio la vuelta al asunto:

—No le he dicho el nombre. De todos modos, es algo sobre lo que no debe preocuparse.

—¿Cómo dice? ¡Es de vital importancia! Si la clínica de la que me habla de verdad ha salvado a esa chica que estaba en un estado tan grave, es importante que me ponga en contacto con ellos. ¡Podría mejorar la calidad de vida de nuestros pacientes! —El hombre insistía en repetir la palabra «verdad» demasiadas veces. Le estaba llamando mentirosa en toda la cara, y su intención era descubrir el asunto. Ella lo sabía.

No pudo evitar sonreír para sí misma antes de contestarle. Sabía que el médico iba a quedarse a cuadros. En el fondo, disfrutaba con la situación.

—Le voy a ser sincera: no considero que merezca la pena que hable con usted, porque no va a volver a tratar a ninguno de mis residentes.

Al otro lado del auricular se escuchó cómo se atragantaba con alguna clase de líquido. Ella se imaginó que se había echado todo el café encima.

—¿¿CÓMO?! ¿Me está despidiendo?

—Le estoy echando. Se suponía que usted era el mejor en su campo, pero ha resultado ser un segundón. No necesito segundones, sino al mejor. Me ha demostrado que no vale lo que le pago, así que le informo verbalmente de que nuestro acuerdo ha terminado. No se preocupe, recibirá los honorarios por todo el año de trabajo que aún no ha realizado. Le ruego que mañana abandone su despacho. —Dejó que el hombre contestara.

Estaba ido, parecía encolerizado. Se escuchó cómo caían papeles al suelo. La empezó a amenazar y le aseguró que aquello no iba a quedar así.

—En eso estamos de acuerdo, señor mío: esto no va a quedar así. Me aseguraré de que todo el mundo sepa que una clínica privada irlandesa supo salvar la vida a una joven con el cien por cien de su cuerpo quemado, y que usted lo único que fue capaz de hacer fue lamentar los hechos. Estoy segura de que su reputación caerá. Mucho.

El médico no tardó en echarse atrás y hablar con la boca pequeña. Lamentaba la situación y aseguraba que no hacía falta llegar a tanto.

—Me alegro de ver que lo comprende. En ese caso, le agradecería que mañana se marchase sin causar ningún tipo de problema. —Hizo una pausa para sonreír y dar un sorbo a una taza de té que tenía junto al teléfono—. Por cierto, la conversación ha sido grabada. Considérese avisado. Mañana, firme la rescisión de contrato que le entregará el recepcionista en la planta baja. —Colgó de tal modo que pareció haberlo matado.

Sin duda la directora había nacido para aquello. Estaba feliz de haberse quitado de encima a alguien que sospechaba, pero aún así ahora tenía otro problema: debía contratar a un jefe que controlara al equipo de quemados. Alguna enfermera o algún otro médico podrían hacer preguntas. ¿Acabaría despidiéndolos a todos? Sucediera lo que sucediese, era algo que debía sopesar. A fin de cuentas, Lucy era demasiado importante como para dejarla escapar.

En cuanto se relajó, sacó un fajo de papeles viejos que guardaba en uno de los cajones de su escritorio. Despejó la mesa apartando el teléfono y el té. Después los repartió sobre la base de madera y las contempló maravillada.

Cualquiera que hubiera entrado en ese momento habría pensado que estaba loca. Miraba cada hoja con tanta atención que parecía que el resto del mundo no existía. Su mirada se tornó atenta y sus brazos se doblaron para apoyar los

codos sobre los bordes del escritorio. Finalmente apoyó las manos en su barbilla y, después, suspiró.

Toda su vida, todo su pasado, todo lo que demostraba que Madison existió alguna vez, estaba sobre aquella mesa. Fecha de nacimiento, nacionalidad, cuadros al óleo impresos en folios; incluso montañas de detallados informes sobre familias cuyos orígenes se remontaban a cientos de generaciones. Un árbol genealógico basado en descripciones y fechas inconclusas definía toda la andadura de la directora por el mundo desde 1184. Su obsesión por su propio pasado la podría definir como una persona extremadamente egocéntrica si no fuera porque todo estaba justificado. Buscaba el modo de juntar las piezas de un extraño enigma. Como vampiro, había aprendido con el paso del tiempo la habilidad de no soñar con sus recuerdos cada noche. Era algo que todos acababan aprendiendo tras pasar cientos de años. Sin embargo, desde quién sabe cuándo, algunas lagunas mentales la inundaban como a un borracho lo inunda el alcohol en mitad de una juerga.

—Al anochecer era poderosa, y al amanecer... me había quedado sola — se dijo. Era una frase que se recordaba constantemente. No sabía la razón, pero le faltaban más de tres años de su vida. En concreto, desconocía lo que había hecho desde 1830 hasta 1832. Sus recuerdos estaban borrados.

La situación podría definirse como aceptable, si ella misma no notara algo preocupante. Había hecho cosas terribles. Su vida ahora era distinta y había preferido dejar el tipo de persona que era. Sin embargo, los fantasmas del pasado parecían no querer olvidarse de Madison. Había un nombre, uno que revoloteaba en su cabeza sin saber por qué. No conocía a esa persona, o al menos no la recordaba. Lo único que estaba claro era que le tenía miedo. No, le tenía pavor. Solo sabía cómo se llamaba. Podría tratarse de su nombre, de su apellido o, incluso, de un apodo. A lo mejor estaba exagerando y ni siquiera era una persona, sino algo; o puede que un lugar. En cualquier caso, lo que notaba recorriendo su cuerpo era un terror tan atroz que la obligó hace mucho tiempo a crear un escudo para protegerse. Ella creía que si esa persona existía de verdad, la buscaría para matarla; aunque no supiera por qué. Su instinto le decía que debía esconderse, le gritaba que si los encontraba a ella y a su hijo, ambos morirían. La Torre Madison fue el resultado de tanto temor. Un manto en el que esconderse, un escudo donde defenderse. Allí no podría encontrarlos o, al menos, rezaba para que así fuera.

—Da igual, ahora todo es diferente —se dijo satisfecha.

Hacía mucho que se prometió no volver al mundo de los vampiros y, por

tanto, ya no mataba a las personas para alimentarse, ni tampoco convertía a nadie en un ser de la oscuridad. Lo que había sucedido con Lucy era distinto: la salvó, no la maldijo. Y ahora, gracias a aquel capricho de la casualidad, tenía una oportunidad. La chica había heredado sus recuerdos y, con un poco de suerte, también los olvidados estarían dentro de la joven.

Solo tenía que esperar a que soñara lo que le hacía falta recordar.
—Pronto sabré quién eres, Arnauld.

* * *

Lucy intentaba mantener los ojos abiertos, pero cada vez le resultaba más difícil. La oscuridad, aunque tranquilizante, también le provocaba un sueño terrible. Se recordó a sí misma que si dormía volvería a tener esas pesadillas que tanto le habían impactado, por lo que se obligó a despejarse. Se sentó en el borde de la cama y se echó las manos a la cara. Tuvo ganas de llorar, pero no podía; ya no le quedaban lágrimas que derramar. Los ojos le ardían y la boca le picaba.

El pomo de la puerta giró inesperadamente y un rayo de luz entró en la habitación acompañado por Jake, que se disculpó por la interrupción.

Cuando entró cerró, y todo volvió a estar a oscuras. La luz de la luna que se percibía al otro lado de las cortinas iluminaba con debilidad la figura de la joven. Escuchó apenado cómo Lucy se sonaba la nariz intentando guardar la compostura. Él lo sabía. Sabía que ella lo odiaba. No hacía falta que se lo dijera, ya era consciente de ello. Aún se preguntaba cómo podía haberla metido en todo aquello. Por culpa de su irresponsabilidad Lucy jamás podría volver a ser una chica normal. La enamoró, la engañó y, finalmente, la traicionó permitiendo que diera su vida para salvar la de un monstruo. Así era como él se sentía y así era como sabía que ella pensaba.

Ninguno de los dos podía decir nada para calmar la tensión que se acumulaba en aquel cuarto. El silencio era demasiado espeso, demasiado difícil de derrotar.

Finalmente fue ella la que encontró valor:

—¿Qué quieres? —Fue tan tajante que él creyó que los ojos de su amada echaban llamas. Su voz se tambaleaba, pero su rabia seguía presente. Por un momento Jake deseó dar media vuelta y marcharse. Pero no pudo, quería arreglarlo.

—Venía a ver cómo estabas...

—¿Y cómo esperas que esté? —respondió tan rápido que casi pareció que

le había leído el pensamiento.

—Lo siento. Sé que nada de lo que diga va a cambiar las cosas, pero quiero que sepas que nunca fue mi intención hacerte esto... —Se acercó y, aunque ella le dijo que no lo hiciese, este no quiso escucharla—. Créeme cuando te digo que te quiero.

—¡Tú no me quieres! —Se levantó para marcharse, pero él la agarró del brazo y continuó hablando:

—Hay muchas cosas en la vida de las que me arrepiento. Tantas que si las conocieras, no serías capaz de volver a dormir. Sin embargo, ya no soy el monstruo que temes, y mi madre tampoco. Somos personas que, al igual que la gente que vive en la torre, no pueden vivir a la luz del sol. Tenemos sentimientos y, por lo tanto, nos enamoramos como cualquiera. —Lucy se quedó estupefacta. Sus ojos se acababan de acostumbrar a la oscuridad y se había dado cuenta de que Jake estaba llorando—. Te lo suplico, perdóname. Sé que por mi culpa acabas de quedar condenada a una vida que nadie querría, pero... no pienses que la noche que pasamos juntos fue mentira. Mis besos y mis abrazos eran de verdad. —Y adornó el final de su discurso con un «no me abandones» que desmoronó las defensas de Lucy.

Notó la misma sensación que percibía cada vez que lo miraba, cada vez que pensaba en él, cada vez que hablaba de él. Su cuerpo la obligó a moverse y, sin darse cuenta, ya lo estaba abrazando.

—No sé qué hacer —lamentó ella—. Estoy muy asustada.

Jake empezó a acariciar su largo cabello y, sin soltarla, le susurró que no tenía que hacer nada. Tan sólo debía vivir el resto de su vida como había hecho hasta entonces.

—Tal vez ahora seas un vampiro, pero sigues siendo tú. Por más tiempo que pase, seguirás siendo Lucy.

—Pero... —Aunque no quería ni imaginárselo, aun así lo dijo—: ¿Y si me convierto en un vampiro que no puede soportar la sed de sangre? No quiero matar a nadie...

Por suerte para ella, Jake sabía lo que debía decir para tranquilizarla. Quizá todo a partir de ese momento fuera muy diferente, pero las preocupaciones de Lucy tenían solución; al menos, en parte.

—Tranquila. —Parecía más animado—. Las cosas han cambiado. No sé qué es lo que has soñado, pero si es lo que creo, nunca tendrás que hacer cosas como esa.

—¿De verdad?

—Tenemos unos colmillos que se esconden y salen cuando los necesitamos, pero nos alimentamos con la sangre que donan los residentes de la torre. ¿Por qué crees que todos los meses hacemos chequeos? Parte se dona al hospital y la otra la guardamos para nosotros mismos. Tranquila, jamás tendrás que hacer daño a nadie. Te lo prometo.

* * *

Era la primera vez en mucho tiempo que no podía disfrutar de su ensaladilla rusa, su plato favorito, y a pesar de todo no había probado casi bocado. Iris lo achacó a la culpa que sentía por todo su ser y luchó por no pensar más en ello.

—¿Qué opinas tú, Iris? —quiso saber una de las dos compañeras de clase que se habían sentado con ella en el restaurante.

—Eh... ¿Qué? —soltó saliendo de sus preocupaciones y volviendo al mundo real.

La otra estudiante la analizó y después sonrió, preguntándole con tono divertido en qué chico estaba pensando.

—¿Y-Yo? En ninguno... —Empezó a actuar como solía hacer con todos los demás y pareció de repente frágil y tímida.

—Te decía que si crees que hay una maldición en ese piso. Es la segunda chica que Jake conoce que acaba carbonizada allí.

Iris prefirió no contestar. Agachó la cabeza y notó un malestar que amenazaba con subir hacia la boca del estómago y fastidiarle la tarde.

Cuando sus «amigas» se preocuparon por ella, la chica *punk* le quitó hierro al asunto y miró a un lado para perderlas de vista. Por desgracia, en el resto de mesas todos hablaban de lo mismo; no hacía falta oírlos, solo verles la cara. Cómo se decían cosas en voz baja, cómo hacían aspavientos y cómo algunos medio sonreían con el sinfín de estupideces que estaban diciendo sobre Lucy. Para Iris hubiera sido el paraíso si no fuera porque todo había cambiado drásticamente en aquellos dos días.

El asunto se estaba desmadrando en la torre más de la cuenta y su venganza había sido demasiado efectiva.

—Debió de dolerle un montón. He oído que se la escuchaba llorando por todo el hospital.

—¡Ay! ¡No hagas esos comentarios, tía! ¡Se me pone la piel de gallina solo de pensarlo! —comentaron sus acompañantes entre ellas.

Iris cerró los ojos; aún podía oír dentro de su cabeza los horripilantes

gritos desgarrados de Lucy; y ese olor a pelos quemados, o tal vez piel, flotando por el ambiente era todavía peor. Creía que se había quedado impregnado en su ropa, y por ello mismo ya se había duchado tres veces en apenas medio día.

La culpabilidad que notaba por cada poro de su cuerpo era tan intensa que acababa de decidir abandonar aquella actitud destructiva. Se prometió que jamás volvería a meterse con nadie, ni que tampoco volvería a contar mentiras sobre los demás. Juró que si Lucy se recuperaba, la ayudaría en todo lo que pudiera y que además se disculparía personalmente a pesar de que dudaba que la chica volviera a la torre.

Miró un momento a la lámpara que colgaba en medio del restaurante, y rezó como si esta fuera un ángel enviado por Dios para escuchar sus plegarias.

—Por favor, que no se muera... —murmuró sin que las otras dos se dieran cuenta.

Aquello parecía muy bonito, y en cierto modo la ayudaba a sentirse menos malvada; sin embargo, su naturaleza era demasiado terca y seguramente por eso mismo ya estaba observando a aquellas dos chicas con intención de hacerles la vida imposible solo porque habían comentado un tema que la repugnaba.

Soltó una silenciosa, pero malévola, risotada y después pinchó una patata bañada en mayonesa. Nada más llevársela a la boca, ya tenía un plan preparado contra ellas.

¿Qué se podía esperar de quien atrancó la puerta del piso en obras para darle a la pobre Lucy una «lección»?

* * *

Camuel estaba harto de esperar. Llevaban semanas viajando de noche y el hecho de no tener en la zona un lugar donde ocultarse del próximo amanecer, le resultaba terriblemente preocupante. Su compañera, Tabitha, tampoco ayudaba mucho. Su calma y su silenciosa compañía tan solo conseguían ponerle más nervioso.

—¿Por qué no nos avisó de lo que tenía planeado? —refunfuñó.

Tabitha lo observó de reojo, pero no dijo nada. Se limitó a mirar al horizonte, hacia la empinada colina del prado.

—¿Podemos seguir ya? Pronto se hará de día.

Ella levantó uno de los brazos para que esperara y después cerró los ojos, concentrándose. Al momento los volvió a abrir de par en par, como si

estuviera ida, y, al poco, los relajó.

—Está a dos kilómetros al Norte —señaló con un dedo la colina.

—¿Arnauld está tras la colina? —Camuel parecía satisfecho. Por fin habían llegado, pronto lo verían.

Nada más alcanzar la colina, y superarla, se les presentó una imagen desconcertante: tenían ante ellos la Torre Madison.

* * *

Parecía que todo se había solucionado en tan solo un par de minutos. Lucy perdonó tan rápidamente al muchacho que ni siquiera él se lo creía. Todo resultaba tan bonito, tan hermoso, tan perfecto...

Jake animó a Lucy a que descansara. Sabía que le hacía falta. La joven dudó, pues no quería tener otra pesadilla. Sin embargo, él le quitó importancia al asunto explicándole que no siempre iba a soñar cosas malas. Ella le sonrió y le besó dulcemente antes de acomodarse en la cama. Jake se tumbó a su lado y la abrazó. Le hubiera gustado cerrar los ojos y dormir, pero no podía. Tenía que estar despierto cuando ella soñara. Sabía que le había mentado vilmente, pero no tenía opción. ¿Cómo iba a decirle que iba a revivir la vida de una de las más sanguinarias reinas vampiro de toda la historia?

Tu vida ya no es tuya

SUEÑO

La camarera se despertó en un oscuro agujero. Parecía una cárcel, o mejor dicho, una mazmorra. Unos grilletes sobresalían unidos a unas cadenas de la pared, que colgaban sin dueño a su lado.

—¿Dónde estoy? —se preguntó desorientada.

Sorprendentemente, una voz masculina respondió a su pregunta:

—En la cárcel, ¿dónde si no? —sonó con cierto tono sarcástico mezclado con una gravísima carraspera.

Podía oírle respirar a escasos metros; sin lugar a dudas, estaban en la misma habitación. La joven entrecerró los ojos e intentó ver entre la penumbra que ocultaba el otro lado de la habitación; no pudo vislumbrar nada. Buscó una ventana o una salida de aquella oscura sala, pero no fue capaz de dar ni un paso, estaba exhausta.

Una diminuta, pero potente, ráfaga de aire se introducía entre las piedras que formaban la habitación, produciendo un descorazonador sonido de ultratumba. Parecía la respiración de un enorme monstruo o de un fantasma incapaz de descansar en paz.

—¿Qué hago yo aquí? —La pregunta fue para sí misma; sin embargo, su compañero de celda le respondió:

—Recibir tu castigo, eso seguro. —Y se echó a reír—. No encierran a la gente por nada.

Fue entonces cuando una extraña, aunque acertada, duda asaltó a la camarera: lo último que recordaba era haber sacado la basura y ser atacada por alguien... o por algo.

—¿Y cómo estás tan seguro de que esto es una cárcel? —le preguntó tan apresurada que estuvo claro que deseaba que él tuviera razón. La respiración se le estaba acelerando y parecía alterada.

—¿Pero qué dices, niña?! —El hombre perdió la paciencia; intentaba echarse una cabezadita, pero la chica se lo estaba poniendo muy difícil—. ¿Dónde demonios ibas a estar si no? —vociferó incómodo.

—Pero... —Los recuerdos del monstruo mordiéndola no le dejaron pensar con claridad—. Pero... —Se tocó el cuello buscando alguna herida, mas no encontró nada.

—Pero... ¿qué?

—Pero entonces, ¿por qué han mezclado a las mujeres con los hombres? Además, tan solo soy una camarera. Nunca he hecho nada ilegal.

Su acompañante se quedó mudo durante largo tiempo; parecía que debatía consigo mismo. Ella llegó a pensar que algo malo le había sucedido.

—Bien pensado..., tiene sentido —respondió finalmente—. La verdad es que he dado por hecho que estábamos en la cárcel. —Unos grilletes sonaron al fondo, lejos de ella. Parecía que el hombre intentaba levantarse—. Estoy encadenado. ¿Qué me dices a eso?

—Yo no lo estoy —respondió ella, más preocupada que aliviada.

—Es extraño... —El hombre arrastró la frase y pensó una buena respuesta. No la encontró—. La verdad es que en mis juergas suelo desmayarme y despertar en sitios como este..., pero...

De pronto, como si la conversación no estuviera encaminándose por donde el destino quería, la puerta se abrió. Una leve luz, producida por una ligera llama de vela, se introdujo con timidez. Una mujer la sostenía con cuidado. Sin cerrar la puerta, se acercó a la chica y la miró a los ojos. La observó con una seriedad pasmosa, una indiferencia más que evidente y un aura amenazante.

—¿Aún no tienes hambre? —Parecía disgustada.

—¿Disculpe? —respondió.

—He dicho que si aún no tienes hambre.

—¿Q-Qué...? ¿Quién es usted?

—Oh, vaya —imitó un sentimiento de tristeza, burlándose, y al momento sonrió, malévolamente—. ¿Ya has olvidado nuestro anterior encuentro?

La joven se sobresaltó al instante. En un abrir y cerrar de ojos la cara de la señora se transformó y sus ojos se vieron inyectados en sangre. El monstruo había aparecido instantáneamente ante la camarera.

—¡No me mate! ¡Por favor, déjeme! —Intentó levantarse, pero el suelo era muy resbaladizo. Lo único que consiguió fue chocarse contra la pared.

—¿Que no te mate? —Se rio tanto que pareció una demente—. Ya es tarde.

—Señora, ¿le importaría traerme algo de beber? —interrumpió el hombre, envalentonado. Intentaba que dejara en paz a la chiquilla, pero no se daba cuenta de la situación en la que se encontraba.

Su captora ni siquiera se dio la vuelta, y el hombre no fue capaz de verla. Las únicas cosas que alcanzaba a atisbar eran una capa oscura y una leve luz.

—Cállate, borracho. —Y volvió a dirigirse hacia la joven—. Me sorprende que aún no tengas el ansia de comer. Cualquiera otro ya lo habría matado. Veo que no me he equivocado contigo. Fue una suerte ver tu potencial

antes de comerte.

—¿C-C-Comerme?

La señora le dedicó una amable y bonita sonrisa, como las que solía ver Lucy cuando se dirigía a ella, y, después, sopló la vela, quedando todo a oscuras.

—Debes comer... —le susurró.

La camarera notó cómo se levantaba y se alejaba. No sabría explicar por qué, pero algo le decía que sabía perfectamente hacia dónde iba.

El anciano notó a la mujer a su lado.

—¿Me ha traído algo que llevarme al gaznate? ¡Espero que no sea agua!
—Se reía; aún creía estar en la cárcel.

Algo silbó de repente en el aire y una pequeña ráfaga de viento llegó hasta la camarera; al momento siguiente, escuchó algo golpear el suelo y rodar.

—Tu vida ya no te pertenece —comenzó su captora—. Ahora eres mía.

Algo cayó entre sus piernas y, después, la puerta se abrió; la señora estaba saliendo. Antes de desaparecer y cerrar la puerta, la miró y le dio una última orden:

—Si no bebes, te debilitarás y enloquecerás. Te sugiero que te des prisa, pues no pienso dejarte salir hasta que lo hagas —señaló—. Y ahora, come.

La camarera echó la vista al suelo y vio, horrorizada, la cabeza cortada de un hombre de mediana edad: el borracho. Encerrada en la oscuridad y sin posibilidad de salir, empezó a gritar, horrorizada.

Lucy se despertó imitando sus gritos, con la terrible sensación de que, finalmente, la camarera sí terminó por alimentarse.

CAPÍTULO 9

Medidas desesperadas

Nada más despertarse encontró a Jake a su lado. Estaba preparado para aquello. Él sabía lo que sucedía. La abrazó al instante e intentó calmarla con susurros.

—Ya está... Tranquila, ya ha pasado... Estás a salvo.

Lucy aún notaba la cabeza del borracho rodando junto a sus piernas. Era horrible sentir cómo, aunque despierta, algunas sensaciones tardaban varios minutos en marcharse. Era como si algo la hubiera agarrado y no la dejara escapar del sueño del todo. La habitación oscura pareció coger forma de mazmorra y, por un momento, estuvo segura de notar cómo el aire fantasmagórico del ambiente le soplaba en la nuca. Deseó salir corriendo, pero no podía. Jake se lo impediría.

Le resultó frustrante saber que, aunque huyera del cuarto, las pesadillas no desaparecerían. Durante lo que le quedase de vida iba a mantener aquellos recuerdos incrustados en su cerebro. Madison pasaría el resto de sus días dentro de su cabeza y Lucy no podía hacer nada para impedirlo. Por un momento se imaginó a ella en el lugar de la camarera. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo al temer que la directora le hiciera sufrir de esa manera. ¿De verdad era la misma Madison que conocía?

—¿Qué has visto? —preguntó él.

En vez de intentar calmarla, lo que estaba haciendo era ahondar aún más en sus miedos. ¿Es que era idiota?

—N-No quiero hablar de ello.

Jake la agarró de los brazos con dulzura y la miró directamente a los ojos.

—Sabes que puedes confiar en mí. —Y sonrió posando un dedo en su mejilla.

A ella le dieron ganas de besarlo, de agarrarle las manos y no soltarlas nunca, de pasar el resto de la noche mirándole a los ojos. Pero sus deseos no podían hacerse realidad. A pesar de sentirse bien cada vez que miraba a su amado, algo no dejaba de atormentarla. No era realmente feliz, no podía serlo. Las pesadillas la afectaban en exceso. Era como si se convirtiera en la camarera, como si las víctimas de Madison la acecharan y la obligaran a sufrir con ellas. Algo dentro de Lucy la estaba matando lentamente. Comprendía que

únicamente eran pesadillas, pero por razones que no alcanzaba a comprender, estas la estaban destrozando poco a poco. No se creía capaz de soportarlo; simplemente, era superior a ella. Si recordar el pasado de la directora iba a ser tan atroz, no quería volver a dormir. ¿Cómo iba a poder vivir eternamente así? Era incapaz.

Sopesó las cosas buenas que conllevaba ser vampiro: podía vivir eternamente junto a Jake, nada podría dañarla jamás, y, con el tiempo, tal vez dejara de tener aquellas visiones. Pero sus amigos, sus padres, todos a los que conocía, morirían mientras ella seguiría siendo joven. Tendría que alimentarse de la sangre de otras personas y, si no tenía cuidado, podía acabar convirtiéndose en un monstruo sin alma. Llegado ese punto, solo encontró una solución, y aunque le doliera, iba a ponerla en práctica, pues no veía otra salida.

—Lo siento, Jake —le contestó. Aquella frase tenía un significado más profundo del que él fue capaz de discernir. El chico se limitó a sonreír y a acariciarle la cabeza. Después la besó en los labios con dulzura y le aseguró que no pasaba nada.

Lucy inició su plan bastante más rápido de lo que se hubiera imaginado capaz. Tan solo tuvo que pedirle un favor:

—¿Me puedes traer algo de beber?

—¿Tienes sed?! —se levantó de la cama inmediatamente, preocupado.

La chica le sonrió, calmándole.

—N-No, no, no. No pienses cosas raras. Es que me gustaría beber agua.

—Cualquier alimento o bebida que tomes que no sea sangre, te sabrá mal. No te lo aconsejo —lo soltó tan de carrerilla que parecía que lo solía decir a menudo.

—Por favor..., me gustaría intentarlo.

Él aceptó, sabiendo que era inútil. Supuso que quería comprobar si quedaba algo de humanidad en ella. Era absurdo, pero comprensible. Le sorprendió que aún luchara contra lo inevitable.

—Enseguida vuelvo. —Agarró la puerta y la abrió.

—¿Te importaría dejarla abierta? —preguntó ella inocentemente—. No vas a tardar, ¿verdad? —Sonrió, y Jake quedó hechizado.

El vampiro dudó, pero al final aceptó. La puerta quedó entreabierta y él desapareció en busca de agua. Lucy se levantó en cuanto lo perdió de vista. Tenía que darse prisa.

* * *

Marty, el recepcionista de la Torre Madison, miraba con atención su querido reloj de pared. Ya quedaba poco para que se hiciera de día, pero, para su desgracia, aquello solo significaba el inicio de una larga jornada laboral.

—La una de la tarde está demasiado lejos... —murmuró al comprobar que todavía eran las cinco de la mañana. Sabía muy bien que era una pérdida de tiempo. Nadie iba a aparecer por arte de magia por la puerta principal a esas horas, y menos en un prado tan alejado de la ciudad—. Si al menos llamaran los inquilinos, lo entendería, pero es que ni aun así. —Miró el teléfono antes de maldecirlo, aburrido.

Se dedicó a pasar el dedo anular por la mesa de recepción y a hacer círculos con él. Se imaginó una peonza y demostró que estaba realmente cansado.

—Hola —escuchó mientras la palabra retumbaba. Al mirar hacia delante vio a Lean, que estaba observándole con cara de desaprobación—. ¿Ya te ha contestado la directora?

—Es la quinta vez que te digo que te llamaré a la habitación cuando sepa algo... —Estaba harto. El chico iba cada cuatro horas a verle, incluso siendo de noche, para preguntarle lo mismo. Se empeñaba en querer hablar con ella sobre la muchacha que se había quemado. Si fuera tan fácil como decirle que la señora Madison estaba demasiado ocupada como para malgastar su tiempo con niñatos, tal vez le hubiera dejado en paz, pero no podía. Ella le ordenó que se hiciera el loco. «Ya se cansará de preguntar», le aseguró cuando le consultó por teléfono la primera vez.

—¿No podrías llamar otra vez? Hace dos días que espero.

—¿¡Ahora?! Estás loco, seguro que duerme; y si no, debe de estar ocupada con algo, tiene mucho que hacer.

—Seguro que no tantas cosas como tú... —Lean le dedicó una mirada burlona. Sin embargo, no consiguió nada de Marty. Estaba encabezonado en seguir las órdenes y no iba a conseguir nada de él, no pensaba volver a molestarla con el tema. Suficiente tenía con que solo había recuperado una de las dos llaves del ascensor como para enfurecerla aún más con tonterías.

—Disculpen. —Otra voz se unió a la conversación. Un hombre y una muchacha los estaban observando. Por lo que parecía, acababan de entrar por la puerta principal. Él era bastante alto, llevaba unas gafas de pasta blanca. Vestía un traje muy formal de tonos grises y una sonrisa que le cruzaba toda la cara. Cualquiera hubiera dicho que era una persona muy afable. Se frotaba,

tímido, las manos.

—Oh, buenos días. —Marty adoptó la postura de mayordomo e ignoró a Lean.

Por otra parte, la chica que le acompañaba era totalmente lo opuesto: seguramente no tenía más de diecinueve años y arrastraba un semblante siniestro; su cara expresaba una total indiferencia ante todo y sus ojos parecían muertos, como si estuviera ausente. Llevaba una falda excesivamente corta de estilo escocés, aunque de un color bien distinto: negro con rayas blancas.

La joven se acercó con paso lento a Marty mientras miraba al suelo. Cuando pasó al lado de Lean, este notó un escalofrío helador.

—Nos gustaría ver las instalaciones. Tenemos pensado mudarnos aquí — aseguró ella con una vocecilla que parecía que iba a quebrarse.

Era como una muñeca de porcelana; igual de frágil, igual de inexpresiva.

—Oh, comprendo. —Marty se puso colorado. Le atraía—. Verá, lo cierto es que es muy tarde, o debería decir demasiado pronto, y... Bueno... —No sabía cómo decirles que tendrían que volverse por donde habían venido. Aquellas no eran horas para una visita.

La chica comenzó a mirarlo, ladeando la cabeza ligeramente hacia un lado, como si intentara resolver una extraña adivinanza.

—No te preocupes, Marty. —Lean apareció en su rescate para sorpresa del propio recepcionista—. Yo puedo enseñarles las instalaciones, y si ven que les gusta el sitio, los llevo a ver a la directora. —Después los miró—. Si les parece bien, claro.

—Sería fantástico —sonrió el hombre con una amabilidad inusitada.

* * *

Jake sacó el vaso de la pila a toda prisa. No quería dejar a Lucy sola mucho tiempo. No porque no confiase en ella, sino porque le preocupaba. Sabía que al principio era difícil aceptar aquella nueva condición. Nadie en su sano juicio podría alegrarse de ser vampiro, aunque en cierto modo él no lo entendía. Desde que tenía uso de razón había sido así, por lo que era de los pocos vampiros que no tuvieron que adaptarse nunca. Los que eran como él solían llamarse «puros», al ser incapaces de recordar su vida anterior y no por nacer vampiros, puesto que era imposible. Desde el momento en que alguien se convertía en uno, dejaba de ser fértil, por lo que no podía tener hijos; aunque solo en el caso del hombre. La cosa era bien distinta si el vampiro era mujer, pero aún así estaba estrictamente prohibido dar a luz un hijo

proveniente de un humano, por lo que la idea resultaba descabellada. El castigo era tan horrible que nadie se atrevía a quebrantar esa ley. Enterraban al bebé, a su madre y al amante juntos en un enorme ataúd. Luego dejaban que pasaran los días y que la vampiro se viera obligada a alimentarse de su marido y de su hijo para no sucumbir a la locura de la sed. Al cabo de cientos de semanas, ella terminaba por enloquecer al no tener nada que beber y, aunque el cuerpo no podía morir, su mente terminaba tan destrozada que era como si nunca hubiera existido. Una vez que pasaba esto, la sacaban y la ataban para que el sol hiciera el resto.

—No me extraña que Lucy esté sufriendo tanto... —se dijo al reflexionar—. Espero que las pesadillas no se ceban mucho con ella.

Sin duda, se preocupaba mucho por ella; algo especialmente extraño en él, pues los humanos solían aburrirle. No ocurría desde que Carla llegó a la torre. Si no hubiera muerto, tal vez Lucy y ella hubieran sido grandes amigas.

Cruzó el pasillo hasta la habitación y entró con el vaso alzado.

—Aquí tienes.

No recibió respuesta alguna. La soledad del cuarto le puso en alerta y, al dejar caer el recipiente al suelo, fue consciente de lo que sucedía. Dio media vuelta y salió corriendo al ascensor. Aún no sabía cómo lo había conseguido sin que se diera cuenta, pero tampoco le importaba...

Lucy se había escapado.

* * *

Marty no quiso dejar pasar la oportunidad de lucirse por una vez. Nadie le iba a echar de menos en su puesto, y si se atrevían a llamarlo al teléfono podían irse al infierno. La joven enigmática que parecía dispuesta a mudarse a la torre no se le escaparía. Le había echado el ojo, y cuando Marty le echaba el ojo a alguien no paraba hasta conseguirla.

—Y... ¿de dónde son? Si me permite la osadía, por supuesto. —Se apretujó en el ascensor junto a la joven, y aunque fue a ella a quien preguntó, fue su compañero el que contestó:

—Venimos de Estados Unidos. —Le sonrió cerrando los ojos, tanto que parecía oriental.

El ascensor comenzó a subir y Lean puso caras raras. ¿Para qué los estaba acompañando el recepcionista? No tuvo más remedio que suspirar y aguantarse. Decidió quedarse al fondo sin decir nada.

—¡Vaya, Estados Unidos! —Marty exageró su sorpresa. Se acercó más a

la chica.

La verdad es que iba realmente provocativa. Además de la falda, llevaba un sugerente conjunto de estilo gótico en forma de chaleco negro con tirantes muy finos, unos calcetines tan largos que terminaban en la mitad de sus muslos y unos zapatos de aguja blancos a juego con las rayas de la falda. Solo la cola de caballo rojiza, colocada estratégicamente sobre su pecho envuelto en pequeñas cuerdecitas, daba un contraste diferente a su marcado estilo.

«Demasiado provocativa», pensaba Lean, teniendo en cuenta que el carácter de la muchacha era de todo menos extrovertido.

En cambio, Marty estaba encantado. Tanto que empezaba a perder las formas.

—¿Las instalaciones son muy seguras? —preguntó, ligeramente preocupado, el hombre de las gafas.

El recepcionista salió del mundo de fantasía en el que se encontraba y respondió, entrecortado, a la pregunta.

—¡P-Por supuesto! Su hija estará a salvo, no hay nada que temer.

—¿Hija?! —rió como una foca.

Marty se quedó helado ante la posibilidad de que la chica y el hombre fueran pareja. Se puso a rezar para no ver sus ilusiones truncadas.

—No es mi hija —dijo, pareciendo consciente de los temores de Marty. Puede que por eso tardase más de la cuenta en responder, como si quisiera alargar su sufrimiento todo lo posible—. Es la hija de un buen amigo mío. Le estoy haciendo el favor de acompañarla para que eche un vistazo. Soy empresario y tengo algunos negocios en Irlanda durante estos días, así que me la traje en mi *jet* privado.

A Lean le dieron ganas de echarse a reír. Aunque parecía un hombre de buen porte y, sin duda, tampoco era un cualquiera, no le veía con pinta de ser un ricachón. Lo achacó a lo amable que parecía. No entraba dentro del comportamiento que solían tener los empresarios con aires de grandeza que se paseaban, semana sí y semana también, por la torre.

Finalmente, el ascensor llegó al piso veintitrés. Lean tenía la intención de enseñarles cómo eran las habitaciones usando de ejemplo la suya propia; a esas horas no podrían acceder al resto de los pisos. Decidió ofrecerles su cuarto para que descansaran. A fin de cuentas, él no iba a dormir y ellos necesitaban un lugar donde quedarse hasta el amanecer. De paso verían las cualidades del lugar y cómo sería el cuarto en el que ella viviría si decidía instalarse en la torre. En cierto modo, era un buen plan: ellos no se marchaban

y él no se quedaba solo pensando en Lucy.

—Muy bien, Marty —empezó Lean—. Ya puedo llevarlos yo solo. Será mejor que vuelva a su puesto, no sea que llame la directora o alguno de los otros inquilinos. —El tono de la última parte cambió y el recepcionista se dio cuenta de cómo lo estaba echando. Por desgracia, no tenía otra opción. El amable señor ya le estaba estrechando la mano y deseándole buenas noches.

—Bueno... —No tenía salida. Miró triste a la chica y, finalmente, aceptó su destino—. Que pasen una maravillosa noche, y disculpen que no pueda ofrecerles una habitación a estas horas. Les prometo que mañana lo tendrán solucionado.

El hombre le agradeció sus palabras y se despidió. Las puertas se cerraron antes de que Marty pudiera despedirse de la joven. El señor de gafas sonrió, malévolamente, por un momento, conforme. Tabitha y Camuel acababan de entrar en la torre sin levantar sospechas.

* * *

—¡Joder! —Iris golpeó el botón de la cisterna por enésima vez. Llevaba más de media hora intentando que la llave metálica que había robado hacía unos días al conserje desapareciera por las tuberías, pero no lo conseguía; «la muy puta», como la llamaba ella, era tan pesada que ni la fuerza del agua conseguía llevársela.

Si seguía así, acabaría teniendo una jaqueca tan memorable como la que Lean estaba soportando desde el accidente. La inmensa preocupación que había estado fastidiando a la chica *punk* desde entonces le estaba costando su salud. Estuvo andando durante horas por toda la torre, siempre buscando un punto ciego donde las cámaras de vigilancia no fueran capaces de grabarla tirando la prueba del delito. No la encontró, y el temor a que descubrieran a «la muy puta» y decidieran rebobinar las cintas hasta ver al ladrón, la disuadió de soltarla en cualquier esquina. Sabía que las grabaciones no se borrarían por sí solas, a diferencia de lo que, por suerte, había sucedido el día en que Lucy casi murió.

Finalmente, cayó en la cuenta: el único lugar donde no había miradas indiscretas era en los cuartos de los residentes. Nada más caer en ello, corrió hacia su habitación y cerró con un portazo para ir directa al baño.

Y allí estaba desde entonces, luchando contra «la muy puta».

Deseó no haber escuchado a Jake y a Lucy hablar en el hospital sobre su encuentro nocturno, y también le hubiera gustado no seguirlos en la oscuridad

hasta llegar al punto de atrancar la salida cegada por los celos.

Supuso que Dios la estaba castigando por lo que le había hecho a Lucy. Por un momento volvió a deprimirse, pero después sonrió al acordarse de los planes de futuro que tenía preparados contra las «amigas» del restaurante. Estaba claro que prácticamente tenía superada la horrible experiencia de casi matar a una compañera por simple envidia; para Iris, el haber desatrancado la puerta al entender la gravedad de la situación era suficiente arrepentimiento como para incluso ganarse el cielo.

Volvió a pulsar y el váter gimió, escupiendo agua. La llave pareció temblar y, entonces, por la gravedad, intervención divina o quién sabe qué, «la muy puta» desapareció al fin.

Nada más ganar la batalla y ver como sus preocupaciones se iban con la llave, se miró al espejo y se repeinó.

En pocos minutos volvió a estar tan estupenda como siempre; nadie sabría nunca lo que había hecho.

* * *

Las puertas de la biblioteca se abrieron tan rápido que chocaron contra la pared y retumbaron por toda la sala. Leonard se sobresaltó y, con los ojos muy abiertos, observó cómo Jake entraba sin aliento.

—¿Has visto a Lucy por aquí? —espetó.

—¡¡¿Lucy?!! —Leonard se quedó extrañado. Sabía que tuvo un accidente muy grave y que estaba en quemados. ¿Cómo iba a haberla visto?

Jake se mordió el labio al darse cuenta de lo que acababa de decir. Estaba metiendo la pata hasta el fondo. Intentó arreglarlo, pero no le salieron las palabras adecuadas. Estaba demasiado preocupado. No quería que nadie la viera y que ella se pudiera sentir tentada de saltar sobre él para alimentarse. Sin duda, la sed de sangre le había nublado el juicio y se había escapado en busca de una víctima.

—Espera un momento... —Era tarde, Leonard se dio cuenta. De pronto, como por arte de magia, apareció a dos centímetros de su amigo y le sonrió, divertido—. ¡¿La has convertido?! Por eso nadie sabe en qué parte del hospital está, ¿cierto?

Jake no respondió. Estaba avergonzado. Creía que iba a poder ocultarlo durante un poco más de tiempo, pero estaba claro que su compañero le llevaba ventaja.

Sí, Leonard también era vampiro. Uno brillante. Precisamente, sus otros

dos amigos también lo eran. Aquella era la única y verdadera razón por la que siempre estaban juntos en la biblioteca. A pesar de que Madison había decidido alejarse del mundo vampiro, este no la iba a dejar escapar tan fácilmente. Nadie se libraba de los vampiros. No siendo alguien tan importante. A cambio de permitirle vivir en paz, tuvo que pagar un precio muy alto. Pasó de ser una reina vampiro a ser una simple traficante de sangre. Ellos la mantenían en el anonimato y ella les proporcionaba sangre regularmente. Esto hizo que los principales clanes vampíricos se aprovecharan de su situación y terminaran por añadir una nueva condición a su «contrato». Los hijos de los mandatarios terminaron por convivir en la torre para aprender a ocultarse entre los humanos, y así, cuando les llegara la hora, estarían listos para ocupar el puesto de sus padres.

Aunque a la directora no le hiciera gracia utilizar a los humanos como ganado, tenía que reconocer que solo los clanes vampíricos iban a poder garantizarle la protección que necesitaba. Más aún si desconocía quién era Arnauld y cuánto poder tenía. Así que, para aprovechar todo lo posible las circunstancias, Madison obligó a Jake a hacerse amigo de los herederos de los clanes vampíricos más fuertes de Europa: Leonard, Paris y Troy.

Además de ellos, no había ningún otro vampiro en la torre. Y si los había, Madison lo desconocía.

—¿Tan colado estabas por ella? —se mofó caminando hacia atrás sin dejar de sonreír—. Me sorprende que no te la hayas comido, parecía muy apetecible.

—Tenemos prohibido hablar de estas cosas, así que vigila tu puta lengua. —Jake estaba colérico, tenía ganas de saltar y arrancarle la cabeza. A pesar de parecer muy amigos, lo cierto era que se llevaban a matar.

—Muy bien, muy bien... —Suspiró aburrido—. Pero déjame que te diga algo, antes de hacer como si fuéramos normales. —Pensó un momento y continuó—: Has venido preguntando por ella asustado. Y tengo entendido que estaba muy grave en el hospital, así que está claro que algo me ocultas. No hay que ser muy listo para darse cuenta, por tu cara, de que lo que pasa es que tu amiguita ahora es una de los nuestros. —De pronto cambió el tono de su voz y se puso muy serio—. Si ha desaparecido..., dudo que sea para escapar, amigo mío.

—¿Qué quieres decir?!

—Quiero decir que si yo fuera tan débil como ella, seguramente no sería capaz de soportar lo que soy. —Se rio un momento—. Bueno, débil no... Si

fuera imbécil. —Y volvió al tono serio anterior—. Así que solo se me ocurre una razón por la que ha huido de ti.

—¿Qué razón?

—Adivina. —Le enseñó los dientes con mirada malévola. Los colmillos se asomaron como si presagiaran algo terrible.

* * *

Lucy abrió la puerta y una bofetada de aire fresco la golpeó removiendo su cabello hacia atrás. Las estrellas le dieron la bienvenida mientras sus ojos se abrían emocionados. Nunca se había molestado en disfrutar de una madrugada como aquella. Le obsesionaba tanto el día que jamás se paró a observar lo maravillosa que era la noche. Dio un paso y salió al exterior. Surcos de nubes estiradas y revueltas se dibujaban sobre su cabeza.

En la azotea todo estaba en silencio. Solo podía escucharse el susurro del viento y su propia respiración. Allí, a más de trescientos metros de altura, no había nadie. Estaba segura de que Jake no la buscaría arriba.

Miró un momento hacia atrás y dudó si dar media vuelta y bajar de nuevo al piso de la directora. No cambió de parecer; lo tenía decidido y debía ser consecuente. Iba a llevar su decisión hasta el final, soportando las consecuencias. No quería sufrir por más tiempo y, aunque sabía que era una egoísta y que destrozaría a sus padres, a Jake, a Lean y a todos los demás, no le importó. En el fondo, lo hacía por ellos.

Continuó caminando hasta que llegó al borde. La azotea no tenía barandillas ni ningún tipo de seguridad. Tan solo los conductos en forma de serpiente que se unían con el suelo daban sentido a aquel enorme lugar. A fin de cuentas, la gente no podía llegar hasta allí si no lo hacía pasando directamente por el piso de Madison. Y, fuera quien fuera quien subiese, tendría que ser un técnico; con llave de trabajador incluida para superar la seguridad de bloqueo del ascensor. Ninguno de los residentes de la torre iría allí por nada del mundo. No había cristales, no había protección.

Miró a un lado y vio una esquina que daba a una pequeña plataforma de ladrillo pegada a una pared. De un pequeño salto salvó el borde que llevaba hacia una caída mortal y quedó oculta.

Nadie la vería allí.

Por la cabeza se le pasó la idea de tirarse al vacío, pero eso no la mataría y lo que quería era morir. No pensaba soportar otra pesadilla, no se arriesgaría a convertirse en un monstruo. Tenía tanto miedo a volverse

malvada y a hacer daño a los demás, que incluso la locura que estaba a punto de hacer le pareció un consuelo.

Lucy empezó a llorar y, después, se despidió del mundo rezando por que esta vez el Sol la matara definitivamente.

Cualquier pasado fue mejor

SUEÑO

Madison se quedó asombrada tras sentarse en su trono. La información que le reveló Camuel, uno de sus súbditos, le hizo palidecer más si cabe.

—¿Me estás diciendo que aún no se ha alimentado? —Se tocó el mentón con una mano y después hizo memoria—. Han pasado dos semanas... —La frase sonó tan absurda que incluso Camuel tuvo que hacer esfuerzos para no sonreír.

Si un vampiro aseguraba haber aguantado más de cinco días sin beber ni una sola gota de sangre humana, por lo general se le podía tachar de una cosa: de mentiroso. Estaba comprobado que ningún ser de la noche podía aguantar tanto. El ansia solía atraparlos y volverlos inestables en mucho menos tiempo.

—Si me permite la osadía... —Se arrodilló ante su ama y, antes de continuar, esperó a que ella le diera el visto bueno.

La jerarquía vampírica en el clan de «Los Sin Nombre», como se los conocía, era muy clara y simplificada: Madison era la reina y después estaban sus dos sublíderes, que a su vez dirigían a un pequeño grupo individual entrenado personalmente por estos. El resto eran miembros sin rango alguno que seguían las órdenes de los grupos de los sublíderes. Nada realmente fuera de lo común. Lo que hacía verdaderamente distinto al clan era su peculiar regla: los nombres reales carecían de sentido en dicha «orden». Eran borrados como tinta en papel mojado y perdidos en el tiempo, para siempre. Con aquel ritual, la reina intentaba que olvidaran su vida humana y que entendieran que le pertenecían hasta el fin de sus días. Seguramente, por esto último era ella quien decidía todos y cada uno de los nuevos apodos.

—Adelante, puedes hablar —indicó levantando un dedo con desgana. A veces le cansaba mantener aquellos modales refinados que ella misma les había inculcado.

—Creo que resultaría más efectivo si yo hablara con la muchacha. —Agachó aún más la cabeza. Tanto que parecía que iba a tocar el suelo con la frente—. Por supuesto, tan solo es una idea. Estoy seguro de que a su Majestad se le ocurriría algo mejor.

—No entiendo la necesidad que tienes de tratarla con delicadeza. Es tan solo una esclava, un juguete para mi divertimento. —Se rio un instante y añadió—: Como tú.

A Camuel le dieron ganas de gritar, pero sólo lo expresó apretando uno de los puños con fuerza.

—Tiene toda la razón, Majestad —fue todo lo que respondió.

—Me sorprende lo cobarde que puedes llegar a ser. —En cierto modo, Madison parecía decepcionada—. Aun odiándome con toda tu alma, lo único que eres capaz de hacer es elogiarme mientras me maldices en tus adentros. Eres realmente patético, Camuel.

La espalda de su súbdito se resintió. Era como si el gran peso de la impotencia le cayera violentamente encima.

—Lo sé. Soy realmente patético, Majestad. —Después de repetir de memoria la frase, empezó a pensar en cosas sin importancia: en la luna que disfrutó la noche anterior en los tejados de la ciudad, en la lluvia tocando su piel prácticamente al amanecer, el invierno pasado, en su vida anterior a aquella pesadilla...

—Me aburres. —Bostezó—. ¿No eres capaz de pensar en algo más interesante? Desentrañar pensamientos tan simples me hace perder el interés.

Sin duda, la gran baza que Madison tenía a su favor era el poder vampírico que ostentaba. Cuando una persona era convertida en vampiro adquiría una habilidad especial, diferente en cada individuo. Algunos eran más rápidos, otros más fuertes, unos pocos veían las cosas como si todo se desarrollara de forma más lenta, y otros, como era el caso de la reina vampiro, leían la mente.

Camuel decidió hacer oídos sordos y no darle la satisfacción. Esbozó una agradable sonrisa que cautivaría a cualquiera con corazón y le agradeció sus palabras:

—¿Le parecería correcto que me marchara ya? No quiero entretenerla por más tiempo. Estoy seguro de que tiene cosas mejores que hacer que perder estos preciados minutos con alguien tan insignificante como yo.

La reina resopló:

—Muy bien... Habla con la nueva si lo deseas. Pero quiero que se alimente antes del amanecer. Si no, tú mismo la atarás al tejado, ¿entendido?

—Sí, su Majestad. —Hizo una reverencia y se alejó de la sala.

Aunque la idea no le seducía precisamente, no era algo que pudiera controlar. Por desgracia, estaba ligado por toda la eternidad a aquella mujer que le había convertido en vampiro. Incluso negándose, ella acabaría obligándole a matarla si era necesario. Cuando alguien era convertido en vampiro, adquiría la obligación de seguir las órdenes de su mentor.

Precisamente por esa razón, en el clan de Los Sin Nombre todos tenían prohibido convertir a alguien. Solo Madison podía hacerlo. De este modo se aseguraba de que nadie la traicionara ni se resistiera a sus órdenes jamás.

Camuel se lamentó y recordó, una vez más, los felices días que ya nunca volverían. Aunque tenía que reconocer que la vida había sido muy irónica con él: pasó de ser el mayordomo de un viejo y arrugado conde, a ser el mayordomo de una viejísima, pero a la vez bellísima, reina vampiro.

—Con un poco de suerte, en mi próxima vida seré yo el que tenga sirviente
—dijo antes de recordar que era inmortal y que aquel dulce sueño no era más que eso precisamente.

Un sueño.

CAPÍTULO 10

El Sol abrasador

Los pasillos se convirtieron en la peor pesadilla de Jake. Se deformaban y se alargaban eternamente mientras los ojeaba sudoroso. No la encontraba, no aparecía por ninguna parte. Temió que estuviera haciendo alguna locura. Recordó, avergonzado, cómo lo engañó y se escapó sin que se diera cuenta.

De pronto, notó cómo algo le golpeaba en el pecho. Miró al frente y vio caer a una chica hacia atrás.

—¿Lucy?! —espetó sin darle tiempo a sus ojos a reaccionar. Por supuesto, no era ella. En su lugar se encontró con una joven de su edad. Llevaba una falda escocesa negra con rayas blancas y un aspecto provocador —. Oh, perdona. —Se apresuró a extender la mano.

La joven se levantó, rehusando su ayuda, sin decir ni una palabra. Después estiró con los dedos los bordes de la falda y la sacudió como si se hubiera caído en un arenal.

—Lo siento, es que voy con un poco de prisa y no te he visto —dijo sin dejar de dirigir su vista hacia cada lugar al que le alcanzaba.

La desconocida iba a decir algo, pero de pronto se quedó congelada. Fue como si un hechizo mágico la hubiese convertido en algo inanimado. Su rostro pasó de indiferente a aterrado en cuestión de segundos, y Jake notó cómo a la joven le empezaron a temblar las piernas.

—¿Te ocurre algo? —preguntó él por inercia.

Ella salió corriendo en cuanto acabó la frase y escapó al girar la esquina del pasillo. En una circunstancia normal tal vez la hubiera seguido para intentar saber qué le pasaba, pero no tenía tiempo que perder. Reanudó el paso y siguió buscando a Lucy.

Tabitha pudo respirar tranquila en cuanto comprobó que no la perseguía. Si bien el encuentro la había puesto histérica, también le sirvió para comprobar algo realmente importante: él no la había reconocido.

El plan seguía desarrollándose sin problemas.

* * *

La directora entró en la sala de estar con tranquilidad. Había sacado tiempo suficiente para pasarse a ver qué tal se encontraba Lucy. Tal vez fuera

por preocupación, pues el ansia de sangre la debería estar martirizando, o puede que estuviera deseando saber si había soñado algo sobre su pasado. Percibía cómo la impaciencia la rodeaba, notaba el cosquilleo en el estómago y los nervios ante posibles noticias. Pensar que podría recuperar aquellos años emborronados y perdidos le hacía sentirse eufórica.

—Algo va mal —se dijo a sí misma al ver el cuarto, donde debería estar Lucy, abierto. Estaba segura de haberle indicado a Jake que dejara la puerta cerrada.

Asomó el rostro blanquecino con una expresión desencajada y, cuando comprobó que la habitación estaba vacía, le dieron ganas de destrozar la puerta. Respiró hondo y se agarró al marco de la entrada. Después cerró los ojos e intentó pensar con calma. Cuando lo tuvo claro se marchó del piso en busca de una explicación.

Las marcas de sus dedos quedaron señaladas en la madera como si una apisonadora la hubiera astillado con fuerza.

* * *

Jacob llevaba buscando a su padre desde que había amanecido. La tarde anterior había salido con el rebaño de ovejas hacia más allá de la linde y aún estaba fuera. En un principio creyó que tal vez se paró a hablar con algún vecino que podría haberse encontrado por el camino, el cual seguía con escrupulosa exactitud, pero después de que pasaran más de seis horas desde su marcha, estaba seguro de que algo iba mal.

Subió la colina más alejada, la cual apenas podía ver desde la ventana del segundo piso de su casa, y se paró a respirar. Necesitaba un descanso, llevaba mucho andando y los dedos empezaban a entumecerse, el frío era demasiado intenso incluso para alguien que llevaba viviendo en aquellas tierras tantos años.

Una terrible sospecha se le apareció de pronto en sus adentros. ¿Y si su padre había muerto helado en medio de cualquier parte? Los árboles en la zona eran escasos, apenas había hondonadas de tierra, y ni mucho menos grutas o cuevas; la zona era prácticamente llana, como imitando un mar de leves olas calmadas y suaves.

Nada más entender que cada segundo importaba, el joven Jacob continuó el paso; esta vez más apresurado. Llegó a andar una media hora más, hasta que el cielo se despejó y la grisácea neblina se marchó del todo. Acababa de presentarse la una de la tarde y el ambiente se estaba calentando a una más que

agradecida sorprendente velocidad.

Por desgracia para el joven muchacho, aquello significó también el descubrimiento de las ovejas de su rebaño.

Todas ellas estaban al fondo, a un kilómetro cuesta abajo de donde se encontraba. Apretó los ojos horrorizados en cuanto descubrió que estaban ensangrentadas; el rojo era tan intenso y abundante que incluso un avión podría haberlo visto desde el cielo. Temeroso de que un lobo se hubiera comido a todo el rebaño y su padre se hubiera enfrentado a la bestia, corrió hacia abajo protagonizando varios resbalones nerviosos a causa de la humedad del terreno.

Finalmente, cuando por fin llegó hasta la horrible escena, vio de cerca a los pobres animales diseminados por la zona, y siempre rodeando un pedazo de cuerpo deformado y decapitado que esperaba justo en el centro; como si se tratara de una exposición y aquella fuera la obra principal.

Los gritos de Jacob cruzaron toda la explanada en cuanto estuvo a un par de pasos. Acababa de reconocer los ropajes del cúmulo de carne putrefacta y despedazada.

Era su padre, y lo peor es que no se trataba del primero que aparecía así...

* * *

Marty entró en su habitación a toda prisa. Era la hora de comer, por lo que podría relajarse un poco antes de volver a su puesto.

Normalmente se iba al comedor con el resto de los trabajadores, pero hoy era distinto. Algo lo había cambiado. Una visión, un ángel, un ser espléndido, una musa, un nuevo amor. Si bien era algo que consideraba único e irrepetible, no era la primera vez que le sucedía. Ya se enamoró en otras ocasiones de algunas estudiantes de universidad o, incluso, de la chica que murió en el incendio hacía unos meses.

—Esta es la definitiva. ¡Lo sé! Lo presiento —se convenció totalmente.

Se obsesionó con Tabitha en cuestión de segundos y para él ya no había nada más. Se pasaría el resto del día fantaseando, pero antes necesitaba algo para soportar aquella locura.

—Tiene que estar por alguna parte —cuchicheó buscando entre un montón de carpetas de anillas. Todas estaban desperdigadas junto a un mueble de oficina.

De modo insultante, tiró las que le molestaban dibujando en la habitación un desorden tan enfermizo como la mente de su dueño. Cuando encontró lo que

buscaba lo agarró con fuerza y lo abrió a la vez que lo dejaba encima de la mesa. Dentro halló un montón de fotografías sacadas de las cámaras de vigilancia de la zona comercial: chicas anónimas que caminaban de un lado a otro. Algunas se reían, otras buscaban ropa que comprar, unas pocas trabajaban. Fuera como fuese, todas tenían algo que maravillaba a Marty, o al menos hasta ahora. Para él, Tabitha era la mejor. Por primera vez en mucho tiempo esperaba con ilusión la hora de volver al trabajo.

La razón de su condición de exconvicto estaba claramente influenciada por su excesiva obsesión por las mujeres. Era un acosador, un *voyeur* y, por encima de todo, un enfermo. Los diez años que pasó recluido en la prisión de Arbour Hill no habían apaciguado su ansiosa sed de coleccionismo, y aunque consiguió refrenar sus deseos carnales, tenía que alimentar su fantasiosa mente con fotografías que sólo él pudiera guardar. Ni siquiera le preocupaba perder su trabajo, que consiguió gracias a las ayudas económicas que el propio Gobierno dio a la Torre Madison en un golpe de suerte y de una excesiva campaña electoral del presidente de Irlanda por ensalzar la reinserción social.

—Pronto añadiré un nuevo ángel a mi colección —se animó relamiéndose los labios con perversión y preparando un hueco para su nueva protagonista.

* * *

El apartamento de Lucy llevaba cerrado desde el día del accidente. Sin embargo, Jake tenía la llave. La necesitó para coger algo de ropa cuando la convirtieron en vampiro. Entró sin delicadeza y la puerta se abrió tan rápido que, al hacerlo, golpeó la pared.

Toda la planta retumbó.

Estaba como él lo había dejado, incluso los armarios y los cajones continuaban abiertos. Se acordó de los nervios que había pasado al recoger las cosas de su amada. En cierto modo, se sintió como un perverso robando ropa interior de chica. Ahora le gustaría volver a sentirse como entonces y no estar tan preocupado. Por si acaso, se asomó a cada recoveco del lugar y miró concienzudamente, esperando encontrarla llorando bajo la cama. No fue así.

—¡¡Joder!! —expresó sintiéndose desgraciado.

Consciente de que estaba perdiendo el tiempo, salió de allí y se dirigió de nuevo al ascensor sin saber adónde más ir.

—¿Qué coño haces aquí? —Lean apareció por el pasillo. En cuanto vio a Jake, se enfureció.

—No tengo tiempo para tonterías, aparta. —Le empujó para continuar.

Pero Lean tenía otros planes. Había decidido descargar toda su frustración en Jake:

—¿Dónde está Lucy?! —le gritó agarrándole de la camiseta y rasgándola —. ¡Quiero verla!

—¡He dicho que no tengo tiempo para gilipolleces! —Se zafó de él e intentó continuar, pero Lean le empujó.

—Todo ha sido culpa tuya. ¡Si le pasa algo, te prometo que te mataré!

—Un poco tarde para demostrar que estás colado por ella, ¿no crees? — La sagaz respuesta de Jake vino acompañada de un amargo puñetazo en plena cara. La sangre brotó del labio y, en pocos segundos, notó cómo le ardía—. ¡¿Qué coño pasa contigo?!

Lean no respondió. Se lo quedó mirando como si hubiera hecho algo que no debía. Estaba más pálido de lo habitual. Más que eso, parecía asustado. Jake esperaba una respuesta, un nuevo puñetazo, pero este no tuvo lugar. Se quedó inmóvil y en silencio.

—Sch... —Jake se fue, lamentando no tener tiempo para partirle la cara. Ya lo haría cuando encontrara a Lucy.

Mientras se marchaba, Lean se miró la mano: estaba temblando.

* * *

La biblioteca continuaba tan solitaria como siempre. Leonard esperaba, apoyado en la pared, a que sus compañeros llegaran. Estaba con los brazos cruzados concentrado en sus cosas.

—Ya estamos aquí. —Troy apareció con Paris. Por su voz, no parecía muy contento.

Leonard les señaló las sillas de la mesa en la que siempre se solían sentar y esperó, en silencio.

—Tengo prisa. He quedado para comprar un vestido monísimo —avisó Paris sentándose con la delicadeza que la caracterizaba.

Troy colocó la silla al revés y apoyó sus brazos sobre el respaldo.

—Listo.

—Lucy es un vampiro. —Soltó la bomba sin más, dispuesto a causar conmoción a diestro y siniestro. Después sonrió mostrando los colmillos.

—¿Qué?! —Los dos se miraron como si no entendieran nada—. Estás de coña, ¿no? —respondió Troy.

—No.

—Pero..., ¿quién la ha convertido? ¡No me digas que has sido tú!

—No seas estúpido. —Se adelantó Paris a la respuesta de Leonard, que disfrutaba con la situación—. Ha sido Jake.

—Ha sido la directora.

Ambos se quedaron con la boca abierta, y hasta que no reaccionaron, no supieron cómo asimilar la información.

—Pero... No puede ser. ¿Le ha dado permiso tu padre para convertirla?

—¡Eso es lo mejor! No lo sabe.

—Me he perdido. —Troy se rascó la cabeza—. Yo creía que si convertías a un vampiro sin tener clan y sin permiso del líder de la región, estabas sentenciado.

—Y así es, amigo. —Finalmente, Leonard se despegó de la pared y se acercó a la mesa—. Si mi padre se entera, reducirá este sitio a un amasijo de hierros con un bonito estampado color sangre.

—Deduzco por tu forma de decirlo que no tienes pensado contárselo. —Paris estaba captando la idea.

—Efectivamente. —Les explicó que tenía un plan: podían aprovechar la situación para su propio beneficio.

—Pero yo creía que lo que más deseabas era largarte de aquí y volver con los tuyos. —Troy era el único que parecía fuera de lugar. Mientras sus dos compañeros ya estaban sonriendo maliciosamente, él aún no lo captaba.

—Dime, Troy, ¿qué es lo que más echas de menos de alimentarte como siempre lo has hecho?

—Bueno..., supongo que beber de un botecito no es lo mismo que morder cuellos. Además, no está tan caliente y nos dan muy poco para aguantar unos días; aparte de que notar cómo se rompe la piel es...

Leonard terminó revelando su plan y, entonces, todos parecieron diferentes a los chicos modelo que en la torre creían que eran. Los más bajos instintos de los vampiros afloraron a la superficie.

—Vamos a chantajearla. La obligaremos a que nos dé un residente por semana para que nos lo comamos, y si no lo hace, se lo contaremos a mi padre. —Colocó su mano en el hombro de su amigo—. Pronto, todos los que viven aquí serán comida. Nuestra comida.

* * *

Madison estaba perdiendo la paciencia. No encontraba a su hijo, ni a Lucy, por ningún lado.

—Más le vale tener una buena excusa. —Estaba realmente enfadada.

Solo de pensar que podía perder la oportunidad de recordarlo todo y saber quién era ese tal Arnauld le daban ganas de destrozar al primero que pasara. Por otra parte, su escondite estaba en peligro. No podía permitir que una vampiresa recién transformada se dejara llevar por el ansia de sangre y acabara con todos los residentes.

—¡Madre! —Jake apareció corriendo por el fondo. Al verla, se dirigió hacia ella y se acercó—. Tengo que decirte algo importante. Lucy ha... —La bofetada que recibió en plena mejilla impidió que terminara. La nariz empezó a sangrarle y, por un momento, pensó que se le había desencajado la mandíbula. Madison no se reprimió al golpearlo, y la fuerza de un vampiro era bastante superior a la de un humano corriente. Si Jake fuera un ser de la noche normal, aquello apenas le hubiera hecho cosquillas. Sin embargo, él guardaba otro secreto.

—¿Cómo has podido perderla?! —le gritó en medio del pasillo.

No había mucha gente, pero los pocos que pudieron verlos se quedaron a cuadros. En cuanto Madison se dio cuenta de que estaban llamando la atención, lo agarró de la muñeca y le arrastró hacia el ascensor.

—Más te vale que aparezca pronto.

Nada más cerrarse las puertas, los dos se quedaron en silencio. En cierto modo ella sabía que se había pasado, pero aun así no quería disculparse. Consideraba que, en el fondo, se lo merecía. Luchó mucho para poder llegar a aquella envidiable situación y parecía que a Jake no le importaba. ¿Es que quería tirarlo todo por la borda?

—No sé dónde está... He buscado por todas partes. —Su hijo parecía descorazonado—. Tal vez haya huido de la torre.

—Puede ser... —Madison calmó sus ánimos; decidió pensar en positivo—. No te preocupes, cuando anochezca saldremos a buscarla. Seguramente se esté resguardando en cualquier sombra que haya encontrado por el camino. El valle es demasiado grande como para llegar a la ciudad andando en un día. —Después pulsó el botón hacia su apartamento y lo abrazó—. Te quiero mucho, hijo. Ya lo sabes.

Jake se quedó con la mirada perdida. Su orgullo, heredado de su madre, no le permitió hacer gesto alguno. Reprimió las ganas de llorar, pues ya no era ningún niño.

Cuando llegaron arriba, el chico entró apresurado. Era como si deseara que Lucy se lo hubiera pensado mejor y estuviera esperándolos con una disculpa como saludo.

Corrió de nuevo al cuarto, pues quería asegurarse de que no estaba escondida en alguna oscura esquina. A lo mejor se le había pasado algún detalle por alto y, simplemente, estaba gastándole una broma. Ojalá.

Cuando volvió a salir del apartamento llevaba una cara que le llegaba hasta el suelo. Madison, que se había quedado esperando junto al ascensor, no necesitó preguntar: estaba claro que Lucy no aparecería.

Pero de pronto, algo llamó la atención de Jake.

—Madre, ¿has abierto tú esa...?

La directora giró la vista y se percató de que en el rellano, junto a la entrada del piso y el ascensor, la puerta que daba a las escaleras de la azotea estaba entreabierta. No se utilizaba mucho, ya que solo se podía acceder a ella desde ese mismo lugar, y además era una buena vía de escape si se daba un incendio o corte de luz.

—No..., no lo he hecho. —Arrugó la frente y su cabeza empezó a cavilar.

Jake fue más rápido. Ni siquiera lo dudó. Estaba seguro. Corrió, cruzó el umbral y comenzó a subir despavorido.

—No puede ser, no puede ser. —Ya había encajado las piezas: en ningún momento Lucy pretendió huir de la torre. Desde el principio, lo que ella quiso fue desaparecer e impedir que su futuro se asemejara al que veía en sus pesadillas.

Jake recordó, sintiéndose un inútil, cómo le había pedido perdón. Ahora entendía a qué se refería. Le estaba suplicando que la comprendiera, que no la juzgara, que no la odiara. Apretó el paso y subió más rápido. Pronto llegó hasta la puerta de la azotea.

Allí, justo delante del marco y del peldaño al exterior había un folio tirado en el suelo. Jake se agachó y lo cogió con delicadeza poniendo toda su atención en las letras, exageradamente curvadas, que inundaban el papel. Era una nota de despedida, una de Lucy para sus padres. Dejó que se escapara de entre sus dedos y alargó la mano hacia la manilla; y entonces...

—¡Espera! —Su madre apareció por detrás y le agarró—. ¡No abras la puerta! Es mediodía. Si está allí..., no hay nada que hacer.

—¡No podemos dejarla ahí! —Tuvo ganas de gritar—. ¡Aún puede estar viva!

Pero Madison sabía que era imposible. Si de verdad Lucy había decidido morir, seguramente llevaría allí desde el anochecer. Con estar a la exposición del Sol cinco minutos, era suficiente para convertir a un vampiro en cenizas. La directora tampoco quería creerlo, pero tenía que ser realista.

—Abrir la puerta no va a solucionar nada. Espera a que anochezca, por favor.

Jake no le hizo caso. Giró el pomo y abrió, a punto de recibir al Sol en plena cara. Madison lo empujó a un lado y ambos quedaron resguardados tras la pared interior. Los rayos de la luz entraron por el hueco.

—¡Lucy! ¡¿Estás ahí, Lucy?! —gritó mientras Madison lo agarraba para impedir que hiciera una locura. El calor era insoportable, podía sentir como si un volcán hubiera brotado en la azotea. Estaba seguro de que nada sobreviviría allí—. ¡Lucy! ¡Respóndeme! —Aun así, no quiso creer que estuviera muerta.

—¡Se ha ido! ¡Déjalo ya! —Le cogió de los hombros y le apretó, zarandeándolo, para que entrara en razón.

De pronto, una voz le respondió desde el exterior.

—¡J-J-Jake! —Sonó nerviosa y temblorosa.

Él la reconoció. Era Lucy. No iba a dejar que se la arrebataran, la protegería como fuera. Consiguió separarse de los brazos opresores de su madre y llegó hasta el marco de la salida. El calor empezó a quemarle la piel y, mientras empezaba a salir vapor de sus poros, gritó el nombre de su amada de nuevo.

Pero la potentísima luz le impedía ver, como un enorme faro que lo cegaba y que apenas le permitía otear el exterior. Colocó sus manos frente a su cara y luchó por abrir los párpados para descubrir qué era lo que había fuera; tan solo pudo vislumbrar una sombra acercándose.

Al final, justo cuando ya no pudo soportarlo más, Jake apretó los ojos y se dispuso a ocultarse de nuevo en los brazos de la segura oscuridad. Pero algo lo detuvo; la luz desapareció junto al calor y al dolor, y una mano suave, además de fácilmente reconocible, se posó sobre su mejilla. Abrió los ojos increíblemente rápido y vio, estupefacto, el rostro de su amada llorando de felicidad justo a un par de centímetros del suyo.

Con mirada vidriosa, y con los rayos del Sol iluminando su espalda y su larga melena, le contestó:

—¡Jake! ¡Estoy curada!

Erika

SUEÑO

Camuel y la camarera llevaban un buen rato escondidos en aquel callejón. Ya era más de medianoche en Londres y ambos estaban empezando a impacientarse. Ella se apoyó en la pared de ladrillos y se quedó observando el cielo. La imagen se le antojó exacta a la vista aquel fatídico día en el que la reina de Los Sin Nombre la arrancó del mundo de los vivos.

Se preguntó cómo habría sido su vida si no se hubiera encontrado con la vampiresa, y por un momento se imaginó llenando copas y tamborileando la barra de la taberna que ahora añoraba tanto. Tampoco podía dejar de pensar en su prometido, un hombre tan bueno al que había perdido en cuestión de un suspiro. Rezó por que no estuviera sufriendo por ella y no pensara que la habían secuestrado o asesinado. Aunque le dolía en lo más profundo de su corazón, quería que creyera que lo había abandonado por miedo al compromiso; al menos era más soportable.

—¿Te encuentras bien? —Su acompañante llevaba todo el tiempo pendiente de ella, no era como se lo esperaba.

Todos los vampiros, hasta que llegó él, fueron desagradables y distantes con la camarera. Sin embargo, Camuel era muy diferente. Se notaba que había humanidad en sus ojos, algo que no debía existir. La vampiro no pudo evitar sentir que era alguien en quien podía confiar.

—Sí, gracias —se apresuró en responderle a la vez que escondió, muy dentro de sí, todos sus anhelados recuerdos.

Fue en ese momento cuando llegó el otro vampiro al que esperaban. Nada más introducirse en la oscura seguridad que les brindaba aquel lugar, saludó con desgana; apenas un gesto con la boca y una ronca voz.

—Hammer... —dijo a modo de saludo Camuel, que por el tono que utilizó no parecía precisamente alegre.

Se trataba de un hombre corpulento, bastante alto y ancho de espaldas. Siempre llevaba el pelo a modo de crin de caballo, de un negro más oscuro que la propia noche. Su rostro era grande y cuadrado, su mandíbula tenía cierto parecido con un yunque y vestía ropas de colores discretos.

—¿Te alegras de verme? —El vampiro recién llegado parecía divertido. La camarera adivinó sin apenas dificultad que entre ellos dos había alguna clase de cuenta pendiente, o tal vez simple animadversión.

—¿De quién tenemos que alimentarnos? —Camuel pareció ansioso; quería acabar con ello cuanto antes.

—Del comisario William Thorthon —sonrió de tal modo que casi pareció estar bromeando, pero no lo hacía. Después giró la cara y se quedó un rato observando a la vampiresa—. ¿Es ella la que lo hará?

—S-Sí —respondió por sí misma pegándose aún más contra la pared.

Hammer escupió en el suelo y se sorprendió:

—Debes caerle muy bien a la reina, no todos los días tenemos como cena a alguien tan importante. El muy hijo de puta lleva una buena temporada complicándonos las cosas por aquí... —le comentó a la vez que se acercaba lentamente hacia ella. Parecía que le atraía, y eso no era precisamente bueno. Solía alimentarse de prostitutas, y a veces de jovencitas con la libido demasiado alta.

—¿Lo dices por los cadáveres? —comentó Camuel buscando toda la atención del vampiro.

—Lo digo porque llevamos semanas sin casi poder alimentarnos por su culpa.

Todo tenía una fácil y sencilla explicación: el constante crecimiento del clan de Los Sin Nombre había provocado que los indigentes, las prostitutas y los borrachos empezaran a morir al caer el Sol con demasiada frecuencia; y tampoco ayudaba el hecho de que un avisado policía se hubiera percatado de que todos aparecían con dos diminutas, pero perfectas, marcas en el cuello. A pesar de que los hombres del orden pensaban que se trataba de un psicópata, o tal vez un grupo satánico, lo cierto era que habían comenzado a hacer barridos por todas partes en busca de alguna pista que les permitiera acabar con todo ese asunto rápidamente, y más cuando las víctimas pasaron a ser mujeres de familia y niños despistados.

Al principio, la reina pensó que, al cambiar el arquetipo de caza, la policía no se fijaría, pero fue todo lo contrario. Los periódicos le dieron al asunto la primera plana y al final nadie quería salir de noche si no era estrictamente necesario. Casi ningún transeúnte iba solo o sin un arma, del tipo que fuera, y se fijaban en cualquier ruido que oían en cualquier parte.

El propio Hammer se quejó de que ahora las cosas eran demasiado complejas y ya habían sido varias las veces que tuvo que matar a un par de policías que habían dado con él en mitad de un ataque.

—Ese puto comisario tiene que morir esta noche —aseguró apretándose los nudillos para hacerlos crujir. Estaba deseando reventarle la cabeza.

—Tranquilízate... Ese no es tu cometido —le recordó el otro vampiro a la vez que le echaba un ojo a la camarera, quien ya llevaba largo rato siendo consciente de que iba a tener que matar a una persona inocente.

—¿Es necesario? —Parecía descompuesta, no quería hacer daño a nadie. Ni siquiera sentía sed, el ansia no la había atacado aún. ¿Qué razón tenía entonces para quitarle la vida a un buen hombre que sólo se preocupaba por sus conciudadanos?

—Así que es verdad... —Apresurado, y con una tosquedad que hizo que la camarera diera un salto, Hammer golpeó una de las paredes del callejón—. Lo que se rumorea es cierto, ¿no? Eres la vampiro que se niega a beber. —Y después se acercó muy lentamente al oído de la joven, susurrándole—: Si no disfrutas de la sangre, estarías mejor muerta.

Camuel lo empujó bruscamente y entonces, con una expresión salvaje que sorprendió a la chica, le amenazó:

—¡No la molestes! Si la reina se entera de que le has tocado, aunque sea un solo pelo, te arrepentirás.

Pero al vampiro no pareció asustarle el aviso. Se limitó a encogerse de hombros y dijo que únicamente se estaba divirtiendo un poco con la nueva.

Sin duda, era un verdadero bastardo. Según le habían contado, Hammer era el vampiro más antiguo de todo el clan; incluso más que la propia reina. Se había pasado toda su existencia vagando por el mundo, protagonizando toda clase de turbios y repugnantes actos. Su pasado como humano tampoco fue mucho mejor. Su infancia la pasó en las calles y una vez que finalmente encontró un techo fijo en el cual resguardarse, resultó ser el de un Ludus; escuela de gladiadores. Aquel vampiro venía de la Antigua Roma y, de hecho, se convirtió en un sanguinario gladiador. Jamás contó cómo acabó siendo un vampiro, pero de lo que siempre se jactaba en recordar era el modo en que mataba a cada uno de sus contrincantes.

Aunque su comparecencia en aquel «ritual» era precisamente para asegurar que todo se realizaba según los deseos de la propia reina. A fin de cuentas, Hammer era su otra mano; si Camuel era quien se encargaba de los tratos sociales, él era quien hacía lo propio con los violentos y necesitados de cierto «tacto». No era un vampiro demasiado listo, pero sí lo suficientemente fuerte e intimidante como para valerse por sí mismo. Tal vez por eso, a pesar de ser aún más viejo que la propia Madison, no dirigía el clan. Prefería quedarse en un segundo plano, no tan importante, pero sí lo suficiente como para considerarse un campeón.

—Allí está —indicó Camuel al ver a un hombre entrado en años caminando por la calle a la que daba el callejón.

La camarera vio cómo este, ajeno a su terrible destino, paseaba con un sombrero de copa bien colocado sobre su calva, un largo abrigo que le llegaba hasta casi las rodillas y un buen fajo de folios en su mano derecha; el cual, por cierto, leía con tanto interés que ni un terremoto le hubiera sacado de tan extraño embrujo.

Hammer pegó un puñetazo a una de sus palmas como señal de estar listo y después salió de su escondite. El otro vampiro lo siguió tras indicarle a la joven que no se preocupara, ellos se encargarían de atraerlo.

—Erika, fíjate bien y aprende —le ordenó pronunciando por primera vez el nombre de la muchacha mientras se alejaba de la oscuridad.

Nada más hacerlo, la joven camarera se pegó a la esquina y desde allí observó toda la situación. Se sentía con ganas de gritar, veía el rostro de aquel caballero que tan sólo estaba intentando hacer lo mejor por su ciudad, y no podía evitar pensar en que era tremendamente injusto.

Vio que una dama se asomó por la ventana del segundo piso del edificio que el comisario tenía en frente y cómo ella, con una amplia sonrisa, le indicó que entrara a cenar; se trataba de su esposa.

—Ahora mismo voy, querida. Me he despistado leyendo... —indicó mostrándole los papeles que aún agarraba con tenacidad.

Su mujer ladeó la cabeza a sabiendas de que su marido no tenía remedio, y entró soltando una leve risita, la cual Erika temía que fuera la última que el policía fuera a oír.

Fue en ese preciso instante cuando el comisario lo escuchó: una pelea se había iniciado a unos cuantos metros de él, y con pasmosa entereza había captado toda su atención.

Cuando ella miró hacia el lugar de donde provenían los ruidos, se percató de que eran Hammer y Camuel los que discutían; se estaban haciendo pasar por un par de borrachos. Peleaban sobre una supuesta partida de cartas.

—¡Sé que lo has hecho, maldito imbécil! ¡Has hecho trampas! —espetó el gladiador demostrando que era todo un embaucador; se le daba bien mentir.

—¿Ah, sí? ¡Demuéstralo! —Camuel tampoco quería quedarse atrás; se tambaleó exageradamente para parecer aún más borracho que el primero.

—Tenías cinco ases. ¡Cinco!

El comisario no tardó en suspirar y acercarse a ellos. No es que fuera su trabajo, ni siquiera estaba de servicio, pero daban voces en frente de su casa y

no iba a permitir que se montara un escándalo después de todo lo que estaba soportando últimamente.

—Buenas noches, caballeros —saludó, aún con los papeles entre los dedos.

—Lárgate, viejo —gritó Camuel golpeando al aire con uno de los brazos, como si espantara moscas invisibles.

—¡Sí! ¡Lárgate, viejo! No nos estropees la fiesta.

El gladiador sonrió y le dio la espalda a sabiendas de que aquel gesto le heriría el orgullo al policía.

—¡Oigan ustedes! —Así fue, acababa de picar el anzuelo—. ¡No saben con quién están hablando!

Instantáneamente, como si el cuerpo de Hammer fuera de chicle y se hubiera doblado sobre sí mismo, el vampiro se dio la vuelta y lo miró a apenas un palmo de su nariz.

—Sí, claro que lo sabemos... Señor Comisario. —Y le pegó tan fuerte con la cabeza que lo dejó inconsciente a la vez que le partía la nariz.

Erika lo vio todo. Tuvo que taparse la boca para no pedir auxilio. Era algo extraño, pues aunque quería salvarle la vida, era precisamente por ella que ese hombre iba a morir.

Los dos vampiros se lo llevaron hasta el callejón, nadie los vio. No hubo gritos, ni miradas extrañadas. A los papeles no les dio tiempo a tocar el suelo, su dueño desapareció en la oscuridad en cuestión de un par de segundos. La profesionalidad con la que Camuel y el gladiador actuaron fue tan impresionante como aterradora.

—Vamos, hazlo. —Hammer se impacientó mientras lo dejaba tirado en el suelo como si fuera un muñeco de trapo.

La joven miró a su otro compañero y este le dedicó una mirada inexpresiva; no podía ayudarla. Ella se agachó y le cogió una muñeca, momento en que notó su pulso acelerado. Percibió aquello como el último rezo de un hombre sentenciado que pedía misericordia sin siquiera saber qué era lo que estaba a punto de pasarle. La sangre le hablaba, el corazón bombeando le suplicaba, y hasta la consciencia de sí misma le insistía en que lo que iba a hacer no estaba bien. Erika supo que si le clavaba los colmillos y le succionaba la vida, jamás volvería a ser la misma. Perdería lo que le quedaba de humanidad, dejaría de poder considerarse con derecho a respirar, y estaba segura de que no olvidaría aquello por más vidas que pasaran.

—Erika... —Camuel se impacientó cuando se percató de que el comisario

William empezaba a despertarse. Los dedos, colgando aún a merced de la mano indecisa de la muchacha, estaban empezando a estirarse como si una sobrecarga intentara ponerlos en sobre aviso.

Pero ella era incapaz. No podía, simplemente no podía.

Hammer, harto e indignado, agarró el cuerpo aún inconsciente del policía y lo colocó de rodillas sobre el suelo. Lo inmovilizó doblándole ambos codos con una mano, y con la otra le rodeó el cuello mientras sacaba sus colmillos con fiereza.

Entonces gritó como si fuera un demonio; su voz se deformó y sonó distorsionada:

—¡Hazlo! O me lo comeré yo.

—¡No! Las órdenes de la reina han sido claras. —El otro vampiro le avisó estirando la mano y pidiéndole que tuviera paciencia—. Erika va a hacerlo. ¿Verdad, Erika?

Los ojos de Camuel esta vez estaban bañados en súplica, le pedían que fuera valiente, que olvidara todo lo que estaba pensando y que actuara por su propio bien.

La camarera tuvo ganas de negarse y acabar de ese modo con su vida, pero no pudo. Tenía demasiado miedo a la muerte, por muy estúpido que realmente sonara. Sacó los colmillos instintivamente y se colocó frente al rostro del hombre, que había empezado a recobrar la consciencia.

—Por favor, perdóneme —le susurró al oído antes de atacar.

Nada más hacerlo, William abrió con fuerza los ojos e intentó zafarse; pero los brazos de Hammer eran de hormigón.

Lentamente, y con todo el cuidado que la vampiresa pudo tener, fue privándole de su vida mientras no dejaba de llorar.

La escena puso eufórico al gladiador, que se encendió viendo aquello que sólo él podía considerar agradable.

Cuando, de repente, la sangre le supo amarga, Erika se detuvo.

Se separó y entonces vio horrorizada la expresión de pavor con la que se había quedado el pobre comisario. Apartó la vista intentando que su cabeza no guardara aquello entre sus recuerdos y se levantó.

Camuel la recibió con los brazos abiertos, y cuando ella se introdujo entre estos para que calmaran su sufrimiento, explotó. Lloró aún más, y con más fuerza, hasta que finalmente no le quedaron lágrimas.

CAPÍTULO 11

Una vida llena de ventajas

Un fuerte escozor despertó a Lucy de su sueño. Se había pasado bastante tiempo en la azotea esperando a que apareciera el Sol para acabar con su sufrimiento.

Nada más abrir los ojos, se dio cuenta. Una excesiva cantidad de vapor salía de ella como si la estuvieran cocinando en una sartén. El instinto le hizo levantarse y saltar hacia la puerta de las escaleras de emergencia, pero, a medio camino, se obligó a parar y enseguida se rindió. Era lo que quería, para esto había escapado. ¿Qué conseguía echándose atrás en el último momento? ¿Vivir más pesadillas? ¿Beber sangre humana hasta que, un día, alguien acabara con ella?

—Eso no es lo que quiero. —Pegó las palmas con rabia contra el suelo de hormigón y cerró los ojos. No iba a moverse de allí.

Apretó los labios con fuerza y se dispuso a soportar el dolor como pudiera. Poco a poco, todo se fue calmando. Notaba cómo el escozor iba desapareciendo y el humo descendiendo. Pronto acabaría, pronto dejaría de sufrir, pronto moriría. ¿Pero qué era lo que estaba sucediendo? ¿Por qué dejaba de sentir dolor y, sin embargo, seguía respirando? No notaba nada preocupante.

—Pero si estoy debajo de... —Alzó la mirada y se percató del Sol. Aún estaba allí, ninguna sombra la estaba protegiendo—. ¿Entonces qué es lo que...? —Empezó a darle vueltas a su cabeza, y aunque buscó una explicación a su alrededor, no la encontró.

Finalmente se levantó y miró sus brazos. Estaban enrojecidos, pero no quemados como antes. Poco a poco se fueron aclarando y, finalmente, volvieron al tono blanquecino que siempre habían tenido. Sin saber cómo, sin esperar un porqué y, sobre todo, sin desear un milagro, se acababa de salvar. Maravillada, a la vez que sorprendida, se acercó al borde de la cornisa y decidió sentarse a pensar. No entendía muy bien cómo, pero había llegado a una fantástica, y a la vez sorprendente, conclusión.

—El Sol no me hace daño... —susurró como si le diera miedo que sólo fuera un buen sueño y pudiera despertar de un momento a otro.

Nada cambió. Lucy ya no tenía nada que temer. Miró directamente al cielo

iluminado, por primera vez en toda su vida, sin ningún atisbo de temor. Después colocó la palma entre el Sol y ella, para atenuar el molesto brillo, y, finalmente, sonrió.

—¿Lucy?! —gritó alguien desde el interior de las escaleras.

Un segundo sonido, que a ella le pareció un forcejeo entre dos personas, la puso en alerta.

—¿J-J-Jake?

El joven se asomó entonces bajo el marco de la puerta que daba a la azotea. Tenía el rostro desencajado y parecía más pálido de lo que era normal en él.

Lucy le miró feliz y le dio la buena noticia con la sonrisa más grande que había mostrado jamás.

El chico no reaccionó. En su lugar, su cuerpo empezó a echar vapor. Aunque no había salido al peligro del exterior, algunos rayos de sol sí entraron en la seguridad de las escaleras. Pronto se hizo evidente que tenía que resguardarse y que apenas veía nada.

Ella se levantó y caminó con paso firme hacia el chico que tanto quería. Con su cuerpo, impidió el avance de los rayos hacia Jake y entonces, aún eufórica por su descubrimiento, lo acarició con una dulzura que ni ella misma sabía que poseía.

—¿Jake! ¡Estoy curada! —Y vio cómo una mano le agarraba de la camiseta y la empujaba a las sombras. Por la voz, se trataba de la directora.

—¿Es peligroso, hijo! —Madison se aseguró de cogerle todavía con más fuerza para impedir que volviera a escaparse.

Pero esta vez algo era distinto. El chico se estaba calmando. La miraba directamente a los ojos con la boca abierta. La expresión era una mezcla entre felicidad y una extraña sensación de haber visto lo imposible.

Su madre arrugó la frente.

—¿Q-Q-Qué...? —Iba a preguntarle qué había visto, pero no hizo falta.

Una ráfaga de viento suave acompañó a Lucy al interior. Esta, ante la visión incrédula de la familia Mars, cerró la puerta que daba a la azotea y se unió a ambos. Les sonrió y extendió la mano, cordialmente.

—¡Hola!

—¡Estás viva! —gritó Madison, con un tono que cualquiera hubiera puntuado como decepcionante, aunque no era el caso.

La recién llegada se limitó a asentir con la cabeza y a cruzar sus brazos por la espalda. Parecía una niña de cinco años feliz tras recibir un regalo.

—¿Cómo lo has...?! —Aún tenía a su hijo agarrado.

—¡Ni idea, señora! Empecé a quemarme, pero al poco tiempo todo pareció volver atrás. Fue como si un milagro me hubiera curado —Lucy posó su mano encima de la zona de la camiseta donde la directora tenía agarrado a Jake y esta, al darse cuenta, la soltó muy lentamente.

—Es... imposible —balbuceó siendo incapaz de asimilarlo.

Jake saltó hacia Lucy y la abrazó con demasiada efusividad. Le gritó cientos de cosas. Algunas le recriminaban haberle asustado; otras, la insultaban por haberle mentido; y el resto, la mayoría, le decían lo mucho que la quería. Mientras, Madison la miraba inquieta.

Estaba viendo lo inimaginable.

* * *

Había muchas cosas de las que un vampiro podía sentirse orgulloso. La violencia con la que mata a sus víctimas más difíciles, la facilidad para cortejar a cualquier ser humano si se lo propone, o el poder «único» que tiene cada uno eran las que solían estar las primeras en la lista. Sin embargo, Leonard era diferente. Disfrutaba más demostrando lo bien que se le daba embaucar a las personas. Era feliz viendo cómo sus planes salían a pedir de boca y, por encima de todo, deseaba poder demostrar lo maquiavélico que podía llegar a ser. Tal vez no estuviera haciendo lo correcto. Si su padre se enteraba, probablemente recibiría una buena reprimenda. A pesar de todo, no tenía miedo. Ver cómo Paris y Troy se relamían pensando en los festines que iban a darse le mantenía más vivo incluso que cuando lo había estado de verdad.

Aún no habían hablado con Madison, pero les daba igual. Estaban tan exaltados que no se les ocurrió una idea mejor que pasearse por la zona de tiendas para buscar a un buen candidato. Sus fans se acercaron como si se trataran de famosos recién bajados de una limusina.

Paris empezó a señalar.

* * *

El restaurante estaba lleno y aunque era fácil pasar desapercibido, a Lean le estaba resultando realmente imposible. Tabitha estaba sentada en la misma mesa que él. Llevaba su vestido rompecorazones con el que había llegado y se estaba limitando a sorber de una larga pajita con la vista clavada en la madera tratada.

—¿No preferirías comer con él? —Lean ladeó la cabeza señalando a Camuel, que estaba pasando desapercibido lejos de ellos; sonreía amablemente a una de las camareras.

—No —contestó concisa e inamovible.

Todo el mundo los estaba mirando. Ya era raro ver a Lean con una recién llegada tan guapa como Lucy, pero el que estuviese ahora con otra, que era irremediamente el doble de explosiva, los estaba volviendo a todos frenéticos. Las chicas cuchicheaban sobre las pintas de «pilingui» que llevaba Tabitha, mientras que los chicos mataban mentalmente a Lean por tan sorprendente compañía.

Suspiró intentando hacer como que no se daba cuenta de que todo el mundo los observaba.

—Pues vale...

Tabitha continuaba sorbiendo, aun tras haber terminado la bebida. Gracias a que el vaso era de plástico con una publicidad estampada en su exterior, era imposible ver su interior y aquello le facilitaba guardar las apariencias. Lo que menos quería era tener que tomar otro refresco con ese sabor tan asqueroso; la sangre sabía mucho mejor.

—Hola, Lean —Iris apareció como caída del cielo. Su radar para cotilleos y nuevas víctimas a las que engañar se acababa de activar.

Él, consciente de la naturaleza de su visitante, decidió ser más desagradable con la chica *punk* de lo que le hubiera gustado en un principio. Se acordó de que Lucy le dijo que Iris iba por ahí hablando mal de ella.

—¿Qué coño quieres? —contestó ardiendo por dentro.

La chica *punk* se quedó con los ojos en blanco, pues no se esperaba la respuesta. Tras dejar pasar un incómodo momento de silencio, esperando a que él le dijera que era una broma, decidió actuar:

—¡Ja, ja! Qué gracioso eres. Casi me lo creo —graznó molesta.

A Lean le dieron ganas de repetir la misma pregunta, pero prefirió no montar una escena. Sabía perfectamente que si seguía pinchándola, ella acabaría montando un número. Lo que menos necesitaba esa cría era más atención. Tan solo quería que le dejaran tranquilo.

Cuando Iris agarró una de las sillas vacías y la acercó a Tabitha, él se llevó una mano a la cara. Aquello no iba a acabar bien, estaba seguro.

—¿Cómo te llamas? —preguntó a la velocidad de la luz, sin presentarse siquiera.

—Tabitha —respondió sorbiendo de la pajita. Estaba empeñada en recibir

un Oscar por su actuación como «humana adolescente».

—Qué bonito... —El largo espacio no pareció adulator—. ¿Y de dónde eres?

—De Estados Unidos.

—¿De qué parte?

Lean se imaginó a Iris vestida de policía y a Tabitha con esposas. Una linterna enfocaba directamente a la detenida y la chica *punk* hacía preguntas sin parar.

—¿Qué más da eso?! ¿No ves que la molestas? —Al final saltó y la interrumpió. Le estaba dando dolor de cabeza otra vez.

—¿Qué exagerado eres! Solo era curiosidad. —Le brillaban los ojos—. ¿A que no te importa que te pregunte?

—Estoy ocupada... con mi refresco —respondió antes de volver a quedarse callada sorbiendo graciosamente.

La intrusa se quedó sin habla. Miró un momento a Lean y después de que él le sonriera intentando no echarse a reír, decidió darse media vuelta, indignada.

—Pues que sepas que tu falda es una mierda —le «comentó» antes de desaparecer.

Lo único que se despidió de la malvada Iris fue el divertido sonido de la pajita.

* * *

Marty estaba muy contento porque había conseguido que Tabitha se quedara en la torre una larga temporada; y sin haber pagado la inscripción, pues había convencido a la directora.

—Seguro que piensa que soy alguien influyente. Incluso he convencido a la directora para que le deje quedarse sin haber pagado. —En realidad era mentira, pero la mente del recepcionista ya le había hecho olvidar que aún no había informado a Madison; y si hacía falta, él mismo pagaría la inscripción de la muchacha para tenerla cerca.

Empezó a cantar una canción popular irlandesa, y con un gracioso movimiento, toqueteó las teclas del ordenador. Buscaba la carpeta encargada de guardar los últimos vídeos de seguridad de las tiendas. Esperaba poder encontrar a su musa entre alguna de las demás residentes, que ya habían dejado de tener interés para él.

—Apartad, escoria. Estoy buscando a mi ángel —sentenció a modo de grito de guerra.

* * *

Nunca nadie se hubiera imaginado que, al volver al piso de la directora, lo harían los tres juntos y felices, aunque, en cierto modo, solo lo estaban los dos jóvenes. Madison, a pesar de encontrarse más aliviada, no podía evitar una sensación de extrañeza inquietante. Era irónico: un vampiro buscándole lógica a algo imposible.

—¿Te has alimentado? —La directora continuó caminando ensimismada mientras esperaba escuchar la respuesta.

—¡Por supuesto que no! —Lucy se puso a la defensiva. Continuaba con la intención de atrasar lo que Jake sabía que era inevitable.

—Deberías hacerlo —aconsejó, convirtiéndolo al terminar en una orden más que en una simple idea.

Jake alargó la mano e indicó que él le traería una de sus botellas. Las dos se quedaron solas mientras él acudía, más feliz que unas pascuas, al frigorífico.

Aunque no había razón para ello, Lucy tenía miedo. Se acababa de acordar de las pesadillas, y estaba intentando que no le afectaran. En el fondo algo le decía que no era la misma Madison que cientos de años atrás atemorizó una ciudad entera, ni la misma que obligaba a sus súbditos a alimentarse y a matar gente.

—No me tengas miedo. —La madre de Jake estaba triste.

Lucy supuso que acababa de leerle el pensamiento. No se acordaba de que la habilidad de la vampiresa era precisamente esa: no había nada que pudiera ocultarle.

—Lo siento... —La directora se agarró una de las muñecas, nerviosa—. No es algo que pueda controlar. No lo hago con mala intención. Simplemente, te escucho pensar.

La chica decidió no responder. Prefirió pensar que lo comprendía y que estaba en deuda con ella. También se dijo mentalmente que Madison era buena persona y que el pasado, era pasado. Finalmente, también indicó a su subconsciente que nunca más les preocuparía, ni haría nada estúpido.

Madison se rio un momento.

—Gracias. Es una bonita forma de disculparse. —Parecía que ahora estaban más cómodas la una con la otra. La idea que la directora tenía preconcebida sobre la joven parecía que se estaba esfumando; ahora la veía más adecuada para Jake, incluso a pesar de su bajo estatus social.

Jake regresó, raudo como el rayo, con la bebida. Un líquido espeso de

color rojizo se removía lenta y pesadamente en un vaso de vidrio. Lucy se había imaginado que beberían en copas de vino talladas a mano o cosas similares. Estaba un poco decepcionada.

—Ten. —Le entregó el vaso y después se la quedó mirando, fascinado.

Aún no se hacía a la idea de la maravillosa habilidad que tenía Lucy. Tal vez era el único que se había percatado.

—¿Tengo que beber? —Lucy observó la sangre, muy descontenta.

Madison le explicó que podía dejar el vaso en la mesa si era lo que quería, pero le preocupaba que atrasarlo más pudiera ser contraproducente.

—Has aguantado extraordinariamente bien el ansia, de hecho, demasiado... —El gran problema con el que debían lidiar, era que Lucy parecía una vampiro un tanto especial. No podían adivinar cuándo atacaría el ansia de sangre, ni tampoco de qué manera. Lo normal era que, poco a poco, los vampiros fueran sintiendo ganas de beber a toda costa. Pero en algunos casos excepcionales, ni siquiera lo habían notado hasta que era demasiado tarde—. La decisión es tuya, querida. —Sin duda, era diferente a la mujer de sus pesadillas.

La muchacha decidió seguir el consejo y se lo metió en la boca de golpe. Lo mantuvo un momento, hasta que fue capaz de tragar, y finalmente, una vez se hubo deslizado por la garganta, notó algo sorprendente:

—¡Vaya! Está bueno.

Jake la felicitó como si hubiera aprendido a montar en bici. Madison se limitó a sonreírle con aprobación.

—Y ahora, me gustaría tratar un tema muy importante contigo, Lucy.

Los tres se sentaron en el salón, en unos sillones muy espaciosos y cómodos.

—¿Qué es lo que pasa, madre? —Jake se estaba volviendo a preocupar. Sabía perfectamente que cuando su madre no estaba conforme con algo, no podían esperarse buenas noticias. Pero si, además, era algo que debían «hablar», es que eran noticias malas, muy malas.

—¿Qué sabes de los vampiros?

La pregunta le pareció a Lucy estúpida, así que le contestó sin más:

—Lo que ya me habéis explicado: bebéis sangre, el Sol es lo único que puede mataros y tenéis pesadillas todas las noches sobre la vida de quien os ha convertido; hasta que, con el paso de cientos de años, lo controláis y dejáis de soñar.

—Primero: no bebéis, bebemos; incluida tú. Y segundo: sí, y a la vez, no.

Lucy estaba confundida.

—¿Qué quieres decir?

—Es un poco complicado, pero voy a intentar simplificarlo para que entiendas lo esencial. —Aquello parecía una clase intensiva sobre la historia vampírica. Cuando Lucy pensó en ello y se imaginó a la directora impartiendo una lección, esta la miró descontenta y arqueó una ceja—. Lo más importante de un vampiro es su poder especial. Normalmente nos referimos a él como *habilidad única*. Es un poco estúpido, pero tampoco hay un modo más resumible de referirse a él. —Interrumpió su propio monólogo para pedirle a Jake un vaso de sangre; ver a Lucy beber le había provocado sed. Después, continuó—: Yo leo la mente, como ya sabes. Otros ven a cientos de kilómetros, u oyen cosas imperceptibles, o tienen más fuerza que el resto de vampiros, o vuelan, o... Bueno, te haces una idea. Yendo a lo importante de la cuestión...

Jake le entregó el vaso y bebió ansiosa. No siguió hablando hasta que lo vació por completo:

—Sí... Los vampiros somos inmortales. Podemos vivir eternamente sin miedo a la muerte. En teoría, se podría decir que estamos muertos, ya que dejamos de ser humanos. Pero es tan solo una forma de ver las cosas. Nos regeneramos de cualquier herida y no envejecemos nunca. ¡Pero...! —Hizo una leve pausa para hacer que Lucy la mirase fijamente—. Nos pueden matar de una manera.

—¿De cuál?

—El Sol —respondió Jake por su madre—. El Sol nos mata a todos. Nos daña de tal manera que nos hace imposible regenerarnos a tiempo si no huimos de él. Vamos, que nos hace puré demasiado rápido.

—Pero yo... —Lucy iba a decirlo, pero Madison se le adelantó.

—Pero tú eres inmune a la luz. Por lo tanto...

—Eres realmente inmortal. —El hijo de Madison estaba orgulloso de ser el primero en decirlo.

Aunque la noticia era maravillosa, lo cierto era que la directora se aseguró de quitarle toda la emoción. Puso en alerta a ambos advirtiéndoles algo de lo que ninguno de ellos se había percatado hasta entonces:

—Con tu habilidad única, eres indestructible. Puedes someter países enteros sin ayuda de nadie, puedes vencer a cualquier clan vampiro y puedes sobrevivir al paso de la eternidad. —Lamentó la última frase—. Y por esa razón... eres una amenaza para todos nosotros.

CAPÍTULO 12

Los Sin Nombre

La puerta se abrió con prisas, Lucy estaba impaciente por ver su nuevo cuarto. Nada más entrar, con Jake justo detrás, se llevó las manos a la boca. Era impresionante. No solo las condiciones eran mejores, sino que tenía su propio ordenador, un televisor de alta definición clavado en la pared y unos muebles que dejaban en evidencia a los de su antiguo piso.

—¡A esto se le llama una habitación! —Saltó emocionada y después se abrazó a Jake—. ¡Gracias, gracias! —Con un poco de suerte podría contactar con sus padres por Internet.

—¡Ni que lo hubiera comprado yo! —Echó una carcajada y se la quedó mirando. Por un momento, sus ojos se cruzaron y estuvieron tentados de besarse. Pero tendría que esperar.

—Deberías comprobar que está toda tu ropa. Si te falta algo, dímelo para que vaya a traértelo —se apresuró a decir él para no caer en sus redes.

Por regla general, los vampiros se volvían más esbeltos cuando se convertían. Las arrugas se tornaban más finas, o incluso desaparecían, los ojos cogían un tono de color más fuerte y con cierto brillo cristalino y el pelo acababa más suave. Sin embargo, en Lucy no había notado ninguno de esos efectos. Sin duda era porque no había nada que arreglar. La muchacha que tenía ante él era lo más bonito que había visto nunca. La belleza que portaba, y que envolvía en la locura a cualquier hombre que la contemplase, no necesitaba ningún tipo de mejora.

—Eres preciosa —comentó para sí mismo en voz alta dejando a Lucy colorada. Después, al darse cuenta de lo que había dicho, tosió falsamente y le metió prisa—. Venga, venga. No tengo todo el día, mira a ver si te falta algo.

—¿Tienes prisa por marcharte? —Lucy empezó a jugar. Había doblado ligeramente el cuello y su melena se deslizaba de un lado a otro, divertida. Uno de los pies estaba más adelantado que el otro y los brazos los había dejado escondidos tras su espalda—. Si quieres, quédate un poco más...

Jake tragó saliva, aun sin tener, y, pálido, declinó la propuesta.

—No es que no quiera, pero... —pensó en qué diría su madre—. Además, tenemos que intentar no llamar la atención demasiado. Si alguien se entera...

—En el nivel uno, solo vivimos nosotros dos, Jake. —Ella empezó a

caminar hacia el joven, que daba un paso hacia atrás por cada otro que daba Lucy.

—Aun así.... —No encontraba excusa alguna, por lo que decidió ser sincero—: Me encantaría quedarme contigo, pero no puedo.

Lucy se clavó en el suelo y abrió la boca como si le hubieran pasado un cubito de hielo por la espalda.

—¿QUÉ?!

—¿Es que no te das cuenta de la situación en la que estamos? Se supone que eres el vampiro más poderoso que ha existido nunca. ¡Eres inmortal! — Jake parecía realmente afectado.

—¿Qué tiene que ver eso para que nos liemos? —La terquedad y la cara dura de Lucy habían vuelto a aflorar. Se notaba que se encontraba mucho mejor.

Jake se llevó una mano a la cara e intentó explicárselo. Le dijo que, si algún otro vampiro se enteraba de su habilidad única, podría contárselo a los clanes vampiros y estos, por miedo o por codicia, intentarían una de dos cosas:

—O te secuestrarían y te obligarían a trabajar para ellos... —la otra opción le costó más decirla—, o te enterrarían donde nadie te encontrara para que no pudieran usarte contra ellos.

Pero Lucy seguía sin verle el sentido.

—¿Es que vas a repetir todo lo que diga tu madre? Eso no tiene nada que ver con nosotros. —Sacó los morros y se cruzó de brazos—. Si no quieres quedarte, dilo y ya está. No pongas excusas que ahora no vienen a cuento.

Finalmente, Jake accedió, al menos en parte. La sorprendió con un efusivo y fogoso beso que la descolocó por completo y casi le hizo deshacerse como la mantequilla. Cuando ella iba a devolverle el ataque, se encontró con que Jake se alejaba.

—Tal vez cuando todo se calme, ¿ok? —El chico ya estaba junto a la puerta.

Lucy no encontró fuerzas para enfadarse; la había dejado fuera de combate.

—Vale...

Jake cerró y, en cuanto estuvo solo, se llevó las manos a la boca. Le ardían los labios a rabiar y sus ojos se estaban volviendo rojizos. Notaba una horripilante fuerza en el pecho que lo estaba volviendo loco. No era la primera vez que le pasaba. Necesitaba sangre, y si no fuera porque había conseguido controlarse, hubiera despedazado a Lucy allí mismo por culpa de

sus ansias.

—Tengo que beber cuanto antes —se aconsejó antes de correr, torpe, hacia su habitación.

* * *

Madison no estaba contenta, ni mucho menos. Sus planes se habían complicado demasiado. No solo tenía que asegurarse de encontrar una buena explicación para la vuelta de Lucy a la vida diaria dentro de la torre, sino que además ahora tenía que lidiar con Leonard. El críptico mensaje que le dejó a su secretaria pidiendo que lo llamara cuanto antes le resultaba inquietante. ¿Y si sabía algo?

Al final se apoyó sobre su mesa de trabajo y sintió una punzada en la cabeza; su vida se estaba poniendo patas arriba. Volvió a suspirar recordando su maravilloso pasado como reina y se preguntó si podría recuperar su poder algún día. Aunque, a causa de lo que ocurrió, ya no se alimentaba de nadie directamente, no podía evitar sentir añoranza de aquellos años. A veces quería dar marcha atrás, volver a ser fuerte, temida y deseada. Creía que Lucy tenía la clave que convertía ese sueño en realidad. Si descubría quién, o qué, era Arnauld, tal vez podría saber cómo recuperar el clan de Los Sin Nombre que tanto echaba de menos. Una fuerza que sentía dentro de sí, como una especie de fuerte sentimiento, le decía que debía olvidar todo su odio y centrarse en cuidar a su hijo; pero su forma de ser, su propio instinto, le repetía una y otra vez que ella fue una de las más poderosas reinas vampiro de la historia, y que debía vengarse de quien le hizo aquello.

¿Podría empezar de nuevo? ¿Tal vez todo dependía ahora de lo que fuera que tuviera que decirle Leonard?

—¿Tenía que ser él? —lamentó.

Era el hijo del clan Garamond, precisamente el que gobernaba la zona de Irlanda donde estaban asentados. Precisamente a quienes les debía la protección que tenían, precisamente a quienes entregaban mensualmente sangre de las donaciones de los residentes y, precisamente, a quienes había prometido que jamás convertiría a nadie sin su permiso.

—¿Es que no puede salir nada bien? —Estaba segura de que Leonard correría a hablar con su padre en cuanto tuviera la oportunidad, si es que no lo había hecho ya. En cualquiera de los casos, la suerte estaba echada. Cogió el teléfono y marcó el número de la habitación de Leonard para hablar con él.

¿Estaría preparada para la proposición que iba a hacerle?

* * *

Lean se descubrió a sí mismo escribiendo garabatos en su cuaderno de texto. Soltó una silenciosa maldición, intentando que no le pillara la profesora Vals, y, después, volvió al hilo de la clase: estaban discutiendo sobre la revolución industrial, nada nuevo que no conociera ya perfectamente.

Un golpeteo sonó junto a la entrada; alguien estaba llamando.

—Pase... —permitió la profesora con un tono desagradable.

En cuanto comprobó de quién se trataba, animó la voz y le indicó que entrara.

—¡Por favor, pase! —Después se dirigió rápidamente a sus alumnos y los puso en situación—. Den la bienvenida a una nueva compañera. Parece que estamos de suerte este trimestre, no dejamos de recibir gente. —Se irguió orgullosa, pensando que su clase era la más solicitada por sus métodos de enseñanza y, finalmente, canturreó el nombre de la muchacha—. Digan «hola» a la señorita Tabitha Odys.

En cuanto Lean se dio cuenta, dejó caer el bolígrafo al suelo, estupefacto, y se llevó las manos a la cabeza. «¡Por Dios, no! ¡Más problemas no!», suplicó consciente de los cuchicheos que ocasionaría otro rumor más.

—Siéntate junto a Matt, el chico de la segunda fila —señaló la señora Vals.

Antes siquiera de que Matt empezara a sonreír ante semejante bellezón, Tabitha ya estaba replicando:

—Prefiero sentarme junto a Lean. —Y, tan inexpresiva como siempre, se dirigió hacia allí.

—No hay asientos libres, profesora. Que se siente en otro sitio. —Lean intentaba por todos los medios salir del atolladero, pues no quería más complicaciones.

La profesora alzó la vista por encima de las gafas y le indicó a Tabitha que era cierto.

—Por favor, siéntese junto a Matt.

—Allí hay una mesa libre. —El dedo índice de la chica se disparó en dirección a la mesa de Lucy, vacía desde el incidente.

—Es de Lucy. —Lean se apresuró a hacerle olvidar la idea.

Para Tabitha no supuso ningún tipo de impedimento. Se sentó y, mientras se acomodaba, dijo:

—Pero no está.

* * *

Ya se había instalado en su nuevo cuarto cuando alguien llamó a la puerta. A Lucy le costó horrores levantarse, el colchón era tan bueno que notaba como si le chupara la vida. Durante una milésima de segundo se imaginó a un colchón con dientes de vampiro, algo que le resultó extremadamente gracioso.

Se movió errática y, balanceándose como si estuviera borracha, avanzó hasta la entrada. Tras bostezar y rascarse los ojos, abrió.

—Buenas noches, querida —Madison estaba allí. Lucy se sobresaltó, no la esperaba—. ¡Directora!

—Oh, por favor. Llámame Madison. —La madre de Jake entró sin esperar a que Lucy la invitara. En cierto modo, podría decirse que la invitada era precisamente la joven. A fin de cuentas, la torre era toda de la directora—. ¿Cómo estás?

—Puesssssss... b-bien. —Y cerró muy lentamente la puerta.

Madison sonrió aguantando una carcajada.

—Entiendo que estés desconcertada. No te voy a mentir, quería hablar contigo.

La muchacha estaba segura de que acababa de leerle la mente. Seguro que se rio al escuchar cómo Lucy pensaba: «¿A qué demonios ha venido?».

Madison volvió a adelantarse a su respuesta y se sentó en la primera silla que encontró.

—Me gustaría charlar sobre tus sueños. —Iba a iniciar su interrogatorio. No podía esperar más, quería saber si había soñado algo.

—¿M-Mis sueños? ¿Sobre usted?

—Sí.

Lucy se acercó a su cama. Estaba lo suficientemente lejos como para no sentirse atosigada y, a la vez, cerca como para no parecer descortés.

—B-B-Bueno..., es que... —balbuceó un momento—. N-N-No sabría por dónde empezar.

—¿Qué es lo primero que soñaste? —Madison se impacientó, quería saberlo cuanto antes. Tal vez hubiera sido más fácil leerle la mente. Sin embargo, solo podía saber lo que estaba pensando en ese momento. No le bastaba con conocer lo que opinaba sobre sus pesadillas, necesitaba que le explicara todo.

—Soñé con una camarera a la que usted convirtió en vampiro. — Incómoda, apartó la vista de la directora y la dirigió al suelo.

—¿Cómo se llamaba? —Le hubiera sido imposible saber, con tan poca

información, de quién estaba hablando; había vivido demasiado.

—No sé si es su verdadero nombre o uno que usted le puso..., pero otro vampiro la llamó Erika en uno de mis sueños. —Empezó a temblar. Estaba visualizando los horrores que había vivido la muchacha por culpa de la persona que tenía enfrente. Era una sensación extraña.

—Um... Erika. No la recuerdo... —la directora estaba frustrada—. ¿Y cómo se llamaba el otro vampiro?

—Camuel, señora.

—¡Camuel! A él sí lo recuerdo. —Se alegró como si hubiera acertado una pregunta de algún concurso de la tele. Parecía que iba por el buen camino. Supuestamente, había convertido a una camarera en vampiro durante la época de la que no recordaba nada—. Verás, Lucy, te pregunto todo esto porque necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? ¿Qué clase de ayuda?

—Hace mucho tiempo, como bien sabes, yo era la reina de un clan vampírico. Sin embargo, mis recuerdos están «dañados». He olvidado lo que sucedió entre 1830 y 1832. Lo único que tengo claro es que me desperté sola, con mi hijo, en nuestra guarida. Todos habían desaparecido. —Parecía triste, como si la hubieran traicionado—. No sé si escaparon de mí o si alguien se los llevó. Lo que sí sé es que algo terrible debió de pasar. Llevo desde entonces intentando recuperar el tiempo olvidado y parece que tú eres la clave.

Lucy estaba muy sorprendida. No pudo evitar emocionarse al pensar que era alguien tan vital.

—Eres realmente increíble, querida. No solo tienes un poder maravilloso, sino que, además, tienes en tu cabeza los recuerdos que tanto tiempo he soñado con recuperar. Me gustaría pedirte un favor. ¿Me contarías todo lo que sueñas cuando lo considerases importante? —Y añadió, para dar un poco de lástima—: Me harías muy feliz.

La nueva vampiresa aceptó emocionada. Evidentemente iba a ayudarla en todo lo que pudiera, ya fuera por ser la madre de Jake, por tenerle cierto miedo o porque la necesitaba. De cualquier modo, Madison sonrió, pero no por agradecimiento, sino porque por fin parecía que iba a saber la verdad. Quien sabe lo que haría con lo que descubriera.

* * *

—Matt. Levántese y responda, por favor. —La profesora Vals lo invocó

sin apartar la vista de su libro de texto.

Unas cuantas carcajadas rodearon al muchacho; odiaba más que nada ser el centro de las miradas cuando había alguna cuestión que resolver.

—*Cagoendíós...* Siempre tengo que ser yo —dijo a regañadientes mientras se levantaba.

—Deje de quejarse y conteste —ordenó a la vez que le repetía la pregunta del temario que acababa de explicar.

Tabitha se había perdido en un mundo aparte. Observaba la nada, como si alguien le hubiera sorbido el cerebro. Por su parte, Lean empezó a hacer garabatos, de nuevo, en su cuaderno. Las clases de la profesora Vals eran emocionantes, como siempre.

La puerta chirrió.

—Disculpe, profesora. —Jake apareció sin entrar del todo. Se había asomado para hablar con ella y le preguntó si podía interrumpir la clase un momento.

Matt canturreó:

—Interrumpe, interrumpes. No estamos haciendo nada importante. —Y empezó a reír acompañado por su grupo de amigos descerebrados.

La señora Vals accedió, ligeramente perpleja, y Jake entró con aires de pregonero. Esto provocó que Lean empezara a sentirse furioso. Recordó el puñetazo que le había dado anteriormente y deseó repetir la experiencia. Tabitha también reaccionó ante la intromisión del hijo de la directora, pero de manera bien diferente. Se había agarrado asustada, y con fuerza, a los bordes de su mesa. Nadie lo notó, pero los dedos de la muchacha empezaron a hundirse en la madera mientras empezaban a temblar. Tenía pánico.

—Sólo quería decirles que mañana va a volver a clase Lucy. —Antes de que continuara, todo el mundo empezó a cuchichear sorprendido. «¡Imposible!»; «¿Tan pronto?»; «Pensaba que la iba a palmar»—. Dadle una agradable bienvenida, ¿vale? —Después se despidió de la profesora y se marchó mientras Lean lo miraba desafiante.

Al menos era una buena noticia, parecía que finalmente podría hablar con Lucy. Pero seguía intranquilo. Se preguntó si estaría bien y, después, miró a su nueva compañera. Ella también lo estaba observando.

Ninguno de los dos dijo nada, pero estaban pensando en lo mismo.

* * *

Un hombre de aspecto cansado y de constitución muy delgada esperaba

junto al andén de la estación ferroviaria de Londres. El sol le iluminaba directamente, como si aquello fuera una obra de teatro y los focos estuvieran señalándolo directamente indicando que era alguien importante. Llevaba un sombrero de estilo *cowboy* y una maleta que agarraba con fuerza. Las ojeras parecían cicatrices que, con el tiempo, se habían quedado como una seña de identidad especial.

—Cinco minutos —se dijo tras mirar su plateado y caro reloj de muñeca.

El tren que esperaba no debería tardar en llegar. Deseaba poder subirse cuanto antes y dormir un par de horas al menos.

—Es raro, ¿verdad? —Un hombre se le había acercado, animoso. Era tan delgado como él, pero con apenas metro sesenta de estatura.

Él no dejó de mirar las vías en ningún momento. En su lugar, asintió con la cabeza y continuó clavado en el sitio como si siguiera solo.

—Normalmente no deja de llover o, como poco, el cielo está lleno de nubes. —Aquel misterioso hombre se colocó a su lado e imitó su indiferencia.

Ambos empezaron a hablar sin mirarse en ningún momento. Era como si en las vías hubiera algo mucho más interesante que nadie más podía ver.

—Hay que dar gracias por este sol —respondió el *cowboy* con voz pesada y agotada.

El otro lo miró conforme y, entonces, cambió de tema:

—Señor Alen Marstthon, necesitamos de sus servicios una vez más. —Y alargó su mano para entregarle un trozo de papel.

Marstthon se lo guardó en un bolsillo y no dijo nada. El hombre misterioso se alejó, como si nunca hubieran hablado, desapareciendo entre la multitud.

Un chirrido incesante, y acompañado de las campanas que indicaban la próxima llegada del tren a la vía, hizo que el gentío de la estación se pusiera en marcha. La gente se agolpó al borde de las vías y las cabezas comenzaron a mirar a un lado esperando ver la locomotora.

Cuando todos los vagones se detuvieron y las puertas suspiraron al abrirse, todo el mundo subió.

Marstthon esperó a que no quedara nadie y, después, seguro de que todo estaba correcto, entró. Cruzó varios vagones en busca de uno en el que no hubiera demasiada gente. Como era de esperar, el más cercano a la cabina del conductor fue en el que se quedó.

Se sentó junto a la ventana y apoyó el maletín sobre sus rodillas. Las cerraduras saltaron con la presión de sus dedos y del interior sacó una diminuta *tablet*. Después buscó un papel en su chaqueta mientras esperaba a

que el aparato iniciara el sistema operativo y cuando lo encontró, anotó con el teclado digital de este la numeración que había escrita. Algo cargó y, automáticamente, un archivo se abrió en su disco duro.

—Interesante —susurró en cuanto empezó a leer.

Una ventanita con un montón de fotos y unos cuantos informes le pusieron en situación. En líneas generales, su misión era bastante simple: debía buscar la amenaza y eliminarla en caso de confirmación.

«Cadáveres despedazados cerca de un pueblo de Irlanda.» Eso le escamó. No era propio de «ellos» tomarse en serio los sucesos sin esclarecer.

—Deben de estar muy seguros de que la información es fiable.

En cuanto terminó, apagó la *tablet* y, tras guardarla de nuevo en el maletín, se levantó. Llegó hasta un servicio y nada más entrar tiró el papel por el váter. Al momento siguiente, volvió a abrir el maletín para sacar unas cuantas piezas de metal. Las fue armando con tranquilidad frente al espejo hasta que formaron una modernísima pistola, que después guardó en su chaqueta.

—La Torre Madison, ¿eh? —El cazador de vampiros ya estaba listo—. Parece un lugar interesante.

El monstruo

SUEÑO

El tintineo de la lluvia ponía nerviosa a Erika. Apoyada en la pared, dejaba pasar el tiempo. Con la vista perdida, intentaba alejar los recuerdos que la invadían sin cesar. Sabía que jamás podría volver al bar, sabía que ya nunca disfrutaría de un nuevo amanecer y, por encima de todo, sabía que nunca vería de nuevo al chico que tanto amaba.

Se agarró del pelo y le dieron ganas de arrancárselo para quitarse los pensamientos de encima. Le resultó imposible, era como si alguien estuviera repitiendo el estribillo de una canción en su cabeza que tarareaba constantemente «recuerda, recuerda, recuerda». Y aunque intentó lo contrario, eso hizo. Recordó la primera vez que le vio, cómo se sentó junto a la barra y cómo pidió una copa entre dientes. También se acordó de cómo, desde aquel día, volvía cada noche para verla. Pensó en los momentos agradables que le hacía pasar, de cómo las horas se esfumaban cuando él la miraba y cómo soñaba cada noche con que al día siguiente se atrevería a declararse. Nunca lo hacía, pero a ella le bastaba con ver que él seguía visitándola. Hasta que, finalmente, él se le declaró pidiéndole su mano.

—Pero aquella noche no apareció —se respondió a sí misma como si intentara luchar contra su subconsciente.

Era cierto. La noche en que la reina de Los Sin Nombre la convirtió, su amor no fue a visitarla. ¿Sería el destino? O tal vez era simplemente que llegaba tarde. A lo mejor se había cansado de ella. No, no podía ser.

Unos pasos arrastrados la sacaron de sus solitarias penas. Una muchacha, un par de años menor que ella, apareció a su lado. Sin mediar palabra se sentó y le acarició la cabeza intentando animarla. Se trataba de su amiga Tabitha. Desde el primer día había estado apoyándola y acompañándola a todas partes. Siempre que algún otro vampiro se metía con ella o intentaba aprovecharse, allí estaba para protegerla. Eran uña y carne.

—Estoy bien, no te preocupes —informó Erika a causa del gesto de su compañera.

Tabitha no contestó. Normalmente no lo hacía, solía quedarse muda. Era ese tipo de relación en el que una no dejaba de hablar y la otra no paraba de asentir con la cabeza. A cualquiera podría parecerle que tan solo le estaba dando la razón como a los tontos, mientras pensaba en sus cosas, pero no era

así. Tabitha era una persona callada, simplemente.

—¿Qué te ha dicho Camuel? —preguntó Erika al acordarse de que la había llamado. Era raro que se dirigiera a ellas. Normalmente Camuel mandaba a un subordinado para hablar con los vampiros «menores», como se las había denominado; a no ser que fuera algún asunto oficial.

Su amiga encogió los hombros.

—Nada importante, Eloise. —Sus labios se sellaron tan rápido como el viento que soplaba entre las rendijas de la pared.

—Algo te habrá dicho. Y haz el favor de no llamarme así, ese no es mi nombre... —Lo último lo dijo con cierto desdén, como si fuera consciente de que tarde o temprano tendría que abandonar lo único que aún la ataba a su humanidad, Erika, el nombre que le dio su madre al nacer, y adoptar la identidad que la reina le había dado.

La chica sonrió; le divertía su forma de ser. A pesar de que odiaba a la gente que hablaba por los codos y causaba problemas, Tabitha sentía una especial simpatía por Erika. Ella hablaba mucho, pero lo hacía para expresar lo que pensaba. No se andaba por las ramas, no decía cosas con intención de hacer sentir mejor a nadie y tampoco solía mentir. Era una persona sincera. Demasiado para los tiempos que corrían.

—Nos ha asignado a Rose.

—¿Rose?! —Pegó un respingo.

Erika estaba muy disgustada. Y no solo era porque tenían que andar con un supervisor, mientras las obligaban a cazar siguiendo las reglas del clan. El verdadero problema era que Rose estaba loca.

Tabitha la miró con ligera desaprobación cuando escuchó el insulto y le aconsejó que tuviera más cuidado con lo que decía.

—Las paredes oyen. Y cuando algo no les gusta, te aplastan.

Las manos de Erika se juntaron e hizo un gesto de disculpa. Después, se levantó y se limpió la ropa.

—Parece que esta noche va a llover. —Alzó la vista para escuchar mejor cómo las gotas se desintegraban al chocarse con el empedrado de la calle. Ambas, justo debajo de esta, no podían más que imaginar lo que ocurría fuera. Su oído era más fino, más potente, más perfecto, pero de poco le servía si tenía que vivir encerrada. La cripta que se escondía junto al puente del río que cruzaba la ciudad era su hogar y su cárcel al mismo tiempo.

Erika recordaba cómo, antes de convertirse en vampiro, se paraba a ver el río desde el puente y cómo soñaba con que algún día viviría cerca de él.

¿Quién iba a decir que su deseo iba a cumplirse tan rápido?

Un canturreo se fue acercando por el fondo en forma de una extraña nana que, alegre, revoloteaba por el ambiente. Sonaba dulce y bella, pero transmitía una inseguridad inclasificable. Erika sabía a qué se debía. La voz de un niño la estaba tateando mientras paseaba por los pasillos.

Ambas se estremecieron horrorizadas al percatarse de quién se trataba; al momento siguiente, ese alguien cruzó la esquina y se encontró de frente con las dos.

—¡Hola, Tabitha! ¡Hola, Eloise! —Un niño de apenas siete años las saludó apretando los ojos con fuerza. Se le arrugó la cara de felicidad y levantó la mano. Su pelo negro brillaba tanto que parecía antinatural, su piel blanquecina delataba su naturaleza vampírica y sus ojos azules como el mar denotaban una belleza envidiable. Sin duda, a cualquiera le hubiera parecido un niño la mar de encantador.

—H-H-Hola. —Erika tembló y apartó la vista en cuanto vio que el niño continuaba su paseo.

Tabitha, en cambio, se había quedado petrificada, extremadamente congelada.

Por un momento, su amiga pensó que le había dado un ataque al corazón, aunque luego recordó que era algo imposible.

—¿Estás bien?! —La zarandeo.

—Sí.

El chico era todo fachada. Quería que la gente pensara que se trataba de un ángel. En realidad se trataba de un monstruo; el peor, de hecho. Los vampiros se sorprendían al descubrir la naturaleza psicópata y macabra del muchacho. Muchos le tenían miedo, y los que aún no se lo tenían era porque no lo conocían. Sin duda alguna, su madre, Madison, debía de estar orgullosa.

—Siempre que aparece noto como si fuera a matarme en cualquier momento. —Erika dejó escapar otro de sus comentarios. Era bastante peligroso, estaba hablando mal del hijo de la reina.

Pero su compañera no reaccionó. Esta vez no estaba de humor para replicarle. Lo único que podía hacer era calmarse y respirar hondo.

—¿Seguro que estás bien?

Tabitha la miró muy fijamente y, con la cara entristecida, le respondió:

—Hay cosas peores que la muerte. —Una verdad que, si bien Erika conocía ahora, aún no comprendía.

La recién llegada pensaba que le hablaba de su condición de vampiro. Lo

que desconocía, y que no descubriría hasta mucho después, era que el hijo de Madison se divertía atormentando a los vampiros menores. Hasta que la reina le adjudicó una niñera, que era más bien un guardaespaldas, el niño se pasaba los días encerrado en su cuarto. Allí llevaba a quien se le antojara, normalmente mujer, y «experimentaba» métodos de tortura con su cuerpo. Nadie podía explicar de dónde le venía aquella curiosidad por el dolor. Lo único que estaba claro era que tener a un ser vivo que se regeneraba y que jamás podía morir, era el mejor regalo para alguien que solo era feliz haciendo daño.

De pronto, Rose pasó corriendo y siguiendo el camino del pequeño; lo estaba buscando. Erika la vio cruzando, con una sonrisa tatuada en la cara. Sus ojos estaban sin vida, pero, sin embargo, su cara parecía feliz. Era una expresión inquietante.

—Pobre Rose —comentó Tabitha al darse cuenta de por qué era un vampiro tan especial.

Erika consideraba a esa chica una vampiro extraña. Ida, a decir verdad. Sin embargo, todo tenía explicación: no lo sabía, pero Rose se encargaba de cuidar al niño y, por lo tanto, era el juguete de sus macabras ideas.

—¿Por qué dices eso?

—No, por nada. —Después se levantó y dejó sola a Erika. No quería que la viera llorar recordando cómo el chico había estado martirizándola hasta cansarse de ella tras sustituirla por la niñera.

Para Erika, Rose se trataba de una loca; pero para Tabitha, era su salvadora.

CAPÍTULO 13

Dudas

Lucy estaba especialmente preocupada aquella mañana. Aunque el despertar en ese cuarto le había sentado bien, las cosas parecían no terminar de empeorar. Cuando ya se había acostumbrado a su nueva forma de vida, descubría algo que la inquietaba más. Los sueños estaban siempre relacionados, de alguna manera, con Madison. Sin embargo, los solía vivir desde el punto de vista de Erika. La sensación era extraña; como si ocupara el cuerpo de la joven: sentía sus pensamientos, veía lo que miraban sus ojos, escuchaba lo que oían sus oídos e incluso sentía lo que tocaban sus manos.

Aquello le planteaba una duda tremendamente inquietante: si solo iba a revivir la vida de Madison, su mentora, o la vida de las personas a las que se comió, ¿qué pintaba Erika en todo aquello?

En un principio parecía que se había alimentado de ella, pero, al final, resultó que la había convertido en vampiro. Lucy llegó a una conclusión:

—En algún momento de su vida, Madison la matará. —Eso, o había algo que no acababa de entender bien. Le dieron ganas de llamar a la directora y preguntarle sobre los sueños de nuevo. Sin embargo, no tenía tiempo. Ese mismo día iba a volver a clase y tenía demasiadas cosas de las que preocuparse.

—¡Hola, chicos! —Empezó a ensayar la excusa que había preparado para cuando le preguntaran—. ¡No ha sido para tanto! Ya sabéis cómo son los rumores, solo ha sido un susto. Ya estoy mucho mejor. ¿Las quemaduras? He tenido suerte, no me han dejado ninguna marca. Qué maravillosa es la cirugía estética hoy en día... —Agachó la cabeza, descorazonada, al escucharse hablar—. Vaya puta mierda de excusa... —Y luego se dirigió al baño—. Esto no se lo va a creer nadie. —Se miró en el espejo y deseó asfixiarse a sí misma—. ¡Esto es culpa tuya! —dijo señalando al reflejo.

* * *

—¿Algo más? —preguntó Tabitha a través del inalámbrico de su cuarto. Estaba tumbada en la cama, con las piernas dobladas.

Camuel le estaba hablando al otro lado del teléfono. Se había alojado en el hostel del pueblo más cercano a la torre, aunque lo de «cercano» le quedaba

grande, pues había tenido que recorrer más de diez kilómetros para llegar hasta él.

—No creo que pueda aguantar mucho tiempo aquí. Como se me ocurra salir del cuarto me convierto en una antorcha humana, esto está lleno de ventanas. La gente va a empezar a preguntarse por qué me encierro durante el día en la habitación —replicó el vampiro.

—Necesita más tiempo.

—¿Y cuánto es ese «más»?

—Lo que haga falta. Ya sabes cómo es... Primero querrá asegurarse.

—Arnauld hizo mal en no avisarnos. ¿Es que no confía en nosotros? —respondió molesto Camuel. Se estaba rascando como si tuviera alergia a algún tipo de insecto.

—Sé cómo es, sólo quería protegernos. Está haciendo lo que tiene que hacer.

—Espero que tengas razón. —Y colgó el teléfono.

La chica miró el inalámbrico y dejó que cayera sobre la colcha. Clavó los ojos en el techo y deseó que todo saliera bien; deseaba poder enterrar aquel asunto para siempre.

* * *

El antiguo compañero de piso de Lucy estaba que se subía por las paredes. Se había quedado junto al ascensor que daba a la planta de la universidad. Cada vez que las puertas se abrían, él notaba cómo la electricidad recorría su cuerpo y se quedaba con los ojos abiertos como platos. Al final, siempre resultaba ser otra persona y se sentía estafado.

—¿Cuánto más va a tardar? —maldijo la habitual impuntualidad de Lucy.

Los compañeros de clase, por el contrario, se habían ido directos al aula. La mayoría estaban tan expectantes como Lean, pero por razones distintas. Querían verla entrar por la puerta de clase y empezar a cuchichear, entre risas. ¿Aparecería con la cara quemada? ¿Se le habría caído el pelo? ¿Iría en silla de ruedas? Las burradas más horribles pululaban por toda la clase.

Las puertas se abrieron con una especie de zumbido, y la magnificencia en persona apareció como si tal cosa.

—¡Lucy! —Lean pareció un cachorrito lanzándose a los brazos de su amo. Sin embargo, ella no lo vio de ese modo. En cuanto sintió su cuerpo, notó una electrizante sensación que la relajó. Venía terriblemente nerviosa, pero él la calmó—. Te he echado de menos —aseguró el muchacho sin vergüenza alguna.

Los jóvenes que pasaban por el pasillo en ese momento vieron, con todo lujo de detalles, cómo ella hacía esfuerzos por no echarse a llorar de la emoción. Intentó parecer fuerte y, haciendo honor a su característico orgullo, lo apartó.

—No seas tonto.

Lean la miró a los ojos y se alegró de comprobar que estaba bien.

—Me alegro de ver que sigues entera —bromeó.

Lucy pensó que no podía imaginarse lo sorprendentemente entera que estaba.

—Y yo me alegro de volver a verte. —No sabía qué más decir, estaba avergonzada. No comprendía por qué, pero lo estaba, y mucho. Parecía una cría delante del chico de sus sueños. ¿Por qué?

—¡Bueno! Dejémonos de tonterías, no lleguemos tarde. —Lean empezó con las prisas, su puntualidad era enfermiza.

Su amiga iba a seguirlo, pero, de pronto, se percató de algo: Jake le había indicado que iría a recogerla a la habitación. Miró al ascensor y se puso a pensar. De pronto le vino a la cabeza la imagen del niño vampiro de sus sueños. No estaba segura de si era Jake, pero desde entonces veía a su amado con otros ojos. Los vampiros no envejecían, pero en el sueño había un niño pequeño que era hijo de la reina. ¿Sería un hermano? Finalmente se decidió y siguió a su instinto.

—Sí, vamos. —Se acercó a Lean y le pasó el brazo por detrás para agarrarle amistosamente, sin saber que Jake estaba llamando en ese momento a su puerta.

Este, varios pisos más arriba, dio tres golpes y esperó. Nadie contestó; el eco de sus nudillos aporreando la madera fue lo único que le respondió.

—¿Se habrá marchado ya? —Le extrañó, pero era posible—. Tal vez se haya olvidado. —Sonrió forzosamente.

Al final se rindió y se marchó a su clase. Ya la recogería al acabar.

* * *

En la posada Bons todo estaba muy tranquilo. El casero tan solo tenía un huésped y la barra del bar estaba totalmente vacía. Por lo general eran malas noticias que apenas hubiera clientes, pero agradecía aquellos momentos de paz incluso por encima del dinero.

La campanilla de la puerta le indicó que alguien estaba entrando y las bisagras de la entrada chirriaron aquejadas e incapaces de deslizarse con

soltura.

«Un poco de trabajo no va a matarme», pensó frotándose las manos antes de volver a desear que fuera el único cliente del día.

El viajero le saludó con una cálida reverencia. Se quitó un sombrero que llevaba puesto y le preguntó si podía servirle una pinta de cerveza.

—Ahora «mihmo» —arrastró un curioso acento. Estaba claro que era del campo de toda la vida. El típico hombre de pelo en pecho, el originario de las montañas, el que se comunicaba mejor con las ovejas que con una persona.

Estiró la palanca y la espuma empezó a caer en una jarra rápidamente.

—¿Le importa si le hago una pregunta? —El viajero estaba hablador, se acababa de sentar en un taburete junto a la barra. Los brazos los tenía sobre la superficie y observaba al posadero con una agradable sonrisa.

El mesonero le pidió a Dios que no le diera una charla; quería ver la televisión.

—«Díame».

—Tengo entendido que últimamente han tenido unos cuantos accidentes. ¿Me equivoco?

Tal vez el posadero fuera un hombre de campo, pero no era gilipollas. El extraño le estaba haciendo una pregunta aun conociendo la respuesta. Decidió ser amable con él, al menos hasta que pagara la cerveza.

—Sí, «hjectivamente». Pero no fue un accidente.

—¿Está diciendo que alguien...? —Esperó a que él se lo confirmara.

El dueño resopló antes de responder; la conversación se le antojaba absurda.

—Sí, «argo» los atacó.

—Entiendo. —Bebió la cerveza de un tirón para sorpresa del posadero y, después, se puso de nuevo el sombrero—. Cuénteme los detalles, por favor.

—¿«Eh» periodista?

El viajero soltó una simpática risotada.

—No, no. Sólo estoy curioseando.

—«Pueh» la «curiosidá» es cara.

Un billete de cien euros se posó con desparpajo sobre la barra.

—¿Qué decía de lo que estábamos hablando?

El posadero sonrió. El dinero desapareció tan rápido como el viajero se había bebido la cerveza.

—Hay un «animá» que los «ehtá» atacando de noche. Todo el que se pasea con el rebaño a esas e horas acaba «iguá». Ya van tres.

—¿Y la policía qué dice?

—Lobos. —Y luego maldijo a los agentes del orden, casi pareció que iba a echar un escupitajo allí mismo—. Panda de gilipollas —No tuvo problemas para pronunciar la última palabra correctamente—. Tal «veh» un lobo sea «capáh» de atacar a uno, si tiene mucha hambre. Pero lo que hizo lo veo imposible. Además, estaban «destrozaos».

—¿Los cadáveres tenían alguna marca en el cuello?

—¿Marca?! Caballero, tenían el cuello «destrozaos». A uno le faltaban «hahta» las tripas.

—¿Y me indicaría dónde se encontraron los cuerpos? —Marshon soltó un fajo de billetes.

* * *

Madison estaba haciendo lo de todos los días. Se encerraba en su oficina y se empapaba de la información que encontraba por Internet sobre su posible pasado perdido. Normalmente, eran páginas que se desacreditaban a sí mismas con cada artículo, a cual más absurdo, pero en contadísimas ocasiones, acertaban en alguna frase.

El pitido del teléfono la sacó de sus conjeturas sobre el artículo que estaba ojeando.

—¿Sí? —Pulsó un botón para activar el manos libres.

—Disculpe, señora Madison. Le llama el señor Adaniel Warhall.

La directora se quedó perpleja. ¿El padre de Leonard? ¿Qué era lo que quería? Pensaba que había llegado a un acuerdo con su hijo.

—Pásamelo.

—Buenos días, reina de Los Sin Nombre —se mofó Adaniel.

Madison deseó arrancarle la cabeza, pero no podía. Sabía que estaba en una situación muy delicada. Ahora no era más que una protegida. Una maldita refugiada.

—Llámeme Madison, por favor —indicó sin sentimiento alguno—. ¿A qué se debe su agradable llamada?

La voz del padre de Leonard sonó ronca. Se trataba de un hombre muy delgado, pero de gran tamaño. Originario de las cortes inglesas del siglo XV, se pasó la vida ajusticiando a quienes no pagaban el tributo al rey a tiempo, hasta que uno de ellos resultó ser un vampiro que le dio una sorpresa.

«Lástima que no llegara a matarlo», pensó Madison antes de escuchar cómo él le respondía, ocioso:

—Me gustaría asistir a la fiesta de aniversario de este año. Si no le parece mal, por supuesto.

Él no se interesaba por tonterías así. Madison desechó la idea de que hubiese ido para poder ver a su hijo. Adaniel no era esa clase de tipos.

—Por supuesto, será un honor —intentó parecer cortés, pero no lo consiguió. Le preocupaba que fuera una excusa para matarla. ¿Se habría enterado de lo de Lucy?

—Ya que voy a asistir, me gustaría hablar de negocios con usted. Sería muy provechoso para ambos. Tengo algunas ideas interesantes y estoy seguro de que la Torre Madison sería perfecta para llevarlas a cabo.

—¿Quiere adelantarme algo?

—Preferiría hablarlo en persona. No se preocupe, estoy seguro de que le parecerá interesante. —Suspiró—. Nos vemos esta noche, pues. Llegaré en helicóptero. Tienen el helipuerto aún, ¿verdad?

Madison arqueó una ceja. ¿A qué venía una pregunta tan estúpida? Claro que seguía allí, no tenía piernas.

—Sí, no se preocupe.

—Muy bien. Hasta esta noche, reina. —Y colgó haciendo que Madison diera un golpe en la mesa. Hasta el último momento iba a martirizarla, eso estaba claro. Y pensar que hace años, sus clanes estaban a la par en cuanto a poder territorial...

—No soy más que una refugiada —lamentó—. Todo es culpa de Arnauld, sea quien sea.

* * *

—¿¡Fiesta de aniversario?! ¡¿Hoy?! —Lucy lo dijo saliendo de clase con la cara envuelta en pánico.

Lean no pudo evitar echarse a reír. Se alegraba de ver que seguía siendo la misma chica de siempre. Incluso en clase, las cosas habían ido muy bien. Nadie comentó nada impertinente que le hubiera hecho arder en cólera y todos le dieron una bonita bienvenida. Era especialmente extraño, pero a la vez agradable. Incluso Matt se comportó.

—Supongo que no te habrás enterado, porque estuviste en el hospital, pero hoy es el aniversario de la torre. Habrá baile, música y, seguramente, mucho alcohol. —Y luego bromeó—: Seguro que Matt se encarga de que de lo último no falte.

Pero a Lucy le pasaba algo, estaba extraña. Se había parado y tenía las

manos sobre sus mejillas. Sus ojos estaban perdidos en la lejanía y su cara denotaba preocupación.

Su compañero se acercó.

—¿Qué te pasa?

—¡Es terrible! ¡No tengo nada que ponerme, Lean!

Lean agradeció al cielo que Lucy hubiera vuelto sana y salva. De verdad que la había echado de menos, estaba muy feliz.

—Anda, ven. Te invito a comer y luego te compro algún vestido.

—¡No hay tiempo! Además..., no necesito tu dinero. Soy una persona independiente, por si no lo sabías.

Pero él la empujó con delicadeza y le dijo que la fiesta no comenzaría hasta la noche.

—De eso no te preocupes, yo me encargo. Y ahora, mueve el culo.

Lucy se rio como una niña pequeña y empezó a andar, con tan mala suerte que se chocó con alguien. Era Jake.

—Hola, guapísima —saludó, y después miró a Lean como si le estuviera diciendo «largo».

Pero Lean no iba a moverse. No permitiría que volviera a alejarla de él. Estaría allí para protegerla, para hacer lo que Jake no fue capaz.

—He venido a recogerte. ¿Te gustaría venir a comer conmigo? —le preguntó. La oferta hubiera sido tentadora, de no ser porque ambos no podían comer nada que no fuera sangre. Imaginarse a los dos bebiendo no le pareció nada atractivo.

—Es que ya he hecho planes... —Se esforzó para no poner cara de asco—. ¿Qué tal otro día? —Iba a correr hacia el ascensor, pero él la agarró del brazo y la detuvo.

—¿Te pasa algo conmigo?

En un instante, el último sueño de Lucy se repitió, y ella soltó un grito. Se acordó del niño diabólico, él cual, al parecer, era Jake. Sintió de nuevo el temor de Erika como suyo. Temor a que le hiciera daño, y, por una vez en su vida, sintió pavor. No quería que la tocara, no podía evitarlo. En realidad, no quería hacerle sentir mal, pero era superior a ella.

—¡Suéltala! —Lean dio un empujón y así consiguió que la dejara libre—. ¿No ves que le haces daño? —Aunque con miedo, se irguió, desafiante.

Lucy notó que debía hacer algo. Los dos se habían quedado mirándose con odio. Iban a volar puñetazos si no cortaba aquello. Ya.

—Vámonos, Lean. Quiero comprarme el vestido, ¿vale? —Y lo cogió de

la mano llevándoselo rápidamente de allí.

Pasaron entre los compañeros, que los miraron emocionados. Otra vez estaban cuchicheando chismes sobre ellos. ¿Qué mejor para alimentar los cotilleos que una pelea entre dos chicos guapos por una joven indefensa?

Aunque los alumnos lo miraban a escondidas, Jake los hizo desistir con rostro desafiante. En ese momento quería matar a todo el mundo. Se convenció de que no era buena idea y se marchó, no antes de gritar furioso al recordar a Lean agarrando la mano de Lucy.

—Esta me la pagas, hijo de puta... —prometió entre dientes.

CAPÍTULO 14

Preparativos

A Lucy la comida seguía sabiéndole mal, pero hizo el gran esfuerzo de sonreír y de hacerle creer a Lean que estaba deliciosa. Se había molestado en invitarla, lo menos que podía hacer era comérsela. Por alguna razón, él la imitó, divertido. ¿Se habría dado cuenta de que no le gustaba nada?

—¿Cómo te sientes? —preguntó su amigo cogiendo un trozo de carne de su plato.

—¿Respecto a qué?

—A qué va a ser. —Comió un poco y, cuando terminó, la apuntó con el tenedor como si fuera una varita. Luego lo balanceó y pinchó otro trozo—. Me refiero a cómo te sientes al volver de nuevo a la vida diaria. Debió de ser muy aburrido estar en el hospital durante toda una semana sin poder recibir visitas.

—Oh, s-s-sí. Bueno..., claro.

—La verdad es que has elegido un día para regresar que tiene tela. La fiesta de aniversario va a parecer tu fiesta de bienvenida. —Rio un poco y después le sacó la lengua un momento—. ¿No será que quieres llamar la atención?

Lucy entornó los ojos; si hubiera tenido el poder de lanzar rayos por ellos, lo hubiera hecho.

—Mira qué gracioso eres. Deberías ir al club de la comedia.

Algo refrescante y agradable corría por las venas de la recién llegada. Se sentía feliz y tranquila. No pensaba en sus preocupaciones, en sus sospechas sobre Jake, ni tampoco se encontraba nerviosa por la fiesta. Cuando estaba con Lean, todo eran risas. Pero a pesar de que las cosas seguían igual, en el fondo ya no lo veía con los mismos ojos. ¿Sería porque ahora consideraba a Jake alguien de quien no podía fiarse, o sería por otra razón desconocida? No quiso pensar en la posibilidad de que le gustara Lean.

—¿Vendrán tus padres? —quiso saber su amigo.

—Oh, no lo creo. No llegarían a tiempo aunque tuvieran un avión, y dudo que puedan permitírselo de todos modos... Además...

—¿Qué? —Pinchó otro poco del plato.

—He intentado hablar con ellos, pero nada... No les funciona el teléfono.

—No te preocupes por ellos, porque las líneas telefónicas de por aquí son

una mierda. Yo llevo meses sin oír hablar a los míos por los problemas que hay, escríbeles un e-mail. Ya verás cómo te responden enseguida...

Lucy se sintió un poco mejor, llevaba mucho dándole vueltas al tema y ahora veía que todo se trataba de un malentendido; ojalá se lo hubiera comentado a su amigo antes. Aunque aún estaba el qué haría una vez hablara con ellos. ¿Les contaría en qué se había convertido?

De pronto, no pudo evitarlo. Le empezó a dar vueltas a sus problemas. El espejismo de tranquilidad y felicidad que le había brindado su vecino fue tan precioso como efímero. Tenía que descubrir la verdad sobre Jake. ¿Era el niño de sus sueños? Y si lo era, ¿por qué había crecido si los vampiros no envejecían? Tantas preguntas sin respuestas empezaron a incomodarla.

—¿En qué piensas? —Lean se le había quedado mirando. Estaba serio y, por alguna razón, parecía triste.

—Oh, bueno. En nada... —Pero se arrepintió. Quería hablar con alguien del tema. No podía explicarle los detalles, pero, al menos, pensó que podría comprender sus inquietudes. Sabía que Lean tenía pesadillas todas las noches, así que en cierto modo era lo mismo que le pasaba a ella, o al menos eso quería creer—. ¿Te puedo hacer una pregunta personal? —Escondió las manos bajo la mesa y le miró con la cabeza gacha.

—Claro.

—¿Cómo sobrellevas tus pesadillas? —Tan directa como siempre.

Lean no tardó ni un segundo en quedarse frío. No era un tema del que quisiera hablar. Pensó en algo y después respiró hondo. Era como si se obligara a hablar de ello. Su amiga iba a echar marcha atrás y disculparse por sacar el tema, pero no fue necesario.

—Acabas aprendiendo a vivir con ello. No hay más remedio.

—Entiendo...

—¿A qué viene ahora lo de las pesadillas?

—No, es que... desde el accidente no dejo de tener sueños raros. Pero no te preocupes, ya se me pasarán.

El chico hizo gala de su palpable preocupación y se apresuró a decirle que podía contarle lo que soñaba si así se sentía mejor. Quería escucharla y consolarla.

—Comprendo lo que es sufrir con algo así. Si me necesitas, ya sabes dónde estoy.

—Gracias. Por cierto, perdona que te lo pregunte, pero tengo curiosidad. ¿Siempre sueñas lo mismo?

—Sí.

—¿Y qué es?

—Me temo que es un poco fuerte para hablarlo en mitad de una comida. —
Miró el plato de Lucy—. Aunque no te veo con mucha hambre.

—Es que estoy llena. Suelo comer poco... —Esperó a ver si conseguía que soltara la lengua. Por desgracia, así fue, porque al momento de escucharle hablar deseó no haberlo hecho.

—Cuando me duermo... suelo despertarme con un grito. —Apretó los dientes y cerró los puños, con los cubiertos aún en la mano—. Y bueno, sueño con que alguien me arranca los ojos. Todas las noches.

La vampiresa se quedó con la boca abierta. Se esperaba algo como que se quemaba vivo, o que se ahogaba en un río, o cosas parecidas, pero que alguien le arrancara los ojos era demasiado.

—¡Joder! —espetó inquieta—. Si lo sé, no te pregunto.

—Tranquila. Eras de las pocas que no lo sabían. Gracias a Iris, por lo que me he podido enterar, lo sabe casi todo el mundo.

—¿Por eso se meten tanto contigo?

—Sería fácil decir que sí, pero no. Cuando llegué a la torre, era bastante popular. Aquí donde me ves, todas se morían por mis huesos. —Parecía un chiste, pero hablaba en serio—. No estaba cómodo con tanta atención, así que empecé a ser borde con todo el mundo. Me cogieron manía, por suerte.

La joven Lucy apartó el plato, arrastrándolo a un lado, y colocó los codos sobre la mesa.

—¿Por suerte? ¿Es que no quieres tener amigos?

—Te tengo a ti, ¿no?

A ella se le puso la piel de gallina. Parecía una declaración en toda regla. No pudo evitar ponerse roja y quedarse pasmada. Consiguió reaccionar tras respirar hondo y ver que él le daba un respiro bebiendo de su vaso. Lucy empezó a buscar alguna frase inteligente que utilizar, pero tenía la armería vacía y los cartuchos gastados.

Por suerte, un chico al que no conocía, y que los abordó con delicadeza, la sacó del aprieto.

—Lean, perdona, tío. Necesito pedirte un favor. —Tenía el pelo cortado de un modo desigual. La melena le llegaba hasta los hombros y el cabello moreno con mechaz rojizas le daba un aire un tanto especial.

Al momento pensó en que se trataba de un chico gótico o tal vez de una tribu urbana parecida. «Espero que no sea Iris en versión masculina», pensó

ella.

—¿Qué pasa, Ash?

Hablaban como si se conocieran de toda la vida. Puede que al final fuera cierto que era más popular de lo que pensó en un principio. Hizo memoria y se dio cuenta del revuelo que se formó porque los dos se habían hecho tan amigos el primer día. Se puso celosa pensando que tal vez no fuera por ella, sino por él.

—Se lo tendría que consultar a mi amiga.

Lucy escapó de su mundo dándose cuenta de que la estaban mirando.

—¿Eh? ¿Qué? ¿Me habéis dicho algo? —Sonrió torpe.

—Te decía que si te parece bien que nos marchemos antes a la tienda de ropa. Es que Ash me ha pedido que le ayude con algunas cosas para la fiesta.

—¡Ah, bueno! Sí, claro. Ni que fuéramos pareja. Haz lo que te dé la gana.

El chico con pinta de gótico miró al compañero de Lucy con cara extrañada. Se debió de pensar que estaba molesta.

—B-Bueno..., pues hasta la tarde. Muchas gracias, tío. —Le dio la mano y, tras chocarla, se marchó.

—¿Qué es eso tan importante?

—No eres mi novia, así que ¿a ti qué te importa? —Le dedicó tal sonrisa burlona que a ella le dieron ganas de estrellarle el plato en la cabeza. En su lugar hizo de tripas corazón y giró la cara, indignada. Si hubiera podido, le habría dado con la melena.

* * *

El plan de Troy estaba saliendo a pedir de boca. Nadie se había dado cuenta aún de sus trapicheos.

Cruzó el pasillo con cuidado y se dirigió rápidamente hacia su cuarto. En el congelador le aguardaba un tentempié.

—¡Leonard! —gritó nada más verlo al entrar en el piso.

Su compañero le había estado esperando al lado, apoyando uno de sus hombros sobre precisamente la puerta del congelador.

«Lo sabe», pensó Troy.

—Seguramente te estás preguntando si lo sé. —Se incorporó y le reprendió—. ¡Claro que lo sé, imbécil! —Y le tiró un vaso de cristal lleno de sangre que había tenido escondido hasta ese momento.

Troy se protegió con los brazos, y cuando la sangre manchó el suelo vio que se trataba de su mercancía. Hipnotizado, miró el rojizo color del líquido y

tuvo que esforzarse para no agacharse a lamerlo en ese mismo instante. El tentador olor a sangre humana era demasiado fuerte. Provenía de un granjero que había cazado la noche anterior. Recordó, a modo de *flashback*, cómo lo había despedazado mientras sonreía eufóricamente.

—¿Eres tú el que la ha estado liando estas semanas?! ¿Es que eres idiota?! —Leonard estaba colérico. Si pudiera matarlo, tal vez lo habría hecho. Los colmillos le asomaban por los labios con fuerza y sus ojos estaban rojos como el fuego.

—Tampoco es para tanto. Se piensan que fueron lobos.

—¿Lobos?! ¿Aquí? Eso solo lo dicen porque no tienen ni puta idea. ¡Joder! Si ellos se enteran, van a venir a por nosotros. —Leonard había adivinado lo que estaba ocurriendo sin proponérselo; el señor Marshton ya estaba de camino.

Su amigo se disculpó. Explicó que era demasiado duro para él vivir de esa manera. Necesitaba la emoción de cazar a sus presas, de comer la carne y de saborear la sangre aún caliente.

—Tú deberías comprenderlo, la que nos dan está asquerosa. Por eso has preparado lo del chantaje, ¿no? ¿Me vas a negar que no sientes un ansia más fuerte que de costumbre? ¡Estamos rodeados de comida! Todavía no entiendo cómo no he devorado a toda mi clase. —Puso cara de pena y, entonces, Leonard se tranquilizó.

En el fondo, lo comprendía. Había actuado muy mal y aquello les podía traer graves problemas, pero él deseaba tanto como Troy matar a todo el mundo. Era algo que los superaba, era su forma de ser, su naturaleza.

—Está bien, está bien. Lo entiendo. —Se acercó y le dio un abrazo—. Pero no vuelvas a hacerlo, ¿vale?

Troy asintió con la cabeza y Leonard se separó con una palmadita en la espalda.

—Bueno... Ya que estamos aquí, ¿no vas a servir una copa? He visto la colección que guardas.

Los dos se echaron a reír.

* * *

La tienda estaba a rebosar. La mayoría de las chicas que iban a asistir a la fiesta estaban allí. Algunas, desesperadas, empujaban las perchas como si llevaran una bomba de relojería a cuestas. Otras, por el contrario, mostraban una sonrisa de oreja a oreja al haber encontrado el vestido perfecto. Lucy

deseó que aún quedara algo decente.

—¿Tan importante es la fiesta? —Estaba inquieta.

—Bueno... Digamos que muchos perderán la virginidad esta noche —se mofó Lean.

—¡Pues no será conmigo!

—Me parece estupendo... Por cierto, ya que no pretendes levantar pasiones... —Se acercó y le susurró el resto al oído—: ¿Por qué no vas en pantalón vaquero y camiseta blanca? Así seguro que nadie se fijará en mí.

Lucy se dio la vuelta y le dio una palmadita en la mejilla.

—He dicho que no voy a acostarme con nadie, no que no quiera que se mueran por mis huesos.

—¿Ni siquiera con Jake? —Los celos de Lean florecieron de repente, formando una enorme enredadera que disgustó a su compañera.

—No es asunto tuyo. —Notó que acababa de cortar el buen ambiente que habían conseguido juntos, así que intentó restarle importancia a la situación a pesar de que todo era culpa de él—. Además, eso no importa ahora. Disfrutemos de las compras, ¿vale?

Él aceptó agradecido, pues se había dado cuenta de que había metido la pata.

Mientras las demás chicas seguían peleándose por la ropa, ella se limitó a situarse en el centro y a poner en práctica una habilidad muy especial. Giró la cabeza lentamente y fue etiquetando todo lo que veía. Los colores fuertes y los estampados estaban prohibidos. Cuando eliminó todo lo que le desagradaba, se acercó a la zona donde había más vestidos de su tipo y empezó a toquetear. Lean se colocó a su lado y se puso a observarla. No tenía ningún interés en los vestidos, lo pasaba mejor viendo la cara que ponía cuando cogía algo que no le gustaba. Primero arrugaba la nariz, y después decía algo que tan solo ella alcanzaba a escuchar.

—¡Este parece interesante! —Agarró un vestido largo.

—Sí, es bonito.

—No sé si probármelo, no creo que entre. —Las dudas típicas de las mujeres aparecieron como fantasmas malvados que intentaban disuadirla. «No lo compres, no lo compres», parecían decirle.

—Entra en ese probador e inténtalo, anda.

—Pero...

—No te preocupes. Si te queda mal, te lo pienso decir. —Le mostró una sonrisa maquiavélica.

Lucy apostó a que estaba deseando que se diera el caso. Sin mediar palabra se fue con la ropa hasta el probador y desapareció tras la cortina.

Lean empezó a mirar a todos lados sin un objetivo en particular. Observó a una de las vendedoras, claramente agotada por la marabunta de clientes que estaba soportando aquel día. Después alejó la mirada hacia el escaparate y se quedó un buen rato con la mente en blanco. Simplemente esperó y olvidó por fin sus preocupaciones; aunque fuera a ser solo mientras estuviera dentro de esa tienda. Para él, con Lucy a su lado, el resto no le importaba.

—¡Lean! —La voz fue automáticamente reconocible. Iris se acercó dando saltitos. Llevaba un uniforme, por lo que él se quedó con la boca abierta.

—Dime que no trabajas en esta tienda.

—¡Síiiii! ¿No es genial? —Y añadió en voz bajita—: Echaron a la anterior trabajadora porque les llegaron rumores de que robaba...

—Ya... —Lean estaba seguro de que fue ella la que extendió esos chismes.

—¿Y bien? ¿Qué haces por aquí?

—Sólo mirar... —Por nada del mundo iba a decirle que Lucy estaba en el probador. Era capaz de tirar accidentalmente la cortina para putearla. Aunque si le preguntaran, tendría que reconocer que fantaseó con la idea.

—Um..., me estás ocultando algo, pillín. —Le apuntó con el dedo y le guiñó un ojo—. Esta tienda es de mujeres, así que, a no ser que seas... ¡Un momento! ¿Por eso rechazas a todas las chicas que se te declaran?

—¿Qué?! ¡Para el carro, guapa! ¡No bromees con eso! —Solo le faltaba que se extendiera un rumor tan problemático. No lo iba a permitir—. Tan sólo estaba buscando algo para un regalo.

—*Ooooooh*, para una chica, ¿eh? ¿Para Lucy, quizás? No sé qué ves en ella, no es más que una bruja. ¡Espera! ¿No será para la chica nueva? Es muy guapa, no me extrañaría que te gustara. Aunque tiene pinta de desequilibrada. Me han dicho que se autolesiona con un cúter en su cuarto.

Lean suplicó que alguien le salvara del *tsunami* de mentiras que Iris iba contando sobre la marcha.

Deseo concedido.

—Lean, ¿qué tal me queda? —Lucy salió del probador con el vestido puesto mientras se percataba de quién estaba a su lado. Seguramente todas las clientas de la tienda sintieron un escalofrío en sus espaldas.

—¡Tú! —Iris iba a decir una barbaridad, pero la supervisora pasó delante de ella y la miró fijamente. Le estaba avisando de que moviera el culo—. ¡Oh,

mi querida amiga! ¡Cuánto me alegro de que estés bien! —Se acercó y la abrazó mientras Lucy intentaba zafarse—. Veo que sigues entera, temía que te hubiera pasado algo. Qué bien te veo. Bueno, dentro de lo poco bueno que tienes... Esto... ¡Tengo que seguir con el trabajo, así que ya charlaremos! ¿Vale? —Y se fue gritando—: ¡Llámame!

Lucy estaba con la boca abierta, como si estuviera a medio camino de decir algo. Seguramente, una barbaridad. Pero se le fueron el aire y las ganas, así que desistió. Después, volvió a mirar a Lean y le repitió la pregunta.

Él se había quedado impresionado. Tenía las mejillas coloradas, los ojos como platos y la cara de un idiota.

—Estás muy... —La miró de arriba abajo. Llevaba puesta una falda abierta por un lado, que dejaba enseñar medio muslo. El vestido continuaba, pegado a su piel, dejando adivinar un cuerpo de escándalo. Sus brazos, al aire libre, invitaban a la imaginación, y tan solo al llegar a sus hombros el resto de la tela empezó a protegerla de las miradas, acabando en un precioso escote elegido con mucho gusto.

—¿Estoy muy...? —Lucy ladeó la cabeza antes de darse cuenta de que Lean no tenía palabras con las que calificar lo que sentía.

Él se echó una mano a la cara y tapó sus ojos.

—Cómpralo.

—¿Que lo compre? ¿No me ves gorda con esto?

—¡Por Dios, no digas tonterías! ¿Quieres que te lo compre yo? —Sacó la tarjeta de crédito.

* * *

En recepción todo estaba tranquilo. Era de esperar, la fiesta se celebraría arriba, así que ninguno de los residentes iba a molestar a Marty en todo el día. Estaban tan ocupados comprándose ropa, poniéndose guapos y preocupándose de tonterías que no tenían tiempo para pedirle nada.

Agarró el teléfono de la mesa y puso en práctica su plan. Iba a llamar a Tabitha para ayudarla en lo que necesitara. Ya que era una chica nueva probablemente desconocería una buena tienda, así que pensó en ofrecerse como guía.

—¿Camuel? —La chica contestó más rápido de lo que hubiera sido normal, seguramente esperaba alguna llamada.

Marty puso el tono servicial que le caracterizaba y le pidió disculpas.

—Lamento la interrupción, señorita. Soy Marty, el recepcionista.

La joven no contestó. Continuaba martirizándolo con su silencio. Aquello le excitó, le gustaba su forma de ser. Una chica que no lo mirara con desprecio, que no lo interrumpiera, que no se riera de él... Era perfecta.

—La llamaba por si necesitaba algún tipo de ayuda. Soy consciente de que la fiesta de hoy es muy importante. Estoy seguro de que necesitará un vestido que haga justicia a su belleza y quería que supiera que estoy a su...

—No, gracias. —Y colgó. Ni siquiera le había dejado terminar.

En cuanto el recepcionista dejó el teléfono en su sitio, le dieron ganas de agarrar el teclado del ordenador y liarse a golpes con la mesa. ¡Hasta Tabitha lo había ninguneado! Después de tantas miradas, de tantas insinuaciones y de tantos vestidos provocativos, lo estaba ignorando. Lo había utilizado agarrando lo que quería de él y tirando el resto a la basura. Al menos, eso es lo que él creyó.

La locura que le gobernaba no le dejaba pensar con claridad. Se había imaginado cosas que nunca habían sucedido. Sus peligrosos pensamientos hubieran continuado hasta formar una bomba de relojería si no fuera porque tuvo la suerte de aparecer un hombre. Entró por la puerta principal. Llevaba una maleta y un sombrero.

—¿Desea algo? —Marty se esforzó por no parecer enfadado, aunque le costó horrores sonreír.

—Sí. Venía a echar un vistazo a las instalaciones. Tengo pensado ingresar a mi hijo aquí.

—Disculpe, señor....

—Marshton.

—Lo siento, señor Marshton. Pero vamos a celebrar una fiesta de aniversario, por lo que estamos muy liados hoy. Si hiciera el favor de reservar una cita, seguramente podríamos atenderle otro día.

Él aceptó y Marty empezó a teclear en la pantalla en busca de un día y una hora en la que la directora pudiera atenderle. Una vez encontrado, volvió a levantar la mirada y le notificó cuándo podía volver. Pero algo pasaba, el hombre se había ido.

Miró a los lados y no lo encontró.

—Putos ricos... —refunfuñó a la vez que la puerta del ascensor que tenía detrás se cerraba, con alguien dentro.

CAPÍTULO 15

Una fiesta muy especial

El ritual acababa de comenzar. Camuel se colocó frente al espejo del lavabo y empezó a peinarse y afeitarse, aunque muchas veces ni siquiera lo necesitaba. Adquirió esa costumbre cuando se hizo mayordomo. Le ayudaba a relajarse y a concentrarse. Mientras se aseguraba de portar un aspecto saludable y pulcro, iba dándole vueltas a sus preocupaciones. También se aseguraba de ordenar las cosas que tenía que hacer a lo largo del día. Al final se puso las gafas, las cuales tan solo le servían de adorno, pues un vampiro no podía tener problemas de visión.

Una vez perfecto, volvió al lado de la cama y se hizo con la chaqueta, la cual descansaba sobre la colcha. Se recolocó la corbata y ya estuvo listo para salir. Acababa de caer el sol y tenía que darse prisa para llegar a la celebración antes de que todo hubiera empezado. No le agradaba la idea de mezclarse entre tanta gente humana, pero lo hacía por una buena razón: tenía que proteger a Arnauld. Sabía que Adaniel Warhall visitaría la torre aquella noche para ver a su hijo Leonard, así que no podía bajar la guardia. Pero Camuel estaba más preocupado por lo lento que se estaba desarrollando todo el plan, que por lo peligroso que resultaba.

—No tengo paciencia —musitó percatándose de que tal vez por eso Arnauld no había contado con Tabitha ni con él desde un principio. Aunque prefirió creer que realmente era porque no quería mezclarlos en todo aquello. Sabía perfectamente que era alguien a quien no le gustaba meter en problemas a los demás.

Empujó la puerta y salió al pasillo a toda prisa. Estaba tan elegante como el día en que visitó la torre por primera vez. Sin duda, más de una mujer se fijaría en ese porte tan varonil y exquisito que mostraba. Aprovechando esto, pensó en la posibilidad de entretenerse con alguna madre desamparada. A fin de cuentas, los padres de los residentes iban a visitarlos aquella noche.

—Será una fiesta interesante. —No se podía hacer a la idea de cuánta razón tenía.

* * *

Lucy se había sentado sobre el colchón. Estaba mirando fijamente el vestido, que colgaba de su percha sobre la puerta del armario.

—Es realmente bonito. —Se alegró de que Lean la hubiera convencido y, segundos después, soltó una nerviosa risita. Se acababa de acordar de la cara que puso él al verla. Sin duda la deseaba y aunque era algo que debió incomodarla, no lo hizo. En el fondo, a ella le gustaba que le prestara tanta atención y que se muriera por sus huesos.

Pero el rostro de Lucy se transformó. Se dio cuenta de lo crueles y egoístas que eran sus pensamientos. Estaba empezando a sentirse mal. Se suponía que estaba con Jake. No era que lo hubiesen formalizado, pero era algo que daba por hecho. Sin embargo, tenía sus dudas desde aquel sueño. Necesitaba encontrar respuestas, hasta que no lo hiciera no podría confiar en él. ¿Sería por eso por lo que ahora se fijaba tanto en Lean, o había otra razón?

—Lean no se merece esto —habló consigo misma como si se tratara de una amiga de confianzas. En el fondo, tenía sus dudas.

Sabía que, en un primer momento, no le había llamado la atención. Pero Lean se había terminado ganando un hueco en su corazón con rapidez. Tal vez fuera lo terco que era, o la facilidad que tenía para sacarla de sus casillas; o más bien que siempre estuviera para lo que necesitara. En cualquiera de los casos, ahora opinaba de otra manera sobre él.

—¡No, Lucy! —gritó levantándose—. Olvídte de estas tonterías. —Y agarró el vestido, junto a un maletín de maquillaje.

Le horrorizaba la idea de ser como Jake. Él le había ocultado su condición y por eso ella terminó convirtiéndose en vampiro. No podía actuar de igual modo y hacerle lo mismo a Lean. Pero tampoco podía contárselo. Por su cabeza pasó la idea de alejarse de él. Al fin y al cabo, el mundo de los vampiros era demasiado peligroso y él terminaría involucrado tarde o temprano.

Suspiró al comprender lo que tenía que hacer, aunque no quisiera. Sacó el pintalabios y empezó a prepararse para la conmemoración.

—Mañana le diré que quiero que dejemos de vernos —sentenció—. Pero..., al menos quiero disfrutar de esta fiesta a su lado.

No lo comprendió, pero se sentía hundida. Como si fuera a perder lo que más le importaba en el mundo. ¿Qué le estaba pasando?

* * *

La reunión de aniversario estaba siendo un infierno para Marty. Llevaba

todo el día atendiendo a los familiares que iban agolpándose en recepción. Les tenía que dar un pase y luego indicarles el piso al que acudir. Repetir lo mismo tantas veces lo estaba volviendo loco. Por suerte, el flujo de visitantes había bajado finalmente. Acababa de anochecer y no tardaría en empezar el evento.

Fantaseó con la idea de cerrar la entrada con llave y poder ir a ver a Tabitha. Seguro que llevaba un vestido precioso. Aún estaba enfadado con ella, pero pensó que debía perdonarla. Seguro que la pobre estaba llorando al darse cuenta de lo mal que se portó con él.

Decidió llamarla a la habitación de nuevo, debía de estar arrepentida.

—Vaya... —dijo tras llamar. Al parecer, no estaba en la habitación. Volvió a insistir—. Puede que le dé vergüenza contestar, seguro que sabe que soy yo.

Debería haber parado entonces, pero Marty no estaba dispuesto. Siguió llamando y recibiendo la misma respuesta durante más de media hora.

* * *

—Odio la fiesta de aniversario. —Troy estaba colérico. Se tuvo que poner elegante, y lo aborrecía, porque no soportaba los trajes; estaba demasiado acostumbrado a las camisetas y a los pantalones de deporte.

Por el contrario, Paris estaba en el cielo. Acababa de pararse, con Troy, delante de un espejo que ocupaba toda la altura del pasillo. Allí, con mucha tranquilidad, estaba dando vueltas sobre sí misma para asegurarse de que el conjunto le quedaba perfecto. No siempre tenía la oportunidad de lucirse. Iba a ser la envidia de todas las chicas y el deseo de todos los chicos.

—¿Tanto te molesta una simple fiesta? —Leonard se les unió enseguida.

—Si ya me cuesta no comerme a mi clase, imagínate a todos los humanos reunidos en una sala.

—En eso estoy de acuerdo —Paris se levantó la falda un poco, para piropear sus propias piernas—. Con estas maravillas seguro que podría darme un atracón de muchachos, e incluso de padres también.

—¿Qué hay del chantaje? —Troy se acordó y recuperó un hilo de esperanza.

Su amigo se apoyó contra la pared y miró al techo.

—No os preocupéis. Ya hemos llegado a un trato, solo tenemos que hablar con Jake.

—Aún no entiendo por qué tenemos que hablar con él.

—Qué más da. Nos vamos a comer a alguien de la torre, quiera o no.

Los tres se rieron como si acabaran de escuchar el mejor de los chistes.

* * *

No había manera de contactar con ella. Marty estaba perdiendo la paciencia y empezaba a creer que Tabitha no estaba interesada en él.

Miró el teclado del ordenador y tuvo la tentación de agarrarlo y liarse a golpes con la mesa. Por suerte, algo se lo impidió.

—Hola, ¿me das las llaves del local treinta y uno?

Cuando se dio la vuelta se encontró con Iris. Acababa de bajar por el ascensor y le estaba mirando con cara de indiferencia. Por un momento, le pareció ver a Tabitha dibujada en su rostro.

—¡Oh! Hola, guapísima. —Marty hizo oídos sordos e intentó ganársela. Empezó a pensar que tal vez ella pudiera servirle. Iba a hacer de tripas corazón, en el fondo Tabitha no era tan buena.

La chica se quedó parada; le extrañó su comportamiento.

—¿Me das las llaves del local treinta y uno? —repitió argumentando esta vez su pregunta—. Es que nos han dejado sin género en la tienda por culpa de lo de la fiesta y tengo que colocar más ropa para cuando abramos mañana.

—¡Vaya! ¿No vas a ir a la fiesta entonces?

Iris no entendía nada. ¿Por qué le hablaba con esa confianza? Que ella recordara, nunca había cruzado más de dos frases con él.

—Sí, bueno..., esta vez me toca trabajar. Como soy la nueva, no puedo quejarme.

—Es una lástima. —Y se quedó pensando.

—Entonces... —Iris estiró la mano y la abrió—, ¿me das las llaves?

—¡Oh! Sí, sí. —Las buscó y se las entregó—. Toma, aquí tienes.

Ella iba a marcharse justo cuando Marty encontró el valor necesario para insinuarse. No podía soportarlo más. Estaba harto de ser tan sólo un observador, quería intimar con esa chica. Ya le daba igual todo. Si no podía conseguir a Tabitha, poseería a otra; la que fuera.

—¿Quieres que vaya contigo?

La chica torció la boca, asqueada. Se dio cuenta al momento de lo que el recepcionista pretendía y le dieron ganas de reír. Aun así, tuvo la suficiente fuerza de voluntad como para no hacerlo.

Marty decidió argumentar su proposición. No quería que pensara que tan sólo quería aprovecharse de ella, aunque fuera eso precisamente.

—Si te ayudo a colocar todo, acabarás a tiempo para poder ir a la fiesta.

Estoy seguro de que te encantaría divertirme con tus amigos, ¿no?

Pero él no era consciente de lo que le estaba diciendo. Estaba hablando con la chica más desagradable y malvada que había en toda la torre. Ella no se hizo esperar y lo demostró después de sonreírle dulcemente.

Se le acercó y, cuando lo tuvo a un palmo, le contestó:

—Contigo no iría ni al hospital, imbécil. —Después se subió al ascensor y, mientras las puertas se iban cerrando, continuó insultándolo hasta que él no pudo oírla.

Marty llegó a su límite.

—Esa perra va a saber lo que es bueno. —Y dejó su puesto. Para siempre.

* * *

No estaba nada cómoda con los zapatos de tacón que llevaba. Se le clavaban al andar y dejaban una de sus piernas excesivamente a la vista. Podía verse el muslo, prácticamente entero, con cada paso.

—A lo mejor no ha sido tan buena idea... —dudó Lucy cuando empezó a caminar por el pasillo hacia el ascensor. En cierto modo, sabía que era impresionante, pero no estaba tan segura de que fuera algo bueno. Tampoco quería ser el centro de todas las miradas. Bueno, sí, pero no de la manera en la que se lo imaginaba.

Hizo un par de amagos en dirección a su cuarto y, al final, desistió. A fin de cuentas, no tenía otro vestido que ponerse, no había vuelta atrás.

En el ascensor aprovechó para remirarse desde todas las perspectivas. Llevaba un precioso recogido que la hacía parecer un poco mayor de lo que en realidad era, pero también más elegante. Un bonito tono morado apagado en sus labios y una débil sombra de ojos terminaban por definir su aspecto como radiante.

Giró un par de veces, imitando a Paris sin saberlo, y después se quedó tranquila.

Cuando las puertas se abrieron de nuevo, se vio superada por el huracán de ruido. Cientos de voces ininteligibles lanzaban frases a diestro y siniestro. Ella, algo cohibida, entró y se encontró con que todo estaba repleto de gente. Los hijos hablaban felices con los padres, algunos se abrazaban, otros hacían bromas o se peleaban tontamente.

—¡Vaya! —espetó impresionada. Se acababa de dar cuenta de la decoración.

A cada lado caían telas blancas de lino con bordados de un tono dorado.

Las lámparas del techo tenían forma de araña y estaban hechas enteramente de cristal. Se iluminaban haciéndose brillar mutuamente y consiguiendo que el lugar pareciera aún más elegante de lo que era. Sin duda, se habían gastado un dineral en todo aquello. Ya se había olvidado de que la torre Madison solía tener a gente muy adinerada, por encima de todo. Lucy, como siempre, era una excepción. Una muy extraña.

—Estás realmente despampanante. —La voz era de Lean, que apareció a su lado. La estaba esperando junto al ascensor, como siempre hacía. Se acercó a ella y le tendió la mano con una reverencia, como si fuera un príncipe de un reino lejano y ella una reina buscando marido, o algo similar.

—Por supuesto. Tengo buen gusto —refunfuñó ella intentando no reconocer que el vestido era una maravilla.

—No te preocupes, no voy a decir que todo es gracias a la ropa.

—Lo estás diciendo...

Lean hizo un gesto idiota, simulando sorpresa, y, después, se puso serio. Le dijo que estaba realmente guapa y que se alegraba de que le hubiera hecho caso.

—¿Te puedo preguntar algo, Lean?

—Claro.

—¿Por qué has venido con una camiseta de manga corta y un pantalón vaquero?! —Iba igual que siempre.

—Es que... no encontré nada que me quedara bien. Bueno —de nuevo se puso serio y cambió de tema drásticamente—, ¿vas a quedarte conmigo el resto de la fiesta o te irás con Jake?

Era increíble lo realmente celoso que estaba. ¿Se habría pasado toda la tarde pensando en ello?

—No voy con Jake, me quedaré contigo. A no ser que resultes ser un coñazo, claro.

Su amigo la cogió del brazo y le dijo que entonces le permitiera ser su guía.

Juntos, entraron por una enorme puerta doble que alguien había dejado abierta y llegaron hasta la sala central. Allí Lucy se quedó de piedra. Una enorme cristalera que ocupaba los cinco metros de altura desde el suelo al techo mostraba la bella noche junto a una lejana, pero brillante, luna. En el centro había otra lámpara de cristal, exactamente igual que las anteriores. Pero esta era a una escala que triplicaba a las otras en tamaño y, por lo tanto, también en belleza. Los invitados ya llevaban un buen rato animados. Algunos

bailaban con la música ligera que sonaba por los altavoces colocados junto a un escenario.

—¿Y esa plataforma? —preguntó curiosa. Se imaginó que la directora daría un discurso. No pudo evitar acordarse del día en que le dieron el homenaje a la chica muerta.

«¡Un momento!» Le vino a la cabeza la fotografía que colgaron aquel día sobre ella. Le sonaba el rostro, sentía que lo había visto antes. Y entonces, de repente, lo vio todo claro. Un estremecimiento le recorrió y Lean se apresuró a agarrarla para que no cayera al suelo.

—¡Ey! ¿Estás bien?

—Sí, sí, perdona. —Se recolocó el flequillo que le caía por la frente—. Es que no estoy acostumbrada a estos zapatos.

Se quedó muda cuando él se tranquilizó. No podía creer aquello de lo que se acababa de dar cuenta. Las cosas empezaban a encajar de un modo preocupante. En el último sueño había visto fugazmente a Rose, la niñera del crío que supuestamente era Jake. En un primer momento no se había percatado, pero ahora las cosas eran diferentes. Rose era Carla, la chica que había muerto hacía seis meses en el incendio de la torre. Estaba segura, eran idénticas.

—¿Quieres beber algo? Tienes mala cara.

—Oh, bueno... —Salió de su cabeza para verse perdida en medio de la sala. Lean se había marchado un momento y ya estaba la gente mirándola. Se sentía incómoda. Tanto que le dieron ganas de salir corriendo. Lo hubiera hecho, si no fuera porque tendría que aguantar sus risas al día siguiente.

«Seguro que están intentando verme las bragas», pensaba sobre las miradas de los chicos, que se deslizaban como sucios dedos por la pierna que sobresalía tímidamente. Llamar la atención tenía sus consecuencias. Tal vez no fuera un vestido adecuado para una fiesta de aquel tipo. Todos iban muy elegantes. Ellos parecían empresarios y ellas princesas recatadas con las típicas faldas extra anchas. Por el contrario, Lucy parecía la típica *femme fatale* que, al final de la historia, mata al chico bueno.

—Voy a asesinar a Lean... —susurró para sí deseando ser tragada por

la tierra.

—Toma. —El rey de Roma regresó con una copa de sangría, bebida española preparada por el *catering* aprovechando que algunos residentes eran de dicho país.

«Qué irónico», pensó ella, por la procedencia del nombre. La ingirió aguantando el amargor, aunque se alegró de notar que no era tan fuerte como otros preparados.

—Si quieres más, dímelo.

Lucy asintió y volvió a beber. No estaba tan malo como de costumbre, podría acostumbrarse a ello.

Lean lo tenía todo calculado. Aunque ella no se daba cuenta, se había asegurado de ir con la ropa de cada día para destacar más que ella. De este modo, aunque sabía que Lucy no iba vestida con lo que se solía llevar, no sería más extraño que sus propias pintas. En el fondo, había sido culpa suya que ella no eligiera un vestido más convencional, y de igual manera él no quería ponerse traje.

—¿Por qué me miras así? —Lucy le sonrió y dejó de beber.

Lean no se había dado cuenta, pero la estaba mirando con cara de tonto.

—¡Oh! No, por nada. Estaba pensando. —Removió la cabeza y se rio, nervioso.

—Mira que haces tonterías a veces... —Sorbió un poco de la copa y añadió, en voz muy bajita—: Pero me haces feliz, muchas gracias.

—¿Eh? —Lo había escuchado bien—. ¿Qué has dicho, Lucy? —Pero ella se hizo la despistada y se dio media vuelta, dando lugar a que se chocara con un joven al que no conocía—. Perdona, no te había visto.

Al principio el desconocido estaba disgustado, pero al ver las curvas de la muchacha, cambió la cara.

—No pasa nada, guapa. —Y la miró lujurioso.

Lucy iba a marcharse, pero el chico le preguntó si quería bailar. Ella se negó y puso la primera excusa que se le ocurrió. Sin embargo, él era muy

insistente y repitió la pregunta acompañado de un: «Vamos, te lo pasarás bien».

La respuesta fue la misma, aunque eso no lo detuvo. Lean caminó para espantarlo, pero llegó tarde. Jake apareció como un príncipe azul y alejó al buitre con un simple:

—Largo.

El compañero de Lucy se detuvo y se quedó a dos palmos de ella. Desde allí observó cómo ella miraba a Jake con vergüenza. Lo que no podía imaginarse era que se trataba de una inseguridad y de un temor difícilmente explicable.

—¿Estás bien? —El vampiro parecía preocupado.

—S-S-Sí. Gracias, Jake.

—¿Qué es lo que te pasa? Estás muy rara.

La joven vampiresa intentó, por todos los medios, negarlo. Tanto que empezó a sonreírle exageradamente, haciendo parecer, desde donde miraba Lean, que estaba ligando con él. Su vecino se puso muy triste y agachó la cabeza.

—Me alegro. Pensaba que ocurría algo. —Jake no tardó ni un segundo en pasarle el brazo por el cuello. Y, sin que ella se diera cuenta, le dedicó una mirada a Lean.

—¡La fiesta está a punto de comenzar! ¡Por favor, elijan a sus parejas para el gran baile! —Un muchacho se había subido al escenario y estaba hablando por un micrófono. La música ligera había desaparecido y unos chicos estaban montando los instrumentos.

Instintivamente, Lucy buscó a Lean para bailar con él. Ni siquiera pensó en lo que acarrearía aquella decisión teniendo a Jake delante. De todos modos, dio igual; ya no estaba.

—¿Quieres bailar? —Jake aprovechó la oportunidad y ella no pudo negarse.

Los dos se dirigieron tranquilamente al centro de la pista, donde ya había alguna que otra pareja preparada. Incluso allí los estaban mirando. El chico más popular con la chica nueva con pintas de facilona. Sin duda estaba más a gusto con Lean, donde él acaparaba la atención. Por el contrario, Jake iba con un traje, como el resto de la sala.

—Tenía ganas de que llegara este momento —le confesó a ella.

—Ah... ¿Sí?

—Sí, tenía ganas de bailar contigo.

Las luces fueron bajando de intensidad, hasta quedar una iluminación tenue. Apenas podía ver a su acompañante. Al fondo, los altavoces empezaron a retumbar un poco. Seguramente estaban haciendo pruebas. Miró a los lados para intentar encontrar a Lean, pero no hubo manera; estaba demasiado oscuro. «De todos modos, seguro que se ha ido a su habitación... Siempre lo dejo tirado, no me merezco un amigo así.»

Una guitarra empezó a sonar, y un foco del escenario la iluminó. Sonaba lenta, melancólica. Después apareció la batería y, juntos, comenzaron a tocar una dulce balada para enamorados.

—Bonita canción. Perfecta para nosotros —comentó Jake empezando a dirigirla.

Lucy se dejó llevar. Estaba pensando en que no quería estar allí. Deseaba marcharse, aunque no podía. Ya no. Se limitó a fundir sus pensamientos con las notas de música y siguió los pasos del vampiro.

De pronto, el cantante apareció. Iluminado como un ángel, sacó a la triste Lucy de sus penas y la transportó de nuevo a la sala. Nada más escuchar su voz, quedó prendada. Alzó la vista y se le puso la piel de gallina.

Allí, en medio del escenario, Lean estaba cantando.

La expresión con la que empezó a entonar las bellas palabras de aquella canción le llegaron al alma a ella, que lo miró con unos ojos con los que nunca lo había visto. Ya no veía a su vecino, ni siquiera a su amigo. Estaba observando al chico que realmente le gustaba; el hombre en quien podía confiar, la persona que le hacía sentirse bien.

Observó los brillantes focos atenuándose, y cómo todo se iba oscureciendo dejando tan solo el pecho y la cara de Lean visibles. En ese momento su garganta se relajó y durante un par de segundos no se escuchó nada en la sala. De pronto, Ash, con la guitarra bien agarrada, salió de la penumbra y tocó un potentísimo y precioso solo que dejó a todo el mundo con la boca abierta. Solo Lucy parecía inmune al embrujo de sus notas, solo ella continuaba con la vista clavada en el cantante. Lo observaba como si fuera la primera vez que lo veía. En ese instante, en ese momento, supo que lo que sentía por él era muy diferente a lo de Jake; más profundo, más verdadero, más real. A pesar de que el vampiro se encontraba allí, a pesar de que era más popular, más guapo y que era un vampiro como ella, el hijo de la directora estaba perdiendo contra un chico impopular y apático.

De repente, Lean alzó la voz de nuevo y empezó a gritar emocionando a todos los asistentes. Las estrofas volvieron a salir disparadas de su boca y

hablaron de amor, de perdón, de cómo un hombre ocultaba sus sentimientos a una mujer y cómo le suplicaba que no le dejara de lado ahora que sabía la verdad. Le rogaba que se quedara junto a él y que no tuviera miedo.

Sin saber por qué, Lucy dejó escapar una lágrima que se deslizó con rapidez desde su cara hasta el suelo.

Todos los presentes habían dejado de bailar. Estaban sorprendidos y maravillados a partes iguales. Una vez se apagó la voz del muchacho, Lucy empezó a aplaudir descontrolada. El resto de la sala la siguió al unísono.

Jake se quedó callado. La miraba con una mezcla de rabia y de sorpresa. Se acababa de dar cuenta de que sentía algo por ese tío.

—Tampoco canta tan bien —dijo con malas intenciones, pero ella lo ignoró. Consciente de lo que sucedía, se alejó entre la gente, furioso. En cuanto tuviera la oportunidad iba a darle una paliza al imbécil que intentaba robarle a su novia.

Llegó hasta la salida y, cuando alcanzó el pasillo, se encontró de frente con Leonard y los demás.

—A ti te andaba buscando —le saludó.

—¿Qué queréis? —Sus ojos echaban fuego.

—Hemos hablado con tu madre sobre... cierto asunto.

Paris se adelantó para explicarle a Jake lo que sucedía, suavizando el chantaje.

Si la situación hubiese sido otra, quizás él no estuviera nada contento con la idea. Tal vez incluso se hubiera liado a golpes. Sin embargo, esta vez era distinto. Cegado por el odio, por la cólera y por los celos, no podía pensar con claridad.

—Muy bien... —les dijo, acompañándolo de una petición—. Pero si os vais a comer a alguien —apuntó con su dedo índice al escenario—, que sea a él. —Y señaló directamente a Lean.

CAPÍTULO 16

Como en las películas

El señor Marshton se estaba poniendo nervioso. Encontrar a un vampiro en la Torre Madison iba a ser algo casi imposible. Sus investigaciones apuntaban a que, sin duda, el responsable de las muertes en el prado vivía allí, pero, ¿cómo iba a identificarlo?

Llevaba consigo un pequeño bolígrafo que ocultaba una linterna, la cual actuaba como la luz ultravioleta. El problema era que allí muchos padecían alergia, por lo que no podía ir deslumbrando a todo el mundo. Debía pensar en una alternativa para identificarlos, y rápido.

Decidió ocultarse entre la multitud que paseaba por todas partes. Lo único bueno de aquello era que, al estar tan concurrido, sería raro que se fijaran en él. El problema era que quien lo hiciera, no se olvidaría de su aspecto fácilmente. Todos iban trajeados, mientras que él llevaba una gabardina vieja y un sombrero de quién sabe cuándo. Se lamentó por haber coincidido con una celebración.

El resto del tiempo lo pasó buscando por donde se le ocurrió, sin un rumbo fijo. Miraba a la gente intentando hallar alguna característica que los delatara, pero aquello no funcionaría en la torre. Enseguida se percató de que la mayoría tenía la piel pálida. Solo los pocos que llevaban cicatrices visibles eran instantáneamente descartables.

—Tengo que plantearlo de otro modo: un vampiro no puede controlar sus instintos más primarios. Como mucho, puede aguantar unos cuantos minutos y, por lo general, ni siquiera lo intentan. Por lo tanto... —Metió la mano en uno de los bolsillos y buscó—. Esto es lo que necesito. —Sacó un diminuto frasquito que contenía un líquido rojizo mezclado con agua. Lo que guardaba el recipiente era un arma muy poderosa, tal vez la más útil de todas las que llevaba encima. Se trataba, ni más ni menos, que de un simple perfume de agua de colonia mezclada con ligeros aromas de sangre humana concentrada. No era lo suficientemente perceptible para molestar a una persona normal, pero sí lo bastante intenso como para que un vampiro se diera media vuelta y se quedara atontado. En apenas unos segundos le provocaría un interés especial sobre la persona que llevara el perfume, y desearía comérsela en cuanto tuviera ocasión—. El típico truco del cebo.

Se metió en el lavabo de caballeros y entró en uno de los servicios. Nada más cerrar la puerta se echó el perfume sobre el cuello, extendiéndolo con cuidado, y preparó la pistola. La cargó con balas que destellaban; munición que explotaba segundos después de impactar expulsando una potente concentración de luz ultravioleta. Cualquier vampiro que recibiera un disparo así acabaría achicharrado y hecho pedazos.

Cuando estuvo listo, salió y empezó a pasearse; tarde o temprano se cruzaría con un vampiro. Y entonces, lo mataría.

* * *

No podía parar de aplaudir. Era ver a Lean en el escenario y vitorearlo con la boca abierta como si fuera una fan enloquecida.

Él se había quedado plantado en la plataforma. Se le veía tímido, no estaba acostumbrado a tanta atención. Lucy empezó a pegar botes de la emoción y a gritar su nombre; acababa de perder los papeles.

De repente, como si se tratara de un fantasma, Tabitha pasó al lado de ella esquivando a la gente y caminando muy lentamente; parecía flotar en el aire. Lucy la reconoció al momento y se quedó muda. Ambas se miraron directamente a los ojos. Tabitha sonrió con picardía sin detenerse y, finalmente, empezó a desaparecer entre la multitud, aunque ella intentó no perderla de vista.

La joven Lucy dio la espalda al escenario y, aunque dudó, terminó por seguir a la vampiresa. Aquello no podía ser bueno, estaba segura de que aquella expresión era porque sabía que ella la conocía de algo. Además, Madison no le indicó que había más vampiros en la torre y, aunque ahora sabía que Leonard y los demás lo eran, Lucy presentía que Tabitha se encontraba allí de incógnito. Tenía un palpito, como si al no perseguirla fuera a ocurrir algo terrible.

De pronto se quedó de piedra, vio lo increíble: junto a la puerta esperaba Camuel, que saludó a Tabitha. Ella le susurró algo y él miró directamente hacia Lucy. Al verla, el hombre sonrió con su característica dulzura... y después se alejaron.

No iba a permitir que escaparan tan fácilmente. Aceleró el paso y cruzó la puerta para salir. En el pasillo no quedaba nadie, excepto los dos vampiros que caminaban al fondo bajo las enormes lámparas colgantes.

—¡Esperad! —les gritó.

Ambos se dieron la vuelta y, sin decir nada, la observaron con curiosidad.

Los ojos de Lucy empezaron a temblar; los vampiros de sus sueños se habían vuelto reales.

* * *

—Muchas gracias, tío. —El chico de estilo gótico chocó la mano de Lean—. Si no llegas a sustituir al cantante, estaríamos jodidos.

—¡No sabía que cantaras tan bien! —El batería estaba cogiendo los bártulos mientras hablaba—. ¿No te interesaría unirme?

—¡Eh! ¿Y qué pasa con Isaac? Él es el cantante —respondió Ash desechando la idea.

—No te preocupes, Ash. No tengo ningún interés en cantar. Sólo quería echarte una mano y, de paso, darle una sorpresa a mi amiga.

—Ah, sí. —Le golpeó con el codo—. *Tu amiga*. Sois la comidilla en la universidad, ¿sabes?

El batería se acercó y le tendió la mano.

—Eres nuestro héroe. —Cuando Lean la estrechó, confundido, el batería añadió—: Además de ser un buen cantante, te has ligado a la tía más buenorra del edificio.

—¿Será una broma! —Paris apareció dejando a los tres sorprendidos.

—¿Paris Meyer? —soltó Ash mientras balanceaba su peinado y arrugaba su cara—. Perdona, pero aquí no se puede pasar, es zona reservada para el grupo.

Ella lo ignoró, haciendo gala de sus aires de grandeza, y se acercó directamente a Lean.

—¿Tú también piensas que la chica nueva es la más guapa? —Le sonrió con picardía—. ¿Verdad que yo soy más hermosa? —Su voz sonó lasciva. Le había dejado la palma de la mano en su pecho con suavidad.

Puede que a cualquier otro chico aquello hubiera significado la entrada al paraíso, pero para el vecino de Lucy era diferente. No estaba, ni por asomo, interesado.

—¿Qué coño quieres? —Lean la abofeteó verbalmente.

Ella soltó un ruidito de decepción y después le indicó que lo acompañara.

—Qué poca clase... Me gustaría hablar contigo sobre tu amiguita. Hay algo que debes saber.

—¿Eh? ¿Saber el qué? —Lean se puso tenso.

Paris empezó a caminar a la vez que, doblando sensualmente un dedo, le indicaba que lo siguiera. Él miró a los chicos del grupo y se despidió, muy

serio.

—Definitivamente, es mi héroe —espetó maravillado el batería mientras su compañero se quedaba anonadado.

Lean y ella pasaron entre la gente en silencio. Algunos le felicitaron por la actuación; otros, en cambio, se quedaron mudos creyendo que ahora estaba con Paris. ¿Es que se había convertido en un ligón de repente?

—¿Y bien? —Lean salió de la sala y la siguió mientras ella se acercaba a una esquina que daba a otro pasillo. Ni siquiera se percató de que en la dirección contraria estaba Lucy mirando a Tabitha y a Camuel. Sin saberlo, dio la espalda a su única salvación—. ¿Qué es lo que tienes que contarme? —insistió, empezando a perder la paciencia.

Pero ella no contestó. En su lugar, continuó andando y desapareció de su vista.

Cuando él siguió sus pasos y accedió al nuevo pasillo, se encontró de bruces con Troy.

—¡Hola! —Este le pegó un puñetazo que lo dejó KO instantáneamente.

Su cuerpo perdió toda fuerza, como un peso muerto, y Troy lo atrapó a medio camino mientras se echaba a reír.

—¿Quieres tener más cuidado?! Si se muere, su sangre no nos servirá —le recriminó Paris.

Y, juntos, se marcharon a un lugar más íntimo. Era la hora de la cena.

* * *

Tabitha y Camuel tenían la respuesta al enigma de la pérdida de memoria de Madison. Pero Lucy no era idiota, sabía que no se los sacaría por las buenas. A pesar de saber que no podía morir, tenía miedo. Recordó las palabras que compartió Tabitha con Erika en la oscuridad de la mazmorra y se estremeció.

—Hay cosas peores que la muerte —reprodujo, como imitando a la vampiresa de sus sueños.

Tabitha tomó la iniciativa tras escuchar la frase y empezó a caminar hacia Lucy; aunque Camuel la agarró rápidamente de la muñeca y le indicó con la cabeza que no era buena idea. La inexpresiva cara de la vampiresa se ladeó, demostrando haberlo comprendido, y volvió sobre sus pasos. Camuel se dio media vuelta y ambos decidieron hacer oídos sordos.

Lucy no estaba segura de qué era más inquietante: si ver en carne y hueso a dos vampiros con los que había estado soñando cada noche, o el hecho de que

ellos parecerán saber que ella los conocía.

—¡No os mováis! —les volvió a gritar. Pero no le hicieron caso.

Al mismo tiempo llegó Jake por detrás, hablándole mientras se acercaba.

—¿Por qué gritas? ¿Alguien te está molestando?

La recién llegada señaló a los vampiros y le miró.

—¡Allí! ¡Ellos! ¡No dejes que se marchen!

—¿Que no se marche quién? —Empezó a mover la cara, interrogante. No veía a nadie.

Cuando ella volvió a mirar al frente se encontró con que señalaba a la nada. Se habían esfumado. Estaba tan conmocionada que ahora dudaba de si todo fue una ilusión o, en realidad, acababa de tenerlos delante. En cualquiera de los casos, decidió que lo mejor era hablarlo con Jake y con su madre lo antes posible.

—Llévame con la directora. Tengo que hablar con ella. Ahora.

—No es buen momento. Está esperando en el helipuerto, va a recibir al padre de Leonard.

—¡Pero Jake! ¡Es realmente importante que hable con ella!

Él la agarró de los hombros y, tras dudar un momento, miró a los lados. Nadie por ninguna parte.

—Cuéntame qué pasa.

* * *

El local número treinta y uno se abrió e Iris entró sin problemas. Todo estaba como lo había dejado. Se colocó las manos en la cintura y miró a todas partes, desconsolada. Vio el desastre a la vez que las luces se activaban automáticamente. Parecía como si alguien acabara de entrar a robar. Deseó que hubiera sido cierto; así al menos habría algo interesante que contar.

El piso entero estaba en silencio. Tan solo el pasillo principal que daba a las tiendas y el local donde se encontraba ella tenían las luces encendidas, los demás se encontraban con todo apagado.

—Debería estar ligando en la fiesta, no currando por una miseria. —Abrió la puerta que daba a la trastienda—. Si al menos me hiciera falta el dinero... No sé para qué me molesto en trabajar. —Cogió la primera caja con la que se topó y la llevó delante—. Bueno, si sé para qué trabajo. ¡Para enterarme de todos los chismes! —Sacó un par de vestidos envueltos en plástico transparente y les quitó la protección. Después agarró unas cuantas perchas y, tras ponerlas en la ropa, pensó en dónde colocarlos—. Seguro que la zorra de

Lucy se lo está pasando en grande. ¡Encima con un vestido de «mi tienda»! — La culpabilidad por lo que le hizo anteriormente ya se había esfumado.

Unos pasos sonaron de fondo, pero ella no se dio cuenta. Estaba demasiado ocupada escuchando su propia voz.

—Me encantaría darle una lección a esa asquerosa. Seguro que tiene algún secretito que puedo aprovechar. —Volvió a la caja y continuó sacando ropa —. Si soltara un rumor sobre que está embarazada de Jake... —Empezó a reír —. ¡Eso sería genial!

Y de pronto, una mano pasó al lado de su hombro y le tapó la boca, empujándola hacia atrás. En un segundo la cara de su atacante se descubrió y pudo ver, por el rabillo del ojo, a un enloquecido Marty jadeando y sudando como un cerdo.

—¿Seguro que no quieres que te ayude con la tienda, guapa? —Y luego la tiró al suelo.

Iris intentó levantarse, pero las zapatillas le resbalaron tanto que casi cayó de nuevo. Tuvo que mantener el equilibrio apoyando las manos en el suelo, algo que aprovechó Marty para agarrarla del pelo y levantarla.

—¿A dónde te crees que vas?! —Preguntó segundos antes de besarla sin un ápice de delicadeza.

Ella intentó zafarse empujándole, pero no pudo. Al final empezó a pegarle golpes en el pecho con los puños cerrados. El recepcionista estaba tan avivado que ni los notó, se excitó con solo pensar en lo que iba a hacerle. Sus antiguos hábitos acababan de volver, habían explotado como una bomba que llevaba tiempo desactivada y que de repente, sin razón aparente, estalla provocando un desastre. En su cabeza cambió a Iris por Tabitha; realmente creía que la joven era esa muchacha de falda corta y mirada indiferente que tanto le trastocaba. Estaba realmente loco.

—¡Suéltame! —Al final acertó con una perfecta y precisa patada en los testículos.

Como en toda buena película de terror sobre asesinos y violadores, Iris salió corriendo del local a golpe de auxilio. Por supuesto, nadie iba a contestar, pues estaban solos en el piso. Pero las cosas iban a desarrollarse de un modo especial en aquella ocasión. Nada más salir por la puerta, Marty se levantó como si algo le hubiera recargado las pilas. No podía permitir que escapara. Si alguien se enteraba, estaría acabado. Pero algo sucedía, Iris ya no estaba gritando. ¿Se habría escondido? En cuanto salió tras ella, supo la respuesta.

La chica, de pie, miraba atónita la escena que estaba presenciando: Troy llevaba arrastrando de un brazo a un desmayado Lean, como si fuera un muñeco de trapo, a la vez que Paris se repasaba en su espejito. Marty imitó a Iris y también se quedó parado.

—Vaya, vaya... —Empezó a hablar Paris, a la vez que guardaba su accesorio en el bolso—. Parece que aquí hay más gente de la que esperaba.

—A-A-Ayudadme —suplicó Iris a pesar de estar segura de que Lean estaba en aquellas condiciones por culpa de esos dos—. ¡Está intentando violarme!

Marty, sin mediar palabra, sacó un cuchillo que se había llevado para la ocasión.

—¡No os entrometáis! ¡Tabitha es mía!

Troy miró a Paris y se echó a reír.

—¿Puedo? —preguntó.

Paris se limitó a encoger los hombros en señal de que le daba igual.

—Nos han visto, así que supongo que sí. Pero recuerda: si muere, tienes solo un minuto antes de que la sangre se estropee.

El chico apretó los nudillos y fue a por el recepcionista. Marty gritó como un loco y se lanzó a por el mastodóntico vampiro, sin saber que conseguir apuñalarle en el pecho iba a ser inútil. Levantó la vista hacia Troy y, cuando se dio cuenta de que no mostraba dolor alguno, se extrañó. Miró de nuevo la hoja y comprobó que, efectivamente, se la acababa de clavar.

Iris estaba chillando, pensaba que Marty los iba a matar a todos. Nada más lejos de la realidad. Él no era el verdadero peligro.

—Me toca. —Troy encogió el brazo derecho y le propinó un puñetazo tan brutal que los huesos de la mandíbula se quebraron. Cayó muerto sobre el suelo con un golpe sordo y seco, como un saco de patatas.

La vendedora de ropa se puso histérica. No había quien la soportara. Ahora gritaba con más fuerza si cabe, y le estaba dando dolor de cabeza a Paris.

—¿Qué hacemos con ella? —El vampiro se agachó y se limpió la mano ensangrentada con la lengua.

—O la matas, o te la comes. Irse no se puede ir... —Y añadió—: Pero sea lo que sea, hazlo ya, que me está poniendo de mal humor.

Cuando Iris escuchó las opciones que tenía, intentó huir espantada. Pero Troy, además de fuerte, era más rápido. La cogió del brazo y se lo dislocó en cuestión de apenas un segundo. Ella gritó de dolor y empezó a suplicar que no

le hiciera nada.

—¿Ahora que nos lo vamos a pasar bien? —le contestó el vampiro sacando sus afilados colmillos.

La chica se dio cuenta entonces de lo que era. Pensó que aquello tenía que ser una broma de mal gusto y que no le podía estar pasando a ella.

Por su parte, Paris se había arrodillado junto al cuerpo de Lean. Se acercó a su cuello y lamió con deseo la zona donde iba a hincarle los dientes.

—Que aproveche —bromeó mientras ambos mordían a sus víctimas.

En un par de segundos, cuando más estaban disfrutando de la sangre, el ascensor sonó al tiempo que abría sus puertas. Los dos monstruos giraron los ojos en dirección a la entrada y vieron, incrédulos, a un hombre con gabardina y sombrero.

—Parece que ya os he encontrado —saludó y sacó la pistola, que produjo un característico y corto silbido, como si algo estuviera cargándose.

Paris soltó a Lean en el suelo a toda velocidad y pegó un salto, desapareciendo. Troy, por su parte, se limitó a rugir como un animal sin soltar el cuerpo, ahora inerte, de Iris.

Dos balas salieron del arma a toda velocidad y se estrellaron en el brazo y el pecho del monstruo. En un primer momento no ocurrió nada, apenas el impacto empujó a Troy hacia atrás. Este empezó a reírse y, de pronto, comenzó a notar cómo salía humo de la herida. Miró al señor Marshton y, entonces, el vampiro se tapó los ojos con la mano. Del dolor soltó a Iris, que cayó inconsciente a sus pies. Lo siguiente fue un tremendo destello que quemó casi por completo el cuerpo del vampiro y dañó de gravedad a la chica. Una explosión lanzó al gigantesco monstruo varios metros atrás, cercenándole medio torso.

El cazador se acercó corriendo a la muchacha mientras Troy agonizaba envuelto en humo. Cuando Marshton vio cómo estaba la chica, se lamentó:

—Lo siento, pequeña. No estoy acostumbrado a que también os afecte a vosotros. —Se giró a Troy y le apuntó en la cabeza.

Este se quedó quieto y lo insultó, incapaz de levantarse. Habría muerto de no ser por Paris, que, desde quién sabe dónde, apareció tirando al cazador al suelo y huyendo otra vez.

—Odio que hagan eso —espetó Marshton cuando se incorporó y vio que no era capaz de encontrarla entre los recovecos oscuros que rodeaban ahora al pasillo. Su mejor opción era buscar un lugar que le diera cierta ventaja, pero tenía que tener cuidado de no dejar a las víctimas solas. Paris no dudaría en

utilizarlas para regenerar a su amigo.

—¡Vete! —escuchó en alguna parte—. Te perdonaré la vida si te vas ahora. —Paris sonaba poco convincente. Rugía como un monstruo deformado; nadie diría que se trataba de una belleza sin igual.

—Me marcharé cuando acabe contigo. —respondió Marshton. Debía preparar un plan cuanto antes. No podía estar perdiendo el tiempo, Iris necesitaba atención médica urgente. Además, el otro muchacho quizá muriera pronto, si es que no estaba muerto ya.

No se volvió a oír a la vampiresa. Se movió, en silencio, por la oscuridad. El único modo de obligarla a exponerse era poner en peligro a su compañero. Puede que no funcionara y dejase que muriera, pero era un buen plan. Al menos tendría una oportunidad de matar dos pájaros de un tiro. No ganaba nada esperando a que ella recuperase el aliento y se preparara.

—¡Mira con atención! —gritó acercándose decidido al cuerpo de Troy y volviendo a apuntarle.

El arma volvió a silbar momentáneamente y un estrépito sonó a su espalda. Al darse la vuelta, disparó a la vampiresa, que por desgracia había sido más lista que él. Un extintor voló donde debía estar ella recibiendo el balazo y explotó en mil pedazos, que salieron disparados hacia él.

Nada más caer, Marshton quedó envuelto por el contenido y la zona se llenó de polvo blanco.

—¡Mierda! —Tenía alojado un buen fragmento en el pecho, y parecía una herida muy grave. Para colmo, Paris acababa de salir de su escondite y se acercaba, amenazante. A su vez, al fondo, Troy se estaba riendo; aún no podía moverse, pero era evidente que se recuperaba poco a poco. Marshton tenía que matarlos cuanto antes, la cosa no pintaba nada bien si no hacía algo; y pronto.

—Parece... —Ella llegó hasta él y acabó por sentarse sobre su cadera; después apoyó ambas manos sobre el trozo de metal— ¡que estás jodido! —Y apretó un poco.

Los gritos fueron atroces. Le estaba perforando el interior y, si seguía así, iba a morir desangrado. Respiró hondo y levantó de golpe la pistola con su mano. Pegó un tiro, pero Paris golpeó el cañón con su muñeca, impidiendo que le acertara. La bala se perdió en el techo y un fognazo lejano le hizo sentir inútil.

—¿Esperabas conseguir algo con eso? —Abrió la boca para enseñarle los colmillos—. Míralos bien, serán lo último que veas. —Después se dispuso a

comérselo.

Pero de pronto, como si el destino quisiera hacer justicia, ella notó un pinchazo en el pecho. Le ardía, le dolía a rabiar. En un primer momento, hizo un amago de querer apagar su ropa como si estuviera ardiendo, pero al final fue consciente de lo que ocurría. Intentó darse la vuelta retorciéndose de dolor para mirar a Lean, pero no pudo. Marshton levantó de nuevo el arma y, tras cargarla a máxima potencia, acertó en plena frente. Paris desapareció mezclándose con el destello. En un segundo, dejó de existir.

Y al siguiente, una explosión lo silenció todo.

* * *

Jake la miró sin decir nada. Lo que Lucy le contó no podía ser cierto.

—¿Seguro que no fueron imaginaciones tuyas?

—¡N-No lo sé! Pero... ¿y si no lo eran? —dudó muy preocupada por lo que pudiera pasar. Aquellas intrigas de vampiros no le dejaban tomarse un respiro.

—Tienes razón. Deberíamos hablar con mi madre por si acaso. —Empezó a caminar pidiéndole que le acompañara. Temió que tuvieran algo que ver con la llegada de Adaniel.

Cuando ya estaban a punto de alcanzar el ascensor, una bajada de tensión los puso en alerta y, de pronto, la luz se fue. En un segundo toda la electricidad se había desvanecido, haciendo que la oscuridad los cegara. La gente empezó a murmurar extrañada.

—¿Qué pasa? —Jake se puso en alerta y le cogió la mano a Lucy.

Las luces de emergencia se encendieron tímidamente sobre sus cabezas. Ni siquiera eran lo suficientemente potentes como para verse los unos a los otros.

Una voz enlatada, que provenía del sistema de seguridad de la torre, informó a los allí presentes:

—*Se ha detectado un incendio en el centro comercial. Tomen las escaleras de emergencia y bajen ordenadamente hasta recepción. Repito...*

Todo el mundo empezó a empujarse entre gritos. El pasillo no tardó en llenarse de gente alterada. Enseguida Lucy y Jake comenzaron a separarse al recibir golpes de un lado y de otro. Mientras los residentes y sus familiares se daban prisa en salir, ella recibió una sacudida de la multitud, que la empujó con fuerza. No lo vio venir, no le dio tiempo ni a gritar. Se tropezó y se vio cayendo. Terminó golpeándose con violencia contra el suelo y, al poco, notó cómo iba perdiendo el conocimiento mientras escuchaba la voz de Jake, el

cual continuó buscándola desesperadamente.

Eres demasiado peligrosa

SUEÑO

El frío del invierno estaba volviendo, poco a poco, a Londres. Las chimeneas de las casas ya empezaban a expulsar humo como fumadores empedernidos mientras, a su vez, los sintecho encendían hogueras.

Erika, Tabitha y Rose se habían provisto de una capa con capucha para protegerse de la bajada de temperatura y, de paso, ser incluso menos visibles. Llevaban un buen rato buscando algo que comer. Normalmente les costaba menos tiempo y solían llegar pronto a casa. Por desgracia, esa noche había poca gente en la calle: los sorprendió el frío, que los obligó a correr a su hogar. Era curioso, pero el invierno debió de salvar la vida de alguien aquella noche.

—Me muero de hambre.... —Rose mantuvo su sonrisa inquebrantable a la vez que sus ojos entristecidos se desviaban al suelo.

—Si no nos damos prisa, tendremos que comer rata —comentó Tabitha.

Para Erika, era lo mejor que podían hacer. No tenía la necesidad de beber sangre, por lo que podía pasarse días sin alimentarse de nada.

—Pronto amanecerá, volvamos. No nos pasará nada por comer un poco de roedor.

—¡Sí, claro! —Su amiga se cruzó de brazos—. Para ti es fácil decirlo. Acepto tu obsesión por salvaguardar la vida de los humanos cuanto puedas, pero yo necesito algo más consistente —recalcó el «yo» elevando la voz.

—Por favor, señoritas, dejemos de discutir y busquemos. El señorito Jake debe de estar muy triste sin mí —hablaba como una vieja, pero era incluso más joven que ellas, al menos físicamente.

Erika no soportaba los comentarios de la vampiresa. Se pasaba el día hablando del hijo de la reina; era agotador. Pero lo que ella no sabía era que Madison había utilizado el pacto en Rose. «Tu vida girará alrededor de Jake. No serás feliz si no estás a su lado y darás tu vida por protegerlo si hace falta», fueron sus palabras textuales.

—Creo que hemos tenido suerte. —Tabitha agarró del abrigo a Erika y señaló, con la barbilla, en dirección a la acera de enfrente. Al otro lado de la calle, un chico estaba transportando un violonchelo salvaguardado dentro de su funda. Por lo que pudieron comprobar, debía de pesar mucho; le costaba horrores caminar.

Rose las adelantó un poco y comentó que parecía sabroso. Tabitha se alegró al saber que no tendrían que comer ratas esa noche. Miró a Erika para hacer una inocente burla sobre el tema, pero se le quitaron las ganas cuando vio la cara de su compañera. Estaba más blanca de lo habitual y le temblaban los labios.

—¿Eloise?

—N-N-No. A él no podemos comérselo —aseguró ignorando el hecho de que hubiera vuelto a llamarla así.

—Pero, ¿por qué?

—¡He dicho que a él no! —Enfurecida, se acercó a su amiga y la agarró—. ¡Prométeme que no os lo vais a comer! ¡Hazlo!

Rose, sonriendo, se acercó a separarlas.

—Vamos, vamos. No montes un número, Eloise. Tenemos que alimentarnos.

Tabitha estaba tan sorprendida por su extraña actitud que no dijo nada.

—¡He dicho que a él no! —Y giró la cara para amenazar a Rose—. Si le tocas, estás muerta, ¿entendido?

Casi hizo que la vampiresa perdiera su sonrisa, pero solo fue un débil espejismo.

—Vale...

Al escuchar que no harían daño al joven, soltó a Tabitha y empezó a caminar en otra dirección para obligar a sus compañeras a alejarse. Aunque Rose lo miró unos segundos mientras las seguía, al final lo dejó estar. Pero la amiga de Erika no estaba cómoda. No entendía nada.

—Pero... ¿quién es? ¿Lo conoces?

Erika fusiló la pregunta soltando una bomba:

—Era mi prometido.

* * *

—¡Dadme una buena razón para no haber comido hoy! —La reina estaba muy enfadada—. No puedo creer que ni siquiera con Rose hayáis conseguido capturar nada. Precisamente os puse a su cuidado para que aprendierais. —Se retorció en su trono y cambió la postura—. ¡Estoy harta de vuestra ineptitud!

Las tres se arrodillaron en señal de disculpa. En cierto modo, Madison tenía razón. Desde que Camuel dejó de salir de caza con Erika, ella se había asegurado de no comerse a ningún humano. Se alimentaba de ratas cuando consideraba que llevaba demasiado tiempo sin beber; más que para no caer en

el ansia, lo hacía por aparentar. Tabitha, por su parte, era la que hacía el trabajo sucio. Se aseguraba de cazar humanos y atribuirle uno a su amiga para que no hubiera problemas.

—¡Y tú, Rose! Siempre me has servido bien, pero parece que te han contagiado su ineptitud. Tengo serias dudas de si estás cualificada para cuidar a Jake.

Esto desintegró su sonrisa. Por primera vez en mucho tiempo, todos la vieron llorar.

—¡No, ama! ¡Se lo suplico! Cualquier cosa menos eso.

—No tengo otra elección. —Madison se estaba riendo. En el fondo ya sabía lo que sucedía, pues lo acababa de leer de sus mentes. Aun así, prefirió disfrutar de la situación y obligarlas a confesar que habían dejado escapar a un humano.

—¡Señora, por favor! ¡No fue culpa mía! Castigue a Eloise. Ella fue la que nos impidió cazar. —La frase, aunque claramente estimulada por el pacto que la hacía infeliz sin Jake, se asentó como una repugnante traición en el corazón de Erika.

La sala se quedó muda y todos miraron a la joven vampiresa, que mantenía la cabeza agachada.

—¿Vas a explicar lo que sucede? —La reina se mostró serena; claramente, se lo estaba pasando en grande.

—Dudo que sea necesario. —La voz sonó amenazante, y aunque por un momento pensó en comedirse un poco, decidió continuar atacando a su mentora. No iba a darle el gusto de disfrutar—. E-Estoy segura de que ya lo sabe todo.

Una carcajada revolvió la sala entre los cuchicheos de los demás miembros del clan.

—Eso es cierto —Madison se levantó de su trono—. Has dejado escapar a un humano, solo porque fue tu prometido cuando eras humana.

—Aún es mi prometido.

—¡No me hagas reír! —Soltó un bufido, ofendida—. ¿Acaso ya has olvidado lo que eres? ¡Yo te arrebaté la vida! La absorbí en ese callejón. Además... —hizo una pausa para buscar la frase que más pudiera dolerle—, ¿piensas que él se casaría contigo si supiera que eres un monstruo?

Erika no respondió, se limitó a continuar con su postura. Se había concentrado en las piedras del suelo y notaba cómo el cuerpo le pesaba. Aunque se esforzaba por ignorar aquellas duras palabras, sentía su corazón

arder.

—¡Se me acaba de ocurrir algo genial! —Jake apareció entre los vampiros. Corrió hacia su madre y le susurró al oído.

—¡Qué buena idea! Siempre tan ingenioso, hijo. —Le dio un beso en la mejilla y lo sentó en su regazo. Después, se dirigió a Erika—. Mereces un castigo por tu insolencia. Creo que tienes potencial, así que en vez de matarte, he decidido hacer caso a mi niño. —Su voz, de repente, se notó distorsionada. Usó el pacto en la pobre vampiresa y la obligó a hacer algo terrible—. Vas a marcharte ahora mismo y buscarás a tu prometido. Cuando lo encuentres, quiero que lo mates y me traigas su cabeza.

Todo el mundo exclamó una tremenda sorpresa, algunos divertidos, otros horrorizados. Tabitha hizo ademán de replicar, pero terminó resistiéndose. Sabía que nada de lo que dijera cambiaría la orden.

Erika se levantó, como preparada para marcharse. Madison sonrió y esperó. Pero la respuesta que escuchó hizo tanto daño en el orgullo de la reina que ni ella misma supo cómo reaccionar:

—No.

Imposible, pero cierto. A pesar de la orden de su propia mentora, el pacto no había funcionado. Erika se erguía amenazante, como dispuesta a matar a quien hiciera falta para proteger al muchacho.

La reina no pudo hacer nada más que ordenar a sus propios compañeros que la agarraran:

—¡Encerradla y atadla!

En ese momento descubrieron el poder oculto de Erika: era inmune al pacto. Y, por lo tanto, tendría que morir.

CAPÍTULO 17

Nada es lo que parece

En cuanto abrió los ojos, se dio cuenta de que se veía luz al fondo del pasillo contiguo. Por debajo de la rendija de la puerta entraba, difusa, una estela brillante y rojiza acompañada por una desalentadora humareda. Se levantó como pudo, intentando no volver a caer empujada por la gente, y se tocó la cabeza. Notó sangre, aunque la herida ya se había cerrado.

La situación era un completo caos. Todo el mundo intentaba salir a la vez por la puerta de emergencia, ignorando extrañamente la que daba a la misteriosa luz. Lucy empezó a caminar, torpe y todavía aturdida, en dirección contraria al tumulto, y se acercó al otro pasillo. De pronto, alguien la llamó:

—¡Lucy, Lucy!

Jake daba tumbos por todas partes; detenía a cualquiera que se le pareciera y la soltaba al momento, decepcionado.

Ella lo llamó y él no tardó en encontrarla.

—¿Dónde estabas?!

—En el suelo... —maldijo.

—Tenemos que salir de aquí. Hay un incendio y la electricidad no funciona.

—Pero..., ¿y esa luz? —señaló la puerta, curiosa.

—¿Dónde crees que está el fuego?! ¡Venga! —La agarró de la muñeca y la obligó a marcharse junto al resto de la gente. Pero de poco iba a servirles. Nadie daba su brazo a torcer, todos se peleaban por salir primero.

—¡Cálmense! ¡Cálmense, por favor! —gritaba alguien intentando poner un poco de orden. Su voz se perdió enseguida en el mar de gritos, fue inútil.

—¡Lean! —Lucy se acordó de pronto—. ¿Habrá salido?!

—Supongo, aquí hay mucha gente —Jake sabía que Paris se lo había llevado con Troy. Aun así, se hizo el loco y le mintió.

—Tiene que estar por aquí. —Miró hacia atrás y le buscó. Pero no se veía nada. La oscuridad, aun siendo parcial, era la suficiente como para no dejarle ver al detalle las caras de los demás residentes—. Se encontraba en el escenario. Seguro que está detrás de nosotros. —Y giró para encontrarlo.

El vampiro se enfadó y espetó un insulto antes de intentar prevenirla:

—¡Es peligroso!

—No me va a pasar nada. Eres tú el que debería marcharse —contestó sin detenerse. Ni siquiera le miró a la cara. Quería encontrar a Lean, estaba tan terriblemente preocupada que no le importaba nada más.

Los dos entraron en la sala y la rastrearon; no había nadie. Se dieron media vuelta y volvieron al pasillo mientras Jake taladraba el cerebro de Lucy, repitiendo que no tenía que preocuparse por Lean. Dijo que, seguramente, ya se había ido y que ya lo buscarían en recepción.

—Él no se iría sin mí —susurró.

—¿Pero qué dices?! Ese tío siempre va a su bola, no le gusta nadie y no le cae bien a nadie. Además, ¿lo conoces tan solo de hace unos días!

—A mí sí me cae bien. Y nunca me ha fallado hasta ahora. Soy yo la que siempre le está decepcionando. Me importa una mierda los días que haya pasado con él. Si le ocurriera algo ahora...

El resto de la frase tuvo que esperar. Una llamarada atravesó la puerta cuando esta se abrió de golpe. La luz del fuego entró como el foco de un faro en medio del mar y, de pronto, los dos vampiros observaron atónitos a un chico que escapaba de las llamas llevando en brazos a una joven.

—¡Lean! —Lucy corrió al ver que su amigo sujetaba a Iris.

—¡Ayúdame, Lucy! —gritó mientras le hacía ver que la muchacha se encontraba muy grave. Tenía medio rostro quemado, y la ropa parcialmente; Lean estaba bien, aunque algo cansado.

—¡Tenemos que llevarla al hospital! —Pero era imposible en esas circunstancias. La electricidad no funcionaba y, por culpa del fuego, seguramente tendrían que evacuar la torre hasta apagar el incendio. El destino de Iris parecía sentenciado. Lucy solo veía una posibilidad para salvarla, mas era demasiado aterradora como para llevarla a cabo.

Pensó un poco más y, de pronto, se le encendió la bombilla:

—¡El helipuerto! El padre de Leonard va a llegar en un helicóptero. Podemos usarlo para trasladarla a urgencias.

Era una idea algo descabellada. Ni siquiera sabía si tendría suficiente gasolina o si había llegado ya como para aferrarse a aquel plan. Aun así, Lucy estaba convencida. Cualquier cosa con tal de no tener que convertir a Iris en un vampiro y destrozarle la vida para toda la eternidad.

Ella y su vecino empezaron a correr mientras apartaban a la gente a gritos. Por su parte, Jake se quedó atrás preguntándose dónde demonios estaban sus amigos y qué hacía Lean aún con vida.

* * *

Tanta pérdida de sangre, unida a la inmensa cantidad de humo generado allí, le dejó un buen rato inconsciente. Sin embargo, la terrible punzada que le recorrió el pecho fue suficientemente intensa y dolorosa como para sacarle de golpe de su letargo y hacerle notar una fuerte e incómoda quemazón.

Tosió con fuerza, siendo palpable que le resultaba difícil respirar, y después se quejó.

—Maldita sea —Marshon se acababa de acordar de que aún tenía alojado en el pecho el trozo de metal. Después decidió, tras un vistazo, que era inútil intentar quitárselo. Era mejor mantenerlo para taponar la herida, aunque tampoco le habrían quedado fuerzas para arrancárselo.

Se levantó muy lentamente y comprobó cómo la sala ardía. Por lo visto, la explosión que provocó al matar a Paris debió de incendiar algunas tiendas; el local de Iris estaba totalmente destrozado.

—¿Dónde está? —El cazador empezó a caminar arrastrando una de las piernas en busca del cuerpo del otro vampiro. Apenas podía ver por culpa de la humareda, pero quería asegurarse de que había acabado con él.

Llegó hasta el lugar donde lo dejó y, entonces, cerró los ojos, quejándose del picor.

—Mierda.

El cuerpo de Troy había desaparecido.

* * *

El motor zumbó antes de apagarse y las hélices fueron reduciendo su velocidad. Madison estaba muy nerviosa. Todavía dudaba de si Adaniel venía para matarla. ¿Y si Leonard le había contado todo a su padre y la visita era una excusa para acabar con ellos?

La puerta corredera del transporte se deslizó por la guía y de la cabina salieron dos guardaespaldas. El piloto se quedó en su asiento mientras Adaniel seguía a sus hombres. Llevaba puesto un traje gris con una corbata negra. Sus zapatos de diseño italiano tocaron con fuerza y seguridad el hormigón del helipuerto; después, hizo un gesto con la cabeza y sus subordinados continuaron andando.

«No se fía de mí», pensó Madison, preocupada.

En realidad era algo comprensible, hacía mucho tiempo fueron grandes enemigos. Se mordió el labio recordando aquellos años que tanto añoraba y, después, cambió la cara.

—Bienvenido, rey Adaniel. —Alargó la mano en señal de cordialidad mientras empezaba a leerle la mente.

Visualizó una omnipresente niebla en los pensamientos de su enemigo. No estaba pensando en nada, nada en absoluto.

—Espero que disfrute con su análisis, *reina*. —La última palabra la recalcó con insistencia. Continuaba disfrutando la tortura de recordarle lo que había perdido.

—¿Disculpe? —la directora se hizo la tonta y sonrió.

Adaniel se recolocó la corbata en señal de molestia.

—Me gustaría no perder demasiado tiempo. Si no le importa, desearía que fuéramos al grano. —Ni siquiera habían entrado en la torre y ya quería marcharse. Ella supuso que por eso el piloto no se había movido de su puesto. Debía dar gracias por que el helicóptero al menos hubiera apagado los motores.

—¿No le gustaría bajar a tomar algo? Estoy segura de que su hijo agradecerá su compañía.

—Mi hijo, es cierto. Está aquí. —Debatió medio segundo y después desechó la idea de bajar—. No tengo tiempo para nimiedades, seguro que lo entiende. He venido para proponerle un negocio. —Cierto, aquello de lo que quería hablarle y que le comentó por teléfono debía de ser algo realmente importante si había decidido ir directamente a hablarlo con ella.

Madison rezó una vez más para que no fuera nada que pusiera a su propio hijo en mala situación.

—Como usted quiera, le escucho.

—Si le soy sincero, nunca creí que la Torre Madison fuera a funcionar. Al principio pensé en divertirme a su costa, tengo que reconocerlo. —Empezó a andar en círculos como si estuviera dando un discurso a su prole. En el fondo, y aunque Madison no lo consideraba de esa forma, ella formaba parte de los Garamond. La protegían, y todo lo que tenía estaba pagado por sus traiciones, negocios y asesinatos. Ya no era la reina de Los Sin Nombre; no era más que un vampiro menor al servicio de un rey demasiado caprichoso—. Pero usted es especial, reina Madison.

—Me gustaría que dejara de llamarme así.

—Discúlpeme. —Soltó una mueca divertida—. No era mi intención importunarla.

Pero ella estaba harta de juegos.

—Sí lo era, aunque me es indiferente. Vaya al grano.

Adaniel se quedó un momento parado y después la miró a los ojos con una clara amenaza en mente. No abrió la boca, pero supo que ella lo entendió como si lo hubiera gritado a los cuatro vientos. «Vuelva a faltarme el respeto así y le sacaré las tripas a su hijo después de atarlo a un poste en pleno día de verano. ¿Entendido?».

Una vez seguro de que había captado el mensaje, comenzó a exponer los planes:

—La Torre se ha convertido en un lugar realmente interesante. Ha conseguido que el Sol se convierta en un mero reflejo al que ignorar cada mañana. En mi mansión me veo obligado a entintar los cristales, incluso este helicóptero está vetado para utilizarse de día. Quiero que eso cambie.

—¿Quiere que utilice mis contactos para que disponga de la tecnología del rascacielos?

—No.

—¿Entonces, qué quiere?

—Oh, vamos, estoy seguro de que ya se huele por dónde voy. —Juntó las manos y se las frotó como si estuviera esperando la llegada de un momento que deseaba saborear; el instante en que destrozaba a su eterno rival. Para Adaniel era mucho mejor que asesinarla. Robarle una idea, un sueño, algo en lo que había puesto todas sus esperanzas. Eso era la verdadera venganza del rey de los Garamond—. Quiero la torre.

La Directora puso los ojos en blanco y después replicó enfurecida:

—¿Qué?! ¡No puede hacer eso!

—Claro que puedo. ¿Ha olvidado que cada centímetro cuadrado de este gigante de hierro se ha financiado con mi dinero?

—¡P-Peró...! ¡Hicimos un trato! Yo le proporcionaba sangre, y usted...

Él la interrumpió poniéndole la mano como si intentara parar el sonido de su voz.

—Espere, espere. La sangre estuvo bien durante un tiempo, pero hay un problema: mis hombres necesitan la experiencia de cazar humanos, de luchar por lo que quieren y de sentir la alegría de conseguir algo preciado. Usted mejor que nadie debería entenderlo. Para ellos, beber de algo que ha estado precintado y guardado en un congelador durante semanas no es... excitante, ni si quiera sabe igual. Algunos se están oxidando y yo necesito guerreros salvajes y experimentados, no señoritos.

—¿Y eso que tiene que ver conmigo?!

—Tiene que ver en que me debe algo. Y como me siento generoso..., estoy

dispuesto a perdonarle todo el dinero que me ha hecho gastar, de un modo práctico: quiero mudarme junto a todo el clan a esta torre.

—¿Está loco?! No puede mezclar a tantos vampiros con humanos. ¡Los matarán a todos!

—Sinceramente... —Pidió un cigarro a uno de sus guardias y, cuando este se lo encendió, dio una calada—, me importa menos que nada la vida de los humanos, reina. Lo único que quiero es una fortaleza impenetrable donde no tenga que preocuparme de nada. Y da la casualidad de que esto... —Dio un zapatazo— es lo que busco.

Madison pensó en algo que pudiera hacerle cambiar de opinión. No podía actuar por la fuerza, sabía que no tenía nada que hacer.

—No puede matar a tantos humanos. La gente que hay aquí es poderosa y no se quedará de brazos cruzados. Terminarán enterándose de quién lo hizo y, al final, se quedará sin fortaleza y sin futuro. —Y añadió una amenaza encubierta—: Recuerde que si los humanos descubren que somos vampiros, el resto de los clanes se asegurarán de destruirnos. Y eso sin olvidar a los cazadores.

—Por eso ha perdido a su gente y yo sigo siendo poderoso. Uso la cabeza, a diferencia de usted. —Tiró el cigarrillo y ni se molestó en apagarlo—. La Torre cerrará sus puertas y enviará a los humanos a casa. Es una pena tirar tanta comida, pero es por un bien común. Pero no se preocupe, podrá quedarse; su hijo también, por supuesto. No soy tan malo. —Le sonrió, como si le acabara de pegar un tiro por la espalda, y después le preguntó qué le parecía la propuesta.

Ella estaba dispuesta a escupirle en la cara. Su hijo no podía vivir con el clan Garamond. Iban a destrozar aquel lugar sagrado creado especialmente para él solo por egoísmo. No iba a permitirlo. Tenía que hacer algo.

—¿Que qué me parece?! Le diré lo que... —Un guardia de seguridad cruzó la puerta que daba al exterior y corrió hacia ella gritando su nombre.

Madison, decidida a echarle la bronca por importunarla, se giró. Pero de pronto perdió las ganas de recriminarle nada. Había leído su mente casi sin quererlo. Los pensamientos del hombre revoloteaban desperdigados por todas partes; estaba histérico.

—¿Fuego?! ¿Dónde?! —Gritó ella, contagiándose de su preocupación.

El guardia estaba demasiado tenso como para caer en la cuenta de que aún no había abierto la boca.

—¿En el piso de las tiendas, junto a la sala de fiestas!

—Pero... ¿qué ha sucedido?!

—Aún no lo sabemos, pero hemos iniciado el desalojo de la torre. Todo el mundo está bajando por las escaleras de emergencia hasta recepción.

La directora ya se había olvidado de Adaniel, el cual observaba la situación, molesto. Parecía como si el destino quisiera complicarle los planes.

—El problema, señora, es que la electricidad ha fallado y los sistemas no funcionan. El motor de emergencia ha encendido el sistema de luces, pero no tardará en agotarse.

—Avisa de que venga transporte para llevárselos antes de que amanezca. —El guardia empezó a correr de nuevo—. ¡Y avisa a los bomberos, por Dios!

—¡No se preocupe! —dijo mientras continuaba yéndose—. Ya vienen de camino, pero tardarán unas horas.

La situación se había vuelto aún más caótica para Madison. No solo podía perder su preciado hogar a manos de su peor enemigo, sino que, además, podía ser que antes de eso todo el lugar quedase reducido a cenizas.

—Creo que tendremos que dejar la conversación para otro momento. — Adaniel hizo una señal al piloto y este encendió los motores.

—¡Un momento! ¿No espera a su hijo?

—¿Mi hijo? ¿Qué tiene que ver él en todo esto?

—¿Es que no lo entiende? Tenemos que evacuar la torre, el fuego y el humo avanzan. Tal vez Leonard sea un vampiro, pero aun así necesita marcharse. ¿Acaso cree que los cristales aguantarán las fuertes temperaturas y que con la llegada del Sol no estaremos todos en peligro?

—¿Me está diciendo que todo su imperio se viene abajo por culpa de unas pocas llamas? No me la imaginaba tan estúpida.

A Madison le hubiera gustado darle una bofetada, pero la situación requería tacto; si el incendio no se sofocaba a tiempo, tendría que buscar un refugio. Ahora mismo el helicóptero era su mejor vía de escape. No le importaba quedarse para intentar arreglarlo todo, pero su hijo necesitaba ponerse a salvo.

No le gustó la idea, pero al final se lo dijo. Apretó los dientes y, después, pronunció las fatídicas palabras:

—¡La Torre es suya! Pero espere a mi hijo y lléveselo. A cambio, me quedaré y me aseguraré de sofocar el fuego.

Adaniel se sentía triunfal. Se regodeó, silencioso, y después afirmó con la cabeza, conforme.

—Muy bien. Trato hecho. —Y alargó el brazo.

La Torre Madison cambió de manos mientras estas se estrechaban; unas fuertes y otras temblando de tristeza.

* * *

Unos pasos desgastados y torpes estaban subiendo por las escaleras que daban a la azotea. Troy esperaba llegar a tiempo para avisar a Leonard. Apostaría lo que fuera a que estaría con su padre. Llevaba el pectoral derecho totalmente destrozado y medio quemado. El dolor era tan intenso que no se veía capaz ni de gritar. Apretaba los dientes con tanta fuerza que sus colmillos se le habían clavado en la parte inferior de la boca. Sin duda, ese cazador de vampiros casi había acabado con él.

Se agarró a la pared y se sirvió de ella para descansar tras un par de pasos. Después, observó una vez más su torso antes de continuar subiendo. Se alegró de ver que, poco a poco, la carne iba regenerándose.

* * *

—¡Tenemos que ir más rápido! —Lucy presionó a Lean, el cual ya se encontraba lo suficientemente tenso como para encima soportar más apremio.

—¡Hago lo que puedo! —Su cara expresaba esfuerzo—. La chica pesa y estoy agotado, ¿sabes?

—Jake. —Lo miró. Iba tras ellos, con las manos en los bolsillos de la chaqueta. Parecía bastante indiferente ante la situación. Le observó decepcionada y después le pidió que le sustituyera. Él era un vampiro, por lo que su fuerza podría con ella sin demasiada dificultad.

—¡Yo?! Me va a manchar el traje.

—¡¿Hablas en serio?! —Lucy le expresó lo ofendida que estaba parándose en seco. Mientras tanto, Lean continuaba subiendo escaleras todo lo rápido que podía.

Jake no contestó. Le pareció que no era necesario, simplemente se encogió de hombros.

—Lo dices en serio... —Ella dudó un poco, pero después le dijo que no quería volver a verlo—. ¿Tan poco te importan los humanos?

Él asintió.

—Entiende que para nosotros son comida, Lucy.

—Hasta hace poco, yo era humana. ¿Tampoco te importaba cuando me besaste? —Y salió en busca de Lean, que, milagrosamente, ya había subido un buen trecho.

Jake no se movió.

* * *

El helicóptero seguía esperando. Adaniel ya estaba en su asiento, junto a sus hombres. Parecía que para el rey de los Garamond el tiempo era lo más importante. No dejaba de echar pequeños vistazos a su reloj de muñeca.

Madison no lo comprendía. ¿Tan poco le importaba su propio hijo? Al menos tendría que haber enviado a uno de sus hombres en su búsqueda.

Ella misma se entristeció al pensar que no podía arriesgarse a salir corriendo para encontrar a Jake. Si entraba, puede que se fueran sin ellos; no, seguro que se iban.

—Hijo, ¿dónde estás? —pronunció para sí misma con los ojos clavados en la puerta de la azotea, confiando en que Jake, al seguramente ya saber lo del incendio, acudiría.

Observaba la entrada con tal obsesión que Adaniel bromeó sobre ello con sus hombres. Ella decidió ignorarlo. Cuando la entrada chirriante se movió y un brazo salió al cielo abierto, se le encogió el alma. Incluso apretó su pecho con una de sus manos. Pero aún tendría que sufrir un poco más. Troy fue quien apareció de repente, envuelto en sangre y medio achicharrado. Su torso estaba ligeramente desgarrado, y sus fuerzas, casi ausentes. Cayó como un bloque de hormigón contra el suelo, y allí se quedó.

—¡Troy! ¡¿Qué te ha pasado?! —La directora estaba histérica; temía recibir malas noticias.

El chico hizo esfuerzos para hablar y, tras trabársele varias veces la lengua, tuvo que respirar hondo. Madison le calmó agarrándole de la mano y le dijo que no se preocupara.

—No hables, no hace falta. —Y después cerró los ojos, concentrada.

Troy dejó que le leyera la mente y aprovechó para descansar.

—¿Qué es todo este alboroto? —Adaniel se acercó.

Ella alargó una mano y le hizo un gesto, molesta, indicándole que se callara. Estaba viendo los pensamientos del muchacho. Borrosos y llenos de escenas descolocadas por la confusión, relataron la pelea de Paris con el cazador de vampiros. Vio cómo se inició el fuego y cómo atacaron al recepcionista y a Iris; todo desde el final del acto hasta el principio, como si rebobinara.

—Un asesino —espetó sin creerse que las cosas pudieran empeorar más.

—¿Aquí?! —El rey no tardó ni un segundo en levantar el brazo para

indicar a sus guardaespaldas que se marchaban.

—¿Te vas?! —La madre de Jake se incorporó y lo encaró, dispuesta a todo—. ¡Me prometiste que esperarías!

—Nuestro acuerdo era sobre un incendio, no sobre un cazador de vampiros. Mi vida no vale una torre, ni tampoco un hijo; ni siquiera el mío.

—Cobarde.

El rey de Garamond bajó el rostro y luego subió la mirada, consiguiendo un efecto perturbador.

—Extraña forma de pedir ayuda, reina.

—Tus amenazas no me asustan. Ya estoy en una posición suficientemente difícil.

—Pero puedo hacer que empeore aún más. ¡Se lo prometo! —La agarró violentamente del cuello—. La próxima vez que ose intentar ponerse a mi nivel, la aplastaré como a una mosca. ¿Entendido? —Y la empujó—. Arregle el desastre que tiene aquí montado. Si no lo hace, considérese acabada.

Madison notó cómo su orgullo se perdía por el aire. No podía ni gritarle. Si lo hacía, su hijo sería el que pagaría las consecuencias. Ya no le quedaban fuerzas. Por fin comprendió que no era nada.

El rey de los Garamond ordenó que levantaran a Troy y se lo llevaran; por supuesto, solo lo hizo porque era hijo de quien era.

—Chico con suerte —susurró ella.

Pero la buena fortuna no había desaparecido todavía. La puerta se abrió de nuevo; esta vez, sí eran Lucy, Lean y Jake los que entraron.

—¡Hijo! —gritó bien fuerte.

El grupo corrió hacia ella a toda prisa. Aunque Lucy intentó captar su atención llamándola mientras se acercaba para ponerla en situación, su voz quedó inutilizada en el mismo momento en que Madison la apartó y se lanzó a Jake. En un abrazo emotivo, hizo que el resto del mundo desapareciera y tan solo estuviesen los dos. Se alegraba tanto de ver a su hijo vivo que se olvidó del incendio, de sus problemas y del...

—¿Qué hace el helicóptero?! —preguntó Lean mientras sostenía a Iris.

Todos vieron, estupefactos, cómo Adaniel ya se encontraba dentro del transporte y cómo las hélices habían iniciado su veloz carrera. Iban a despegar.

—¡Necesitamos subir! ¡Dígales que paren! —suplicó Lucy obligando a la directora a volver al mundo real.

Pero era más fácil decirlo que hacerlo. Madison sabía perfectamente que

no había nada que hacer. ¿Qué se podía esperar de un vampiro al que no le importaba ni su propio hijo?

—Tarde. Es inútil —contestó mostrando por primera vez una actitud impropia en ella. Recordó con amargura cómo Adaniel la había amenazado y tirado al suelo hacía unos minutos, e hizo una mueca.

—¡Tenemos que sacarla de aquí! —Lean estaba muy nervioso, no dejaba de meter prisa. Era comprensible, dado el estado de la chica. Lucy la observó y se prometió que no la dejaría morir.

En la cabina parecían bastante tranquilos. Adaniel se había acomodado en su asiento y Troy sonreía pensando que acababa de escapar de la muerte; algo con lo que jamás había contado.

—¿Quién es esa? —uno de los guardias del rey hizo una señal hacia la ventanilla.

Troy era el que estaba más cerca, así que se incorporó un poco hacia delante y miró por ella viendo cómo Lucy se acercaba hacia la puerta a toda velocidad a pesar de la ventolera.

—¿Qué hace aquí? —se preguntó, empezando a perder la tranquilidad que había adquirido hacía tan solo un momento.

—¡Por favor, esperen! —La chica golpeó la puerta con sus puños cerrados mientras pegaba su cuerpo contra ella.

—Despega —ordenó Adaniel sin inmutarse. Ni siquiera miró a la joven.

Ella notó, al momento, cómo el transporte empezaba a elevarse mientras Troy la seguía con la mirada. Lucy abrió sus palmas y sus dedos se fueron deslizando por la puerta, derrotados. Enseguida lo perdió y este subió más y más hacia el oscuro cielo.

—¡¿Qué vamos a hacer ahora?! —Lean y los demás se habían unido a ella. Todos miraban cómo su vía de escape estaba a punto de desaparecer sobre sus cabezas. Algunos desearon saltar y agarrarse al helicóptero, pero aquello no les hubiera servido de nada. Se limitaron a lamentar su suerte y a compadecerse.

Pero algo ocurrió. Quizás se tratara del karma, o a lo mejor solo era producto de la casualidad. Lo que estaba claro era que la puerta de entrada de la azotea se abrió de golpe, y por ella apareció un hombre que ninguno de ellos conocía. Le lloraba sangre del pecho y sujetaba una pistola con un brazo cansado.

Marshton elevó los ojos hacia el grupo y, cuando comprobó que ninguno de ellos era Troy, centró su atención en el helicóptero. Vio perfectamente

cómo el vampiro miraba por la ventana.

—Ahí estás...

Sin dudar, sin plantearse si el resto de los ocupantes eran humanos, sin preocuparse de si la gente de la azotea podía sufrir algún daño, el cazador disparó. La bala salió del cañón a toda velocidad y provocó un molesto silbido que atravesó toda la zona, incrustándose directamente en el interior de la cabina.

Un fogonazo tan brillante como la nieve salió por todas las ventanillas del transporte y, de pronto, quedó a la deriva. En un instante abandonó la ruta que estaba siguiendo y empezó a ladearse sin control. Lucy temió que fuera a estrellarse, pero ni siquiera le dio tiempo a ello. Una terrible explosión, que partió en dos la cabina, los tiró a todos al suelo. Las llamas envolvieron el metal formando una bola luminosa.

—¡Cuidado! —Jake gritó al darse cuenta de que el amasijo de hierro fundido se precipitaba sobre ellos desde las alturas. Madison saltó con gracia y su hijo rodó a un lado. Por su parte, Lucy consiguió levantarse a tiempo para correr a un lugar seguro.

El golpe fue tremendo y algunos trozos ardieron rebotando y dispersándose por la zona. Después, todo se silenció, con la única compañía del crepitar del fuego.

—¿Estás bien? —El vampiro agarró a Lucy y la levantó con cuidado.

Madison se les acercó susurrando, descompuesta:

—¡Tenemos que irnos! ¡Ya! —Sabía quién era ese hombre. Aunque no le conocía personalmente, sí reconoció la procedencia de esa arma.

El sujeto, que se había quedado junto a la puerta hasta entonces, empezó a acercarse con un evidente tambaleo que lo situaba cerca de la extenuación. Estaba dispuesto a acabar la misión aunque le costara la vida.

Una bombilla se encendió de repente en la cabeza de Lucy: ¿dónde estaba Lean? Un sexto sentido que no podría describir si le preguntaran, la dirigió directamente hacia el otro lado del helicóptero. Allí estaba su amigo.

—¡Socorro! —gritó mientras buscaba una manera de salir de la trampa mortal en la que había caído. Tenía los hierros ardiendo del aparato justo enfrente y a los lados las llamas impidiéndole el paso. Su único escape del fuego era andar hacia atrás, pero el abismo que le aguardaba con una sonrisa al final de la azotea no era una buena opción. Estaba encerrado, y para colmo el calor empezaba a quemarle lentamente la cara.

Sintió el impulso de dar un paso hacia atrás, pero tuvo que obligarse a

recular para escapar de una caída insalvable.

—¡Daos prisa! —advirtió, consciente de que no aguantaría mucho tiempo, mientras le daba la espalda al fuego para proteger a Iris.

Lucy se dispuso a saltar entre las llamas, pero ¿de qué hubiera servido?

—¡Solo conseguirás que se asuste y caiga! —le advirtió Jake impidiéndole el paso.

—¿Y qué otra cosa puedo hacer?!

Ni Madison ni su hijo dijeron nada. En realidad, les daba igual. Quisieron decir que los dejara allí, pero sabían que solo conseguirían enfadarla. Ella no lo entendía.

Ante el silencio desolador de ambos, decidió arriesgarse. Estaba segura de que tendría tiempo de agarrarle para que no cayera y abrirle una vía de escape entre el fuego. Inició la carrera y, entonces...

Jake la agarró.

—¡No pienso dejarte! —exclamó.

—¿Qué coño estás haciendo?! —Pataleó al verse agarrada por la cintura y elevada en el aire.

—¡Sólo es un humano! ¿Por qué quieres salvarle? ¡¿Tanto te importa?! — La mezcla de celos y de un sentido de la responsabilidad, un tanto alterado por su condición vampírica, descolocaron a Lucy.

—¡Y cuando yo era humana, ¿qué?! ¡Me salvasteis! ¡¿Por qué no puedo hacer lo mismo por ellos?! —Lo golpeó con su pie en la rodilla, pero él continuó agarrando.

La camiseta de Lean se estaba deshaciendo y pegándosele a la piel. El dolor era tan intenso que no pudo más y empezó a chillar. Instintivamente su pierna se adelantó y, de pronto, notó cómo medio pie quedaba en el aire. Intentó corregir su posición, pero el cuerpo de Iris pesaba demasiado y esta lo terminó de desestabilizar, empujándolo hacia delante.

—¡Lean! —gritó Lucy a la vez que conseguía zafarse de Jake y saltaba a las llamas. Cruzó el fuego y llegó hasta el muchacho. Él no soltó en ningún momento a Iris y, aunque la vampiresa alargó la mano, su amigo no fue capaz de alcanzarla. La oscuridad se lo comió mientras caía.

La chica vampiro quedó desolada. Se encontraba inmóvil, con el brazo estirado y la vista clavada en la nada. No había podido salvarlo. Es más, ella lo había matado. Lo había involucrado en su vida de vampiro aun sabiendo que no debía. Todo lo ocurrido era por su culpa.

Se maldijo y se introdujo en las llamas. Le dieron ganas de quedarse entre

los hierros y deseó morir quemada, pero escuchó un disparo. Nada más cruzar, vio al cazador apuntando a Jake, que estaba de rodillas con las manos en alto. Su madre había desaparecido, seguramente porque era a ella a quien disparó.

Marshton le gritaba sin parar.

—¡Hazlo! —le ordenó.

Vio cómo Jake se rajaba con un trozo de metal parte del antebrazo y cómo la sangre empezaba a manar sin control.

Lucy comprendió que lo que buscaba el cazador era comprobar si él era un vampiro. Tan solo debía esperar a la regeneración para salir de dudas.

«Tengo que hacer algo», pensó buscando alguna distracción, pero no hizo falta. Se dio cuenta de que la herida no se curaba y de que el asesino estaba satisfecho.

—Puedes marcharte —le respondió mientras Jake se levantaba—. Y no cuentas nunca lo que has visto.

—¡Tú! —Marshton acababa de verla—. ¡Ven aquí!

Lucy se le acercó muy lentamente. No apartaba sus asombrados ojos de Jake, el cual se tapó la herida con la otra mano y la miró muy serio.

—Te sugiero que te marches, esto no va a ser agradable —le aconsejó el cazador. Jake no dudó. La abandonó allí mismo corriendo al interior de la torre.

¿Qué era lo que acababa de pasar? ¿Jake no era un vampiro? ¿E iba a abandonarla a su suerte? ¿Era un cobarde? ¿Un traidor?

Fuera como fuese, Lucy estaba sola y sin posibilidad de escapar.

Marshton la apuntó y le ordenó que cogiera un trozo de metal e hiciera lo mismo que Jake. Realmente era una estupidez, pues resultaba evidente que una persona normal no hubiera salido de las llamas sin ningún rasguño. Pero Lucy aprovechó el despiste para ganar tiempo.

Cogió el hierro y se le quedó mirando. Sabía que en cuanto se lo clavara, él la mataría. Se preguntó si sobreviviría al haz de luz. ¿Realmente era inmortal, o solo era inmune al Sol?

Los ojos de la pobre vampiresa se centraron en el suelo. No quería mirarle mientras le disparaba a sangre fría. Oteó el horizonte que se discernía entre las piernas del cazador, y percibió una figura tumbada en el suelo. ¿Era Madison? No, era...

Marshton se cansó de esperar.

—Hazlo ya o disparo. —Y como ella negó con la cabeza, él sentenció aquello con un simple y breve—: Como quieras.

Lo siguiente debería haber sido un disparo, un haz de luz y una explosión que terminara con la misión, pero no fue así. En su lugar el cazador de vampiros notó cómo algo se le acercaba por la espalda y, al darse la vuelta para defenderse, lo golpeaba en plena cara. Fue tan tremendo el puñetazo, que salió despedido varios metros. Incluso cruzó el fuego.

Cuando se quiso dar cuenta, estaba flotando en el aire y cayendo hacia un fatídico final. Marshton gritó sus últimas palabras, envueltas en desesperación.

Lucy aún no se lo creía. Elevó la cara y observó, estupefacta, a su salvador. Al momento siguiente se desmayó de la impresión, y la figura la sujetó.

Sufre eternamente con nosotros

SUEÑO

La celda estaba situada en lo más profundo de la cripta. Allí, sin nadie con quien hablar, permanecía Erika. La habían encadenado de pies y manos a unas pequeñas pero gordas cadenas que se incrustaban entre los ladrillos del techo y que imposibilitaban su escape, incluso a pesar de su fuerza vampírica.

El goteo de la humedad llevaba semanas tintineando a su alrededor. El canto del viento entre las rendijas también la acompañaba, con tranquilidad, a la vez que los oídos de la joven escuchaban pasos sobre su cabeza. Eran los demás Sin Nombre, que seguían su vida como si Erika no existiera.

¿Iba a pasar el resto de la eternidad allí abajo? ¿Es que ya se habían olvidado de ella?

Tenía los tobillos y las muñecas ensangrentadas a causa del roce de los grilletes. Se trataba de una sensación bastante repulsiva, pues las heridas se abrían y cerraban constantemente debido a la regeneración y a la insistente fricción del metal en su piel. Se notaba agotada.

La posición en la que la maniataron era extraña: su torso quedó suspendido en el aire, con los brazos sobre su cabeza alzados hacia arriba y su espalda arqueada. Tan solo podía descansar sus piernas, que habitaban arrodilladas sobre la losa helada de la celda.

Dejó su cabeza colgando y su pelo tapó por completo su rostro, como si quisiera acariciarla e indicarle que todo acabaría saliendo bien.

Un chirriante y nuevo sonido llamó su atención. Abrió los ojos y no pudo ver nada. Estaba tan acostumbrada a la oscuridad que la luz que emanaba de una diminuta vela, la cual había entrado por el portón del calabozo, la estaba dejando ciega. Apretó los ojos y giró la cara.

—Erika, soy yo... —la saludó Tabitha con una melancólica y triste voz. Parecía que sufría por su amiga.

Sin cerrar la puerta de hierro fundido, su compañera se acercó a las muñecas y, con una llave maestra, empezó a liberarla.

—¿Q-Qué...? ¿Qué haces? —Temió que pretendiera salvarla—. No lo hagas..., da igual. —Intentó sonreír elevando los ojos, pero solo consiguió mirarla descompuesta—. No quiero que te hagan daño.

—No te preocupes tanto por los demás. —La liberó de un brazo y este cayó—. Me ha dado permiso la reina. Quiere que subas... —Y después

consiguió liberar su otra extremidad superior.

Erika cayó sobre el desnivelado suelo, clavándose en las rodillas. No se quejó; estaba tan aliviada que aquello era nimio comparado con lo que había tenido que padecer.

Su amiga la llevó hasta arriba con cuidado, pasito a pasito.

Por el recorrido, la pobre camarera fue acostumbrándose poco a poco a la luminosidad mientras seguía subiendo hacia la parte superior de la mazmorra. La voz de los demás se fue haciendo más cercana y fuerte, hasta que finalmente los vio. Todos se callaron en cuanto entró en la sala donde la reina esperaba sentada en su asiento. Estaban colocados alrededor del trono, dejando apenas un leve resquicio para que Tabitha y ella pudieran introducirse en el círculo que sus cuerpos formaban.

En el centro había un regalo para la reina; en esta ocasión, cazado por Rose y Hammer.

—Celebro que sigas cuerda, querida —empezó Madison, añadiendo una grata sorpresa por ver que, a pesar de llevar encerrada más de dos meses, aún seguía sin sentir ganas de alimentarse. Era más resistente al ansia de lo que, en un principio, cualquiera hubiera imaginado. Aquello, unido al hecho de ser inmune al pacto, la convertía en un vampiro muy envidiado.

Tabitha llevó hasta el primer peldaño que daba al trono a su amiga, y allí la sentó con cuidado. Después se alejó agachando la cabeza y perdiéndose entre el muro de vampiros.

—Te he hecho venir porque estoy dispuesta a perdonarte. Creo que sufrir tanto tiempo encerrada ha sido un buen castigo por tu actitud. —Su hijo, Jake, estaba a su lado apoyado en uno de los pasamanos, sonriente—. Pero para asegurarme de que has aprendido la lección, quiero que me demuestres tu lealtad.

—¿Q-Q-Qué tengo que hacer? —preguntó Erika, consciente de que se había rendido. No le importaba, cualquier cosa con tal de no volver a la celda.

La reina señaló el regalo del día y ordenó que lo rematara.

—¿N-No va a comérselo? —preguntó cansada. A pesar de no necesitar beber sangre para mantenerse cuerda, sí se encontraba débil por el tiempo pasado cautiva.

Levantó un poco la vista para mirar bien a la víctima y la observó acongojada y con la cabeza pegada al suelo. Se había arrodillado y temblaba mientras se cubría el rostro con las manos. Desde allí, un pequeño charco de sangre se deslizaba hacia ella con lentitud. Fue entonces cuando vislumbró que

acababan de torturarlo hasta hartarse, incluso supo quién había sido; Jake tenía los dedos ensangrentados y la camisa llena de gotas rojizas.

—Vamos, mávalo —repitió la reina, consciente de que el pacto no serviría y que, por lo tanto, tendría que utilizar otras tácticas. La que le preparó a Erika era la más cruel de todas.

La camarera le suplicó su perdón al hombre y, después, lo agarró del cabello con cuidado. Al segundo siguiente levantó hacia arriba su rostro, dispuesta a darle el golpe de gracia. Entonces, tras reconocerle, quiso morir. Lo descubrió con las cuencas de los ojos vacías, sangraban sin fin y, para colmo, estaba mordiéndose tan fuerte los labios para no gritar que se los había partido. Pero aquello no era lo que realmente impactó a Erika. No se trataba de la horrible imagen que describía su cara, ni tampoco la terrible señal que dejaría en su mente durante mucho tiempo. No, era otra cosa.

Lo abrazó con fuerza y gritó, enfurecida:

—¡Malnacida! ¡¿Qué le has hecho a mi prometido?! —rugió sollozando.

Sus fuerzas desaparecidas se reavivaron y ella deseó poder ahogar a Madison con sus propias manos.

La reina se echó a reír. Gracias a la idea de su hijo, tenía a la vampiresa en sus redes. Le iba a dar una lección que jamás olvidaría, y todos lo verían. Su prometido ya no podía salvarse, puesto que la herida, aunque no mortal, sí que condenaba al muchacho a pasar la vida envuelto en la oscuridad. Fuera como fuese, su destino estaba sentenciado.

—¿No vas a matarlo? ¡¿Acaso no sería lo más bondadoso en este caso?! El pobre está sufriendo mientras se desangra. Si lo llevas a un médico, lo único que conseguirás es que se pase el resto de su vida ciego. Y eso si sobrevive, claro está. —Enseñó los dientes al tiempo que volvía a ordenarle, esta vez a pleno pulmón, que lo matara.

Erika miró al muchacho, moribundo tras tanta pérdida de sangre. Nunca se imaginó que volvería a verlo tan cerca, y menos en aquellas circunstancias. Por culpa suya había condenado su vida. Se sentía tan mal, tan triste, tan furiosa... Los colmillos se asomaron entre sus labios lentamente, como el que desenvaina una corta daga, y, entonces, los clavó en el cuello de su prometido sin tan siquiera pestañear; tenía claro qué debía hacer. Mientras tanto, acarició su pelo susurrando que no tuviera miedo:

—Ya ha pasado, amor mío.

Segundos después, el cuerpo del muchacho cayó.

La reina estaba tan complacida que se había levantado a aplaudir. Su hijo,

a su vez, se puso tan feliz que no podía dejar de reír; aunque su semblante era bastante macabro a raíz de sus ropajes ensangrentados.

—¡Maravilloso! No pensé que lo harías. Creí que tendría que matarte, querida.

La camarera la miró fijamente y no dijo nada. Parecía como si algo estuviera sucediendo, algo que nadie más de la sala notaba.

—¡Mamá! —Jake le tiró del vestido y señaló al joven.

El prometido de Erika estaba tumbado boca arriba, con las cuencas vacías. ¿Vacías? No, ya no. Sus ojos color almendra se habían regenerado, sorprendentemente, salvándole de un futuro rodeado de negrura. Este revivió y, nada más curarse, se incorporó como si acabara de despertar de una terrible pesadilla. Miró a los lados y, entonces, se preguntó qué acababa de suceder.

—¿Lo has convertido?! —Madison no podía creérselo. Todos tenían prohibido hacerlo, excepto alguien que pudiera ignorar el pacto, claro está. De este modo, Erika se sentenció a sí misma a muerte—. ¡Agarradla! —Y, una vez atrapada por sus propios compañeros, la reina les ordenó que la encerraran de nuevo en la celda.

La camarera sonrió a su amado al ver que este estaba bien, aunque confuso.

Mientras se la llevaban de nuevo a la oscuridad, su voz rebotó por las paredes:

—¡Te amo, Lean!

CAPÍTULO 18

Venganza

Lucy despertó sabiendo la verdad. Desplegó los párpados a toda velocidad, como si el sueño hubiera durado un pestañeo, e intentó incorporarse.

—No tengas miedo, no voy a hacerte daño —declaró la figura salvadora.

Estaba acomodada a su lado, aunque oculta por la oscuridad. Tan solo una mano y ambos pies escapaban del anonimato, aunque para ella daba igual. Sabía perfectamente cuál era su identidad.

—No lo tengo —aseguró, levantándose envuelta en decepción.

La figura elevó la cabeza para seguirla y, cuando vio la expresión de su cara, se dio cuenta.

—Sabes quién soy, ¿no?

—Claro que lo sé, Lean.

—Me alegro, así será todo más fácil. —No se movió, pero, aun así, su amiga notó que estaba más relajado.

—¿Por qué me lo ocultaste? —Ella quería explicaciones. Pero no era consciente de que se comportó de igual modo: todo ese tiempo le había escondido lo que le pasaba, lo que era y lo que sentía. ¿De verdad se merecía una explicación?

—Por lo mismo que tú. Por miedo.

—¿Miedo? —Y entonces creyó adivinar a qué se refería—. Oh, lo dices por Jake y su madre, ¿verdad?

El viento de la azotea los sacudió, recordándoles dónde estaban. El fuego del helicóptero aún no se había extinguido y, por lo que Lucy pudo percibir, todavía era de noche. Decidió darse prisa y salir de allí cuanto antes. Dio una zancada y Lean la detuvo a base de palabras.

—Estarás mejor lejos de ellos. Por favor, no los busques.

—¿Por qué? ¿Les va a pasar algo?

—Son peligrosos... —Cortó la frase, consciente de que estaba hablando de más.

—¿Tanto los odias?

—Yo no los odio.

—Si no fuera así, no te habrías infiltrado en su hogar de esta manera.

Llevas meses conviviendo con ellos y... —le vino a la cabeza el último sueño —, por lo que he podido ver, tienes una buena razón para querer hacerles daño.

—Dime una cosa. ¿Sabes lo que le sucedió a Erika?

—¿C-Cómo sabes que he tenido sueños sobre ella?

—Si sabías que era yo, es porque has visto cómo me convertían. Has vivido el sueño que veo todas las noches...

Ella no supo qué decir. Pensó que debía de ser horrible recordar algo tan traumático, pero aún lo era más si, además, se despertaba con el dolor abrasándole el alma.

Lean le transmitió un último consejo:

—Si supieras todo lo que nos hicieron a Erika y a mí, estarías de acuerdo con lo que va a suceder.

Lucy se inquietó. La voz de su amigo había sonado tenebrosa, como si estuviera planeando algo vil e inhumano.

—¿Qué vas a hacer?!

—No merecen vivir, Lucy.

—¡No puedes matarlos! Ya no son como antes, han cambiado.

—Que hayan olvidado parte de sus vidas y que jueguen a ser humanos no los hace diferentes. En el fondo sabes que tengo razón, solo piensan en su supervivencia y en su propio beneficio. No les importa pisar a quien haga falta para ganar. ¿Acaso Jake no te ha abandonado?

Aunque ella pensaba que tenía razón, había algo que no la dejaba tranquila. Todo lo que decía no estaba bien. Lean siempre ayudaba a los demás y buscaba el modo de no dañar a nadie. ¿Por qué ahora lo veía tan distinto? La duda empezó a crecer lentamente, como una mala hierba, en el corazón de Lucy, y no pudo aceptar lo que le propuso.

—Quédate conmigo.

—No. Sólo quieres vengarte, no está bien.

—Espero que, cuando veas lo que le hicieron... —se levantó y salió de la oscuridad; llevaba en brazos a Iris— cambies de opinión. No queda mucho para que lo sepas todo.

La piel de la chica *punk* se había vuelto más suave y bella de lo que era originariamente. Las heridas ya no la cubrían y su aspecto acababa de mejorar notablemente. Sin duda, él la volvió una vampira.

—¿Qué has hecho?! —Lucy se enfureció y se lo recriminó.

—Hace una hora estabas desesperada por salvarle la vida. ¿Qué otra cosa

podía hacer? —Respiró hondo—. ¿Acaso crees que disfruté al convertirla? No tenía opción. Como no la tuvo Erika conmigo...

Lucy se lo quedó mirando y comprendió que estaba siendo sincero; realmente confiaba en él a pesar de todo. Pero no podía quedarse, algo no se lo permitía. Una sensación la alertaba de que lo que Lean estaba haciendo, no era lo correcto.

Nada más darse la vuelta, él le insistió para que no se marchara. Fue inútil.

—Lean, si de verdad te importo..., abandona. —Y se fue—. Porque si decides hacerles daño, tendrás que matarme primero.

La puerta de la azotea se cerró.

Fue en ese momento cuando Camuel y Tabitha salieron de su escondite.

—Supongo que el plan no ha cambiado, ¿verdad? —se le acercó Camuel.

Lean asintió sin apartar la vista del frente.

—A pesar de los contratiempos, todo sigue según lo planeado. Acabemos con esto de una vez.

* * *

La cocina americana se encontraba hecha un desastre. Los cajones se hallaban tirados por el suelo y los cubiertos se habían desparramado por el pasillo hasta llegar, incluso, a la sala de estar.

La nevera apareció entreabierta y totalmente vacía. Por más que buscaba dentro, no era capaz de entender qué había pasado. Jake la cerró de un portazo y gritó como un loco.

—¿Dónde está la sangre?! —preguntó al aire.

Finalmente, derrotado, se sentó en una silla del salón y se tapó la cara con las palmas. Fuera quien fuese, se lo había llevado todo, y supo dónde buscar. Al hijo de Madison ya no parecía importarle la amenaza del fuego, en lo único que pensaba ahora era en su preciado líquido. Y es que no lo entendía: el cazador no se la habría llevado, pues no le servía de nada, y un vampiro no le encontraría utilidad a un montón de frascos llenos de sangre vampírica.

—¿Buscas esto? —Leonard se asomó por la entrada principal. Estaba balanceando, con sus delgados dedos, uno de los preciados frasquitos.

En cuanto Jake lo avistó, salió disparado hacia el recipiente. Pero la gravedad, o mejor dicho, la mano de Leonard, dejó caer su ansiado tesoro hasta estrellarse y hacerse añicos.

La sangre formó una mancha parecida a la del vino y Jake intentó

bebérsela chupando directamente del suelo; sin duda, la imagen resultó tan patética como repugnante.

—Así que es verdad. Eres una de esas asquerosas mutaciones... — Leonard se refería a aquellas criaturas que no eran humanas ni vampiros.

La verdad de su naturaleza era más oscura si cabía: Jake era hijo natural de Madison, que le dio a luz tras quedar embarazada por haber disfrutado más de la cuenta de una de sus presas. La vampiresa ocultó su secreto todo lo que pudo y, una vez fue evidente, hizo uso del pacto para salvar la situación. Con toda clase de artimañas consiguió criar a su hijo como si fuera un vampiro más.

Sin embargo, había un problema: los vampiros no tenían prohibido tener hijos por puro egoísmo, era una cuestión de supervivencia. Los nacidos de una vampiresa y de un humano adquirirían la fuerza, la sed y la juventud propias de los primeros. Por desgracia, seguían siendo mortales. Su vida transcurría más despacio, pero, a pesar de todo, no podían regenerarse ni vivir eternamente. Para terminar de complicarlo, debían alimentarse de sangre frecuentemente, pero no de la que cabría esperar.

Leonard disfrutó el momento y luego le lanzó una patada para impedir que Jake se incorporase.

—¡Bebes sangre de vampiro! Es asqueroso. —Después se arrodilló, al ver cómo se quejaba del golpe desplomado sobre el suelo, y le susurró—: Tú eres el que debería estar muerto. —Y finalmente rugió, volviendo a pegarle—: ¡No mi padre!

Leonard agarró el debilitado cuerpo de su antiguo amigo e, incorporándole, lo aplastó contra el ventanal del cuarto. Cuando descubrió la cara descompuesta de este, al sentir tras su espalda cómo se agrietaba el cristal con aquel característico y aterrador sonido, se planteó si matarlo a golpes o tirarlo al vacío. En cualquier caso, iba a recibir la paliza de su vida.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Todo es culpa vuestra! —Lo sujetó más fuerte y lo alejó momentáneamente del peligro para volver a estrellarlo con rabia contra el cristal—. Reza, si es que sabes. Porque no saldrás de esta. ¡Monstruo! —berreó a la vez que el material se desquebrajaba aún más.

Jake intentó soltarse, pero le dolía todo el cuerpo. Escupió sobre el vampiro, pero sólo consiguió que Leonard pegara un puñetazo junto a su cara, provocando que lo único que se interponía entre él y una muerte segura se deformara y se rompiera más.

El no-vampiro alargó la mano y atrapó la muñeca de su agresor, consciente

de que si seguía así, caería, y con un gesto le suplicó que parara:

—¡Espera, espera! ¡Un momento, por favor! ¡Detente!

—¿Vas a suplicar?

—¿C-C-Cómo supiste... mi secreto? —preguntó, temblando, en un desesperado intento por ganar tiempo.

—Ví cómo te rajabas el brazo ante el cazador.

En ese preciso momento, Jake no pudo reprimirse; se echó a reír a pesar de las consecuencias.

—¿Qué te hace tanta gracia?!

—Perdona, es que me pareces un chiste. —Añadió una mueca acompañada de una detallada explicación—. Dices que tu padre murió por mi culpa, pero no fuiste capaz de enfrentarte a su asesino. Eres un hipócrita.

Los labios de su agresor vibraron como si imitaran el terremoto que precede a una erupción volcánica. Y finalmente, cuando parecía que iba a darle el último empujón para que cayera cientos de metros, lo soltó.

—¿Sabes? Tal vez tengas razón..., pero eso no te va a librar de lo que te tengo preparado. —Se le acababa de ocurrir una brillante idea—. Veamos qué tal sabe tu sangre.

* * *

El viento le hacía cosquillas en las mejillas. Iris apretó los párpados y después los abrió y cerró a toda velocidad mientras recobraba la consciencia.

Lo primero que vieron sus enormes y preciosos ojos fue el vasto cielo, ennegrecido por la noche y tan solo iluminado por una diminuta, pero a la vez inmensa, luna brillante.

—¿Ya te has despertado? —escuchó a alguien hablándole a escasos centímetros.

Le picaba parte de la cara. Recordó el dolor y el sufrimiento del fuego sobre su piel y se llevó rápidamente la mano hacia ella, suplicando que tan solo fuera un sueño.

—No te preocupes, estás entera. —La voz la calmó a la vez que sus dedos tocaron la suavidad de sus pómulos.

—Gracias a Dios, solo ha sido una pesadilla... —exhaló, dejando caer la mano al suelo.

Pero entonces se dio cuenta de que no recordaba por qué estaba en la azotea.

—¡Un momento! ¿Azotea? —Se revolvió entre los brazos de Lean e intentó

escabullirse.

Este le pidió que no se pusiera nerviosa mientras la dejaba sobre el suelo con dulces palabras:

—Espera... Ten cuidado, ¿eh? Aún estás débil.

La chica se tambaleó y se tuvo que apoyar en él para no caer. Colocó ambas manos en su pecho y después soltó un poco de aire, desorientada.

—¿Qué ha sucedido? —La cabeza le iba a explotar.

—Lo siento, no he tenido más remedio —aseguró el vampiro.

—¿Cómo? —Lo miró y se percató de quién era.

Nada más observarle notó lo triste que se encontraba. Sin saber muy bien por qué, Iris ladeó la cara a todas partes y vio, impresionada, el amasijo de hierros.

En ese momento se acordó de todo lo que había escuchado, sentido e incluso vislumbrado entre pequeños fognazos de consciencia y de sueño profundo. Se recordó flotando por unas escaleras, subiendo mientras Lucy y dos chicos discutían sobre llevarla a un médico. También se acordó de cómo el fuego la engullía y, rápidamente, Lean la sacaba de los hierros a pesar de estar ardiendo.

Sus ojos se desviaron hacia las manos del joven y, entonces, no comprendió nada. ¿Lo había soñado?

—Tus manos... Están bien... —No supo cómo reaccionar—. No entiendo nada.

Camuel y Tabitha se unieron a la escena y ayudaron a su amigo a darle la mala noticia. Cuando Iris la escuchó, lo que menos hizo fue llorar. Abrazó a Lean y le agradeció, entre lágrimas, lo que había hecho por ella. No es que quisiera ser un vampiro, pero quería vivir. Vivir mucho tiempo.

* * *

Leonard se abalanzó sobre él con furia, después clavó sus colmillos y empezó a succionarle la vida. La sensación que sintió al saborear la sangre de Jake brotando del cuello fue reconfortante, increíblemente reconfortante. Percibía cómo sus energías se avivaban, notándose más despierto y fuerte que nunca. Pero algo no le dejó disfrutar de la comida. Era aquella mirada con la que su antiguo amigo le estaba contemplando; por el rabillo del ojo le observaba totalmente inmóvil, totalmente silencioso.

¿Es que acaso no iba a luchar?

Las comisuras de su boca se arquearon y entonces el no-vampiro sonrió

ampliamente. Segundos después, una leve descarga cruzó todo el cuerpo de Leonard hasta su corazón y, entonces, tuvo que alejarse de su presa. Le dolía el pecho, era como si algo presionara directamente su alma y la retorciera con tanto vigor que sus fuerzas se desvanecían en el aire. Al final terminó arrodillándose frente a su víctima, pretendiendo atrapar algo de oxígeno.

—¿Q-Q-Qué...? —Aspiró—. ¿Qué me pasa?

—Te pasa que has bebido veneno —respondió, agachándose y cogiendo un cuchillo de cocina de entre los cubiertos abandonados en el suelo.

—¿Veneno?! —Frunció la frente mirando muy fijamente a su enemigo. Intentó levantarse, pero parecía como si una pared de hormigón se le hubiera caído encima; cada vez le costaba más mantenerse arrodillado, creía que iba a desvanecerse.

—Supongo que piensas que los vampiros matáis a las... ¿Cómo dijiste? ¡Ah, sí! Mutaciones. —Se acercó tanto a su «amigo» que si hubiera querido podría haberle susurrado todo, pero prefirió gritarlo muy alto y que sintiera fuertemente el peso de sus palabras—. Bien. Crees que matáis a las mutaciones porque nos alimentamos de vosotros. Somos una amenaza, una especie de vampiro que come vampiros, ¿no? Pues resulta, Leonard, que no es solo por eso. —Se arrodilló y agarró por la barbilla el rostro de este para asegurarse de no perder ningún detalle de la expresión de su cara—. Si nos matan, es porque nuestra sangre es venenosa. Con solo probar una sola gota, os volvéis vulnerables.

—¡I-Imposible! Me has engañado..., hijo de puta... —consiguió decir de carrerilla antes de volver a necesitar aire para no caer redondo sobre la alfombra del cuarto.

—¿Engañarte? Tú eres quien se ha sentido tentado de probar, y eso precisamente es lo que va a matarte. —Lo atrapó del chaleco y lo estiró hacia arriba para ponerle de pie.

Una vez estuvieron los dos incorporados, Leonard lo amenazó con la mirada. Pensaba en qué iba a hacerle cuando el efecto se disipara. Ya casi podía sonreír con solo imaginárselo con el pecho abierto; disfrutaría cada instante asegurándose de que ocurriese sin que Jake perdiera la consciencia.

—Me... Me comeré... tu... c-corazón.

—Supongo que aún no eres consciente de la situación. Déjame que te ilustre. —Y asentó la mano aferrada al arma cortante en frente de su cara.

Rápidamente, con un ágil movimiento de codo, empujó el cuchillo, y antes de que Leonard pudiera sorprenderse siquiera, le clavó la hoja en el pecho; la

herida apareció profunda y dolorosa. El vampiro miró hacia abajo y vio cómo Jake lo sacaba lentamente de su torso. No sintió nada.

—¿Se supone que debería pasar algo? —se jactó Leonard, consciente de que solo el Sol podía matarle.

—Todo lo contrario. Lo que estoy esperando es a que te des cuenta de que no pasa nada...

Justo entonces, el muchacho se percató de todo. La sangre seguía goteando. Caía lentamente a través de la fina tela de su camisa y por los rebordes de su preciado, y ahora destrozado, chaleco, e iba pesadamente por el pantalón hasta terminar en un leve goteo.

—Pero... No puede ser.

¿Dónde estaba la regeneración vampírica? ¿Por qué la herida no sanaba? ¿Y qué era esa sensación de frío que empezaba a aborotar todos sus huesos?

—Cuando dije que beber la sangre era lo que iba a matarte..., lo decía en serio. ¿Ahora te das cuenta de a qué me refiero con vulnerable? —Se guardó el cuchillo, reteniéndolo entre el cinturón y el pantalón.

No podía ser. Jake insinuaba que su sangre les privaba a los vampiros de curar sus heridas. Era inconcebible.

—N-N-No... ¡Imposible! —Apretó los colmillos con fuerza y reunió toda la energía que pudo conseguir para intentar agarrarle del cuello.

Sin embargo, el no-vampiro fue más avisado. Lo eludió y, tras dedicarle una última frase, lo atrapó por la espalda:

—Veo que empiezas a sentirte bien, así que será mejor que acabemos con esto ya. No quiero que empieces a regenerarte. ¿Te parece bien?

Le situó a la fuerza frente al ventanal:

—Ya verás, esto te va a encantar. —Y, con un corto vaivén adelante y atrás, corrió arrastrándole hacia el cristal hasta que, al final, lo lanzó contra este, haciendo que se partiera en mil pedazos.

Los alaridos de Leonard se mezclaron con la oscuridad del exterior nada más atravesar el muro transparente y, al final, en medio de una caída insalvable, desapareció del cuarto para siempre.

Jake se quedó en silencio, hasta que al final escuchó un ruido sordo.

—Ha sido un placer —soltó al aire, sin un atisbo de compasión, sabiendo que su antiguo compañero había muerto y que jamás volvería.

* * *

La directora estaba desbordada. Toda la situación se le había ido de las

manos y ahora solo podía pensar en escapar. El fuego era demasiado intenso y sabía perfectamente que para cuando llegaran los bomberos, sería demasiado tarde. El equipo de seguridad de la torre era incapaz de controlar las llamas, y el sistema antiincendios resultó inútil ante la magnitud de lo que se estaba sucediendo. Madison decidió que su única salida era marcharse.

—Al menos Jake está bien —se intentó animar recordando cómo lo encontró escaleras abajo, al poco de que el cazador lo dejara libre.

Colgó el teléfono tras terminar de dar órdenes al equipo encargado de escoltar a los residentes y se mordió el labio, apenada. La torre se moría, no había nada que hacer. No solo por el incendio, sino porque además mostró la peor imagen que se podía dar con, incluso, los propios familiares en el edificio. Sin olvidar, por supuesto, que el rey de Garamond estaba muerto y que, seguramente, la acusarían de haberlo preparado todo.

—Tenemos que desaparecer, esta vez para siempre. —Madison lo sabía. Por ello preparó un coche que saldría del garaje para llevarlos muy lejos. Después huirían con todo el dinero del que dispusieran y ya tendrían tiempo de pensar cuál sería su siguiente paso.

Cogió todos los papeles que definían su pasado y los metió en una maletita junto al resto de las pertenencias que pudieran serle útiles. Al final se despidió con tristeza de su oficina y se marchó para no volver.

En cuanto se reuniera con su hijo, se esfumarían. En ningún momento pensó en qué habría sido de Lucy; para ella ya estaba muerta, y lo cierto era que le daba igual.

* * *

La puerta de la habitación de Jake estaba entornada. Temerosa y con paso lento, Lucy se acercó al resquicio y notó una débil iluminación que huía del interior. La luz de emergencia aún estaba en funcionamiento, aunque empezaba a dar signos de fatiga.

Nada más apoyar sus dedos sobre la madera, la empujó hacia sí e intentó entrar. Un golpe seco la interrumpió, y la movió hacia atrás. Jake apareció de repente y, nada más verla, salió del todo y cerró. El fatídico agujero del ventanal quedó oculto, y la sangre desparramada por el suelo, también.

—¿Estás herido? —preguntó ella al ver que era él, aunque guardó las distancias mientras lo decía.

La ropa de Jake estaba muy arrugada, incluso algo descosida por la pelea con Leonard. Algunas manchas de sangre se desdibujaban, mientras la tela las

absorbía, dando una pista sobre lo que había hecho minutos antes con su atacante. El no-vampiro casi sintió un escalofrío de placer cuando recordó cómo Leonard se sorprendió al descubrir que las heridas que le produjo nunca se regeneraron. Entendió demasiado tarde la razón por la que las vampiresas no podían tener hijos con humanos.

—Estoy bien —contestó sin más; ni siquiera se preguntó cómo escapó del cazador. Lo único a lo que prestaba atención era a aquellos ojos que lo apuntaban desde el odio y el rencor—. Escucha..., yo... —No encontró valor para explicarse adecuadamente. En realidad no tenía ninguna excusa, ambos sabían por qué la abandonó en la azotea.

—No digas nada —se le adelantó—. Tenías miedo, es natural. No te preocupes más, el cazador ha muerto. —Lucy se cogió un brazo mientras lo decía, decepcionada—. Pero... ¿Por qué no te regeneraste?

En el fondo quería pensar que continuaba siendo su príncipe azul, pero sabía que ya no era así. Incluso, en su momento, creyó que tal vez Lean sí podía serlo. Sin embargo, ahora resultaba que se trataba de un asesino lleno de rencor. ¿Acaso no había nadie que mereciera la pena?

—Tengo que confesarte algo. Algo muy importante. —Parecía como si Jake hubiera decidido poner todas las cartas sobre la mesa.

—Ya conocías a Carla de antes, ¿no es así? —le interrumpió ella.

—¿Qué? —Jake parecía realmente confundido.

Aquello la extrañó, no se lo esperaba.

—En uno de mis sueños vi cómo una vampiro te tenía a su cargo, la llamaban Rose —explicó Lucy—. El problema es que su rostro era idéntico al de Carla, tu amiga. Estoy segura de que eran la misma persona.

—Te prometo que no sé de qué me hablas. Y si la conocía, ella no actuó como tal. —Después se apoyó en la puerta y dudó—. B-Bueno, puede que sí fuera quien dices... El problema es que yo no recuerdo nada de mi infancia. Siempre he estado con mi madre, pero nunca supe qué fue de su vida mientras dirigió a Los Sin Nombre.

A Lucy le hubiera gustado dudarle, incluso deseó que fuera mentira y supiera perfectamente de qué le estaba hablando. Si de verdad no sabía nada de Rose, entonces no tenía respuestas con las que formarse una opinión real y justa sobre él.

Por un momento creyó que no era un vampiro, pero si hubiera sido así, Lean no lo estaría buscando; a fin de cuentas, ninguna persona normal podría vivir tantos años.

Decidió dejar aquella incógnita para otro momento y se centró en lo realmente importante:

—¿De verdad ella se suicidó? —Pensó en una posibilidad inquietante. ¿Y si Rose estaba allí para matarle?—. No, no puede ser. —Se llevó a sí misma la contraria al acordarse del pacto. Rose debió de hacerse amiga de Jake para protegerle, como el pacto le había ordenado hacía tanto tiempo. Pero, ¿entonces por qué terminó quemada? ¿Por qué desapareció cuando Madison perdió la memoria?

—¿Qué estás pensando? —La miró interrogante. Parecía como si se hubiera olvidado de él.

La única posibilidad que Lucy encontró fue que Madison se hubiera enterado de quién era Rose y, para salvaguardar su anonimato y el de su hijo, hubiera decidido matarla por miedo; la directora estaría dispuesta a cualquier cosa con tal de protegerle, por lo que sería una buena hipótesis.

—¿Dónde está tu madre? —Lucy estaba decidida a preguntárselo directamente. Quería saber la verdad si iba a contarles lo de Lean.

No era una justiciera, ni pretendía serlo, pero no podía dejarlos así. Por mucho que hubieran hecho en el pasado, sus vidas ya no eran las de antes; y les debía la suya. Tenían derecho a una segunda oportunidad. ¿Acaso no se merece todo el mundo la redención?

Jake se apresuró en señalar con la barbilla hacia un lado. Su madre apareció por el fondo andando hacia ellos transportando una diminuta maleta. Lucy tragó saliva al ver su cara de sorpresa.

* * *

Aunque todo el mundo estaba histérico, quien peor se encontraba era la profesora Vals. Llevaba un buen rato con una jaqueca terrible y había empezado a sudar. Tanta gente aglomerándose en recepción y en la entrada era insufrible; no dejaban de empujarse, de chillar, de llorar e incluso de pelearse.

El alma se le encogió al ver al último coche que quedaba salir disparado de allí, y se preguntó cómo aún podía haber tantas personas en el edificio. La mayoría de los trabajadores se acababan de marchar en sus vehículos, llevándose consigo a toda la gente que pudieron hacia la ciudad; sin contar con los familiares que tenían coche propio. ¿Cómo era posible que a pesar de aquello, aún estuvieran hasta arriba?

Se planteó salir al exterior y alejarse lo suficiente para estar un rato a solas y respirar tranquilamente. Pero entonces se acordó de que no muy tarde

empezaría a amanecer. Era tan enorme el miedo que le tenían al Sol, que ninguno de sus alumnos se atrevía a cruzar la puerta principal. Preferían pasar calor y soportar los codazos de los demás antes que arriesgarse a que la luz diera cuenta de ellos.

Se irguió reuniendo valor y pensó que debía darles ejemplo; se quedaría allí apoyándolos y tranquilizándolos todo el tiempo que necesitasen.

Deseó una última vez más que los servicios de emergencia llegaran por fin y después maldijo su suerte al no haber podido encontrar a la directora ni a su hijo.

Esperaba que estuvieran bien.

* * *

Madison recibió un torrente de pensamientos en cuanto estuvo a apenas un metro de ellos: observó cómo Lucy se salvó del cazador, descubrió la verdadera naturaleza de Lean y finalmente supo de las dudas que corroían a la chica y que tanto deseaba despejar.

—No tuve nada que ver —respondió Madison con la cabeza bien alta—. ¿Cómo puedes plantearte algo así con lo que hemos hecho por ti? ¡Te salvamos la vida!

La joven vampiresa se quedó muda; aquella respuesta le pilló por sorpresa. Tan directa, tan segura de sí misma y con aquella sensación de ofensa tan enorme; no tuvo más remedio que creerla, para Lucy ya no cabía duda posible. Bajó la cabeza notando cómo sus cuerdas vocales no querían responder. Estaba avergonzada.

Allí, en medio del silencioso pasillo del piso veinticuatro, ambas se quedaron calladas esperando a que la otra diera el siguiente paso. La directora volvió a escrutar la mente de la joven y supo que estaba ampliamente arrepentida.

—Está bien..., no digas nada... —espetó cansada—. Acepto tus disculpas. En cualquier caso, no es el momento. —Se dirigió a Jake y le comunicó que debían irse de allí cuanto antes—. Hay que darse prisa, ahora no solo tenemos que preocuparnos del fuego.

—¿Qué ocurre?

Su madre le explicó lo que acababa de descubrir gracias a los pensamientos de Lucy:

—Uno de nuestros residentes es un vampiro. Ha provocado el incendio para darnos caza. De hecho... —Esperó un momento, asegurándose de estar

convencida de lo que iba a decir, y continuó—: Creo que es Arnauld, lo presiento.

—¡Lean no preparó ningún incendio! —Lucy excusó a su antiguo amigo sin ni siquiera saber por qué.

—¿Ese es el vampiro?! —Jake sintió un fuerte dolor de cabeza. ¿Es que las sorpresas no iban a terminar nunca? Ahora empezaba a entender la obsesión del chico por él.

Madison se quedó debatiendo consigo misma un momento y entonces comprendió que ahora no importaba; daba igual quién fuera Lean realmente y por qué los quería muertos. Fuera lo que fuese que hubieran hecho, podía esperar; solo deseaba esconder a su hijo en algún lugar seguro cuanto antes. Si el incendio alcanzaba aquella planta, no podría sacarle, pues los ascensores no funcionaban, y entonces, sabedora de su secreto, lo vería morir de un modo u otro.

—Seguiremos hablando del tema cuando estemos a salvo, el tiempo apremia. —Y empezó a andar en dirección a las escaleras de emergencia.

—¿Tiene un plan? —preguntó Lucy, dejando bien claro que quería ayudarlos.

—Hay un garaje privado en la planta más baja, en el subsuelo. Podemos coger un coche que preparé por si teníamos que salir huyendo algún día. —E hizo un último comentario sarcásticamente—: Nunca se sabe cuándo puede atacarte un grupo de vampiros resentidos...

—Pero... ¿y si se hace de día?

—¿Por qué no dejas de preguntar tanto?! Tenemos que irnos, si quieres venir con nosotros, muévete. ¿Acaso piensas que viviendo en un lugar como este no tendría un transporte igualmente preparado? —La directora estaba que echaba humo. Tenía demasiadas preocupaciones de las que ocuparse, y no le quedaba tiempo. Le frustraba no poder coger simplemente a su hijo y saltar con él desde cualquier ventana, sabía que era demasiado peligroso; no podía arriesgarse a que la caída terminara en una fatalidad y saliera malparado.

Lucy no replicó. Se limitó a seguirla a través del pasillo en dirección a las escaleras de emergencia; con un poco de suerte, el fuego no las habría alcanzado y podrían bajar cómodamente.

Giraron la esquina, situada junto al ascensor, y llegaron a la puerta que los separaba de su salvación. Entonces, el sistema antiincendios saltó en todo el bloque y los aspersores expulsaron chorros de agua, que se dispersaron rápidamente sobre sus cabezas, empapando las paredes y el suelo de todo el

lugar.

—Esto no me gusta —comentó Jake.

Si acababa de saltar el agua significaba que la temperatura de la zona había crecido y que el humo ya estaba allí. La pregunta era: ¿dónde?

Los tres clavaron sus ojos al frente y observaron la enorme puerta sin estar seguros de si debían abrirla. Sabían qué podría suceder si detrás había fuego: la ingente cantidad de oxígeno que entraría desde allí hacia las llamas provocaría que estas avanzaran como si se tratara de una enorme bola ígnea. La madre de Jake era consciente de que si no tenían cuidado, las consecuencias podían ser fatales para él; debía protegerlo con sumo cuidado, como siempre hacía.

Pero..., ¿y si no había nada tras la salida? La tentación era demasiado grande, tal vez incluso más que el propio peligro.

—Apartad. —Madison se adelantó, decidida, y les indicó con una mano que se alejaran—. Lucy, estate atenta por si necesito tu ayuda. Jake, quédate bien lejos. Ni se te ocurra acercarte pase lo que pase.

—V-Vale —musitó, siguiendo sus indicaciones; se colocaron al otro lado de la esquina, resguardados por la pared.

La antigua reina vampiro apoyó, con cuidado, ambas manos sobre la barra que desbloquearía el cierre de la cerradura en cuanto lo presionara.

Finalmente movió los brazos y, cuando iba a empujar, tomó aire. Pero algo se cruzó por su cerebro. Fue un susurro, o tal vez un presentimiento extraño. Las palabras atravesaron todo su ser, y entonces supo lo que iba a pasar.

Extendió con fuerza los párpados y giró la cara todo lo rápido que pudo para avisarlos.

—¡Jake!

Nada más hacerlo, una portentosa brisa separó a la chica del joven con un empujón y en su lugar se materializó el dueño de los pensamientos captados, un hombre con gafas: Camuel. Al segundo siguiente, Jake intentó defenderse sacando un puñal, pero el vampiro le torció el brazo y se lo arrebató. Y con una increíble rapidez, muy superior a la de cualquier otro ser de la noche, le devolvió el arma clavándoselo en el centro del pecho.

—¡Noooooo! —vociferó Lucy a la vez que se abalanzaba sobre el atacante.

Camuel, demostrando de nuevo su increíble habilidad, agarró a la joven con ambas manos y la lanzó en menos de un segundo contra el ascensor.

Un sonido sordo y enlatado envolvió a la chica, que sin casi tiempo para

digerirlo se vio de repente atravesando la puerta de metal como si fuera papel de plata y encontrándose a punto de caer por el hueco del ascensor. Con gran agilidad, o mucha suerte, se sujetó del saliente como pudo e intentó subir haciendo fuerza con sus piernas.

Mientras tanto, Madison también había corrido a auxiliar a Jake. Lucy podía oír cómo el vampiro y la directora iniciaron una brutal pelea: las paredes retumbaban constantemente y los forcejeos parecían truenos.

—Dios, Dios mío... —Lucy echó un vistazo abajo, a modo de acto reflejo, y advirtió que el ascensor no estaba por ninguna parte; descansaba varios pisos por encima. Si caía, nada pararía su descenso hasta el garaje; y aunque era un modo rápido y eficiente de llegar, pues no podía morir, no se le antojaba precisamente agradable. La simple posibilidad de sentir todos sus huesos quebrarse para después volver a reconstruirse le provocó un escalofrío que le dio la suficiente fortaleza como para conseguir escapar.

Hizo un último esfuerzo, arrojando los tacones en el proceso, y regresó arrastrándose al interior del piso. Jake, derrumbado contra la pared de enfrente, estaba sangrando e intentaba respirar con ambas manos sobre el arma y la herida.

—¿J-Jake? —La chica recordó que el joven no se regeneraría, aunque no supiera por qué. De un salto se levantó del suelo y llegó hasta él—. ¿Qué... Qué te ocurre?

Aquello no podía estar sucediendo. Él era un vampiro. ¿Por qué demonios no se curaba?

Él la miró fijamente, como intentando decir algo con los ojos, pero no fue capaz de hacer nada; simplemente se estaba muriendo.

La probabilidad de perderlo, de que pereciera allí mismo y ella quedara sola, incluso a pesar de las diferencias que habían tenido, le resultó inaceptable.

Giró la cara y vio a Camuel elevando del suelo, por el cuello y con ambas manos, el cuerpo cansado de la directora. La empujaba una y otra vez contra la pared al mismo tiempo que apretaba cada vez con más fuerza. La mujer intentó zafarse de él buscando atrapar con sus dedos alguna parte de la cara del vampiro; no lo consiguió. Desistió y, alargando uno de sus brazos, señaló a su hijo mientras le dedicaba una espantosa expresión a la joven. Lucy no supo qué hacer; ambos necesitaban su ayuda, pero no sabía cómo socorrerlos.

Observó cómo Camuel se recreaba aplastando a la vampiresa contra el duro hormigón y al final Lucy no pudo más. Aquello no estaba bien. Por

primera vez, su rostro se volvió rabioso y deseó destrozar a ese hombre, no veía en sus acciones aquella bondad que creía descubierta a raíz de sus sueños.

Empezó a correr hacia él dispuesta a matarlo, por muy imposible que le fuera sin la ayuda del Sol, y nada más llegar lo empujó violentamente con ambas manos.

—¡Apártate de ella!

Todo su odio y desesperación salieron disparados a través de sus dedos al tocarlo y lo lanzaron por los aires. Madison quedó instantáneamente libre y el vampiro traspasó redoblando la puerta de emergencia; y terminando rodeado de un increíble incendio.

El ser de la noche gritó furioso nada más incorporarse y cuando fue capaz de soportar el escozor que sintió, huyó entre alaridos a la velocidad del sonido.

—¡Jake! —Madison recuperó la compostura y corrió hacia su hijo cuando vio que ambas estaban a salvo, y se arrodilló a su lado.

Sin tiempo a que Lucy la detuviera, atrapó con los dedos el mango del puñal y se lo arrancó del pecho con violencia. La sangre empezó a brotar descontrolada a través de la herida y él empezó a sentirse cada vez peor.

—Tranquilo, mi niño. Tranquilo, estoy aquí —insistió su madre mientras se remangaba un brazo. Lo puso junto a la boca de Jake y, entonces..., él lo mordió.

—¿Qué demonios...?! —Lucy no daba crédito a de lo que estaba siendo testigo: estaba bebiendo sangre de vampiro, y además esta le estaba curando. La sangre adyacente a la abertura dejó de brotar. Segundos después comenzó a coagularse y luego a hilarse; y con un efecto digno de una película, regresó adentro cerrando a su paso la piel dañada. En menos de un pestañeo la herida quedó cicatrizada.

Jake soltó la extremidad de su madre y entonces, sabiendo perfectamente que acababa de salvar su vida por muy poco, respiró hondo, indicando:

—Lucy... Te dije que tenía que confesarte algo muy importante.

* * *

Nada más llegar al primer piso, Lean e Iris cruzaron como pudieron por en medio de la gente que se había agolpado en la entrada del edificio. Por un momento, ella creyó que tal vez debería aprovechar la confusión que imperaba por todas partes y salir corriendo para escapar del vampiro, pero entonces

recordó todo lo que él hizo por salvarla. Al final, con su oportunidad perdida, salió tras Lean sin abrir la boca, llegando al exterior y encontrándose de pleno con la inmensidad del prado ante sus caras.

El chico le indicó que lo siguiera mientras se alejaba apresuradamente, asegurándose de que nadie los viera, y juntos se separaron de la edificación mezclándose con la espesa negrura.

Iris llevaba tanto tiempo sin salir de la torre que el ambiente le pilló por sorpresa. Lo recibió con miedo, e incluso tembló unos instantes hasta recuperar la compostura. Era como si se trasladara a otro mundo; uno en el que no existían los pasillos, las habitaciones, los cristales ni tampoco los techos. Aquel lugar sin límites se presentó como el comienzo de una nueva vida para ella, una que esperaba que durara mucho, mucho tiempo.

Atravesaron una pequeña extensión de hierba y tierra y rodearon un desnivel cercano.

Acompañó a su salvador hasta una furgoneta de reparto blanca, aparcada tras una diminuta colina que nacía poco después de salvar la enorme rampa natural que llevaba hasta la parcela del rascacielos.

—Entra, por favor —le indicó Lean abriendo la puerta de acompañante a modo de mayordomo.

La joven caminó, pero, cuando quedaba un metro para llegar, se detuvo en seco. No se atrevía a entrar. ¿Y si ese chico que creía conocer perfectamente resultaba ser un psicópata? A pesar de que podía parecer absurdo, a ella le resultó bastante probable; si era un vampiro, ¿por qué no iba a ser también lo otro?

—No tienes de qué preocuparte —prometió él.

Ella miró el asiento con cierta inseguridad y al final, tras recordar todo lo que había hecho para salvarle la vida, se acercó a la carrocería hasta apoyarse en los bordes de la puerta.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó, consciente de que su vida no podría seguir como hasta entonces.

—Lo siento, pero... —su semblante cambió, se estiró y se tornó triste; además de avergonzado— tendrás que quedarte una temporada con nosotros.

* * *

La caída por el hueco del ascensor era inmensa. Sin embargo, el fuego ganaba cada vez más terreno a través de la salida de emergencia, y el humo empezaba a dificultarles la visión. No tenían más opción, tendrían que bajar

por allí.

Madison les indicó con un dedo la escalera vertical atornillada a una de las paredes y les comunicó que aquella sería la ruta de escape.

Jake odiaba las alturas, pero ¿acaso no era mejor que morir quemado? Tragó saliva y se frotó las manos, consciente de que él sería el primero. Lucy no quiso decir nada, pero ahora que sabía que él era solo mitad vampiro y no inmortal, aunque con ciertas particularidades, temía que se resbalara y cayera. Los prejuicios que nacieron tras ver cómo la abandonaba en la azotea se disiparon nada más descubrir la verdad. ¿Cómo podía culparle sabiendo que era un mortal?

Sin pensárselo dos veces, el joven se introdujo con cuidado por el espacio y se agarró como pudo al marco de las, ya inexistentes, puertas hidráulicas del ascensor. Estiró el cuerpo todo lo que pudo y alargó su brazo y los dedos para alcanzar la deseada escalera. Finalmente, casi a punto de perder el equilibrio, fundió su palma con uno de los escalones y empujó todo su cuerpo.

Se quedó un segundo sin moverse, esperando a que su corazón dejara de bombear con tanta fuerza, y sonrió victorioso.

—¡Os toca!

Para ellas dos fue más sencillo, no tenían que preocuparse de acabar hechas pedazos.

En un minuto ya estaban bajando en fila y salvando el enorme incendio que campaba a sus anchas por el resto del complejo.

* * *

Iris ladeó la cabeza totalmente desconcertada.

—¿Quedarme una temporada con vosotros? ¿Y eso por qué?

—Pues por tu propia seguridad.

—¿Es que alguien quiere hacerme daño?

—Podría ser, pero no es solo por eso... Tenemos que asegurarnos de que no harás daño a nadie.

—¿Yo...? —Ni siquiera se lo había planteado hasta entonces. Lo único que le interesó cuando se enteró de que ahora era una vampiro fue que sería eternamente joven. ¡Qué estúpida!—. No..., no lo haré. No mataré a nadie.

—No te preocupes, te enseñaremos a vivir lo más naturalmente posible. Hemos pasado mucho, sabemos cómo alimentarnos sin tener que perjudicar a los demás.

—Y... ¿podré ver a mis padres?

—Tras algún tiempo..., tal vez...

—¿Qué quieres decir con «tal vez»?

—Mira, no voy a retenerte si quieres volver con tu familia. Pero en tu estado actual serías un peligro para ellos, créeme. Además..., me temo que te has mezclado con nosotros en un mal momento. Hasta que todo se enfríe necesitarás nuestra protección.

—¿De qué estás hablando? Es la segunda vez que dices lo de protegerme.

—Es algo complicado...

—¿Tiene que ver con lo que hablasteis tus amigos y tú en la azotea?

—En parte...

—¿Tanto daño os hicieron la directora y Jake como para querer matarlos?

—Parece que oíste más de lo que parecía... —Soltó una breve sonrisa; se acababa de acordar de que estaba hablando con Iris, la experta en cotilleos. Le sorprendía la naturalidad con la que había aceptado su nueva condición, era la primera vez que veía semejante reacción.

—Sí... Es que no puedo evitarlo, soy así. Me gusta estar al tanto de todo, no era mi intención meterme donde no me llaman... —Algo totalmente falso, pues le encantaba meterse en lo que no le concernía—. Pero esto es un tanto extraño para mí y...

—Querías asegurarte de con quién te mezclabas. Tranquila, te lo explicaré todo por el camino... No te pido que nos ayudes con esto, solo que no interfieras.

La chica finalmente entró. En cualquier caso, ya estuviera mal o bien lo que querían hacer, ella necesitaba que alguien la vigilara y la instruyera hasta poder valerse por sí misma. No tenía otra salida. Además, no era una santa precisamente.

Justo cuando Lean cerró la puerta y rodeó el vehículo para ponerse al volante, Iris pudo respirar aliviada. Aquella semana se había convertido en un infierno y confiaba en que todo, de un modo u otro, se estabilizaría después de que acabara la noche.

* * *

Cuando por fin llegaron a su destino, Madison empujó las puertas, que debían solo abrirse con el estacionamiento del ascensor. El metal chirrió y al final cedió ante la fuerza inhumana de la directora.

El garaje de la torre estaba completamente vacío. Todos los coches, excepto uno, se habían marchado hacía rato impregnando el lugar de un olor

que mezclaba la goma quemada con el combustible.

—Vamos, daos prisa. No sé cuánto tardará en volver a perseguirnos —dijo Madison, que iba la primera y salió del claustrofóbico hueco. Su objetivo era un coche situado al final; lo utilizarían para huir de allí antes de que se hiciera de día.

Lucy no tenía aún del todo las ideas claras, pero de momento le parecía que seguirlos era la mejor opción. No debía olvidar que ellos le salvaron la vida una vez. ¿Cómo iba a abandonarlos de esa manera? Estaba claro que estaban llenos de defectos, pero ¿quién no lo estaba? Además, la respuesta de la directora sobre la muerte de Carla le había dejado satisfecha. Para Lucy, fue suficiente. Puede que incluso fuera culpa de Lean. Puede que ella le hubiera descubierto y decidiera matarla para proteger su anonimato. Un escalofrío recorrió su espalda al imaginárselo haciendo tal barbaridad. Ojalá todo fuese casualidad y se hubiera suicidado.

El coche parecía realmente espacioso. Era un Mercedes de estilo antiguo y color negro. Los cristales estaban preparados para soportar el Sol, utilizaban la misma tecnología que la torre.

Entró y se acomodó en el asiento trasero.

Madison cogió el volante y arrancó. Tras descubrir que había más vampiros dispuestos a matarlos, no iba a perder ni un solo minuto más. Al saber, por Lucy, que Lean era un antiguo miembro de Los Sin Nombre decidió adjudicarle el apodo que tanto temía. Él no podía ser otro que Arnould, estaba segura; debía de ser su apodo dentro del clan.

* * *

Lean condujo apenas unos cuantos kilómetros. Se detuvo al llegar a un pequeño grupo de árboles, de los pocos que quedaban en toda la llanura, aparcó en batería, fuera de la carretera, y bajaron.

Después, simplemente, se quedaron esperando bajo las estrellas.

Los minutos pasaron y la impaciencia de la joven comenzó a resentirse. Le preocupaba terriblemente que llegara el Sol.

Lean, por su parte, se apoyó en uno de los troncos con los brazos cruzados y se envolvió en sus propios pensamientos. Iris le miró de reojo. No podía creerse la historia que le había contado. ¿Quién iba a imaginar que la directora y su hijo fueran de esa manera? Pensó un momento en las veces que se había encontrado con ellos en la torre y recibió un escalofrío que la recorrió como diciéndole: «En cualquier momento podrían haberte matado».

—¿Tienes frío? Si quieres, puedes entrar en el coche —mover la cabeza señalando a alguna parte.

—¿Qué coche? —Al torcer el cuello hacia donde apuntaba, ella observó cómo, oculto en la oscuridad, un coche negro y alargado esperaba ser utilizado a escasos metros. Lo tenía entre unos matorrales, pero si se afinaba la vista podía verse con total nitidez.

Mientras que Iris ojeaba el vehículo preguntándose para qué querían dos transportes, Lean se acercó a la furgoneta blanca, aparcada en batería fuera de la carretera. Abrió la puerta, encendió el motor girando la llave y dejó el cambio de marchas en punto muerto.

Al sacar la cabeza se encontró con Camuel, que apareció de repente a su lado con media ropa quemada y sin gafas.

—¿Qué te ha pasado? Parece que te haya pasado un camión por encima.

El hombre se estiró, colocándose la corbata chamuscada, y le comentó:

—Tu amiguita me ha tirado a las llamas... Sí, en serio... Lo ha hecho.

Lean no pudo evitar reírse un momento antes de volverse serio de nuevo:

—Bueno, gracias por entretenerlos. —Colocó una mano sobre su hombro —. ¿Y Tabitha?

—Aquí. —Apareció a varios metros, rodeando uno de los matorrales con extrema tranquilidad.

Iris no se movió de su posición, se quedó a medio camino entre el vehículo oculto y la furgoneta. Observó maquinando a sus tres nuevos amigos, si es que realmente podía adjudicarles aquella categoría; aún estaba debatiéndolo.

* * *

La puerta al exterior se abrió con cuidado y entonces la leve luz de la luna los iluminó muy tímidamente; pronto se haría de día. El motor rugió y el coche huyó del interior.

Lucy miró atrás y vio, por primera vez, la torre en su máximo esplendor, junto a la gente que, sorprendida, observaba cómo se alejaban de allí a toda velocidad.

El humo sobresalía del rascacielos desde algunos ventanales de los pisos centrales y desde la azotea. El resto estaba a oscuras, y parecía que iba a permanecer así por siempre.

—Adiós... —se despidió la directora mirando por el retrovisor y encendiendo las luces.

Su sueño se desmoronaba mientras se iban alejando. Si hubiera tenido

tiempo para llorar, lo habría hecho.

Jake no dijo nada. Se limitó a cerrar los ojos e intentar dormir. Estaba exhausto tras tantas emociones.

Lucy se lo pensó varias veces antes de preguntar. Tenía la imperiosa necesidad de hacerlo y, aunque era bastante probable que Madison no lo recordara, decidió intentarlo:

—¿Qué le pasó a Erika?

Era el momento de saber la verdad.

* * *

De pronto se escuchó, aún a lo lejos, a otro vehículo circulando excesivamente rápido y con los faros delanteros brillando.

Lean, como si le hubieran dado una descarga, se metió dentro de la furgoneta y apretó los dedos contra el volante.

—¿Son ellos? —preguntó a su compañera poniéndose el cinturón.

La muñeca de porcelana se aproximó al arcén de la vía y cerró los ojos.

—¿Tabitha? —Camuel la buscó estirando el cuello.

Ella hizo un gesto, como si pidiese que esperaran, mientras se concentraba. Utilizando su increíble habilidad, buscó la identidad de los ocupantes del vehículo entre un mar de sombras solo existente en su propia mente. Su alma voló por un espacio etéreo y finalmente, cuando estuvo segura, comprobó si eran vampiros o se trataba de gente ordinaria.

De golpe, abrió los ojos y espetó:

—Lo son.

La furgoneta salió disparada hacia la carretera, impulsada por la potencia del motor, y se alejó rápidamente en dirección contraria del vehículo que se aproximaba. Cuando estuvo lo suficientemente lejos, derrapó dando media vuelta y esperó con los faros delanteros apagados. Después, tras haber calculado el tiempo que necesitaba para coger suficiente velocidad, Lean pisó el acelerador y salió directo contra el otro vehículo como si fuera un *kamikaze*.

* * *

—¿Quién? ¿Erika?—La madre de Jake apartó la vista de la carretera sin desacelerar mientras arrugaba la cara—. ¿De qué me estás hablando?

—Lean quiere mataros por lo que le hicisteis a Erika. Era una chica a la que convertiste en vampiro, te hablé de ella —le aseguró Lucy.

—No lo recuerdo. —Parecía frustrada.

—No importa. —La vampiro la consoló poniendo su mano sobre su hombro y dejó que siguiera conduciendo.

Sin embargo, mientras Madison volvía la cabeza al frente, algo se les cruzó. La directora intentó esquivarlo, pero no fue suficiente.

* * *

Iris se cayó de culo al suelo observando cómo, justo en frente, un Mercedes negro chocaba violentamente contra la furgoneta, saliendo despedido por los aires.

El coche derrapó a la vez que resbalaba por el borde de la carretera de tierra y piedras y, tras unos intentos por recuperar el control, finalmente rodó colina abajo.

Los segundos se hicieron eternos y, dentro del vehículo, los tres dieron vueltas de un lado a otro golpeándose con todo lo que encontraron. Huesos rotos, sangre y gritos se sucedieron por todos lados hasta que, por fin, el vehículo paró en tierra firme. El humo del motor escapó por los agujeros del capó y ascendió para fundirse con el cielo. A su vez, unos pasos bajaron por el recorrido que había creado la carrocería a base de golpes.

Se trataba de Lean y los demás.

Ámame cuando menos me lo merezca

SUEÑO

Seguía en la celda. Ya habían pasado más de cinco meses desde que salvó la vida de Lean y aún respiraba. Supuso que el plan de la reina era esperar a que se volviera loca. Pero Madison no sabía que ahora existía algo que mantenía a Erika cuerda y que le daba una verdadera razón para continuar luchando.

La puerta se abrió tan lenta y silenciosa como siempre. Lean apareció con mucho cuidado, traía algo de comida: una manzana, un poco de pan y apenas medio cuarto de agua.

—Lo siento, no he encontrado nada mejor, cada vez me vigilan más. Hammer no se aparta de mí —se disculpó sintiéndose inútil.

—Da igual, amor mío —sonrió como pudo.

Atrapada de pies y manos con aquellas horribles y ya familiares cadenas, estaba aguantando estoicamente.

Lean agradeció a Dios que siguiera conservando la esperanza, pero cada vez se encontraba más preocupado.

—Estás muy débil. ¿Seguro que no quieres beber sangre? La comida ya no te...

Erika le interrumpió:

—No sabe bien, pero aun así me fortalece. No quiero darle a mi hijo nada que envilezca su alma.

Efectivamente, Erika estaba embarazada. Contra todo pronóstico, las leyes vampíricas volvieron nuevamente a fallar en ella. Una de las primeras noches que a Lean se le permitió verla, gracias a que era Tabitha quien debía vigilarle, hicieron el amor y, fruto de ese encuentro, ella quedó encinta. ¿Quién iba a decir que era posible? Un hijo entre dos vampiros.

Puede que hubiera sido una locura, pero ninguno de ellos pensó que fueran a durar mucho tiempo, y solamente querían amarse mientras les fuera posible. Ellos mismos se sorprendieron al comprobar cómo la reina terminó convirtiendo a Lean en un Sin Nombre y cómo a Erika le perdonó la vida.

—Tenemos que ser cautelosos —comentó él mientras le daba de comer la manzana—. Puede que nos tenga preparado algo. Esa mujer no es de las que olvidan y, como tú me convertiste, ambos soportamos su pacto. Seguramente se siente amenazada.

Pero a Erika le daba igual. Con conseguir dar a luz a su bebé y que este sobreviviera, era suficiente.

—Prométeme que huirás con nuestro hijo cuando sea necesario, que lo protegerás ante cualquier cosa.

Lean no pudo evitar pensar que era algo imposible. Ya se le empezaba a notar la tripa a su amada y, para colmo, el resto de vampiros debían devoción completa a la reina. Ni aunque se lo pidiera a Tabitha podría fiarse. Estaba solo.

Le dio el último pedazo de pan que le quedaba y, mientras ella se lo comía, él le regaló un dulce beso en la mejilla.

—Mañana te traeré algo mejor, ¿vale? —Y se dirigió a la puerta.

El terror le gobernó al ver cómo la reina entraba junto a Camuel y la propia Tabitha. Se quedó helado y no fue capaz de dar ni un paso más. Era el fin, no había nada que hacer.

—Oh, no pongas esa cara, muchacho. —Madison sonrió—. Solo he venido a haceros una visita.

Pero Lean sabía que era falso, solo necesitaba ver a Tabitha para adivinarlo: sus manos estaban temblando y sus ojos parecían a punto de estallar en lágrimas. Iba a suceder algo horrible.

—Por favor, deje marchar a Erika —pidió Lean arrodillándose. No sabía qué otra cosa hacer.

—¡Vaya! —dio una palmada—. Precisamente es a lo que venía. —E hizo un gesto a Camuel, que dudó.

—Señora..., ¿está segura de que...?

—¿Crees que voy a dejar con vida a dos vampiros inmunes a mis órdenes? Hazlo. —No utilizó el pacto en él, pero, por su mirada, habría estado dispuesta si hubiera sido necesario.

Tabitha se acercó a Lean y le agarró del brazo.

—Lo siento mucho. —Después le arrastró fuera mientras él preguntaba qué iban a hacer.

—¡Por favor! ¡No le hagan daño! —gritó intentando soltarse—. ¡Está embarazada, déjenla libre! —soltó casi sin pensarlo, lleno de pánico.

La cara de la reina se tornó psicópata a la vez que se echaba a reír.

—Lo sé. —Y añadió—: ¿Acaso esperabas guardar el secreto a alguien que puede leer tus pensamientos? ¡Qué idiota! Si aún no os he matado, ha sido para esperar el momento adecuado. —Tocó la tripa de Erika con delicadeza—. Quería que le cogierais cariño antes de quemaros a ti... —señaló a Erika— y

a tu hijo.

A Lean se le desencajó la mandíbula de tanto gritar, y no pudo hacer nada más que ver cómo Camuel abría una trampilla justo detrás de Erika, situada en lo más alto de la pared, y que llevaba en diagonal toda la luz al centro del cuarto.

A través de la joven podía verse la luna. En cuanto se hiciera de día, el Sol entraría por el hueco y apuntaría directamente a la espalda de la vampiresa. Estaba condenada.

Madison se despidió para siempre de Erika:

—Ha sido un placer, querida. No te preocupes, tu prometido te seguirá muy pronto... En cuanto mi hijito se canse de jugar con él. —Después ordenó a Camuel que cerrara la puerta con llave.

Lean intentó impedirselo, pero Tabitha se interpuso en su camino y pudo con él. Lo levantó en el aire con una mano y lo inmovilizó, llevándolo hasta la empedrada pared del pasillo.

—¡Para! No me lo hagas más difícil —sollozó la amiga de Erika, la cual notaba su alma desgarrándose; percibía todo aquello como si alguien le hubiera robado su cuerpo, no era dueña de sus actos. Los brazos del pacto la rodeaban, utilizándola como si fuera una triste muñeca de porcelana.

—¿Y tú eres su amiga?! ¿Qué demonios haces?! ¿Vas a dejar que la maten?! ¿Así, sin más?!

En cuestión de segundos la pareja estuvo separada por una enorme puerta de metal que retumbó en un portentoso golpe seco.

—No tengo elección, y lo sabes —respondió como única excusa, adoptando un rostro inexpresivo.

Por su parte, Erika no pudo hacer nada más que mirar al frente, descorazonada. Sentía que jamás volvería a verle.

Escuchó un forcejeo y comprendió que su amado estaba intentando liberarse para salvarla.

—No llores por ella. Pronto dejará de sufrir —oyó que la reina le prometía a Lean—. El castigo más grande lo vas a sufrir tú. Tabitha, enciérralo cerca. Quiero que pueda oírla gritar.

Después se marchó con Camuel, el cual seguramente estaría apretando ambos puños y soportando el peso de la impotencia.

En cuanto la vampiro recluyó a Lean en una celda contigua a la de Erika, este empezó a suplicar. Su amada podía oírle llorar, y conociéndole sabía que intentaría liarse a puñetazos con la puerta aunque fuera inútil.

—No pasa nada... —decidió; no podía dejar que se viniera abajo.

—¿Qué?!

—Al menos, te he vuelto a ver... Soy feliz porque he podido despedirme.

—Tragó saliva e intentó no llorar—. Gracias por amarme cuando menos me lo merecía, pues es cuando más lo he necesitado. Por favor, prométeme que si tienes la oportunidad, escaparás; escapa muy lejos. —No volvió a decir nada más. Era incapaz de seguir soportando tanta tristeza y sabía que si continuaba contestándole, él acabaría por darse cuenta. Solo de pensar en que su hijo moriría de aquella manera se le partía el corazón. Lo único que deseaba ahora era que al menos Lean pudiera salir de allí.

Él intentó volver a sacarle algunas palabras, pero no lo consiguió. La camarera no dijo nada, ni siquiera cuando se hizo de día y todo empezó. El único que gritó fue Lean, que le repitió hasta quedarse sin voz que la amaba y que se escaparía.

Justo antes de perder el conocimiento, la joven escuchó cómo su amado golpeaba la puerta envolviendo sus nudillos en su propia sangre y cómo se despedía prometiéndole una última cosa:

—¡Los mataré por lo que te han hecho! ¡Haré que sufran!

CAPÍTULO 19

El fin de Los Sin Nombre

A la joven vampiresa le pitaban los oídos. Notó cómo algunas de sus heridas, tanto internas como externas, se fueron curando a la vez que su consciencia se iba despertando. Delante, revuelta entre los dos asientos delanteros, Madison se había quedado inmóvil boca abajo. Tenía los ojos cerrados y un surco de sangre se deslizaba desde la frente hacia la raíz de su cabello, curando a su paso la enorme grieta que se acababa de formar en su cara.

La joven buscó a Jake por la cabina, pero no lo encontró dentro.

Rápidamente, y consciente de que el Sol saldría pronto, abrió la puerta de su lado con una patada y marchó al exterior, siendo partícipe del brutal accidente que habían protagonizado: las marcas de los golpes eran profundas y la tierra estaba desdibujada a su alrededor, levantando terreno y hierba por partes iguales. Además, el coche se había estrellado contra un viejo establo abandonado, destrozando parte de la pared paralela al Mercedes y aplastando la pequeña cerca que delimitaba el fin de la parcela.

Ojeó de pasada el horizonte y comprobó que apenas llevaban unos cuantos kilómetros recorridos; aún podía ver la Torre Madison al fondo, muy a lo lejos..., pero no lo suficiente. Las llamas y el humo del terrible incendio acababan de convertir la edificación en un enorme faro de fuego. El resto era oscuridad, tan solo quebrantada por la leve luz de la luna sobre el mar de hierba lisa.

—¡Madison! ¡Despierte! —suplicó a la vez que forzaba la puerta redoblada del conductor y la arrancaba de cuajo. Por un instante se sorprendió por su fuerza, y al segundo siguiente entró para agarrarla por los hombros. La mujer no despertaba.

Una oscura nube salía por las rendijas laterales del capó; Lucy podía verla a través de los pedazos de luna estallada y agrietada. Sacó a Madison sin demasiado esfuerzo, y una vez que ambas estuvieron suficientemente alejadas del chasis deformado en el que se había convertido su único transporte, pudo pensar con calma. O al menos eso le hubiera gustado. Sus ojos se clavaron ante la preocupante visión de un Jake con la ropa desvencijada y llena de

sangre, arrastrado semiinconsciente por un terrorífico Lean.

El vampiro tiraba del muchacho cogiéndolo de uno de sus brazos. Lo llevaba lentamente, sin prisas. Jake se removía con dificultad, como ebrio. El golpe en el accidente de tráfico fue tan fuerte que se veía incapaz de espabilarse. Lo máximo que consiguió fue buscar con sus dedos una abertura o rama a la cual agarrarse en un estúpido intento por detener su avance. Pero la hierba se desgarró, resultando su marcha imparable. Exploró de nuevo con sus manos, y sin saber muy bien cómo, acabó por agarrar un trozo de metal proveniente del Mercedes estrellado.

—¡Déjale en paz! —gritó Lucy caminando con paso rápido hacia ellos.

Lean giró la cara y la vio acercarse; sorprendentemente, le dedicó una dulce sonrisa. Después volvió el rostro hacia su enemigo, el cual continuaba luchando por levantarse; además del golpe tenía una enorme herida en el hombro derecho y magulladuras por todas partes.

—No des ni un paso más, Lucy —le advirtió sin siquiera mirarla directamente, pues toda su atención estaba concentrada en su víctima.

La chica se paró en seco y, desde allí, siguió hablando:

—Para esto, por favor. Lo que haces está mal. —Continuaba intentando que todo terminara bien, pero ahora sabía que era imposible. La muerte de Erika había sido tan horrible, tan despiadada y triste... Comprendía que si los tres vampiros estuvieron dispuestos a desarrollar aquel complicado plan, era porque lo meditaron concienzudamente de antemano. Nadie los haría cambiar de opinión.

—¡No te... he hecho... nada! —musitó Jake algo más despierto—. P-Por favor..., deja que... me vaya. —Lo miró a los ojos, suplicando por su vida, y buscó que las palabras lo ablandaran; fue inútil.

—¿Que no me has hecho nada? Supongo que, como lo has olvidado, eso te exime de culpa, ¿no? Por desgracia para ti, tengo bien presente lo que me hiciste. Cada noche, al dormirme, lo siento en mis huesos.

La rabiosa expresión que se dibujó en su rostro preocupó a Lucy. Su antiguo amigo parecía invadido por una enfermiza obsesión por la venganza y estaba segura de que iba a echarse sobre Jake si no hacía algo.

—Suéltale. Sea lo que sea lo que les pasó, los hizo cambiar. Ya no son los seres despreciables que conociste. —Buscó convencerle, la idea de enfrentarse a él no le resultaba para nada tentadora; aunque si fuera necesario, estaba dispuesta.

El vampiro torció la cadera y la observó muy serio, clavando sus ojos en

los de ella. Soltó una corta y demoledora contestación:

—Mentira. Que hayan olvidado no les hace mejores, puedo asegurarte que ahora son incluso más ruines y despreciables si cabe.

Jake, con extremo cuidado, deslizó la punta del trozo de metal por su antebrazo mientras que, con la ayuda de su mano, lo clavaba haciéndose una alargada y profunda herida. La sangre salió con cuidado, recubriendo levemente de rojo el objeto. Después lo mantuvo fuertemente agarrado entre sus dedos y lo escondió donde nadie pudiera verlo.

—Lean..., me salvaron la vida... No pueden ser tan malos si lo hicieron.

—Pero es que resulta que no lo hicieron.

Al momento de escucharse esas palabras, Jake se incorporó levemente y le clavó la improvisada arma en plena pierna. Lean gritó y bajó la vista, para terminar pegando un puñetazo en la cara de su atacante. Nada más arrancársela, la tiró lejos y cogió con ambas manos a su enemigo, redoblándole el cuello de la camisa.

—¿Qué coño pretendías conseguir?! Nada de lo que hagas puede dañarme.

Jake soltó una risotada cansada, como si el aire le faltase:

—¿Sabes? Ahora entiendo por qué siempre que nos hemos encontrado me mirabas así. Debí de hacerte mucho daño. —Le dedicó una expresión desafiante y le dijo—: Aunque ni siquiera me acuerdo de qué pasó. Hasta ese punto me importa lo que sufriste: nada. Así que... jódete.

La descarada forma de ser del hijo de Madison bien podría haberle costado la vida en ese mismo momento, pero, para sorpresa de la propia Lucy, Lean se limitó a quedarse callado; como si algo lo hubiera convertido en una estatua.

Nada ocurrió. Ni gritos ni muerte ni tampoco puñetazos. Aquellas palabras tan hirientes no hicieron ni una pizca de mella en el alma del vampiro. Era como si no lo hubiera escuchado, como si la voz de Jake careciera de sonido alguno.

—¿Por qué no me muerdes ya, puto cobarde? —intentó sacarle de sus casillas de nuevo.

—Sé perfectamente lo que haría tu sangre dentro de mi cuerpo. No soy tan idiota, te conozco mejor que tú mismo.

—Sabía que dirías eso. —Sonrió sintiéndose vencedor y añadió—: Por eso me he asegurado de manchar el metal con mi sangre antes de apuñalarte.

Lean ladeó la cara y echó un vistazo al fragmento. Después volvió a

observar al muchacho y se quedó pensativo. Al final abrió con fuerza los ojos y entonces Jake aprovechó para cambiar las tornas. Se abalanzó sobre él e intentó que este cayera al suelo, pero el vampiro era muchísimo más fuerte; apenas consiguió desestabilizarle.

—¿¡Creías que con infectarme a través de una herida iba a caer a tus pies?! —Estiró los brazos y levantó en el aire a su archienemigo.

Y, de repente, algo cambió.

Un latido intenso cruzó su cuerpo y un pinchazo le hizo perder todas sus fuerzas. Sus piernas temblaron de repente y sintió un mareo tan fuerte que tuvo que soltar a Jake y llevarse ambas manos a la boca; sentía náuseas.

—N-No... No puede ser... —Comprendió que realmente había funcionado, el efecto nocivo de la sangre de Jake empezó a envenenar su interior.

Arrodillado en la hierba, miró hacia arriba y comprobó cómo el no-vampiro se echaba a reír.

—Tengo ciento noventa y dos años. ¿Acaso pensabas que no sabrías si algo así funcionaría? En el fondo, beber mi sangre o tener contacto directo con ella no es muy diferente; de ambas maneras se introduce en tu cuerpo. —Y le pegó una patada en la cara, devolviéndole el golpe recibido anteriormente.

Mientras que Lean caía al suelo, y Lucy observaba todo sin saber muy bien qué hacer, Jake se colocó encima del primero y se aseguró de que no pudiera incorporarse. Cuando estuvo totalmente seguro de aquello, hizo crujir sus nudillos y después empezó a asfixiarle apretándole el cuello con todas sus fuerzas.

—¡Jake! ¡¿Qué coño estás haciendo?! —le preguntó Lucy horrorizada. ¿Es que iba a matarlo?

—Ha intentado acabar con nosotros. ¿Qué crees que voy a hacer?

Nada más acabar la frase, una ola de calor intenso cruzó la llanura con furia. Fue algo tan penetrante que incluso Lucy notó la dolorosa sacudida. Todos, incluido Lean, otearon al horizonte observando cómo el primer rayo de sol les cegaba al presentarse de repente.

El amanecer acababa de llegar.

El humo comenzó a emanar de los cuerpos cansados de Jake y del vampiro, y en mucha menor medida en Lucy. Pero mientras que el hijo de la directora estaba asustado, el segundo sonreía ampliamente.

—Ya eres mío —exhaló Lean con voz cansada y agarrándole de uno de los brazos.

—¡Suéltame! —gritó, intentando hacer fuerza con las extremidades. No lo consiguió.

Desesperado, y recibiendo directamente la impresionante cantidad de calor en pleno rostro, terminó por incrustar el codo en la mandíbula de su enemigo. Un crujido desagradable lo liberó de la trampa y las manos del vampiro cayeron.

Rápidamente, el chico se alejó corriendo hacia Lucy; juntos saltaron al leve resguardo que les proporcionó la sombra nacida del efecto de la luz en el coche abollado.

—¡Dioss! ¡Cómo escuece, joder! —Su cara estaba achicharrada. Una horrible ampolla acababa de nacer en plena mejilla, mientras que el resto de su piel iba cogiendo un tono cada vez más rojizo.

Pero sus problemas no iban a concluir todavía, al contrario. La sombra en la que se acababan de esconder comenzaba a desintegrarse poco a poco, permitiendo al Sol ganar distancia. Debían localizar un lugar donde ocultarse rápidamente antes de que acabara con su escondite.

—¡Vamos al establo! —ordenó Jake.

Cogieron el cuerpo de Madison y, soportando temporalmente el calor, fueron a toda velocidad hacia su única salvación. La puerta cedió sin esfuerzo, produciendo un leve crujido. Una vez dentro, colocaron a la directora con cuidado bien lejos de la entrada y se agazaparon junto a ella.

El lugar mantenía un ambiente destartado: el polvo, los tablones de madera rajada que formaban en grupo las paredes, y algunos de los abrevaderos oxidados tirados por el suelo de tierra formaron el fortín que acababa de salvarles la vida. La construcción resultó ser más pequeña de lo que aparentaba, pues en el interior apenas debían de caber cuatro habitáculos donde afinar a los caballos.

—¡Jódete! Yo gano —dijo Jake al frente, lleno de energía.

Fue entonces cuando Lucy se dio cuenta de que Lean no se había marchado a ocultarse. Se encontraba arrodillado, con la cara escondida bajo su espalda doblada y soportando estoicamente el dolor justo en el umbral de la construcción de madera.

—En cuanto... el Sol se ponga justo encima, tu madre y tú empezareis a quedaros sin un lugar donde ocultaros. El tejado es muy viejo, estoy seguro de que encontrará muchos recovecos que le sirvan de entrada. Y entonces, poco a poco..., os alcanzará —auguró elevando el cuerpo y la cara al cielo y cerrando los ojos con una serenidad incomprensible.

—¡Que te jodan! —Jake sabía que tenía razón.

Estaba en lo cierto. No había ningún tipo de salida. Aquel refugio no haría más que alargar su desdicha. Tanto en el techo como en las paredes podían apreciarse las rendijas que separaban cada uno de los tablones, además de algunos huecos vacíos; puede que incluso la madera estuviera podrida. La única forma de salir de allí era que Lucy se marchara a buscar otro medio de transporte cuanto antes. Solo la vampiresa podía vencer al Sol.

Consciente de ello, se levantó y salió.

—¿Qué haces?! —El hijo de Madison no quería quedarse solo.

—Tengo que buscar otro coche antes de que sea demasiado tarde. —Y se alejó del refugio. Su compañero podría haber andado hacia ella y agarrarla, pero no se atrevió. El Sol le aterraba demasiado.

Pronto, nada más enfrentarse a la estela de luz que entraba tímidamente por debajo del marco de la puerta, la piel de la joven empezó a humear; aunque apenas fue un momento, el tiempo justo para que tan solo sintiera un leve escozor.

—No voy a dejar que los ayudes, Lucy —exhaló Lean completamente inmóvil, aunque muy hablador.

—Tampoco es que puedas hacer nada al respecto. Por favor, escóndete mientras estés a tiempo. ¿Qué esperas conseguir quedándote ahí? Aunque los mataras, no recuperarías ni a tu mujer ni a tu hijo —dijo ella esperando que terminaran por desistir.

—S-Sabes que tengo razón..., no merecen vivir.

—¡Han cambiado! Sea lo que sea lo que les pasó, los hizo ser diferentes. Ya no son los vampiros desalmados de entonces.

—Eso no es cierto —espetó tan rápido que Lucy se quedó de piedra. Estaba tan seguro que le preocupó.

La cara de él empezó a ennegrecerse, parecía dispuesto a morir allí mismo; no tenía nada que perder. Estaba tranquilo. Aunque cada vez echaba más humo y su piel empezaba a resentirse, en ningún momento se preocupó.

El tiempo pasaba y él continuaba allí parado. Una de sus manos comenzó a quemarse y, entonces, el hombre hizo una mueca extrema de dolor. Ella miró al cielo y, al ver que el Sol continuaba apareciendo entre las montañas, suspiró. Le agarró sin delicadeza para terminar moviéndolo hasta el interior del establo.

Nada más ver cómo la tranquilizadora oscuridad lo abrazaba, le susurró:

—Sabía que lo harías.

Lucy se alejó, quedándose justo en medio de la estructura. Ni ella misma supo por qué lo hizo. Puede que fuera por la amistad que habían tenido juntos, puede que fuera por lo que sintió por él o puede que, simplemente, lamentara la vida que tuvo y que, en el fondo, fuese una persona que estaba sufriendo mucho. ¿Tanto la conocía como para saber que no iba a dejar que muriera?

Jake gritó colérico, e incluso llegó a insultarla. Aun así, ella no le contestó, pues se había quedado ensimismada repasando lo que acababa de hacer y mirando cómo, mucho más lentamente de lo que debería, la piel de Lean se recomponía. El vampiro la miraba feliz. Tan feliz que parecía enamorado, muy enamorado.

—¿Lo ves? —inició su antiguo amigo—. Sabes que lo que estoy haciendo es por un bien superior. No merecen respirar, en el fondo lo sabes.

—¿Quién mató a Rose? —Lucy soltó la pregunta, segura de que Lean sabía la respuesta. Se acordó de cuando se conocieron y de cuando la llevó hasta la ceremonia en su honor. Cuando Jake pronunció el discurso, fue Lean la única persona que no aplaudió. Incluso le criticó sutilmente.

—¿De verdad hace falta que lo diga?

Jake se levantó y caminó furioso hacia él, dispuesto a matarlo. Pero Lucy fue más astuta y pegó una patada a la pared de al lado. El agujero que el golpe creó introdujo a través de la madera un ancho rayo de sol que delimitó la edificación en dos partes infranqueables para cualquiera de los seres de la noche; excepto para ella misma, claro estaba.

—¿Has perdido el juicio?! ¿Es que ahora vas a ponerte de su parte?! —lanzó el hijo de Madison cuando tuvo que parar en seco.

—Nadie va a morir hoy. ¿Entendido? O seguiré abriendo agujeros a patadas. —Le señaló y después, cuando observó que volvía junto a su madre, se dirigió de nuevo a Lean—: Y eso va también por ti.

Lean se colocó contra la pared y se quedó sentado, acomodando la cabeza contra el tablón que consideró más afianzado.

—¿De verdad piensas que puedes mantenerte neutral en este asunto? No puedes salvarnos a todos, ni tampoco ignorar lo que ese hijo de puta le hizo a Rose.

—Jake es inocente. Lo sé porque fui con él al piso donde murió, estaba realmente afectado. Creo que has dado por sentadas muchas cosas.

Él se rio:

—¿Y acaso cuando llegasteis allí se puso a llorar o algo por el estilo? No. Lo único que hizo fue esperar. Se quedó a tu lado y pasasteis la noche allí.

Nada más. Jake no es un vampiro, es un monstruo que se alimenta de sangre vampírica para vivir. Y por eso mismo, al final, se comió a Rose atraído por esa sensación que no entendía. Debió de quedarse mucho tiempo desconcertado sin saber qué hacer... Estoy seguro de que ella nunca le reveló su verdadera identidad, por lo que creyó que era humana. Debió de pensar que debía probar otra cosa para asegurarse.

—¿Otra cosa?

—Sí. Se le ocurrió que podía llevarse al mismo sitio a una chica que nadie conociera y pasar la noche a su lado para descubrir si ahora también bebía sangre humana. Como no recordaba a Rose ni que era vampiro, estaba asustado por haberse alimentado de un «humano». —Sus ojos se enturbiaron de odio—. La noche que pasaste con él solo fue una prueba. Un experimento.

—¿Cómo lo sabes?!

Su amigo le preguntó con voz prudente:

—¿De verdad quieres saberlo? ¿Crees que estás preparada para descubrirlo?

Lucy giró la cabeza como si Lean le hubiera lanzado una pista sobre algo. No le preguntó nada, tenía miedo. En su lugar cerró los ojos un poco, como si intentara adivinar la respuesta por sí misma. Y entonces, un dolor terrible le atravesó el cerebro y tuvo que parpadear. Al hacerlo, todo desapareció y revivió un nuevo capítulo de la vida de Los Sin Nombre sin estar dormida.

* * *

Madison estaba tirada en el suelo de la cripta, ensangrentada y cansada. A su lado se hallaba su hijo, tumbado y dormido en las escaleras que daban al trono. La oscuridad del lugar había dado paso a la luz que provocaban las llamas esparcidas por las telas que adornaban la zona.

—¡Esto no quedará así! —le gritó a Lean, que estaba llevando a cabo su venganza.

—Deberías estarme agradecido. Vas a vivir para ver un nuevo día. —La expresión de su cara quedó descompuesta. En el fondo quería matarla allí mismo. Sin embargo, lo había prometido: iba a darles una segunda oportunidad.

Camuel apareció detrás del muchacho y, al poco, Tabitha lo siguió. La reina quedó perpleja. Dos de sus vampiros la acaban de traicionar a pesar del pacto. ¡Era inconcebible!

—¿Cómo es posible?! Os ordené que protegierais mi vida, por encima de

la vuestra.

No era capaz de comprender cómo eludieron el pacto, por lo que Lean terminó regodeándose ante ella. Una risotada, más propia de un demente que de un hombre, se deslizó hasta los oídos de Madison.

—Dios me ha concedido un don muy especial —empezó—. Tengo la habilidad de cambiar los recuerdos. Puedo inventarlos y puedo esconderlos como quiera.

—¡Así que les has lavado el cerebro!

—No, ama —Camuel se apresuró a dejarlo claro—. Estamos aquí por propia voluntad. Él se limitó a esconder las cadenas que nos tenían atados a ti. Ahora somos libres, tenemos poder para decidir por nosotros mismos... —Tragó aire—. Y creemos que ya ha sido suficiente.

Tabitha no dijo nada. Se limitó a asentir las solemnes palabras de su amigo. Se habían pasado años soportando los insultos y vejaciones de la reina y de su hijo. Camuel añoraba la libertad que nunca disfrutó y Tabitha deseaba poder olvidar el pasado horrible que vivió cuando Jake se aprovechó de ella para desarrollar sus macabros juegos. La muerte de Erika desbordó su dolor y lo convirtió en el valor que necesitaban para luchar. Lean tan sólo les abrió la puerta para escapar y actuar como creyeran oportuno.

Cuando la reina lo comprendió, alzó la voz para crear un nuevo pacto que les ordenara matar a Lean, pero no pudo. Una mano suave y delgada surgió tras ella y le tapó la boca con fuerza, y casi estuvo a punto de arrancarle la mandíbula. ¿Quién era? Los demás vampiros estaban inconscientes por culpa del poder de Lean. Incluso su hijo acababa de perder todos sus recuerdos, aunque ella aún no lo supiera. Fuera quien fuera, se quedó en las sombras, sin decir nada, y dejó todo el protagonismo a Lean.

—Camuel es un hombre muy bondadoso. A pesar de lo mucho que te odia, me ha convencido para que te dé una segunda oportunidad. —Y citando sus palabras, terminó—: *Solo nos rebajaríamos a tu nivel si iniciáramos una carnicería y matáramos a un niño.* —Después abrió la palma de su mano y la acercó a la frente de Madison, dispuesto a borrarle todos sus recuerdos e inculcarle un sentimiento que no existía en su alma. Cuando despertara, no recordaría nada de él ni de Erika. Incluso olvidaría los rostros de sus esclavos y sentiría la necesidad de huir de allí. Al abrir los ojos cogería a su hijo e intentaría enmendar su vida pasada haciendo un bien común por los demás, al menos mientras durara el efecto. Si su nuevo «yo» podía conquistar su oscuro corazón o no, solo lo diría el tiempo. Si no era lo suficientemente fuerte..., al

final el vampiro malvado volvería.

* * *

A Lucy le impresionó. Nada más volver en sí, el dolor de cabeza desapareció y vio al chico mirarla con tono agradable.

—Tú... —susurró temblorosa—. Tú les borraste la memoria.

—Veo que por fin lo has entendido. Nunca pensé en matarlos. Les di una segunda oportunidad y, de paso, salvé mi alma.

—¡Pero entonces, ¿por qué volviste?! ¿Para vigilarlos y asegurarte de que eran buenas personas?

—No. Lo hicimos para enmendar nuestro error. —Lucy pudo notar una pena en su voz. En el fondo, estaba decepcionado—. Todos Los Sin Nombre empezaron una nueva vida desconociendo que una vez fueron asesinos. De hecho, tan solo Rose, aparte de nosotros, conservó su pasado.

—¿Por qué Rose? —No entendía por qué la salvó a ella si fue quien provocó toda su desgracia.

—Quiso ayudarme cuando Erika fue... Cuando ocurrió. Incluso estando emocionalmente entre la espada y la pared, a causa del pacto, intentó luchar. Sin embargo, estaba mentalmente destrozada, por lo que decidí protegerla personalmente. Tras borrarle la memoria a Madison, nos la llevamos y la ayudamos a volver a vivir. Sin embargo..., no fue suficiente. Al final desapareció y viajó el resto de su vida buscando a Jake. El pacto la obligaba a estar cerca de él... durante el resto de su vida. Intenté que lo olvidara, pero, al final, terminó por recordarlo. Tardó mucho, pero lo encontró y, consciente de que él no sabía quién era ella, decidió quedarse a su lado como su amiga. —La última frase la gritó—: ¡Y fue eso lo que provocó que él la matara! —Le señaló, acusador, con los dientes apretados.

—Entonces... ¿De verdad él...? —Miró a Jake, que le estaba diciendo con la cabeza que no lo creyera.

—Lo último que supimos de Rose fue que había encontrado a su «niño» y que era muy feliz. —Soltó un atisbo de sonrisa al acabar la frase y, después, volvió a ponerse serio—. La muy idiota nos envió un *e-mail* desde la torre. Resultó sencillo rastrear su IP.

—Y fuiste a buscarla.

—Tardamos muchos meses en reunir el dinero que nos exigía la torre, pero en cuanto lo conseguimos, yo descubrí que estaba muerta. Ella jamás se hubiera suicidado y, mucho menos, hubiera muerto en un incendio. ¿Acaso no

lo ves?

Las dudas de Lucy volvían. Ya no sabía quién de los dos era el malo, o si ambos lo eran. Dudó durante un instante y, entonces, se acordó de algo que Lean no había nombrado todavía. Arnauld. ¿Qué pasaba con ese nombre? La directora lo recordaba a pesar de todo, como si fuera lo más importante del mundo. ¿Quién era? Al final creyó dar con la respuesta:

—Cuando ingresaste en Los Sin Nombre perdiste tu verdadero nombre, ¿no?

—Como todos, aunque siempre nos hemos llamado por el original a escondidas.

—La reina te cambió el nombre por el de Arnauld, ¿cierto?

Él se echó a reír. No podía estar más equivocada. Por un momento, se sintió como si estuviera en medio de una clase y hubiera dicho la tontería más grande del mundo.

—Veo que aún no lo comprendes. —Lean se levantó, totalmente recuperado.

Justo fuera, como si se hubiera teletransportado hasta allí, un coche oscuro apareció en silencio y deslizándose lentamente por la hierba. De pronto se paró en frente de la entrada y bajó un poco la ventanilla, de cristal ahumado, revelando a su conductor: Camuel.

Con tanta conversación y descubrimiento, Lucy había olvidado lo realmente importante: sobrevivir. Salvar a Lean y darle conversación resultó ser un error, pues ahora estaban atrapados. Incluso puede que le hubiera estado mintiendo todo ese tiempo. ¿Cómo pudo ser tan estúpida? Jake tenía razón.

Lucy corrió hacia Madison y vio cómo esta empezaba a recuperar el conocimiento.

—¡No os preocupéis! Os voy a sacar de aquí —les aseguró a los dos sin saber muy bien cómo hacerlo.

Entonces, precediendo al último secreto y al final del complicado plan del grupo de vampiros, Lean pronunció unas devastadoras palabras:

—Lo siento. No lo soporto más, necesito que esto acabe.

El sonido de un chasquido de dedos cruzó la sala hasta ella y, entonces, todo se desintegró.

CAPÍTULO 20

Arnauld

La mano desconocida apretaba la mandíbula de Madison con fuerza. Parecida a la de una estatua, mantenía a la reina inmóvil y silenciosa hasta que, de repente, se aflojó, permitiéndole articular palabra. Una sombra se dibujó al lado de su cara y una voz conocida le susurró al oído:

—Agradece este regalo, pues ni siquiera te lo mereces.

La reina giró los ojos y entonces vio lo imposible: la cara de Erika se asomó con una sonrisa maquiavélica.

—Las segundas oportunidades no se repiten. Yo, Erika Arnauld, me aseguraré de que así sea.

Y la palma de Lean se posó sobre la frente de la horrorizada reina, borrando todo menos el apellido de la camarera, que se incrustó en su mente para dejarle una sensación de miedo perpetuo.

Erika se acercó a su amado y entonces lo abrazó, cansada. Los dos iban a ser libres.

Cuando Lean estuvo llorando la pérdida de su amada, fue la propia reina la que le obligó a entrar en la celda y tirar el cadáver al río. Lo que nadie podía esperar era que, al abrir la puerta, se la encontraría a salvo. Tras un primer momento, sobrepasado por la impresión, consiguió centrarse y liberar a Erika en silencio. Fue entonces cuando ambos comprendieron cuál era la verdadera habilidad de la mujer: no tenía defectos de vampiro. Podía soportar el pacto, no tenía ansia de sangre, podía tener hijos con un vampiro y... era inmune al Sol.

* * *

Lucy notó un nudo en la garganta. Ahora comprendía lo que le estaba insinuando. Pero ella no iba a caer tan fácilmente en sus engaños. Él tenía el poder de cambiar los recuerdos. Perfectamente podía haber inventado este último de tal manera que ella pudiera tener dudas sobre su propia procedencia.

—¿Estás intentando decirme que yo soy Erika? —preguntó, dejando a Jake y a Madison, ya despierta, de piedra.

—Es la verdad.

—¡No trates de liarme! —Estaba furiosa y asustada—. Tengo padres, tengo recuerdos de mi infancia, de mis noches sola, de los días en que miraba por la ventana, triste por no poder salir. ¿Esperas que con lo que he vivido te crea? —Lo último lo fue diciendo mientras caminaba hacia atrás, alejándose más y más de él y cruzando el haz de luz que separaba a los dos grupos.

—Dime una cosa: ¿desde que has llegado a la torre te has querido poner en contacto con ellos?

—Por supuesto. Nada más llegar, los llamé.

—Pero no pudiste hablar con ellos, ¿cierto?

Efectivamente. Ella recordó cómo no fue capaz de acordarse del prefijo de su país. Después lo intentó días más tarde, sin éxito; el número de teléfono no existía. Se extrañó de que, después de aquello, no se hubiera molestado en volver a intentarlo. ¿Por qué? Realmente, hasta ese momento ni siquiera había vuelto a pensar en ellos. Solo lo hizo cuando decidió quitarse la vida, pero después los olvidó completamente.

—Intentas confundirme...

—¿Por qué crees que tiré tu sangre el día que te pincharon? Si no lo hubiera hecho habrían descubierto que algo sucedía con ella y, al final, Madison te habría desenmascarado. Hubiera tenido que arreglarlo todo. Aunque... tras tu accidente tuve que hacer algunos apaños de todas formas. Fue agotador, la verdad; acabé con una jaqueca que me duró días.

Pero la directora no iba a dejar que él liara a la joven. Con un potente grito, llamó su atención y le dijo que no lo escuchara:

—¡Ignóralo, no dejes que te confunda! Un vampiro no puede beber sangre de otro vampiro. Se debilitaría. Lucy, te convertí tras salvar a mi hijo, me habría dado cuenta.

Pero Lean tenía respuestas para todo:

—Lo siento, pero tu razonamiento no es válido. Es cierto que los vampiros solemos convertir a un humano chupándole la sangre y obligándole a absorber la nuestra para sustituirla, pero es que en realidad aquello nunca sucedió. — Parecía disfrutar haciéndose el interesante.

—¿Cómo que nunca ha sucedido? —La directora quedó intrigada. ¿Qué quería decir con eso?

—Lo inventé tras el accidente. Lo que realmente ocurrió fue muy distinto: me enteré de que Jake y ella se habían quedado encerrados en el piso cuarenta, y cuando acudí al hospital resultó que ya sabían que Lucy no era alérgica a la luz ultravioleta. No tenía ni un solo rasguño. Lógico... A fin de cuentas, es

inmune al Sol. —Cogió aire—. Pues bien... Me vi obligado a arreglarlo, no podía permitir que nos descubrieran. Tuve que cambiar los recuerdos de todos los médicos, enfermeras, trabajadores y residentes que estuvieron en contacto con ella tras el accidente; incluso robé las grabaciones de las cámaras de seguridad de aquel día. Y, por supuesto, cambié los recuerdos de Lucy, ya que ni ella misma comprendía por qué el Sol no le hacía nada. Los convencí a todos, incluidos Jake y Madison, de que se había quemado de gran gravedad e introduje en la mente de la directora la decisión de llevársela para convertirla en un vampiro y así salvarle la vida. Evidentemente, todo fue una ilusión. Erika... Lo único real es que te trasladaron a vivir a su piso con ellos después de que cambiara sus recuerdos. El cómo te convirtieron jamás sucedió, fue un invento necesario para que no sospecharan que eras un vampiro. De hecho, si no fuera porque yo lo hice, jamás se hubieran planteado salvarte la vida aquel día. Los humanos les da igual, como bien descubriste cerca del helipuerto. No movieron un dedo por Iris, y tampoco lo hubieran hecho por ti.

—¡Pero he visto los recuerdos de Madison! ¡Esa es la prueba de que ella me transformó!

—¿Aún no lo entiendes? Ella te convirtió en ese callejón donde trabajabas en 1832. Tú eras la camarera y por eso tú has tenido pesadillas sobre Madison y tu propio pasado. Incluso todos los sueños han sido, siempre, desde el punto de vista de Erika. ¿Acaso no te pareció raro? Solo deberías poder verlos desde la perspectiva de Madison, o de una de sus víctimas. Y ya has comprobado que jamás te mató, ni directa ni indirectamente.

—Si fuera así, habría soñado todo antes del accidente. —Madison no iba a permitir que él ganara. Ni siquiera se había planteado la posibilidad de que tuviera razón. Iba a desmoronar su mentira por muy estudiada que estuviera.

—Eso es porque todas las mañanas, nada más vernos, le borraba la memoria. Hacía que olvidara los sueños que sufría cada noche, hasta que te la llevaste... Fue entonces cuando empezó a recordar.

—¡No te creo! ¡Es imposible! —La pobre Lucy quería salir de allí y no escucharle más.

—Déjame que te haga una última pregunta: ¿desde que estuviste en la torre has comido algo que supiera bien? ¿Verdad que no? Todo te sabe igual, todo es asqueroso. ¿Acaso, tras supuestamente convertirte en vampiro, cambió el sabor de la comida?

Lucy no supo qué responder. Él tenía razón. En ningún momento desde que llegó a la torre había disfrutado de la comida o de la bebida. Pero, aun así, no

podía creerle.

—¡Por mucho que me lo repitas, no vas a convencerme! ¿Cómo sé que no me has introducido todos esos recuerdos hace un momento? ¿Cómo sé que no me estás engañando?

—Desde que llegaste has querido estar cerca de Jake por amor, o al menos eso piensas. Es el tipo de persona que no te atrae y que sabes que no es buena, pero a pesar de todo sientes una extraña necesidad de estar cerca de él. Tan solo te hicieron falta unos días para estar dispuesta a dar tu vida por él. Incluso descubriendo las barbaridades que ha hecho en el pasado, has seguido queriendo salvarle. ¿Acaso no te das cuenta de que yo hice que quisieras tenerle a tu lado? Si de verdad no eres Erika, ¿por qué en ocasiones crees amarme? Notas como si yo fuera la persona correcta, y no puedes evitar sentir dudas sobre a quién de los dos deseas. ¡Eso es porque tu verdadero «yo» está luchando! En el fondo lo sabes. ¡Hasta me has salvado la vida consciente de que quiero matarlos! ¡Tú eres Erika!

—¡Mentira! Tú no diriges mi vida. No sabes nada de mí —le apuntó con el dedo, amenazante, mientras se le descomponía la cara.

Él suspiró, cansado de tanta conversación sin resultados, y decidió poner punto y final a todo.

—Muy bien. He intentado hacerlo por las buenas para que recordaras poco a poco..., pero si no me crees, lo mejor que puedo hacer es devolveros a todos los recuerdos sin más... —Colocó los dedos, preparándose—. Y a ver qué pasa.

Una marabunta de recuerdos empezó a atravesar a Lucy y a sus protegidos. Mientras que Jake y Madison recuperaron todo su pasado, ella vio cómo se sucedían los hechos precedentes a lo ocurrido en la torre. Y, por tanto, la pura y simple verdad.

Como diapositivas, observó cómo Erika preparaba el plan junto a Lean. De cómo él intentaba persuadirla para que lo olvidara y cómo ella insistía en que merecían morir. Se culpaba de la muerte de Rose, e incluso de que estuvieran usando la sangre de gente inocente para alimentar a los Garamond. Sentía que era su responsabilidad después de que la hubieran dejado con vida en aquella mazmorra londinense. Finalmente, Erika se decidió y pensó en un plan para acabar con ellos. No podía ir allí sin más; Madison le hubiera leído la mente y habría sabido que era un vampiro y lo que pretendía. La única manera era inventar nuevos recuerdos y acercarse lentamente a ambos hasta encontrar una oportunidad para acabar con sus vidas y, entonces, vengarse. Lo

haría poco a poco, consiguiendo que confiaran en ella y haciéndoles sentir todo el dolor que habían provocado.

Lean, aunque descontento, aceptó y quedaron en que él pasaría un tiempo en el gigante de cristal antes de que ella apareciera para no levantar sospechas. Una vez que estuvo todo listo, Lean internó durante unos largos meses en la torre, y al final ella lo siguió.

Acudió a la entrada del complejo con una maleta mientras la lluvia la golpeaba. Lean la había estado esperando fuera asegurándose de que nadie los viera. Una vez se reunieron junto a la entrada, él le tocó la cabeza y le cambió los recuerdos. Justo después, Erika entró y empezó a hablar con el recepcionista.

—Me llamo Lucy Shepard —dijo.

Y tras sentarse a esperar, leyendo una revista, Lean entró silenciosamente y se acercó a ella:

—Eres... um... Lucy Shepard, ¿verdad?

Ese fue el final de la visión y, por tanto, del secreto tanto tiempo guardado.

Madison estaba rabiosa. Con la mente perfecta, deseaba salir de allí y destrozarlos a todos. Jake, por su parte, quedó confundido. No acababa de saber qué debía hacer. Sus dos personalidades chocaron brutalmente y le dejaron perdido. Erika estaba justo delante de él. Lo miraba fijamente, con una expresión que mezclaba victoria con odio, la cual le mostraba a una persona totalmente diferente. Él no pudo hacer otra cosa que temblar antes de mover la cabeza suplicando perdón.

—¡Te ordeno que nos salves! —la directora utilizó el pacto a toda velocidad en ella intentando erróneamente conseguir su salvación, pero fue inútil.

Erika no respondía ante nadie. En su lugar, atravesó el muro de luz hacia sus compañeros, se acercó a Lean y lo besó con todas sus fuerzas.

Al hijo de la reina se le rompió el corazón. Deseó saltar hacia ellos y destrozarlos, pero aquello era algo que no podría pasar de una ilusión.

Cuando Erika consideró que ya era suficiente, caminó hacia la esquina del coche estrellado que atravesaba la pared y le hizo un agujero de un puñetazo al depósito. Al momento, chorros de líquido inflamable empezaron a brotar de su interior, formando un peligroso charco que se fue concentrando junto a sus pies.

—¡¿Qué demonios pretendes?! —gritó la reina.

Erika no se molestó en responder. Hizo un gesto a Lean, que se acercó, y

cogió de su mano un pequeño *zippo*.

Cuando la llama se materializó en el mechero, Jake intentó por todos los medios impedir que lo tirara al charco suplicando, e incluso prometiéndole cosas.

Sin embargo, no había nada que pudieran hacer. En cuanto los dedos de la joven se separaran, el fuego haría el resto. Y si no lo conseguía, aún estaba el Sol. Una vez este los iluminara, empezaría a arder; y la mezcla de las llamas de sus cuerpos con las provocadas por la gasolina, junto con la luz solar, formarían una trampa mortal insalvable.

Sin tiempo a nada más, el objeto brilló, cayendo a toda velocidad al suelo. Un corto fogueo multiplicó la llama en cientos y estas se fueron deslizando por la gasolina y uniéndose con todo lo que pudieron atrapar. En apenas unos segundos, el enorme establo estaba a merced de un incendio que prometía ser aún más devastador que aquel del cual habían escapado los vampiros con anterioridad.

Erika les dio la espalda y se despidió con la mano mientras se alejaba. Los había traicionado, los había engañado y, además, lo hizo de una forma horrible. Enamoró a Jake y se ganó la confianza de Madison sin esfuerzo. Quiso que sufrieran, que notaran lo que era la maldad en sus propias carnes y que se arrepintieran. Ahora su venganza por fin se había completado.

—¡Perdónanos, por favor! —suplicaron.

—Os di la oportunidad de cambiar... —Ni siquiera se dio la vuelta para mirarlos, continuaba caminando hacia Lean— y matasteis a Rose, quemasteis su cadáver para que pareciera un accidente, hicisteis negocio con la sangre de los residentes...

—Sin olvidar el trato con Leonard Warhall para alimentaros de la pobre gente de la torre —añadió su amado.

Ella no estaba dispuesta a volver a perdonarlos. Fue capaz de luchar contra su odio, a pesar de que su bebé murió cuando intentaron matarla a causa de las primeras quemaduras, pero ya estaba cansada. El final para Jake y Madison era inevitable, ya no harían más daño.

El coche de pronto se puso en funcionamiento y con un par de cortos y rápidos giros se introdujo con cuidado, y muy lentamente, por dentro del marco del establo. Una vez que una de las puertas traseras estuvo protegida por la leve oscuridad que le brindaba el tejado agujereado, Lean entró sin peligro alguno.

Erika subió al asiento del conductor y, mientras lo hacía, observó sin

perder ningún detalle el fondo de la arquitectura de madera. Una imagen, tan bella como terrible, se dibujó ante ella: la directora y su hijo se acababan de levantar. Se estaban dirigiendo a toda velocidad hacia una de las esquinas para huir del enorme arco de fuego que los amenazaba, y que estaba ganando terreno atravesando la viga central que cruzaba todo el ancho de la estancia.

—¿Dónde está Iris? —preguntó Lean sobresaltado cuando entró en el coche.

—Salió corriendo tras el accidente —respondió Tabitha saludando a la vez a su amiga con una increíble sonrisa llena de felicidad.

—No podemos culparla... Esto es... inhumano —comentó Camuel acomodándose en el asiento mientras echaba un corto vistazo al exterior.

—Inhumano fue lo que nos hicieron, esto solo es justicia —corrigió Erika a la vez que daba marcha atrás saliendo afuera.

Jake y Madison pudieron ver cómo el coche daba media vuelta y, mientras se marchaba, Erika bajaba un poco la ventanilla, sonriéndoles por última vez.

—Esto es por mi hijo. —Y mientras los gritos se sucedían desesperados dentro del edificio, ella subió de nuevo el cristal.

Las ruedas acelerando y el sonido del motor rugiendo fueron lo último que se escuchó en aquel prado, antes de que una explosión y unos gritos inidentificables lo cubrieran todo.

La reina y su hijo dejarían de gobernar, para siempre; y ese establo sería su tumba.

CAPÍTULO 21

Donde todo acaba

La pala se clavó con fuerza en la tierra mojada. Lean se alejó de ella y se acercó a su amada, que llevaba un buen rato con los ojos cerrados y las manos entrelazadas a la altura de la boca; había estado llorando.

El ambiente en el cementerio Kensal Green siempre había sido solitario, silencioso y deprimente, pero aquella vez lo fue aún más. Enterrar a un recién nacido nunca era agradable, y menos incluso cuando no había llegado ni siquiera al parto.

Erika no dejaba de mirar el agujero, ya tapado de nuevo y sin posibilidad alguna de lápida. Su amado había enterrado a la criatura tomando prestado un triste ataúd de un almacén cercano. El compartimiento en el que pasaría el resto de su corta existencia era excesivamente grande, pero les dio igual a ambos. Lo más importante en ese momento era llorar a la única luz de esperanza que habían tenido nunca.

—¿Sabes...? —empezó ella—. Mientras estuve encerrada allí abajo, en las mazmorras, pensé en un nombre para mi bebé.

—¿Sí?

Erika removió la cabeza afirmativamente, con la expresión un poco perdida en la negrura que los rodeaba, y siguió hablando:

—No sé por qué, pero estaba segura de que sería niña. Quería llamarla Lucy... ¿No te parece un nombre muy bonito?

—Lo es, amor mío, lo es. —Posó con pena la mano sobre su hombro y desde atrás la abrazó, enterrando la cara en su espalda para que ella no lo viera soltar una lágrima.

—Lucy significa «aquella que lleva la luz» en latín, y eso era lo que simbolizaba para mí. Era como nuestra esperanza..., la luz que iluminaría esta oscura eternidad que nos rodea... ¿Comprendes?

Pero Lean no contestó, no podría hacerlo sin echarse a llorar definitivamente.

Ella continuó hablando sola; realmente se lo decía a él, pero todo sonó como un espeluznante monólogo movido por el odio, el rencor y la venganza.

—Hoy me ha costado mucho no matarlos a todos... Quería hacerlo, Lean.

Quería destriparlos y hacerles sentir el vacío que siento yo ahora. Pero... he conseguido demostrar cuán mejores somos que ellos. No somos los monstruos que Madison dice que somos... —Se dio la vuelta y lo miró fijamente, elevando su barbilla con un par de dedos—. Sin embargo, sí vuelven a ser quienes eran. Si demuestran que este regalo que les hemos dado no se lo merecen y que deberían estar tan muertos como lo está mi pobre hija, quiero que me prometas que los cazaremos, que les haremos sufrir lentamente y que nos vengaremos de ellos dándoles una muerte terrible.

Su hombre no sabía qué decir. Le aterró la mirada que emanaban sus ojos, llenos de una furia que jamás había visto nunca.

—¡¡¡Prométemelo!!!

* * *

Por suerte despertó, totalmente empapada de sudor y acompañada por su marido.

—¿Q-Q-Qué? ¿Qué pasa? —vocalizó él medio dormido.

—No pasa nada... —inició Erika, comprendiendo que solo había sido uno de sus recuerdos—. Duérmete...

Esperó unos cuantos segundos, los suficientes para que Lean volviera a caer en las redes del cansancio, y se levantó. Junto al borde de la cama observó la puerta blanquecina que daba al pasillo de su casa, y cuando se decidió, caminó con paso firme hacia ella. Estiró la mano... y salió afuera para echarse a llorar en medio del pasillo.

La mañana llegó lentamente para Erika, pues no pudo descansar durante el resto de la noche. Cuando por fin salió el Sol, se planteó si el recuerdo era un indicativo de que lo ocurrido en la Torre Madison la estaba carcomiendo, pero cuando escuchó una graciosa risita cruzando el pasillo, lo olvidó por completo.

Se levantó sin correr las cortinas, por Lean, y quitó el cierre de la puerta.

Al acceder al pasillo todo estaba a oscuras, algo lógico teniendo en cuenta que todas las ventanas tenían las persianas bajadas; mantenía la casa totalmente iluminada con luz artificial para proteger a su marido. Encendió la lámpara del techo y anduvo hacia el cuarto de al lado.

—¿Se puede saber qué haces despierto ya, bicho? ¡Que eres un bicho!

Allí estaba, en la cuna con el cabecero de color morado y con forma de elefante orejón. Una personita de apenas un añito luchaba por quitarse el

pijama y salir de la cárcel de barrotes de colorines que le mantenían a salvo.

—¿Ya estás pensando en salir corriendo? ¿Es que ya te has cansado de mamá? —refunfuñó Erika apoyándose en la barandilla. Después lo miró sin decir nada y observó cómo el pequeño Aaron, que así se llamaba, le sonreía mientras le mostraba sus encías vacías.

Tal vez las cosas para Lean y ella hubieran sido difíciles, tal vez su primer hijo hubiera muerto tristemente antes de que Erika se regenerara por completo. O incluso tal vez hubieran pasado por grandes adversidades, tiempo de sufrimiento, de huida y de venganza. Pero, a pesar de todo, Dios, el destino, el karma, la casualidad, la suerte... o la justicia, les entregó su recompensa.

Aquel bebé que no era capaz de mantenerse ni medio segundo en pie, era el mejor regalo que podían desear. A pesar de que Rose siempre fue el catalizador de todo lo que ocurrió en la Torre Madison, la verdadera razón para acabar con la reina y su hijo siempre fue la única e irremediable necesidad de proteger lo que más amaban: su niño. Uno que milagrosamente no era vampiro, uno que podía salir a pasear por las mañanas con su madre, que viviría y moriría como alguien normal y que jamás, jamás, sufriría lo que ellos tuvieron que soportar. Ambos se habían asegurado de ello.

Erika cogió a *su bicho* y lo llevó tranquilamente hacia el dormitorio.

—¿Qué te parece si despertamos a papá? —le comentó a su enanito con vocecita dulce.

Con silenciosos pasos volvió al dormitorio y se acercó al rostro dormido de su marido. Entonces colocó a Aaron al lado y este, con mano temblorosa, empezó a toquetearle la nariz.

Lean la arrugó, molesto, y abrió los ojos.

—Vaya por Dios... —soltó nada más verlos—. Y yo que pensaba que esta vez me dejaríais descansar...

—¡No hagas caso a papá!

Erika se sentó al borde de la cama con el bebé en brazos y empezó a hacerle carantoñas mientras Lean los observaba.

Se quedó un buen rato disfrutando del ambiente, hasta que se le empezaron a cerrar los párpados y no pudo más.

—Cariño, trabajo de noche. ¿No crees que me merezco dormir hasta mediodía?

—¿Nos estás echando?

—Os pido amablemente que me dejéis descansar. —Y añadió al final, con voz dulzona—: Amor, querida, reina, tesoro.

La vampiresa se levantó y se acercó a la salida.
—Si me lo pides así... —Cerró sonriente la puerta.

* * *

El atardecer a Erika le resultaba más especial que al resto. Mientras que los vecinos del pueblo observaban la huida del Sol como el momento de entrar en casa y cenar, para ella indicaba el despertar de su marido. Normalmente lo llamaba antes, pero aquel día había decidido dejarle tranquilo hasta que él mismo se desperezase.

Estaba recostada en el sofá del salón viendo la televisión, cuando puso un canal cuyas imágenes la dejaron inquieta: la Torre Madison aparecía ennegrecida tras un animado reportero.

Hablaba sobre el sorprendente incendio que se había producido hacía ya más de un mes y que terminó con la vida de más de once personas. Se pasó un buen rato detallando cómo algunos de los residentes escaparon por los pelos de las llamas, y de lo que sintieron cuando creyeron que no saldrían con vida. Al final se presentó una breve descripción de los fallecidos. El reportaje terminó con una fotografía que mostraba un establo derruido, lugar donde encontraron los cadáveres calcinados de la directora y su hijo.

—¿Qué miras tan interesada? —Lean acababa de aparecer por el pasillo y se había quedado observando a su mujer, que llevaba un buen rato mordiéndose las uñas y temblando.

—Oh, nada. —Apagó el televisor a toda velocidad y se quedó callada.

—Cariño... No te martirices, no fue culpa tuya.

Ella quiso sonreír, sin éxito. Lean se sentó en la mesa e intentó consolarla.

—Adaniel y la gente del helicóptero se lo merecían, eran como Madison. Lo sabes.

—¿E Iris? O el recepcionista... ¿También se lo merecían?

—Lo del recepcionista fue cosa de los amigos de Jake... Y lo de Iris... Lo de Iris fue mala suerte. Tomó una decisión, sabía lo que hacía cuando desapareció. Le explicamos lo que planeábamos y, aun así, desconfió. No te culpes. Además..., puede que escapara del amanecer.

—O a lo mejor se convirtió en polvo... —Después suavizó el tono—. Ya se me pasará. Es solo que... No puedo olvidarlo. —Su cara parecía ahora más triste.

—Volviste a revivir anoche algo malo, ¿verdad?

Ella no respondió nada. Se limitó a asentir.

—Lo que pasó... era necesario. A pesar de cómo lo hicimos y de que nos arrepintamos de algunas cosas..., ambos sabemos que realmente no teníamos otra opción. Tarde o temprano habrían recordado todo, y ya viste que no llegaron a cambiar. Eran los mismos de siempre.

—Ya lo sé, y soy la primera que piensa así, pero... no me lo hace más fácil. A pesar de que ellos eran malvados y merecían morir..., no me siento como si fuera buena. ¿Y si me he convertido en lo que intentaba destruir? Aunque Jake mató a Rose, a mí no me hizo nada cuando me llevó allí. Tal vez estaba empezando a cambiar. —Apretó los labios y continuó—: A veces pienso que aunque intentemos actuar como humanos..., no somos más que unos monstruos. Ayer soñé con Lucy y con la promesa que te obligué a prometerme y... no me vi allí. Quien lloraba en el cementerio era un vampiro tan sanguinario y malvado como a los que matamos hace un mes. Lo que planeé..., lo que preparé, fue cruel; y afectó a gente que no tenía la culpa.

—Date tiempo. A pesar de lo que dijera la reina, seguimos siendo humanos. No somos monstruos, también sufrimos y...

—¿Cambiamos de tema? —Le interrumpió, acariciándose las manos con nerviosismo—. No me apetece volver a hablar más de esto.

—Perdona... De todos modos, quería saber si te apetecería que diéramos una vuelta aprovechando que hoy libro.

—¿Una vuelta?

Él se acercó a ella y le sonrió.

—Sí. ¿Qué te parece ir a la ciudad?

—¿A Londres? Sabes... Sabes que no he vuelto desde que escapamos de... —Erika dudó—. No sé... No creo que sea buena idea.

—Amor... Entiendo que es duro, pero ya es hora de superarlo. Tabitha y Camuel lo hicieron. Rehicieron sus vidas. ¿No crees que ya es hora de que cerremos el último capítulo?

A pesar de que Erika sabía que él tenía razón, para ella no resultaba tan sencillo. Tabitha era una mujer excepcional, una que olvidó sin ningún tipo de ayuda todas las vejaciones que Jake le hizo soportar, una que volvió a su tierra natal, Francia, asentándose en un alejado pueblo campestre; sin mencionar a Camuel, convertido ahora en un exitoso empresario aquejado de una supuesta alergia solar.

Solo con acordarse de cómo habían afrontado todo su pasado, Erika quiso poder hacer lo mismo. Deseó volverse tan valiente como ellos y, entonces, dio el paso.

—Bueno, vale... pero deja que lleve a Aaron con nosotros. No quiero volver a pedirle a la vecina que se lo quede. Ya hizo suficiente cuidándolo durante tanto tiempo...

* * *

Las vistas desde el London Eye eran increíbles. Erika podía ver el río Támesis cruzando toda la ciudad desde el mirador. Protegida por la cápsula de cristal, a ciento treinta y cinco metros de altura del suelo, y abrazada por Lean desde atrás, quedó muda. Pensó en el tiempo que había vivido junto a aquellas aguas, bajo el puente que ahora aparecía en muchas películas y que cientos de personas cruzaban a diario. Recordó el sufrimiento vivido en la mazmorra, ya sepultada, y cómo los ladrillos y el cemento ahogaron sus gritos durante tanto tiempo. Pero por muy extraño que le pareciera, ya no le importaba. Siempre creyó que cuando volviera a Londres le invadiría una tristeza desoladora, pero no fue así. En ese momento, tan lejos del suelo y observando la inmensidad de la noche sobre los edificios y el agua, estaba en paz.

Miró por un momento a un lado y curioseó el carrito de su queridísimo Aaron, que dormía tan plácidamente que parecía como si nunca se hubiera separado de sus padres. Luego, Erika se dio la vuelta y sonrió a Lean.

—¿Estás bien, cariño? —quiso saber él mientras le arrastraba los dedos por la mejilla con destino al cuero cabelludo.

La vampiresa le sonrió aún más ampliamente, sin responder a su pregunta. En su lugar, lo abrazó, y mientras recostaba su delicada cabeza sobre él y cerraba sus cansados párpados, le preguntó:

—¿Crees que ahora estará a salvo?

Lean la apretó contra sí con más fuerza y, sin perder de vista a su hijo, respondió:

—Cariño, ahora todos lo estaremos.

Y después la besó tan fuerte que el resto de esta historia... dejó de importar.

AGRADECIMIENTOS

A la primera persona que me gustaría darle las gracias es a ti: el lector. Sin tu apoyo, historias como esta no serían posibles. Espero que hayas disfrutado de la novela y volvamos a vernos en la siguiente.

¡Recuerda dejar tu voto y comentario en Amazon! La visibilidad es algo muy complicado para autores que apuestan por la autopublicación en detrimento de las editoriales y sois vosotros quienes, con comentarios en twitter, facebook e instagram, haceis posible que nuestro esfuerzo se vea recompensado.

Tampoco sería justo olvidarme de mi familia. Mis padres, que siempre han estado a mi lado en todo momento y han apoyado cada paso que he dado son los principales causantes de que siga escribiendo. Gracias.

Violeta, a la que conocí poco después de terminar esta historia, pero que fue esencial para amar este apasionante mundo de la escritura al que entré por puro azar.

Myriam, otra gran amiga a la que le debo muchas cosas. Sin sus consejos probablemente el trabajo de autopublicación hubiera sido un infierno.

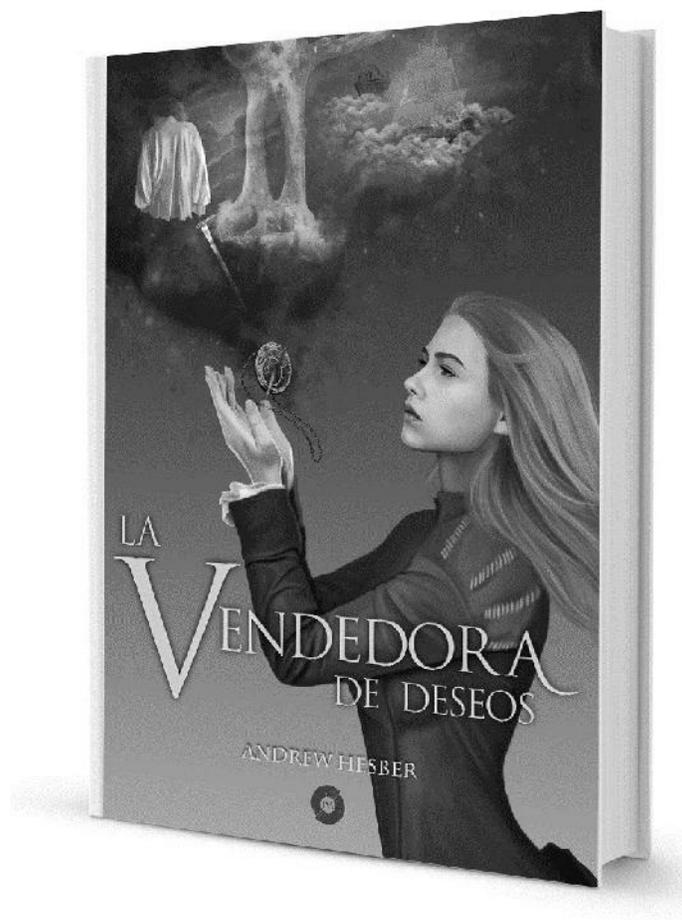
No podría olvidarme de Laura. Ella fue la primera persona que confió en esta historia, quién le dio alas para que se convirtiera en algo que nunca pensé que podría llegar a ser. Ahora que he sacado esta nueva versión, me siento muy afortunado de tenerla en mi vida cada día.

Gracias a ti. Gracias a todos vosotros.

ANDREW HESBER

EL BUSCADOR
DE LEYENDAS





A LA VENTA PRÓXIMAMENTE

Mantente informado en
Instagram: @andrewhesber
Facebook: facebook.com/AndrewHesberEscritor

Table of Contents

SUEÑOS EN LA OSCURIDAD

NOTA DEL AUTOR

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

La camarera y la sombra

CAPÍTULO 8

Tu vida ya no es tuya

CAPÍTULO 9

Cualquier pasado fue mejor

CAPÍTULO 10

Erika

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

El monstruo

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

Eres demasiado peligrosa

CAPÍTULO 17

Sufre eternamente con nosotros

CAPÍTULO 18

Ámame cuando menos me lo merezca

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

AGRADECIMIENTOS